

Brianne Miller

Dulce castigo



Dulce castigo

Brianne Miller

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: diciembre 2017

Título original: Dulce castigo

Brianne Miller© 2017

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Shutterstock

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Epílogo](#)

Prólogo

*Escuela de señoritas de la señora Spencer
Richmond, noviembre de 1850*

Lady Elisabeth Mary Hamilton, hija del conde de Norfolk, observaba con curiosidad al apuesto caballero que llevaba una semana viniendo de visita a la escuela. Cada día entraba con un presente bajo el brazo, y salía a pasear con Eleanor, una joven que llegó nueva ese mismo año, al jardín. ¿Sería su prometida? Beth les observaba entre los arbustos, intentando descubrirles en una situación embarazosa. No es que fuese a contárselo a alguien, pero le parecía excitante observar cómo una pareja de amantes se besaba a escondidas. Su vena curiosa siempre le había jugado malas pasadas, y en más de una ocasión había terminado castigada por ello, pero no podía evitar sentir curiosidad por todo lo que ocurría a su alrededor.

Ese día, el caballero en cuestión permanecía sentado en uno de los bancos de forja del jardín, esperando pacientemente a que su acompañante se dignase a aparecer. Beth no podía dejar de mirarle, le parecía tan apuesto que se quedaba sin aliento cada vez que le dedicaba una sonrisa cuando se cruzaban en el pasillo, pero jamás se había atrevido a dirigirle la palabra. Hasta ahora. Se alisó las faldas del vestido de lana que llevaba para combatir el frío e intentó eliminar cualquier brizna de hierba que pudiese haber quedado en ellas. Se acercó con paso lento al caballero, intentando aparentar cruzarse con él por pura curiosidad, pues tampoco quería ser demasiado atrevida. Cuando estuvo a su altura, él levantó la vista, cerrando un ojo para evitar que la luz del radiante sol de junio le dejase ciego, y sonrió.

—Buenas tardes, milord —dijo la joven sonriendo también—. ¿Está de visita?

—Así es, milady. Estoy esperando a mi hermana, Eleanor Levenson. ¿La conoce?

—No tengo el gusto, aunque la he visto alguna vez por los pasillos del colegio.

—Es una lástima, le hace falta una buena amiga. Acaba de llegar a esta escuela y se siente muy sola.

—¿Por eso la visita usted a diario? ¿Para hacerle compañía?

—¿Me ha estado espiando, milady? —preguntó él arqueando una ceja.

—¡Por supuesto que no! No recibimos demasiadas visitas en la escuela entre semana, eso es todo. Por cierto, es muy descortés no presentarse a una dama.

—Creo recordar que la dama en cuestión ha sido quien me ha abordado, y ha sido tan descortés como yo.

El caballero se levantó del banco e hizo una impecable reverencia.

—Soy el duque de Sutherland, milady. ¿Y usted es...

—Soy lady Elisabeth Hamilton, excelencia.

La joven ocupó asiento junto a él.

—¿Es usted el prometido de Ivette? —preguntó, consiguiendo sorprender al duque.

—¿Perdón?

—El conde de Blessington se llevó a su hija del colegio para casarla con un duque. ¿Es usted?

—Creo que se refiere a un buen amigo mío, el duque de Devonshire. Yo aún no estoy pensando en contraer matrimonio.

—Es una lástima que no sea usted. A la pobre van a casarla con un viejo solo porque su padre no ha sido capaz de conservar su fortuna.

—¿Viejo? ¿De dónde se ha sacado usted que Devonshire es viejo? El duque tiene mi misma edad, milady, así que no sé si sentirme ofendido ante esa afirmación.

—Usted no es viejo, y si Devonshire es como usted, por suerte para Ivette él tampoco lo es.

—¿De dónde han sacado ustedes dos tremenda ridiculez?

—Es lo que decían a todas horas las sirvientas, excelencia.

—Si la señorita Spencer la escuchara chismorrear con el servicio sobre el conde, la castigaría de cara a la pared.

—Yo no chismorreaba, simplemente las observaba en la distancia.

—Quiere decir que las espiaba, ¿no es así? Eso es aún peor que chismorrear.

—La señorita Spencer no se enterará de ello si usted no se lo cuenta, ¿verdad que no?

—Mmm... Así es, pero ¿qué gano yo a cambio?

—¿Cómo dice?

La cara de estupefacción de la joven estuvo a punto de hacer reír a Sutherland, pero logró contenerse. Se estaba divirtiendo enormemente tomándole el pelo, y aún faltaba un buen rato para que su hermana llegase.

—Si he de guardar un secreto de ese calibre, deseo algo a cambio.

—¡Pero no tengo dinero, señor! ¿Cómo iba a pagarle?

—Yo no he hablado de dinero.

—¿Entonces?

—Me conformo con un beso.

—¡Soy una dama decente! ¿Por quién me ha tomado?

—Vamos, un beso no puede hacerle daño a nadie.

—¡Es usted un atrevido!

—¿Yo? Ha sido usted quien se ha acercado a mí, sin mucho disimulo, por cierto, y me ha abordado descaradamente, milady.

—Confunde el descarar con la buena voluntad —protestó Beth ofendida—. Yo solo pretendía darle conversación hasta que apareciese su hermana. Se veía muy aburrido.

—Yo creo que lo que usted pretendía era flirtear conmigo.

—¡Yo no flirteo! ¡Y mucho menos con usted! —protestó Beth molesta.

—¡Oh, querida, sí que lo ha hecho!

—¡No sea engreído! Usted no es para nada mi tipo.

—Ah, ¿no? Y pensar que me consideraba bastante apuesto...

—Normalito... más bien del montón.

—Así que del montón.

El duque se acercó a ella y pasó el brazo por detrás de su espalda, sin tocarla, pero reduciendo peligrosamente el espacio que les separaba.

—¿Y por qué te late tan fuerte el pulso en el cuello, criatura? —susurró.

Pasó un dedo por la carótida de la mujer con parsimonia, satisfecho al recibir como recompensa un gemido quedo. Era una jovencita muy bonita, y le gustaba verla acalorada por sus bromas.

—Yo creo que te ha puesto nerviosa mi propuesta —prosiguió—. Es más, creo que estás deseando que te bese.

—Antes prefiero besar a una vaca —protestó Beth.

—¿A quién quieres hacérselo creer? ¿A mí, o a ti misma?

—Intente besarme, excelencia, y gritaré tan fuerte que Scotland Yard al completo vendrá a arrestarle por abusar de una dama.

—No... no lo harás, pequeña.

—¿Quiere usted apostar?

Una carcajada escapó de la garganta del duque, que le besó la punta de la nariz y se levantó del banco para hacerle una reverencia.

—No creo que esté preparado para seguir el camino de mi amigo hasta el altar, cariño, y si te beso y alguien nos sorprende, ese será mi destino.

—Debería ser la horca, malnacido —dijo ella entre dientes.

—¡Auch! —protestó el duque cerrando los ojos— Tienes el lenguaje digno de una ramera.

—Y usted los modales de un canalla.

—Eres demasiado impertinente para tu bien, niña. Deberías hacer más caso de las clases de decoro de la escuela.

—Es usted un... un...

—Tal vez sea hora de comentarle a la señorita Spencer tu comportamiento con uno de los pares del reino.

El gesto de terror que se instaló en el rostro de la joven fue gratificación suficiente para Sutherland, que sonrió con malicia.

—No... mejor me guardo el secreto. Tal vez me sirva en un futuro mucho mejor que ahora.

—Gracias, excelencia.

—Pero me debes un beso, pequeña, no lo olvides nunca.

Dicho esto, el duque de Sutherland se encaminó hasta la escuela silbando. Antes de entrar, se volvió de nuevo hacia ella y le lanzó un guiño acompañado de una sonrisa triunfal.

—Estúpido arrogante y engreído...

Capítulo 1

Londres, enero de 1851

La presentación de las debutantes en la corte de la reina Victoria era el momento más importante para las jovencitas en su primera temporada social. Todas ellas se vestían con sus mejores galas y lucían sus más preciadas joyas para presentarse ante su majestad, que era la encargada de marcar la vida de la muchacha hasta el día de su muerte. De ella dependía que la joven terminase la temporada con un buen matrimonio o que su destino fuese trabajar como institutriz en casa de algún noble.

Las jóvenes damas esperaban pacientemente en la sala de pinturas de la reina, acompañadas de su madre o su mentora, hasta que llegaba su turno de comparecer ante Victoria. Era la última presentación de la temporada, y Beth esperaba su turno junto a su mejor amiga, Ivette, duquesa de Devonshire. Estaba aterrada, y la verdad es que no era para menos. Había enfurecido a la reina por haber puesto en peligro a los Duques de Devonshire, y no podía reprochárselo. Se había comportado como una niña malcriada por no querer ajustarse a las demandas de su padre. Había obligado a Ivette a acompañarla a Londres a sabiendas de que su amiga corría peligro, y no había querido atender a razones por más que todo el mundo intentase convencerla de ello. Pero no estaba dispuesta a que sus padres dictasen con quién debía pasar el resto de su vida. Ivette había tenido mucha suerte con el marido que había elegido su padre para ella, pero estuvo a punto de terminar casada con un viejo decrepito, y ella era incapaz de soportar semejante destino.

—¡Por Dios, Beth, deja de pasearte! —susurró en ese momento su amiga— Estás empezando a marearme.

—Lo siento, pero si la reina no nos hace pasar de una vez, voy a terminar mordiéndome las uñas de los nervios.

—Pues tendrás que esperar tu turno, como todas las demás —protestó Ivette, harta ya de su comportamiento infantil—. La reina no va a tener preferencias contigo porque seas mi amiga, mucho menos después de lo que

me has hecho hacer.

—¡Lo siento! Pero no sabes lo que es...

—¡Claro que lo sé, Beth! —la cortó Ivette— Te recuerdo que no hace mucho tuve que casarme con un hombre elegido por mi padre, ¿recuerdas?

—Pero Stefan es apuesto, y bueno, y...

—¡Pero yo no sabía que iba a casarme con él! Creí que iba a casarme con un viejo.

—De todas formas, tú no tenías elección. Yo tenía la oportunidad de cambiar mi futuro.

—¡Te aseguro que no la tendrás si sigues comportándote como una niña malcriada!

Beth se sentó en su silla de damasco con los brazos cruzados, evitando una trifulca con su amiga. En ese momento, un hombre alto con levita entró en la sala, y buscó a Ivette con la mirada.

—Excelencia —dijo el criado con una reverencia—, su majestad ha ordenado que acompañe a la joven.

Todas las matronas presentes en la sala empezaron a cuchichear al ver el trato especial que se daba a la duquesa, pues la reina no permitía que las acompañantes entrasen con las debutantes, pero ella levantó la barbilla y siguió a Beth hasta la sala de la reina. Victoria estaba sentada en un enorme sillón, ataviada con un vestido de seda y brocado color champán. En cuanto su amiga y ella se acercaron, la reina instó a Ivette a sentarse a su lado, y dejó a Beth de pie frente a ella, a la espera de su castigo.

—Así que tú eres Beth —dijo la reina.

—Sí, majestad —contestó la muchacha sin levantar la vista.

Victoria se puso de pie y comenzó a dar vueltas alrededor de la joven.

—La caprichosa, mimada e imprudente Elizabeth Hamilton.

Las palabras de su monarca cayeron sobre ella como un yunque. Ivette era la duquesa predilecta de su majestad, y que una niña hubiese osado a ponerla en peligro debía haberla enfurecido sobremanera.

—Estoy muy enfadada contigo, querida —continuó Victoria—. ¿Sabes por qué?

—No, majestad.

—¿No? ¿Seguro? Mi duquesa te tenía por una jovencita inteligente, pero veo que estaba equivocada. Estoy enfadada porque has puesto en peligro a los duques de Devonshire. Estoy furiosa porque a pesar del enorme riesgo que han corrido por ti, no has tomado en cuenta a ningún pretendiente de los

que ellos tan amablemente te han aconsejado, y por eso voy a castigarte.

—¿Cas... castigarme?

Beth empezó a temblar. Ya se veía colgando de una soga en la plaza de la ciudad, o encadenada para siempre en una fría celda. Las lágrimas atenazaban su garganta, pero se las tragó para no mostrar debilidad.

—Pensaba darte de plazo hasta esta noche para elegir un esposo, pero lo he pensado mejor. En vista de que no has sido capaz de tener la consideración de hacerlo hasta ahora, yo lo elegiré por ti.

La sentencia que más temía terminaba por cumplirse. Con su padre habría podido rogar, patalear, y habría tenido la oportunidad de que le retirasen el castigo. Pero contra un mandato real no había nada que ella pudiera hacer. Al menos esperaba que no la obligase a casarse con un viejo, como hicieron con Ivette.

—Ha llegado a mis oídos que sientes pavor por encontrarte en la misma situación que mi duquesa. Debe ser terrible sentirte impotente, sabiendo que vas a casarte con un viejo decrepito, ¿no es así?

Abrió los ojos como platos presa del terror. La reina se levantó de su silla y se acercó a ella de nuevo.

—Sí, puedo ver el miedo en tus ojos. Pero, por suerte, mis duques no han sufrido daño alguno, así que voy a ser benevolente contigo.

Se atrevió a levantar la vista lo suficiente como para ver que su amiga respiraba tan aliviada como ella.

—No voy a ser tan cruel como Blessington—prosiguió la reina—. No voy a casarte con alguien demasiado mayor, porque creo que algo así terminaría por consumirte.

—Gracias, majestad —susurró.

—No me las des, Beth. No sabrás quién es el elegido hasta que yo lo considere oportuno, ese será tu castigo. Mañana volverás con tus padres, que recibirán una misiva cuando sea el momento de prepararte para la boda.

—¡Por favor, majestad! ¡No voy a soportarlo! —protestó la joven.

—Así es, por eso pienso que será castigo suficiente para ti.

—Pero...

—¿Osas contradecirme?

La voz de la reina tronó por toda la habitación. Beth se encogió ante el pavor que sintió en ese momento, e Ivette dio un salto ante tan inesperado arranque de ira.

—No, por supuesto que no —susurró Beth—. Aceptaré su castigo,

majestad.

—Eso pensaba. Y ahora alegre esa cara y márchate. Tengo que hablar con tu mentora.

Beth se alejó con paso cansado hasta la sala contigua, donde se dejó caer en un diván y rompió a llorar. ¿Por qué tenía que haber sido tan estúpida? Debería haber esperado a la próxima temporada, debería haber dejado las prisas a un lado y haber convencido a su padre para que la dejase elegir esposo al año siguiente, pero en vez de eso se había comportado como una estúpida.

Si no hubiese sentido celos de Ivette... Si no hubiese querido aspirar a conseguir un marido a la altura del duque de Devonshire, ahora estaría en Bath con su madre, cuidando a su abuela enferma, en vez de sentirse miserable y desgraciada.

Ivette salió en ese momento de la sala contigua, y Beth se lanzó a sus brazos sollozando.

—Lo siento, Beth —dijo su amiga acariciándole el cabello—. He intentado hablar con ella, pero no hay manera de hacerla cambiar de opinión.

—¡Yo no pretendía que todo terminase así, te lo prometo! Es solo que...

—¿Qué? Aún no puedo entender cómo te has podido comportar de una manera tan frívola. La Beth que yo conocía no se habría comportado así.

—Sentía celos de ti.

—¿De mí? ¿Por qué?

La sorpresa en la voz de su amiga casi la hace reír. No se daba cuenta de la suerte que tenía de tener un esposo como Stefan.

—El duque te trata siempre con tanto cariño y ternura... Quería que mi futuro esposo fuese como él.

—No existe ningún hombre como Stefan, Beth —contestó su amiga palmeándole la mano—. Si me lo hubieses dicho, nos habríamos ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

—No quiero casarme con un hombre que no me valore.

—Cualquiera de los jóvenes que Stefan o yo te recomendamos te habría valorado. Deberías haberles tomado en consideración.

—Ahora ya no hay vuelta atrás, ¿no es cierto?

—Me temo que no. Ahora lo único que puedes hacer es mentalizarte de tu inminente boda con un desconocido, y rezar porque Victoria sea benevolente y te busque un buen marido. Y ahora sube a tu habitación a

descansar un poco, esta noche debemos estar perfectas para la cena.

—No tengo ánimos para cenar con la reina —protestó Beth.

—¿Después de todo lo que ha pasado quieres contradecirla de nuevo?

—Claro que no, pero no voy a ser capaz de pegar ojo.

—Inténtalo al menos, por favor.

—Está bien, te haré caso. Me iré a mi habitación.

Beth se dejó caer en su cama en cuanto su sirvienta se deshizo del vestido que se había puesto para causar buena impresión a su majestad, y lloró lo que le parecieron horas. No podía dejar de darle vueltas en la cabeza al castigo de la reina. Aunque le había dicho que no la casaría con un anciano, estaba segura de que optaría por el hombre más feo de Inglaterra, así la haría aprender la lección.

No entendía por qué todo el mundo trataba a Ivette con tanto cuidado, como si fuese del más fino cristal de Bohemia y estuviese a punto de partirse en cualquier momento. Ella la conocía, sabía lo que había tenido que vivir en casa de los Blessington, y no podían alejarse más de la realidad, aunque quisieran. Ivette era la mujer más fuerte y valiente que había conocido en su vida, y la admiraba por ello, pero al parecer nadie más se había dado cuenta de ese detalle.

Cuando su amiga llegó a recogerla horas después para ir a cenar, no había conseguido pegar ojo y, por si fuera poco, tenía la cara enrojecida de tanto llorar. La cena de la reina fue tan suntuosa como cabía esperar. Desfilaron ante ellos más de una docena de platos, regados con burdeos y champán. Ivette permanecía sentada junto a la reina, y Beth junto a varias debutantes al otro lado de la mesa. Por fortuna disfrutó enormemente de la cena y la charla con las jóvenes, entre las que se encontraba Eleanor Levenson, la hermana del odioso duque de Sutherland, que las miraba por encima de su copa de vino desde su puesto junto al duque de Devonshire. Por fin sirvieron los postres: crema de almendras, la preferida de Ivette, que la miró sonriente llevándose una cucharada a la boca en cuando le pusieron el plato delante.

—¡¡Ivette, no!! —gritó la reina dando un manotazo a la cuchara.

Todo el mundo se quedó mudo en el acto. Victoria se llevó el tazón de Ivette a la nariz y aspiró profundamente antes de lanzarlo por los aires hasta hacerlo estallar contra la pared.

—Almendras amargas —sentenció.

Beth se quedó helada. ¡Habían intentado envenenar a su amiga! Stefan

se levantó de su asiento y se acercó a abrazar a su mujer, que se había alejado de la mesa como si estuviese a punto de estallar, y temblaba visiblemente afectada.

—¡¡En mi propia casa!! —gritó la reina— ¡¡Alguien se ha atrevido a envenenar a mi duquesa en mi propia casa!! Juro por Dios que averiguaré quién ha sido el responsable... ¡¡Y yo misma le pegaré un tiro!! ¡¡Fuera!! ¡¡Todo el mundo fuera de mi vista!!

Victoria acompañó a la duquesa a su alcoba dando órdenes a gritos, y Beth se dejó caer en una silla, temblando. ¡Había puesto a su amiga en peligro! Había creído que Stefan exageraba con la seguridad de Ivette, que ella realmente no corría peligro... ¡Y casi muere por su culpa! Rompió a llorar desconsolada, terriblemente asustada.

—¿Estás contenta? Ivette casi muere esta noche por tu culpa.

Beth levantó la cabeza para encontrarse con la fría mirada de reproche del duque de Sutherland.

—No creí que fuera para tanto. ¡Creí que todos exageraban!

—Eres una niña malcriada, y si de mí dependiese, te daría unos buenos azotes para que aprendieses.

El reproche del duque la hizo levantarse y limpiarse las lágrimas con furia.

—Pero no depende de ti, ¿no es cierto? —protestó Beth.

—No, pero creí que tu amiga te importaba. Ahora veo que solo te importas tú misma.

—Ivy es mi mejor amiga, ¡y por supuesto que me importa!

—Se ha notado, lady Hamilton —contestó él con sorna.

—¿Sabe qué? Váyase al Infierno.

—Es a donde deberías ir tú por poner a Ivy en peligro.

—Ya me siento suficientemente culpable por mi cuenta de lo que ha ocurrido, no hace falta que eche más leña al fuego.

—Espero que la reina te dé tu merecido. Espero que te arrepientas toda tu vida de haberle pedido a Ivette que volviese a Londres.

Beth vio alejarse al duque en la misma dirección que habían tomado todos los demás, y salió a correr hasta la habitación de su amiga. Tenía que pedirle perdón, tenía que explicarle que ella no pretendía ponerla en peligro. La puerta de la habitación de Ivette estaba custodiada por un sirviente que le impidió el paso. Beth gritó, pataleó, hasta que Christopher, uno de los guardianes de su amiga, abrió la puerta y la hizo entrar con un gesto. Ella se

dejó caer en el suelo junto a la cama, y cogiendo las manos de Ivette entre las suyas, rompió de nuevo a llorar.

—¡Dios mío, Ivy! ¡Por mi culpa casi mueres esta noche! ¡He sido una irresponsable! ¡No creía que la amenaza fuese tan real! ¿Podrás perdonarme?

—Levántate, Beth. Claro que te perdono, pero es cierto que has sido una irresponsable. Insoportable, además. He llegado a pensar que no te conocía en absoluto.

—Lo siento tanto... ¡Pero mi padre me dijo que si no conseguía marido por mi cuenta esta temporada me casaría con alguien de su elección!

—¡Ninguno de los pretendientes que te han cortejado era suficientemente bueno para ti! ¡No me extraña que tu padre te pusiese un ultimátum! ¿Te das cuenta de lo que has conseguido con tu capricho? Ahora tendrás que casarte con el hombre que elija la reina, y no podrás oponerte.

—Ya no me importa, lo que me importa es que casi mueres por mi culpa... y jamás me lo perdonaré.

—¡No digas bobadas! Estoy bien, ¿no es cierto? Ahora tienes que madurar, Beth, porque ningún caballero querrá por esposa a una odiosa malcriada.

—Me he convertido en una malcriada, ¿no es cierto?

—Absolutamente. Hubo veces en las que me dieron ganas de estrangularte —dijo Ivy con una sonrisa.

—Deberías haberlo hecho. Quizás ahora no estarías en esa cama.

—Estoy en esta cama porque la reina ha insistido. Y ahora deberías marcharte, el doctor está a punto de llegar.

Beth salió del dormitorio de su amiga con un peso menos sobre sus hombros. A pesar de todo, Ivy la había perdonado, así que volvió a Bath como la reina le había ordenado, sin dejar de pensar en lo que le depararía el futuro ahora que todo estaba en manos de Victoria.

Capítulo 2

Kent, agosto de 1851

Francis James Levenson, octavo duque de Sutherland, llegaba a la casa de campo de sus amigos, los duques de Devonshire, acompañado de su hermana Eleanor. Iba a celebrarse una boda que todos llevaban esperando mucho tiempo. Incluso la reina Victoria asistiría al evento, por miedo a que la escurridiza novia cambiase de opinión.

James, duque de Hamilton, había conseguido por fin que Mary Cavendish, la madre de Stefan, accediese a casarse con él. Llevaban meses viéndose a escondidas, y aunque el viejo escocés había pedido matrimonio a Mary un sinnúmero de veces, ella siempre había declinado la oferta por miedo a la oposición de sus hijos. Stefan y Anthony, hartos de la situación, habían ido a hablar con Victoria, que intervino en el asunto por el bien de todos los implicados.

Ivette les recibió en la sala de estar con una sonrisa y una enorme barriga, fruto de su avanzadísimo embarazo.

—¡Me alegro tanto de veros! —exclamó abrazando a Eleanor, con quien había entablado una buena amistad.

—Yo también te he echado en falta, Ivy. Estoy deseando que vuelvas a la ciudad.

—Me temo que hasta que no tenga a mi bebé permaneceré en el campo. Stefan ya se pone demasiado nervioso pensando en el parto como para darle más dolores de cabeza.

—Me alegro de que pienses en mí, mi amor —dijo el aludido acercándose a ellos—. Vamos al jardín, aquí hace demasiado calor.

—¿Cómo se encuentra la novia? —preguntó Francis— Espero que no haya intentado echar a correr.

—Lo ha hecho un par de veces —reconoció Stefan con un suspiro—, pero mi hermana ha logrado retenerla.

Los dos amigos se abrazaron después de varias semanas sin verse, y

mientras Ivette y su hermana se reunían con las mujeres, ellos se sentaron junto al estanque a disfrutar de una limonada bien fría.

—¿Cómo van las cosas por la ciudad? —preguntó Stefan— Con el embarazo de Ivy casi no me atrevo a salir de casa.

—Cualquier otro estaría en Londres acudiendo a sus clubs y disfrutando de su soledad.

—Cualquier otro no amaría a su esposa tanto como yo.

—Lo cortés no quita lo valiente, amigo. Un hombre no tiene por qué estar pendiente del embarazo de su esposa.

—¿Y perderme el momento en el que Ivette pierda la apuesta dándome una hija? No, gracias. Disfrutaré enormemente de su cara cuando tenga que saldar la deuda, te lo prometo.

—¿Y se puede saber qué demonios habéis apostado?

—Nada que te incumba, bribón —contestó Stefan con una sonrisa—. Pero será inmensamente placentero para ambos.

James se acercó en ese momento hasta ellos y se dejó caer en una silla, derrotado.

—Te juro que tu madre va a acabar conmigo, muchacho. Espero que no vuelva a cambiar de opinión en lo que resta de día, o juro por Dios que terminaré muriendo de un infarto. ¿Por qué diablos las mujeres tienen que ser tan complejas?

—Veo que estás encantado con tu matrimonio —ironizó Francis.

—No me malinterpretes, quiero a esa condenada mujer, pero no entiendo por qué no quiere casarse conmigo.

—Desde que estáis juntos parece una debutante —añadió Stefan—. No imagináis lo desagradable que es para mí tener que reñirla como si fuera una colegiala.

—Bueno, a partir de hoy tu madre será cosa mía, por las buenas o por las malas. Aunque tenga que llevarla a rastras ante el altar, o raptarla para llevarla a Gretna Green.

—No exageres, James —rió Francis.

—Bien sabe Dios que en Escocia hay personas que me ayudarían encantados a obligarla a darme el “sí, quiero” —dijo el escocés levantándose—. Iré a cambiarme. Si Mary me ve aparecer a nuestra boda con este aspecto, me matará.

—Te ayudo, James —contestó Stefan—. ¿Sabrás apañártelas solo, Fran?

—¿Por quién me tomas? Marchaos, tenéis mucho trabajo por delante.
Sus amigos entraron en la casa y Francis cerró los ojos para disfrutar del sol del verano.

—Aquí tienes, Stuart, con esto será suficiente para la crema de setas.

—Muchas gracias, milady. Este dolor me impedía ir a recogerlas, y no sabía qué iba a hacer con el menú de la boda.

—No ha sido nada. Necesitaba un poco de aire fresco de todos modos.

La voz que se escuchó desde el recibidor dejó un regusto desagradable en el paladar de Francis. Desde que Ivette se puso en peligro por culpa de esa condenada mujer, apenas podía soportar estar en la misma habitación que ella, y por suerte había podido evitar encontrarse con ella... hasta ahora.

Abrió los ojos para comprobar con fastidio que Lady Hamilton salía a porche y se detenía en seco al verle allí.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Francis— Tenías que ser tú, ¿eh?

—No sabía que usted tuviese la exclusividad respecto a la amistad de los Devonshire, excelencia. Mucho menos de su jardín.

—No la tengo, pero eso no significa que tenga que soportarte. Yo estaba aquí primero, así que márchate.

—Si tanto le molesta mi presencia, márchese usted, excelencia. No voy a estar pasando calor en la casa solo porque usted no me soporte.

—He oído que has traído setas para la crema de esta noche. ¿Te has asegurado de que no sean venenosas? ¿O acaso te has propuesto asesinar a alguien? Conociendo tus antecedentes...

—La verdad es que he traído un par de ellas para su propia crema, a ver si así desaparece de mi vista una vez.

—Tienes una lengua viperina, niña, espero que la reina te case con el hombre más cruel de todo Londres.

—Mientras no me case con usted...

Francis simuló un escalofrío.

—Antes prefiero la horca, créeme.

El duque se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta con paso decidido.

—Si me disculpa, milady, creo que me iré al salón a leer el periódico. De pronto siento urticaria por estar cerca de usted.

—Por mí puede irse al Infierno, excelencia. Gracias por librarme de su odiosa presencia.

Al entrar en la casa, Francis se chocó de bruces con Stefan, que le miró

con reproche.

—¿Qué? —preguntó más bruscamente de lo que pretendía.

—¿No crees que te estás pasando un poco con Beth?

—Puso en peligro a tu mujer. ¿Cómo puedes perdonarla?

—Porque es apenas una niña, Fran, y no lo hizo a propósito.

—Debería haber obedecido en vez de hacer lo que le vino en gana.

—Por esa regla de tres, Ivette también me desobedeció.

—Es distinto.

—¿Por qué? ¿Por qué fue ella la que casi muere? Discúlpate con Beth, Francis.

—No quiero hacerlo.

—Ahora eres tú quien se está comportando como un niño malcriado —
contraatacó su amigo.

—¡Tengo motivos para estar enfadado!

—Ivette es mi mujer, no la tuya.

—¡Pero es mi amiga!

—Francis, o le pides perdón a esa muchacha antes de que termine el fin de semana, o no volverás a ser bienvenido en esta casa.

—No lo dices en serio...

—Si te comportas como un niño, debo tratarte como tal.

Francis vio a Stefan alejarse por el pasillo con la sangre hirviendo de furia, pero sabía que su amigo tenía razón. Se estaba excediendo con su comportamiento con lady Hamilton, y aunque no la soportase en absoluto, debía pedirle disculpas y ser cordial con ella, porque de lo contrario terminaría perdiendo a sus amigos.

Beth se relajó en cuanto el duque entró en la mansión. Jamás entendería por qué la trataba con tanto desprecio, pero era algo que realmente no le quitaba el sueño. Lo que realmente la sacaba de sus casillas era que la acusara de poner en peligro a su mejor amiga intencionadamente, porque eso no era cierto. De haber sabido la amenaza real a la que se exponía Ivette al acompañarla a Londres, jamás le habría pedido que lo hiciera.

Pero ese día debía mantener la paciencia, aunque el duque fuera grosero e insoportable con ella. Era la boda de Mary, y había sido tan buena con ella a pesar de su comportamiento pueril, que se merecía que por una vez se comportase como una dama a pesar de la presencia de Sutherland.

Tras tomarse una limonada bien fría, subió a la habitación donde se

vestía la novia. Había elegido un vestido sencillo, color marfil, de seda y organdí que combinaba perfectamente con su piel. Ivette colocaba en ese momento el velo sobre su cabeza, y Beth no pudo evitar que dos lágrimas resbalasen por sus mejillas.

—Lady Huntington, está preciosa —susurró desde la puerta.

—Gracias, querida, aunque no creo que sea buena idea...

—Mamá, ¿quieres que volvamos a recurrir a la reina? —protestó Sarah, su hija.

—No, claro que no. Solo digo que quizás sea demasiado pronto para casarme.

—Ya no eres una niña, ¿no crees que debes aprovechar la vida un poco? —dijo Sarah— Hace mucho que papá se fue, y estoy segura de que le encantaría verte tan feliz.

—No es por tu padre, hija. ¿Pero qué dirán en la corte?

—Que digan lo que quieran, Mary —protestó Ivette—. Tienes que pensar en tu felicidad.

Horas más tarde, lady Huntington pasaba a ser la duquesa de Hamilton... Y la duquesa de Devonshire se encontraba en su habitación dando a luz a su bebé. Eleanor Levenson se encontraba sentada en las escaleras que daban a la habitación de su amiga, incapaz de ir al salón a aparentar normalidad tomando té con pastas, preocupada por los gritos que Ivette daba de cuando en cuando. Ya casi no le quedaban uñas por los nervios, y sentía tanto miedo que las lágrimas empezaron a brillar en sus ojos castaños.

—Lady Levenson, ¿qué hace ahí sentada?

Eleanor levantó la vista para ver al conde de Huntington de pie ante ella, tan apuesto, tan varonil como siempre. Se quedó sin respiración como cada vez que le veía. Desde que le conoció en el picnic que Ivette celebró poco después de su boda, no había podido evitar suspirar cada vez que se encontraban en la misma habitación.

—No puedo aparentar que no ocurre nada, milord —susurró—. Mi amiga está ahí arriba dando a luz a su pequeño, y sus gritos asustarían al mismísimo demonio.

La tensión terminó siendo demasiado para Eleanor, así que rompió a llorar. Anthony se sentó junto a ella y pasó su brazo por sus hombros.

—Vamos, pequeña, no pasa nada —susurró en su pelo—. Es normal

que las mujeres griten cuando tienen que dar a luz.

—¿Cómo lo sabe? ¿Acaso ha asistido usted alguna vez a un parto?

—La verdad es que no, pero oí a mi madre gritar de la misma manera cuando dio a luz a mi hermana. Y aún recuerdo el parto de Sarah, ella sí que estuvo en peligro, ¿recuerda?

Eleanor asintió y se secó las lágrimas con el pañuelo que el marqués le ofreció.

—Vamos, tranquilícese. Le aseguro que no hay nada fuera de lo normal, Eleanor. De lo contrario mi madre y la reina estarían con mi cuñada en la habitación, y no tomando el té tranquilamente.

—Lo siento, milord, yo...

—No te disculpes —susurró el marqués mirándola fijamente a los ojos—. Estás incluso más hermosa después de llorar.

Anthony se levantó de su lugar en las escaleras y le tendió la mano con una sonrisa.

—Venga, la acompañaré al salón con el resto de las damas.

Eleanor aceptó el brazo que el marqués le ofrecía y le siguió por el pasillo, con el corazón latiendo a mil por hora. ¡Anthony había dicho que era hermosa! Tal vez, con un poco de suerte...

Esa misma noche, Elisabeth bajaba las escaleras a hurtadillas para entrar en la cocina de la mansión de los Devonshire. Debido al nacimiento de los dos pequeños diablillos, no había probado bocado, y ahora se encontraba famélica. Buscó en las alacenas algo apetecible que echarse a la boca, y se decantó por un trozo de pastel de boda que había sobrado, pues no tenía ganas de comer asado frío.

Se sirvió un vaso de cremosa leche para acompañar el pastel, se sentó en la mesa de la cocina y gimió cuando el primer bocado calmó el rugido de su ruidoso estómago.

—Delicioso —suspiró.

—¿Qué demonios hace aquí a estas horas?

Beth dio un salto al oír la voz del insufrible duque de Sutherland, que la observaba desde la puerta, enfundado en una bata de seda.

—¡Por Dios santo! ¿Se ha propuesto matarme de un susto? —exclamó llevándose la mano al corazón.

—¿Qué hace aquí? —insistió Francis.

—¿Usted qué cree? Tenía hambre y bajé a por un poco de comida.

—¿Pretende despertar a los sirvientes para que le sirvan?

—¿Por quién demonios me ha tomado?

—Es que es usted tan despiadada que...

—¡Se acabo! —gritó Beth levantándose de su asiento.

Se acercó al duque y clavó uno de sus minúsculos dedos en su pecho. La bata se abrió un poco, dejando al descubierto su piel desnuda, pero nada la detuvo.

—Estoy hasta la coronilla de que me insulte como si fuese la mayor delincuente de Newgate cada vez que me ve.

Francis la miraba con los ojos abiertos como platos, sorprendido de su arranque de furia, algo que, debía reconocer, le parecía realmente refrescante y prometedor.

—¡Soy una buena persona! ¿Entiende? —continuó la muchacha.

Volvió a clavar el dedo en el pecho del duque a cada palabra que salía por su boca.

—Cometí un maldito error, excelencia, pero soy humana, igual que usted. ¿O acaso va a decirme que el omnipotente duque de Sutherland no ha cometido errores en su vida?

—Por supuesto que sí, pero no me jacto de poner a mis amigos en peligro.

—Por enésima vez, ¡No sabía que el maldito peligro era real! ¡Creía que Stefan exageraba! ¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo?

La joven empezó a pasearse por la cocina susurrando cosas sin sentido, hasta que Francis la detuvo. Sostuvo a la joven de la cabeza con ambas manos y la besó sin pensárselo dos veces. No sabía qué demoníaco impulso le había llevado a hacer semejante locura, pero en cuanto sus labios rozaron los de la joven, la pasión estalló dentro de él como nunca lo había hecho. Apenas se limitó a rozar sus labios una y otra vez, pero el sabor dulce de la muchacha le impedía dejar de hacerlo.

Al principio Beth se resistió, intentó empujarle presionando su pecho con las manos, e incluso le dio un pisotón con sus minúsculos pies descalzos, pero poco a poco sucumbió al beso y un gemido escapó de sus labios cerrados. Francis inspiró hondo y se apartó de ella lo suficiente como para no volver a pecar.

—Y ahora que se ha callado, espero que me deje hablar —dijo con la voz ronca.

Elisabeth estaba tan aturdida por lo que acababa de ocurrir que solo

atinó a asentir.

—Tiene usted razón, lady Hamilton. He sido demasiado duro con usted. A fin de cuentas, es apenas una niña, y espero que haya aprendido la lección.

—Créame, se ha grabado a fuego en mi memoria.

—Me gustaría que firmásemos una tregua, pequeña. Debemos vernos muy a menudo, y no sería correcto andar a la gresca en cada ocasión.

—Estoy de acuerdo, excelencia. Ya empezaba a ser agotador.

—Ahora, si me disculpa, debo retirarme. Mañana debo partir hacia Londres a primera hora y necesito estar descansado. Buenas noches, milady —terminó con una reverencia.

—Buenas noches, excelencia.

Elisabeth se llevó los dedos a los labios en cuanto se quedó sola, recordando el beso que minutos antes había recibido. Era su primer beso, y aunque al principio se había sentido ultrajada y había intentado apartar al duque de ella, había sentido mil sensaciones extrañas revolotear en su estómago. De pronto, el hambre que la había llevado a la cocina había desaparecido por completo, así que se encaminó a su habitación dispuesta a descansar un poco.

Capítulo 3

Beth se despertó al día siguiente sin haber dormido demasiado. No podía dejar de pensar en el beso de la noche anterior, ni en el repentino cambio que había mostrado el duque tras él. Se sentía aliviada, desde luego, porque cada vez que se encontraban él la hacía sentirse miserable, pero no entendía por qué con un simple beso había cambiado de parecer.

Se levantó y, tras llamar a su doncella, se refrescó el rostro en el lavamanos. No pudo evitar volver a rozarse los labios con los dedos una vez más, rememorando el sabor de los besos de Francis, una mezcla a brandy y tabaco que sería difícil de olvidar.

Se puso un vestido de terciopelo color verde agua con pájaros bordados en el corpiño, y pasó por la habitación de su amiga antes de ir a desayunar. Aún era temprano, y todo el mundo debía estar durmiendo, pero sabía que los pequeños ya habían estado haciendo de las suyas, pues los había oído llorar.

Ivette estaba sentada en su cama cambiándole el pañal a Mary mientras su doncella acunaba al pequeño Christopher. Cogió al pequeño entre sus brazos y comenzó a hacerle carantoñas.

—Qué bonito es —susurró mirándole con dulzura—. Es igualito a su padre.

—Yo aún no les veo el parecido, Beth. Pero desde luego sí protesta tanto como él.

Las dos amigas se echaron a reír, y Beth se sentó en la cama para coger a Mary mientras Ivette se acercaba al niño al pecho para alimentarle.

—Espero que no te moleste —dijo avergonzada.

—Pues claro que no, mujer. Es algo natural... y muy bello.

—Anoche descubrí que debo darle de mamar primero a Chris, porque Mary es una tragona y termina dejándole apenas sin leche.

—Es una campeona, como su madre. ¿Cómo te encuentras tú? —preguntó.

—Cansada, pero feliz. Stefan ha estado muy pendiente de mí toda la

noche, ayudándome con los niños, y ahora estará en su despacho durmiendo un poco.

Las dos amigas rieron ante la visión del duque tumbado en el sofá durmiendo con la baba caída.

—Es un hombre maravilloso, Ivy. Has tenido muchísima suerte.

—Es cierto, pero pretende tenerme recluida en la cama una semana, y terminaré por volverme loca. ¿Cómo van las cosas por la mansión? Me siento culpable por no atender a mis invitados.

—Mary les atendió en tu lugar. Anoche despidió a todos los invitados, y ella y tu tío han decidido quedarse unos días para ayudarte con los pequeños. Creo que solo quedo yo, que me iré mañana, en cuanto lo tenga todo listo.

—¿No puedes quedarte unos días más? Me sentará muy bien tu compañía.

—Qué más quisiera, pero mi padre ha sido muy tajante respecto a mi vuelta a casa.

—Vaya... así que te está tratando con mano dura...

—Desde que la reina le mandó a llamar para contarle mi castigo está insoportable. Creo que estoy empezando a temer más estar encerrada hasta que comience la temporada, que el pretendiente que pueda asignarme la reina.

—Ya te he dicho que ella no será demasiado dura contigo, solo quería que aprendieras la lección.

—Y lo he hecho, te lo juro. Después de aguantar las recriminaciones de Sutherland no pienso volver a desobedecer una orden de mis padres, mucho menos de la reina.

—¿Francis te ha estado molestando? —preguntó extrañada Ivy.

—No le culpo. Te puse en peligro por culpa de mis estúpidos caprichos, y él te tiene en muy alta estima. Pero gracias a Dios ya hemos firmado una tregua...

Beth se sonrojó al evocar de nuevo su encuentro con el duque, e Ivy la miró con una ceja arqueada.

—¿Y por qué te sonrojas? ¿Acaso él se propasó?

—¡No, claro que no! El duque es todo un caballero, ¿cómo se te ocurre?

—Te has puesto nerviosa, amiga. ¿Qué ocurrió entre vosotros dos?

—No tiene importancia, en realidad creo que lo hizo porque yo no

paraba de parlotear...

—Como estás haciendo ahora, Beth. Céntrate, por favor.

—Anoche el duque me besó.

—¿Te besó? ¿Francis te besó?

La cara de estupefacción de su amiga enfadó un poco a Beth.

—¿Acaso crees que no soy lo suficientemente bonita para que el duque quiera besarme? —protestó cruzando los brazos.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso?! Eres una mujer preciosa, y quien no está a la altura es él, no tú. Pero no entiendo que Francis hiciera algo tan...

—¿Inesperado? Créeme, yo estoy tan estupefacta como tú. Solo sé que me besó, y después de ello me propuso firmar una tregua. Estoy segura de que el beso fue para hacerme callar de alguna manera, así que no vamos a darle la menor importancia.

—Pero te besó —contestó Ivy con una sonrisa diabólica.

—Aunque así fuera, te recuerdo que ya estoy prometida a otro hombre, Ivette. No tendría sentido hacerse ilusiones con algo así.

—Tienes razón —contestó su amiga suspirando—. Pero deberías sentirte orgullosa de que soltero más codiciado de la alta sociedad haya querido besarte, aunque fuera para hacerte callar.

Media hora después, Beth entró en el comedor dispuesta a desayunar, pues se había entretenido con su amiga y su estómago empezaba a rugir en protesta. Anthony, el hermano menor de Stefan, era el único que se encontraba en la estancia, leyendo el periódico frente a una taza de humeante café.

—Buenos días, milord —dijo Beth con una sonrisa—. Veo que ha madrugado usted mucho.

—Buenos días, lady Hamilton. Suelo levantarme al alba, es una costumbre que adquirí en alta mar.

—Espero que haya conseguido descansar después de todo el trajín de la noche pasada.

—Créame, es la primera vez en semanas que he conseguido descansar toda la noche de un tirón. Ahora que mi madre está casada por fin, puedo respirar tranquilo.

—Debo darle mi enhorabuena por partida doble, entonces. El nacimiento de anoche es algo que también debe celebrar. Tiene usted unos sobrinos adorables.

—Cierto, mi querida cuñada lo ha hecho a lo grande —contestó

sonriendo—, y mi hermano está encantado.

El estómago de Beth decidió en ese momento sonar estrepitosamente, y el marqués se echó a reír a carcajadas.

—Lo siento milord, me levanté para desayunar, pero me entretuve con los pequeños demasiado tiempo.

Anthony se levantó de su asiento y retiró una silla para Beth.

—Vamos, siéntese y coma algo. Su estómago se lo agradecerá.

—Muchas gracias, milord.

El marqués le sirvió salchichas y huevos en un plato, y llenó su taza de té, lo que agradeció con una sonrisa. Mientras desayunaba, Beth observó atentamente a Anthony, que permaneció leyendo el periódico para darle tiempo a terminar. Si bien no era tan alto y esbelto como su hermano, poseía unos músculos bien marcados bajo la chaqueta. El color de su piel se había oscurecido debido a las innumerables horas que había pasado en alta mar, y su cabello ligeramente largo estaba recogido con un sencillo cordel de cuero. Tenía los ojos tan grises como su hermano, aunque resaltaban mucho más debido a su tez morena, y se le dibujaban dos hoyuelos en las mejillas cada vez que gesticulaba.

Parecía un auténtico pirata, y sabía de buena tinta que muchas jóvenes suspiraban cada vez que él aparecía en alguna reunión social. Incluso ella lo había hecho alguna vez... hasta que aparecía Sutherland para estropearlo todo.

—Apenas ha probado bocado, milady —dijo Anthony en ese momento—. Debería comer un poco más.

Elisabeth se sonrojó al verse descubierta en su escrutinio, pero sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que las emociones de la noche pasada aún me pasan factura, milord, y tengo el estómago cerrado. Con lo que he comido y el té es suficiente, gracias.

—Tal vez le apetezca dar un paseo por el jardín, entonces. Un poco de aire fresco le irá bien.

—Será un honor, milord.

Elisabeth se puso la capa que el lacayo le acercó y aceptó el brazo que el marqués le ofrecía. Se encaminaron hasta los hermosos jardines de la mansión, una preciosa alfombra de flores de múltiples colores creada especialmente para Ivette.

—Estos jardines son tan hermosos... —suspiró Beth— Espero que mi

futuro esposo me permita tener un jardín como este.

—Veo que se ha tomado el castigo de la reina con mucha calma.

—Créame, estoy hecha un manojo de nervios ante la idea. Pero Ivy está segura de que la reina será benévola conmigo, así que debo creer en su criterio.

—Victoria puede ser muchas cosas, pero no suele ser injusta. Su falta puede considerarse nada más que una chiquillada, y sé que al ver a mi cuñada a punto de morir aprendió la lección. No creo que la reina quiera castigarla. Solo intenta darle un escarmiento.

—Créame, para mí esto es un tremendo castigo. Soy curiosa por naturaleza, y esta incertidumbre me está matando.

—Quizás su majestad tiene en mente un pretendiente acorde con sus gustos, o alguien que considere digno de usted. No tema, estoy seguro de que estará encantada con su prometido.

Elisabeth comenzó a mirar a Anthony con otros ojos. ¿Por qué estaba tan seguro de que la elección de la reina sería la adecuada? Él estaba soltero... ¿Y si era él el elegido? Desde luego, Beth estaría encantada de ser la esposa de un hombre tan apuesto y educado. Lo poco que conocía de él era a través de Ivette, que le tenía por un hombre bueno y divertido. Rezó en silencio para que la reina le hubiese elegido a él por encima de todos los demás solteros de la corte.

Horas más tarde, Ivette se encontraba sentada en la cama de su habitación observando con adoración a su pequeño Christopher mientras se alimentaba. Su dulce boquita succionaba la leche mientras sostenía su pecho con la mano, como si temiese que su hermana se lo robase en cualquier momento. La pequeña Mary dormía en su cama después de su propio festín, y Sarah la acunaba cantándole una nana.

En ese momento, la reina entró en la habitación y se sentó junto a su dama de compañía. Pasó un dedo sobre el cabello pelirrojo del pequeño que sostenía en brazos, y sonrió.

—Mírale, tan posesivo como su padre —susurró—. Se sostiene como si fueran a quitarle el alimento de un momento a otro.

—Creo que ya ha aprendido que Mary es más fuerte que él —contestó Sarah riendo—. Parece más tranquila, pero sus berridos han conseguido que su madre la alimente a ella primero.

Ivette apartó al pequeño dormido de su pecho y se lo pasó a Sarah para

que le acostase en su cuna. Un par de sirvientas aparecieron en ese momento para llevar ambas cunas al cuarto de los niños, y las tres mujeres se quedaron solas.

—Quería hablar contigo, Ivette —dijo la reina—. Quiero conocer mejor a tu amiga Beth.

Sarah se levantó dispuesta a marcharse, pero Victoria se lo impidió con un gesto.

—Quédate, querida. No tienes que marcharte. Tú también podrás aportar algunas ideas sobre su carácter.

—Usted dirá, majestad —contestó Ivy.

—Has vivido mucho tiempo con esa muchacha, y aunque quiero darle un escarmiento, no pretendo hacerla desgraciada. ¿Sabes si ha puesto sus miras en algún joven esta temporada?

Ivette respiró al comprobar que la reina aún no había elegido a ningún caballero para Beth, pues tendría la oportunidad de influir en ella en favor de su amiga.

—Qué más quisiera, majestad —comenzó a decir—. El problema fue precisamente ese, ninguno de los jóvenes que se acercaban a ella le parecía lo suficientemente adecuado.

—Entiendo.

—Beth me confesó que quería encontrar a alguien como Stefan —reconoció la duquesa.

—¿Está enamorada de mi hermano? —preguntó Sarah sorprendida.

—No... claro que no —contestó Ivy—. Creo que más bien lo está de la relación que mantiene conmigo.

—Así que quiere a un hombre que se comporte con ella igual que Stefan hace contigo... —dijo la reina para sí—. No va a ser nada fácil, Stefan es un hombre muy peculiar. Pero lo intentaré.

La reina se levantó seguida de Sarah.

—Ahora debes descansar, querida. Después de dos nacimientos, tienes que estar agotada.

—No me encuentro cansada. A decir verdad, me encuentro en condiciones de volver a la vida normal.

—No digas tonterías, Ivette —contestó Sarah—. Debes permanecer en la cama al menos un par de días más.

La reina se marchó en cuanto tuvieron su equipaje preparado. Permaneció todo el camino hasta el castillo de Buckingham en silencio,

pensando en un marido adecuado para la joven Elisabeth.

—¿Qué te mantiene tan ensimismada, querida? —preguntó Alberto.

—Estoy pensando en la joven Elisabeth. Aún no he encontrado un marido adecuado para ella, y la temporada está a punto de comenzar.

—Ahora que lo dices, creo que yo sí he encontrado a alguien.

—¿En serio? ¿A quién?

—¿Qué te parece Francis?

—¿Francis? ¿Te has vuelto loco? ¡Esos dos se odian! Convertiría sus vidas en un infierno y no podría perdonármelo jamás.

—Yo no creo que se odien —contestó Alberto—. De hecho, el beso que se dieron anoche en las cocinas no tenía nada que ver con el odio.

—¿Se besaron? ¿Anoche?

—Así es. Los oí discutir desde el despacho de Stefan y fui a investigar por qué esos dos estaban levantados a esas horas de la madrugada. Cuando les encontré, Francis la estaba besando, Vicky. Y no fue un beso cualquiera, créeme. No creo que eso pueda llamarse odio, ¿no crees?

—Pero no la mancilló, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿Crees que lo hubiera permitido? Francis es muchas cosas, pero también un caballero.

—Tienes razón, querido. Francis es un caballero... y un candidato a tener muy en cuenta.

—Sin embargo, creo que deberías esperar un poco antes de decírselo a él, Vicky.

—¿Por qué? Cuanto antes lo sepa, antes se hará a la idea. Tiene la obligación de casarse, Alberto. Cumplirá con su deber.

—No lo digo por su aversión al matrimonio, sino por su relación con la joven.

—Acabas de decirme que se han besado, ¿no es así?

—Así es, pero hasta ahora no se soportaban, y él aprovechaba cualquier oportunidad para reprenderla por su comportamiento infantil.

—Es cierto...

—¿No crees que deberías esperar un poco para ver qué ocurre?

—Tienes razón. Aún es pronto para determinar si esos dos serán la pareja perfecta.

—Acaban de firmar una tregua, Vicky, déjales conocerse. Aún no se han dado la oportunidad de hacerlo, y si como creo, son tal para cual...

—Eres mejor alcahueta que yo, querido —contestó Victoria sonriendo

—. A partir de ahora voy a tener que pedirte consejo más a menudo en cuanto a relaciones sentimentales se refiere...

—Sabes que todo tiene un precio —ronroneó el príncipe atrapando a su esposa entre sus brazos—. Y creo que tenemos tiempo de sobra para que me pagues el precio de este consejo antes de llegar a casa...

—¿De verdad? ¿Y qué tienes en mente?

Alberto cerró las cortinas de su carruaje y se dedicó el resto del camino a explicarle con pelos y señales a Victoria la mejor manera de compensarle por hacerle el trabajo sucio.

Capítulo 4

Londres, febrero de 1852

Francis observaba divertido a Beth, que intentaba, sin éxito, esconderse detrás de uno de los enormes maceteros que adornaban el salón de baile de la condesa de Wess. Sus enormes faldas color turquesa sobresalían por ambos lados del adorno, que corría grave peligro de terminar hecho añicos sobre el suelo de mármol de la estancia.

Había firmado una tregua con ella meses atrás, pues se sentía culpable por su comportamiento, y sabía que la joven había terminado aprendiendo la lección. A decir verdad, creía que Elisabeth había madurado mucho después del intento de asesinato de Ivette, y ahora disfrutaba haciéndola rabiar cada vez que se encontraban en un acto social. Dispuesto a molestarla una vez más, se acercó a ella lentamente.

—¿Se puede saber qué hace ahí escondida, Lady Hamilton? —preguntó, consiguiendo que ella se sobresaltase.

—¡Por dios santo, excelencia! ¡Casi me da un infarto! —contestó ella llevándose una mano al pecho— Váyase, o conseguirá que me descubra.

Beth volvió a su posición tras el florero, y le hizo señas con la mano para que se marchara. Francis no se inmutó ante los aspavientos de la muchacha, y se asomó por encima de su hombro para mirar en la misma dirección.

—¿Y se puede saber de quién nos estamos escondiendo? —susurró.

—De mi prometido.

La confesión pilló a Francis por sorpresa, pues no tenía constancia de que la reina hubiese firmado por fin el compromiso. Sintió una punzada en el pecho que no supo identificar, pero permaneció impasible.

—¿Y serías tan amable de decirme quién es el afortunado?

—Aún no lo sé, pero apuesto a que él sí tiene conocimiento sobre mi identidad.

—¿No lo sabe? ¿Cómo que no lo sabe?

Elisabeth bufó ante las preguntas de su indeseado acompañante, que rio por lo bajo.

—Las señoritas no bufan, milady.

—Los duques no suelen ser tan obtusos, excelencia.

—Entiendo que la reina ha encontrado por fin a un candidato con la fuerza de voluntad suficiente para saber domesticarla.

—¿Domesticarme? ¡No soy una yegua! Y no sé si ha encontrado a un pretendiente adecuado o no, milord.

—¿Entonces qué demonios hace aquí husmeando?

—Intento ver con qué caballeros entabla mi padre conversación. Alguno de ellos debe ser mi prometido.

—¿No dice que la reina no le ha elegido aún?

—¿Acaso está ebrio, excelencia? Estoy hablando muy claro y no deja de preguntarme lo mismo una y otra vez.

—¡Mil perdones, milady! Parece ser que no tengo la inteligencia suficiente para descifrar el batiburrillo de palabras que suelta por la boca.

Beth inspiró hondo para conseguir calmarse. Sabía que Francis intentaba molestarla, y esta vez no pensaba darle el gusto.

—La reina dijo que estaría casada al final de la temporada —continuó.

—La cual acaba de empezar.

—Exacto, por lo que no queda mucho tiempo para ello, ¿verdad? La reina ya debe haber escogido a un pretendiente.

—Pues sí, creo que lo ha hecho —dijo Francis señalando hacia el padre de la joven—. Creo que ha elegido al joven Steve Doyle, conde de Swan.

Beth abrió los ojos como platos al ver al caballero que hablaba con su padre. Era incluso más bajo que ella, enjuto y de tez blanquecina. Llevaba el pelo engrasado pegado a la frente, y el traje que lucía debía ser un par de tallas más grandes que él. ¿En serio la reina había pensado casarla con ese muchacho? Miró a Francis con pavor en los ojos, y el duque no pudo aguantar la risa por más tiempo. Estaba tan graciosa ahí parada pensando en su mala fortuna...

—¿Qué le parece tan gracioso? —protestó Beth.

—¿En serio cree que la reina la casaría con ese pelele?

—Lo ha dicho usted, excelencia.

—Solo bromeaba, pequeña. Ha sido grandioso ver tu cara de terror al creer que Doyle era tu prometido...

—¡Es usted el mismísimo demonio!

Beth se recogió las faldas con energía y se alejó de allí con la barbilla muy alta, no sin antes desestabilizar el jarrón que le había servido de parapeto, que tuvo la suerte de ser salvado por el duque, que veía venir el desastre desde que la encontró. Francis rio, siguiéndola con la mirada hasta un grupo de damas que se encontraba al otro lado del salón, y vio con satisfacción cómo la muchacha le miraba de reojo antes de entablar conversación con sus acompañantes.

Se acercó entonces a su amigo Anthony, marqués de Huntington, que estaba algo angustiado rodeado de féminas. En cuanto le vio acercarse, se relajó, porque sabía que Sutherland era un bocado mucho más apetitoso que él... dado su título y su fortuna.

Las matronas se volvieron con la codicia dibujada en el rostro, pero Francis las despachó sin contemplaciones.

—Señoras, si nos disculpan, el marqués y yo tenemos asuntos importantes que atender —ordenó, alejando a las mujeres en el acto.

—¿Cómo lo haces, Fran? —protestó Anthony—. Llevo una eternidad rechazando ofertas veladas de matrimonio y no se dan por aludidas.

—Es simple, amigo mío. Un poco de mano dura y audacia.

—Estoy cansado de que me ofrezcan a las debutantes en bandeja, como si se tratase de un buen asado.

—La culpa es de tu hermano. Si él no hubiese salido del mercado matrimonial, no nos tocaría a ti y a mí lidiar con las matronas.

—Como si tú no hubieses hecho lo mismo de estar en su pellejo...

—*Touché*. Ivette es una auténtica joya. Lástima que no existan en Londres más mujeres como ella.

—Te he visto muy ocupado hace un momento con la joven Elisabeth —le provocó su amigo.

—Ni loco me acercaría a ella con la intención de cortejarla. Simplemente le tomaba el pelo, me gusta hacerla rabiar de vez en cuando.

—Si tú lo dices...

—Además, la reina ha fijado ya su compromiso. Es el castigo que tendrá que pagar por poner en peligro a tu cuñada.

—Sigo pensando que Ivette es tan culpable como ella, y debería recibir un castigo similar.

—Ivette es víctima de lady Hamilton y sus maquinaciones—protestó Francis.

—Ella fue quien decidió desobedecer a mi hermano, no lo olvides. Nadie le puso un puñal en el cuello para hacerlo.

—Tienes razón, pero aprendió la lección. Stefan estuvo semanas sin dirigirle la palabra, y la pobre muchacha lo pasó realmente mal.

—Mi hermano debió ser más duro con ella, por su culpa casi los matan.

—Tony, ella no tuvo la culpa de que esos canallas entrasen en su casa por la fuerza.

—Tienes razón, pero aun así mi hermano tiene más paciencia que un santo.

—Por cierto, ¿cómo está Stefan?

—Encantado con su vida en el campo. Ivette y él llegarán mañana a la ciudad para pasar la temporada. Deberías ver a los pequeños, han crecido mucho en estos meses.

—Estoy deseando volver a verlos, no he podido escaparme a *Lifford Manor* desde la boda de tu madre, y te aseguro que Ivette me lo reprochará en cuanto me vea.

—¿Y a ti, amigo? ¿Cómo te van las cosas?

—Mientras mi madre no empiece a incordiarne con la necesidad de un heredero para el título, todo irá a las mil maravillas. Ahora de quien debo preocuparme es de mi hermana. Debo encontrarle un buen esposo.

—Esta será su segunda temporada, ¿no es cierto?

—Así es, pero es demasiado obstinada y no acepta a ninguno de sus pretendientes.

—Quizás está enamorada de algún muchacho, no seas muy duro con ella.

—¡Pues que hable, maldita sea! ¿Acaso cree que soy un ogro? Haría lo que fuera con tal de verla feliz.

—Quizás deberías decírselo. Tal vez se digne a contarte quién es el afortunado.

—Quizás tengas razón. No sé muy bien cómo hablar con ella. Ha crecido demasiado deprisa para mi salud mental.

—Ya no es ninguna niña, tiene dieciocho años.

—¿Crees que no lo sé?

—Pues ya es hora de que lo aceptes, amigo.

En ese momento, un lacayo se acercó a Francis con una misiva.

—Discúlpeme, excelencia, es de suma importancia.

Francis miró la nota con una ceja arqueada al ver el sello real, y tras

despedir al lacayo, la leyó atentamente.

—¿Problemas? —preguntó Anthony.

—La reina quiere verme de inmediato —contestó Francis cerrando la nota—. Nos veremos después.

—Suerte entonces. Si Victoria solicita tu presencia a estas horas, debe ser muy importante.

Después del encuentro con el duque de Sutherland, lo que Beth menos deseaba era permanecer en el salón de baile por más tiempo. Desde su beso, hacía ya unos meses, se habían terminado los reproches, pero Francis no perdía la ocasión de burlarse de ella cada vez que se encontraban. Y por desgracia eso ocurriría muy a menudo a partir de ese momento, pues se encontrarían en cada baile y cada evento social hasta que terminase la temporada. Ojalá Ivette llegase pronto. Era la única capaz de mediar entre ellos dos con la seguridad de que Francis haría caso de sus palabras.

Se dejó caer en una silla con un suspiro. La echaba tanto de menos... No se veían desde el nacimiento de los mellizos, y estaba deseando que su amiga llegase a la ciudad. Sentía una opresión en el pecho que aumentaba a cada día que pasaba, y necesitaba que Ivy la tranquilizase respecto a su inminente boda. La reina no le permitiría conocer la identidad de su prometido hasta la ceremonia, estaba segura, y la incertidumbre iba a terminar destrozando sus nervios. Llevaba todo el otoño intentando averiguar quién sería el afortunado, pero no consiguió ningún indicio de ello por más que se esforzó. O bien el caballero en cuestión sabía muy bien cuál era su castigo, o bien la reina aún no había elegido al muchacho adecuado.

—¿Se aburre, milady?

Elisabeth levantó la cabeza para encontrarse con los increíbles ojos grises del marqués de Huntington.

—En absoluto, milord. Simplemente estoy un poco cansada después de tres noches seguidas asistiendo a bailes.

—En ese caso, tal vez le apetezca pasear conmigo durante la próxima polca. Reconozco que no soy muy buen bailarín, y agradecería el honor de disfrutar de su compañía durante el próximo baile.

—Será un honor, milord.

Elisabeth aceptó el brazo que el marqués le ofrecía, y caminaron juntos alrededor del salón de baile.

—Tengo entendido que está organizando un viaje a las Américas,

milord —comenzó a decir ella.

—Así es, mi estancia en este bello país ha sido demasiado breve, pero tengo unos asuntos de suma importancia que atender en California antes de volver definitivamente a Londres para cumplir con mis obligaciones como marqués.

—Se acabaron sus travesías en alta mar, ¿no es así?

—Eso me temo. Desde que Stefan sentó la cabeza, mi madre no deja de incordiarme con que debo hacer lo mismo, y creo que tiene razón. En cuanto vuelva a casa seguiré los pasos de mi hermano.

—Tiene la suerte de poder elegir. Yo ni siquiera sabré quién es mi prometido hasta el día de la boda.

—Reconozca que la reina ha sido indulgente con usted.

—Lo sé, si su majestad no tuviese en tan alta estima a Ivette, no sé lo que habría podido pasar.

—Conozco a Victoria, y le aseguro que velará por sus intereses al buscarle un prometido adecuado. No se preocupe.

—Es fácil decirlo, milord, pero no puedo dejar de imaginarme casada con el hombre más detestable de la corte.

—No sea exagerada. La reina no es tan despiadada, ¿sabe? Quizás se sorprenda con su elección.

Elisabeth sonrió. Cada vez estaba más segura de que Anthony era el elegido, y por eso la animaba a tranquilizarse. No le importaría estar casada con el marqués de Huntington, era un hombre apuesto y divertido, y estaba segura de que su vida en común sería un camino de rosas. Sí, definitivamente Beth estaría más que dispuesta a contraer matrimonio con el marqués.

—Quizás tenga razón, milord —contestó con una sonrisa coqueta—. Quizás la reina elija exactamente al hombre más adecuado para mí. Y dígame, ¿ya tiene alguna candidata en mente para ser su futura esposa?

—Eso creo —contestó sonriendo—. Solo espero llegar a tiempo para mi boda.

—¿Acaso fijó ya la fecha?

—Algo así.

—Creo que si se retrasa, ella estaría encantada de esperarle en el altar.

Francis llegó al palacio de Buckingham media hora después. Un lacayo le esperaba en la puerta de entrada, y le guio hasta el despacho de la reina de inmediato. Victoria estaba sentada en una otomana junto al fuego, con una

copa de vino en la mano, y le sirvió otra a él en cuanto le vio entrar.

—Que nadie nos moleste, Phillips —ordenó al lacayo, que con una reverencia salió de la estancia.

—¿Qué ocurre, Vicky? ¿Qué es eso tan importante como para que me cites a estas horas tan intempestivas? —preguntó Francis sentándose frente a ella.

—No seas melodramático, sabía que estabas en el baile de la condesa de Wess pasándotelo de maravilla.

—Solo llevaba a cabo mi papel como duque de la corte, nada más. No me lo pasaba de maravilla.

—Tengo entendido que disfrutabas sacando de quicio a lady Hamilton.

—Solo un poco. Es muy susceptible y me divierte hacerla enfadar.

Francis se percató de que su querida amiga estaba demasiado ensimismada observando su copa de vino.

—¿Qué ocurre, Vicky? Te noto preocupada, y me estás preocupando a mí también.

—He estado pensando mucho en ti últimamente, y tengo algo que decirte. Mañana Alberto y yo viajaremos a Alemania para asistir a la boda de su primo, y quería que lo supieses antes de marcharme.

—¿Debo preocuparme?

—En absoluto, es algo bueno para ti.

—Muy bien, soy todo oídos.

—Tienes ya treinta y cuatro años, Fran. Ya has disfrutado de tu soltería, y es hora de que busques una esposa.

—¡Por favor! ¿Tú también? —protestó él— Que Stefan se haya casado no significa que yo tenga que hacerlo, y sinceramente, ya tengo bastante con mi madre incordiándome con ese tema.

—Te quiero, Fran, sabes de sobra que eres uno de mis mejores amigos, pero esta vez debo darle la razón a tu madre.

—Muy bien, durante la temporada buscaré a una joven para casarme. ¿Satisfecha?

—Ni lo más mínimo. Te conozco, y sé que estás diciendo lo que quiero oír para que te deje tranquilo. También sé que no piensas buscar esposa por tu cuenta, y por eso he decidido buscártela yo misma.

—No estarás hablando en serio... ¿Qué he hecho para que me castigues de esa manera, Vicky? No me he acostado con tus damas de compañía, y lo sabes. Te hice una promesa y la he cumplido.

—No te estoy castigando, solo quiero que seas feliz en tu matrimonio, y sé que la mujer que he elegido para ti es la adecuada. Sois tal para cual, te lo aseguro.

—No me hagas esto, Victoria, por favor. No estoy preparado para casarme aún. Dame más tiempo.

—Aún no vas a casarte, Fran, al menos no hasta que termine la temporada social.

—¿Y quién es ese dechado de virtudes que se convertirá en mi esposa?

—Elisabeth Hamilton.

Francis casi se atraganta con el vino al escuchar el nombre de la ingobernable amiga de Ivette, y escupió el líquido sobre el fuego de la chimenea.

—No, Vicky, ni hablar. Me niego en rotundo, ¿me oyes? Esa muchacha es insoportable, caprichosa, malcriada... La mataría antes del amanecer en nuestra noche de bodas, te lo aseguro. Debe haber otra mujer disponible para mí, a ser posible que sea obediente y tranquila.

—Fran, esa muchacha es perfecta para ti. Es muy bonita, y con un poco de mano firme será una esposa inmejorable.

—¿Es que no te has dado cuenta de que no nos soportamos?

—Siempre que os he visto parecíais estar a gusto juntos.

—Eso es porque firmamos una tregua por el bien de Stefan e Ivette. Fingimos soportarnos, aunque te aseguro que no es así.

—Tienes seis meses para convencerla de lo contrario, entonces.

—¿Estás de broma? ¡En cuanto se entere de que me has elegido a mí, me hará la vida imposible!

—Ella no debe saber que eres su prometido hasta el día de la boda, así que juegas con ventaja.

—¿Por qué la has tomado conmigo? Anthony también está soltero, es tan buen pretendiente para ella como yo, y se llevan a las mil maravillas.

—Anthony ya tiene puestas las miras en una mujer, que a mi parecer es más que adecuada para él. En cuanto vuelva de su viaje a las colonias pedirá su mano.

—¿Y quién es esa mujer, si puede saberse?

—Lo sabrás a su debido momento. Ahora, sé buen chico y cumple con lo que te pido.

—Te juro que buscaré esposa, Vicky, te juro que antes de terminar la temporada estaré casado, pero por favor, busca a otro pretendiente para esa

muchacha.

—Ni hablar, he tomado una decisión al respecto y no pienso cambiar de opinión. Te aseguro que terminarás por agradecerme mi intervención en este asunto, Fran, aunque ahora estés enfadado conmigo.

—Pero Vicky...

La reina levantó la mano, y Francis tuvo el buen tino de cerrar la boca. Por muy amigos que fueran, Victoria no dejaba de ser su monarca, y debía obedecer sin rechistar.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, porque tengo la sensación de que vamos a arrepentirnos todos de esta maldita decisión.

—Llevo meses dándole vueltas al asunto, no es una decisión que haya tomado a la ligera. Alberto me lo insinuó el día de la boda del duque de Hamilton, y desde entonces os he estado observando muy detenidamente a ambos.

—Recuérdame que le dé las gracias a tu querido esposo —protestó con ironía.

—Los dos queremos lo mejor para ti, ¿no te das cuenta?

Francis se levantó de su asiento con un suspiro de derrota.

—Muy bien, haré lo que me pides.

—No tenía ninguna duda de ello.

—Pero no te prometo que vaya a salir bien.

—Te aseguro que saldrá a pedir de boca. Créeme, soy más vieja que tú.

—Solo unos meses, no seas tan creída. Solo espero tener tiempo suficiente para ganarme su confianza y su amistad, no me gustaría vivir con una mujer que me odia.

—Debes darte prisa. Tienes hasta que termine la temporada, os casaréis el otoño que viene.

—¡Magnífico! ¡Encima debo trabajar a marchas forzadas! ¿Alguna sorpresita más, Vicky?

—Creo que por hoy es suficiente —contestó su amiga con una risita al ver la indignación de su amigo.

—Puedes decir lo que quieras, pero tengo la sensación de que me castigas por algo, aunque solo Dios sabrá por qué.

—¿No puedes verlo como un premio?

—¡Claro que no! ¡Porque no lo es!

—Fran, eres como Stefan, y como él, necesitas en tu vida a una mujer que te lleve de cabeza. No soportarías una vida aburrida con una mujer

obediente y sumisa.

—En eso tienes razón.

—Elisabeth Hamilton será una buena esposa para ti, te lo aseguro. Y ahora márchate, tengo que descansar para el viaje de mañana.

Francis besó en la mejilla a su amiga antes de dirigirse hasta la puerta.

—Disfruta de Alemania, nos veremos a la vuelta —susurró.

—Suerte con tu nueva misión, Fran. Vas a necesitarla.

El duque salió del palacio con el peso del mundo sobre sus hombros. Debía casarse, ¡y con la ingobernable Elisabeth nada menos! Cuando puso en peligro a Ivette le dieron ganas de ahorcarla con sus propias manos por ser tan irresponsable y caprichosa, y ahora debía pasar con ella el resto de su vida. Reconocía que la muchacha era preciosa, y su mata de rizos caoba le volvía loco, pero de ahí a casarse con ella...

Suspiró. A fin de cuentas, su destino no era distinto del de su amigo Stefan, y a él le había ido muy bien en su matrimonio concertado. Debía lograr que Elisabeth dejase de odiarle, y si era posible, ganarse su favor. Iba a ser una tarea ardua, pero con un poco de persuasión, tal vez su vida no fuese tan desastrosa después de todo.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, Beth se levantó llena de alegría e ilusión. En pocas horas volvería a ver a su amiga del alma, y tenía unas ganas enormes de abrazarla y contarle todas las novedades de la aristocracia. Se desperezó y llamó a su doncella, como cada mañana, pero su madre la sorprendió entrando en la habitación con una sonrisa.

—Buenos días, mamá. ¿Qué haces levantada tan temprano?

—Buenos días, querida, tenía una cita a primera hora en la tienda de sombreros.

—¿Qué traes ahí? —preguntó su hija el sobre y el paquete que traía en las manos.

—Un mensajero lo ha dejado para ti.

—¿Para mí? —preguntó extrañada.

—¿Acaso no sabes qué día es hoy? ¡Es San Valentín! Apuesto a que es de tu prometido.

—¿Mi prometido, mamá? ¿Tú le conoces?

—No, pero me encantaría saber de quién se trata. Aunque conociendo a tu padre, creo que yo le conoceré el mismo día de la boda. Hará cualquier cosa para llevar a cabo los designios de su majestad, y sabes que yo soy incapaz de guardar un secreto.

—Lo sé. Lo he heredado de ti.

Beth abrió primero el pequeño paquete envuelto en seda color marfil para descubrir una sencilla cadena de plata de la que colgaban una llave, una perla rosada y un corazón de plata con pequeños grabados florales.

—El caballero tiene un gusto exquisito, querida —dijo su madre—. Ven, déjame que te lo ponga.

Mientras su madre colocaba el collar alrededor de su cuello, Beth abrió el sobre adornado con filigranas de seda y flores secas, dentro del cual encontró un saquito lleno de esencias perfumadas de Eugene Rimmel, el perfumista más reputado de todo Londres. No había ni una nota, ni una pista

de quién podía ser su misterioso enamorado, solo un breve poema grabado en el sobre de las esencias.

*“Si este mundo cortaras en dos,
lo encontrarías lleno de amor por ti”*

Estaba segura de que un regalo tan delicado solo podía ser de parte de alguien tan refinado como el marqués de Huntington. Saltó de su cama con una sonrisa y hurgó en su armario hasta encontrar la caja donde guardaba todos sus tesoros desde que era niña, para guardar en ella el saquito de esencias junto con el precioso sobre. Su madre la miraba desde la cama con cariño, agradecida porque su hija por fin hubiese aceptado el destino al que ella sola se había condenado.

—Veo que te ha gustado el regalo —comentó.

—Es precioso, mamá. Estoy segura de que alguien con tan buen gusto debe ser un hombre bueno y amable.

—¿Acaso tienes alguna sospecha sobre quién es tu pretendiente?

—La verdad es que sí. Todo indica a que es el marqués de Huntington.

—¿Huntington? Es muy buen partido. Tiene título, fortuna, y además es muy apuesto.

—Hablé con él un par de veces sobre mi compromiso, y siempre me dijo que me tranquilizase, que la reina elegiría a alguien adecuado.

—Eso no quiere decir nada, tesoro.

—Lo sé, pero anoche paseé con él en el baile de la condesa y me dijo que en cuanto volviese de su próximo viaje contraería matrimonio.

—¿Eso dijo? Bueno, Beth, no significa necesariamente que sea contigo. No quiero que te llesves una desilusión cielo...

—Pero mamá... todo encaja. Volverá al finalizar la temporada, justo cuando yo debo casarme.

—Beth... Créeme, sería la madre más orgullosa del mundo si te casaras con el marqués, pero nada de lo que ha dicho te asegura que seas tú la que va a hacerlo.

Su madre cogió las manos de Beth entre las suyas.

—Prométeme que tendrás cuidado con esas fantasías, Beth. No quiero que termines herida por haber creado en tu mente un cuento de hadas que no se haga realidad.

—Lo prometo.

—Ahora, vístete, vamos a desayunar.

Beth pasó toda la mañana ocupada con la correspondencia, misión que le había encargado su padre meses atrás para tenerla entretenida en algo que no fuese meterse en problemas. Por la tarde, la muchacha se puso un vestido azul con mariposas en el borde y las mangas, para acudir a su cita en casa de Ivette. Aunque su amiga estaba en el campo, días antes le había enviado una invitación a tomar el té a las cuatro, así que se montó en su carruaje dispuesta a encontrarse con la duquesa. En cuanto el mayordomo la hizo pasar a la salita, ambas amigas se fundieron en un caluroso abrazo.

—¡Cuánto me alegro de verte, Beth! —exclamó Ivette cogiendo sus manos— ¡Mírate, estás radiante!

—Y tú estás tan bella como siempre. ¿Dónde están los mellizos?

—Durmiendo la siesta. Más tarde te llevaré a verlos, han crecido muchísimo. Siéntate, eres la primera en llegar.

—Lo siento —dijo avergonzada.

—No digas tonterías. Me alegro mucho de tenerte aquí.

La mirada de Ivy se posó en el colgante que llevaba al cuello, y Beth lo apretó inconscientemente en el puño con una sonrisa.

—¿Y ese colgante? —preguntó su amiga con picardía— No recuerdo haberlo visto antes.

—Esta mañana he recibido una misiva de mi prometido junto a este collar.

—Es cierto, hoy es San Valentín. Stefan me ha enviado un enorme ramo de rosas junto a mi tarjeta, y me ha prometido que esta noche me dará mi regalo.

—Conociéndole seguro que es algo precioso.

—Y dime... ¿Qué ponía en la nota?

—No había nota alguna. Solo un saquito de esencias Rimmel y acompañado de un poema.

—Quizás es de Francis... —bromeó Ivette.

—¿De ese patán? Imposible.

—Te besó, ¿no es así?

—Para que dejase de hablar.

—Si tú lo dices...

—Yo creo que es de mi prometido. Parece que Victoria ya ha elegido al candidato adecuado y se lo ha hecho saber.

—¿Sabes ya de quién se trata?

—Me temo que no, Ivy. Por más que he indagado, mi padre no suelta palabra. Ojalá pudieras averiguar algo, necesito saber quién es.

—Yo soy la última persona a quien la reina confesaría su identidad, Beth. Sabe de sobra que soy incapaz de mantener la boca cerrada.

—Eso me temía.

—De todas formas, le preguntaré a Stefan a ver si él sabe algo. Con un poco de persuasión femenina, apuesto a que me lo dirá.

Poco después, Sarah y Mary entraron acompañadas de Eleanor, la hermana pequeña del duque de Sutherland, con quien Beth había entablado una bonita amistad. Aún no entendía como una mujer tan buena y de carácter dulce podía ser hermana de un hombre tan desagradable como él, pero los caminos del Señor eran inescrutables. Las mujeres disfrutaron de la velada bebiendo té y comiendo dulces, sin la presión de los odiosos corsés.

—¿Cómo le va la vida en Edimburgo, excelencia? —preguntó Beth a la duquesa de Hamilton.

—Aún no termino de acostumbrarme a tanto frío. Mi marido es capaz de bañarse en el río al amanecer como un colegial, y sin embargo yo no soy capaz de sacar un pie de la cama hasta que el sol no despunta bien alto.

—Te acostumbrarás, mamá, ya lo verás —dijo Sarah.

—No sé, hija. Tal vez intente convencerle de que nos mudemos a Londres. Sé que no le hará gracia la idea, pero hará cualquier cosa por hacerme feliz.

—El tío James es un hombre enamorado, Mary —bromeó Ivette—, seguro que cumple todos tus deseos.

—Ahora le ha dado por decir que quiere un hijo. ¿Te imaginas? ¡Embarazada a mi edad!

—Tampoco es que seas una anciana, mamá —protestó Sarah—. Y me encantaría tener un hermanito con quien Andrew pudiese jugar.

—Ya tiene dos primitos de lo más encantadores, Sarah. No necesita a nadie más.

—El duque necesita un heredero, excelencia —añadió Eleanor dando un toque de cordura a la conversación—. Creo que le corresponde cumplir su deseo.

—Le daré un hijo... cuando acceda a mudarse a Londres.

En el despacho de Stefan, Francis se movía como un león enjaulado, ante la divertida mirada de su amigo, que le observaba desde su mullido

sillón.

—¿Quieres calmarte? —dijo Stefan riendo— Vas a hacer un surco en el suelo, y te aseguro que Ivette te matará por estropear el mármol que acabamos de poner.

—Tengo algo importante que contarte. Pero antes sirve una copa para ambos. Creo que la necesitarás tanto como yo.

Stefan sirvió dos copas de whisky y le entregó una a su amigo antes de tomar asiento relajadamente en el sofá.

—¿Y bien? —preguntó— ¿A qué viene tanto misterio?

—Ayer Victoria me citó en el palacio para hablar conmigo de algo muy importante.

—¿Ha pasado algo?

—Una catástrofe. Me ha ordenado casarme.

Su amigo casi se atraganta con el licor ante la carcajada que escapó de su boca. Francis permaneció mirándole molesto hasta que Stefan consiguió controlarse un poco.

—Te parece muy gracioso, ¿verdad? —protestó.

—¡Vamos, hombre! El matrimonio no es tan malo después de todo.

—Eso lo dices porque no te he dicho quién es la novia.

—Mientras no sea Elisabeth Hamilton...

Su amigo dejó la copa a mitad de camino de su boca al ver la cara de Francis, y volvió a reírse. Se sujetaba el estómago, incapaz de parar las carcajadas, y cada vez que levantaba la vista hacia él, estas volvían con mayor intensidad.

—Es ella, ¿no es cierto? —dijo cuando pudo calmarse— Victoria te ha prometido con Beth.

—Me alegra que te diviertas tanto a mi consta, Stefan, pero no tiene ni pizca de gracia.

—Mirándolo bien, sí que la tiene.

—¿De qué lado estás?

—Tranquilízate, hombre, no es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¡Tengo que casarme con la última mujer sobre la faz de la tierra a quien elegiría por esposa!

—¿No crees que estás exagerando? Es cierto que Beth es un poco... peculiar, pero es muy bonita, y ha madurado mucho en los últimos meses.

—¿Madurado? Ayer se dedicó a espiar desde su escondrijo tras un macetero a los caballeros que hablaban con su padre para encontrar a su

prometido.

Stefan estalló nuevamente en carcajadas ante la visión de la joven Beth a la caza de su misterioso pretendiente.

—¿Te parece gracioso? Pues verás lo graciosa que será mi boda, cuando esa delincuente me encuentre parado frente al altar.

—Beth no se atreverá a montar un circo el día de su boda, mucho menos frente a Victoria.

—Yo no estoy tan seguro de eso, Stefan.

—Reconoce que te gusta.

—Me encanta —ironizó—. Es una auténtica belleza... con una lengua viperina e ideas descabelladas.

—Míralo de esta forma: tu vida no será en absoluto aburrida.

—Tienes razón, moriré de un infarto antes de cumplir los cuarenta.

—¿Y qué tal si en vez de compadecerte de ti mismo intentas que se enamore de ti?

—¿Beth? ¿Enamorarse de mí? Has perdido la cabeza, Stefan. ¡Si apenas reaccionó cuando...

Francis calló en seco al darse cuenta del error que había estado a punto de cometer, pero no sirvió de nada.

—¿Apenas reaccionó cuando qué, Fran?

—Olvídalo.

—¿Cuando qué?

El duque suspiró antes de dejarse caer junto a su amigo en el sofá y arrancarle la copa de la mano, pues hacía rato que había dado fin a la suya propia.

—La besé, ¿de acuerdo? La besé y no reaccionó.

—Así que la besaste...

—Solo para hacerla callar.

—Pero la besaste —contestó Stefan con aire triunfal.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Yo nunca he ido por ahí besando a las damas solo para hacerlas callar.

—Intentaba firmar una tregua con ella y no dejaba de parlotear. ¿Qué querías que hiciera?

—Tal vez tapar su boca con la mano sería una opción más normal. O alzar la voz para hacerte oír. Esas serían dos buenas opciones, Fran, pero besarla...

—No se me ocurrió.

—No intentes engañarme, y de paso, deja de engañarte a ti mismo.

—No sé de qué demonios estás hablando.

—Besaste a Beth porque deseabas hacerlo, y aprovechaste para ello la primera excusa que tuviste a mano.

—Esa mujer me saca de quicio.

—Tal vez... pero te gusta lo suficiente para besarla, así que deja de quejarte por la decisión de Victoria, porque ambos sabemos que es la más acertada.

—Es vuestra opinión, no la mía.

—Yo que tú, intentaría que esa muchacha dejase de odiarte y que, al menos, sintiera algo de aprecio por ti, porque de lo contrario tu vida va a empezar siendo muy movidita.

—¿Y cómo demonios consigo que deje de odiarme?

—Empieza a comportarte como un caballero, no como un cretino.

—Yo no me comporto como un cretino.

—Ah, ¿no? Cada vez que cruzas dos palabras con ella es para sacarla de quicio, o para echarle en cara su comportamiento de la temporada pasada.

Francis agachó la cabeza ante a reprimenda de su amigo, pero sabía que tenía toda la razón.

—Sé educado con ella —continuó Devonshire—. Invítala a pasear al parque, trátala con respeto, préstale atención.

—Esta mañana le envié un presente por San Valentín —reconoció—. Supuse que era lo adecuado dadas las circunstancias.

—Y luego dices que ese beso no significó nada...

—Ni siquiera sabe que es mío, Stefan.

—Pero lo sabrá a su debido momento, ¿no es así?

—Tal vez... Aunque de todas formas pienso que nada de lo que haga funcionará para ganarme su afecto.

—No lo hará si sigues compadeciéndote de ti mismo y no lo intentas.

—Para ti es muy fácil decirlo. Ivette es una dama delicada y dulce que no te da dolores de cabeza.

—¿Ivette delicada y dulce? —dijo su amigo con una carcajada— Créeme, Ivette es tan capaz como Beth de darme dolores de cabeza, incluso más que ella. Pero está en mi mano saber lidiar con ellos sin herir sus sentimientos en el proceso. Vamos, las damas nos esperan en el salón. Debo llevar a mi madre y a mi hermana a sus respectivas casas.

—¿Dónde andan James y Andrew?

—James se ha quedado unos días más en Edimburgo para ocuparse de unos asuntos, y mi cuñado está ayudando a mi hermano con su viaje.

—¿Sabe ya cuando se marcha?

—En un par de semanas. Quiere volver cuanto antes para convertirse en un hombre honrado.

—Algo me comentó Victoria. ¿Sabes algo al respecto?

—Nada, me temo. Mi hermano guarda el nombre de su dama con sumo celo.

—Al menos él será feliz con su esposa. Yo tendré que conformarme con buscarme una buena amante para que caliente mi cama.

—Créeme, si lo intentas, Beth te arrancará la piel a tiras.

Ambos duques se reunieron con las damas en el salón. Francis estaba dispuesto a hacer caso de los consejos de su amigo, así que se acercó a Beth con la intención de ser educado y amable con ella, aunque la hiel se le atascase en la garganta.

—Buenas tardes, milady. ¿Ha disfrutado de la velada? —dijo con una exquisita reverencia.

La joven se le quedó mirando como si le hubiesen crecido tres cabezas, pero sonrió educada y respondió a su reverencia.

—Buenas tardes, excelencia. Así es, siempre es refrescante pasar un buen rato charlando con mis amigas.

—Mi hermana está encantada con la vuelta de Ivette. Apuesto que a usted le ocurre lo mismo.

—Así es. Es mi mejor amiga, y disfruto muchísimo de su compañía, aunque he de reconocer que su hermana también se ha convertido en una amiga muy especial para mí.

—Me alegra oír eso. Ella también la tiene en muy alta estima.

—Aunque me encuentro muy a gusto hablando con usted, debo marcharme. Mi padre se ha vuelto muy autoritario esta temporada y me castigará si no llego a casa a tiempo.

—¿Me permite acompañarla a casa? Debo pasar por allí para dejar a mi hermana en casa de mi madre.

—No quiero causarle molestias, excelencia. Volveré en el coche de los Devonshire.

—No es molestia, lady Hamilton. Será un placer escoltarla.

Beth se quedó mirándole sorprendida, y la verdad es que no era para

menos, pero si quería ganarse su favor no tenía tiempo que perder.

—¿A qué debo el honor de sus buenas maneras, excelencia? —dijo la joven mirándole con una ceja arqueada.

—No la entiendo, milady. —disimuló él.

—En condiciones normales habría comenzado con sus pullas para hacerme enfadar, y sin embargo está siendo cortés y educado conmigo. No entiendo este cambio de actitud.

—He sido demasiado descortés con usted estos días, lady Hamilton. Le pedí una tregua en la boda de los duques de Hamilton, y en vez de intentar llevarme bien con usted, no he parado de incordiarla para mi propio divertimento.

—Es cierto, ha sido usted odioso la mayor parte del tiempo.

—Ahora me doy cuenta de ello, y espero que acepte mis disculpas.

—Por supuesto, excelencia. Siempre que no vuelva de nuevo a las andadas, por supuesto.

—Lo prometo. Entonces, ¿me permitirá acompañarla a casa?

—Con gusto, excelencia. Estoy deseando descubrir esta nueva faceta suya tan gentil.

Capítulo 6

Días más tarde, Ivette organizó una comida familiar para despedir a Anthony, que partía hacia América al día siguiente. Beth se arregló especialmente, creyendo que asistía a la despedida de su prometido, y no a la de un simple amigo de la familia. Su vestido color esmeralda hacía resaltar el color anaranjado de su cabello, que recogió en un sencillo moño bajo dejando algunos rizos bailar alrededor de su cara. Se puso el colgante que había recibido por San Valentín, joya de la que solo se desprendía para irse a la cama, y se dirigió a casa de su amiga en el carruaje de su padre.

Cuando Ivette la vio llegar, se sorprendió por su aspecto tan bien cuidado, pues sabía que su amiga no solía arreglarse especialmente para acudir a una comida familiar.

—¡Pero mírate, Beth! ¡Estás preciosa! —exclamó abrazándola— Ese vestido te sienta verdaderamente bien. ¿Es nuevo?

—Así es. Ha sido un regalo de mi padre por mi buen comportamiento, y quise estrenarlo lo antes posible.

—Veo que las cosas por casa están bastante tranquilas.

—Desde que les comuniqué la decisión de la reina, mi padre se ha vuelto mucho más estricto conmigo. Tengo que ocuparme de la correspondencia para no meterme en líos, pero reconozco que me divierto mucho haciéndolo.

—Siento oír eso.

—No lo sientas, excepto mi nueva ocupación y los detalles sobre mi hora de llegada a casa cuando salgo, están siendo muy buenos conmigo. Parece que saber que voy a casarme les ha dejado mucho más tranquilos.

—Tu comportamiento de estos últimos meses también tiene mucho que ver con su tranquilidad, Beth. Estuve hablando con tu madre en el baile de la otra noche y me contó lo orgullosa que se siente de que hayas madurado tanto en tan poco tiempo.

—Está mucho más ilusionada que yo con mi compromiso, aunque ella tampoco sepa quién es el afortunado, y está gastando una fortuna en

prepararme el ajuar.

—Bueno, hoy no es momento de estar preocupados, sino de divertirnos y despedir a Anthony, que nos abandonará por unos meses.

—¿Sabes cuándo volverá?

—Si todo sale bien, lo hará antes de que termine la temporada.

—Un viaje demasiado rápido, ¿no crees?

—Quiere dejar atados algunos cabos sueltos para ejercer su puesto en la Cámara de los Lores, y dejar de lado el mar para formar una familia.

—¿Y tienes idea de quién es la afortunada dama que le ha hecho cambiar de parecer respecto al matrimonio?

—No tengo ni la más remota idea. Es más, ni siquiera Stefan sabe de quién se trata.

—¿Crees que puede ser mi prometido? —preguntó avergonzada.

—¿Anthony? No lo creo. Se lo habría comunicado a su hermano si así fuera, ¿no crees?

—Bueno, a lo mejor Stefan guarda el secreto. A fin de cuentas, sabe que si lo averiguas me lo contarás.

—La verdad es que sería maravilloso terminar siendo cuñadas, ¿no te parece?

—Ya lo creo, nada me haría mayor ilusión que eso.

Beth permaneció sonriente toda la comida, charló animadamente con sus amigas e incluso bromeó con el duque de Sutherland, que estuvo muy amable con ella. Parecía que después de la charla del día anterior, Francis había decidido cumplir de veras su promesa de dejarla en paz, y lo agradecía sobremanera.

No quitó ojo al marqués de Huntington ni un solo instante. Se le veía tan relajado entre sus familiares... Su hermano y él se lanzaron pullas sin parar, bromeando entre ellos como viejos amigos, dejando relucir lo bien que se llevaban. Fue atento y educado con ella y con Eleanor, la hermana pequeña de Sutherland, que se ruborizaba a la más mínima sonrisa que le dedicase Anthony.

Parecía que a ella le gustaba de verdad el marqués, y sintió una punzada de culpa por desear que Huntington fuera su prometido. De ser así, su amiga sufriría por su culpa, y no sabía cómo podría compensarla por ello.

En la sobremesa, observó cómo él le pedía amablemente a la muchacha que pasease con él por el jardín, cosa que le extrañó. Su curiosidad desmedida salió de nuevo a la luz sin que ella pudiese hacer nada para

evitarlo, y disculpándose para acudir al excusado, les siguió desde la distancia, escondiéndose entre los árboles para evitar ser cazada.

—Es mi fiesta de despedida y tú permaneces demasiado callada — protestó Anthony.

—No quiero que te vayas —susurró Eleanor con voz lastimera.

—Debo hacerlo, mi amor. Tengo que dejar todo resuelto antes de volver para casarme contigo.

Sus palabras sorprendieron a Beth. ¿El marqués estaba enamorado de su amiga? Si Anthony pensaba casarse con Eleanor... ¿Quién demonios era su prometido? Aunque se sintió decepcionada por no conocer la verdadera identidad de su futuro esposo, también se sentía aliviada porque su amiga iba a ser realmente feliz con el hombre al que amaba. Sonrió, a la espera de alguna confesión más por parte de los enamorados.

—Mi hermano le ha dicho a mi madre que si no elijo pretendiente cuando termine la temporada, él elegirá a mi esposo —comentó ella, visiblemente triste.

Maldijo a Sutherland por ser tan metomentodo. ¿Qué le importaba a él con quién se casase su hermana? ¿Por qué no podía permitirle elegir un marido por sí misma? Si en ese momento le tuviese delante le haría morder el polvo por ser tan alcahueta.

—Mírame —dijo el marqués levantando el rostro de Eleanor con los dedos—. Volveré antes del último baile de la temporada y pediré tu mano a tiempo, te lo prometo.

—¿Y si no es así? El viaje es demasiado largo y puede haber problemas...

—¿No confías en mí?

—Por supuesto que sí.

—Entonces deja de preocuparte.

El marqués unió sus labios a los de la muchacha en un beso tan apasionado que Beth a punto estuvo de descubrirse por culpa del jadeo que escapó de su garganta. Se tapó la boca con ambas manos para evitarlo, y se encogió más en su lugar entre los setos para observar cómo Anthony la aprisionaba entre sus brazos, pegándola a su cuerpo. Eleanor pasó entonces los brazos por el cuello del caballero, señal de que no era la primera vez que se besaban de esa forma, y cuando sus bocas se separaron, apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Me echarás de menos? —susurró la joven.

—No imaginas cuánto.

—Yo también te echaré en falta, Anthony. Ojalá pase pronto la temporada para volver a estar entre tus brazos.

—Contaré los días para volver a ti, mi amor. Y ahora volvamos dentro, no podemos poner en peligro tu reputación.

—Mi reputación no me importa si con eso puedo estar contigo.

—Cariño, créeme, es mejor hacer las cosas bien.

Beth corrió hasta la casa para no ser descubierta, y se topó con Ivette, que estaba en el pasillo.

—Por fin te encuentro —protestó su amiga—, ¿dónde estabas?

—Acabo de descubrir quién es la enamorada de Anthony —suspiró Beth.

Ivette la cogió entonces de la mano y tiró de ella hasta entrar en su sala de estar, y cerró la puerta para que nadie más pudiese escucharlas.

—Dime que no has estado espiándoles, Beth —advirtió Ivy.

—Lo siento, pero no he podido evitarlo.

Beth miró a su amiga con reproche al darse cuenta de lo que acababa de confesar sin saberlo.

—¡Lo sabías! —le reprochó— ¡Lo sabías y no me lo dijiste!

—¡Baja la voz, por amor de Dios!

—Te confesé que creí ser yo y no me dijiste nada.

—Tenía mis sospechas, pero no sabía nada con seguridad, por eso no te dije nada. Así que piensa pedirle matrimonio a Eleanor...

—En cuanto vuelva de América.

Ivette notó el tono quejumbroso de su amiga y la miró con una ceja arqueada.

—¿Por qué estás tan decaída? ¿Acaso tú también estás enamorada de él?

—¡Pues claro que no! Me alegro mucho por Eleanor, empezaba a sentirme culpable por robarle al hombre que ama.

—¿Entonces por qué estás tan triste?

—Porque vuelvo a estar a ciegas respecto a mi prometido —lloriqueó—. Estaba tranquila pensando que era Anthony, y ahora tendré que volver a investigar sobre el asunto.

—Así que ese era el motivo de tu calma... Ya decía yo que tú no eras tan conformista.

—No me negarás que Anthony es uno de los mejores partidos de esta

temporada... Y además fue muy cortés conmigo.

—Es cortés con cualquier dama, Beth. Deberías saberlo a estas alturas.

—Lo sé, pero era muy fácil ilusionarse con la idea de casarme con él, ¿verdad?

—La reina es benévola, pero no tanto, Beth.

—Sí, bueno, ya ha quedado muy claro. Ahora tendré que seguir con mis pesquisas para dar con la identidad de mi prometido.

—¿Por qué no dejas de hacer el tonto y te centras en ser una dama educada durante la temporada? Quizás así la reina se apiade de ti.

—¿Después de ponerte en peligro? Ni lo sueñes. Volvamos al salón. Los demás se preguntarán dónde estamos.

Mucho más tarde, Stefan e Ivette se ofrecieron a acompañarla a casa, oferta que ella declinó, pues se encontraba a unos minutos a pie de allí.

—Ha sido una velada deliciosa, Ivy —confesó a su amiga cuando se marchaba—. Lo he pasado de maravilla.

—Gracias, Beth. ¿Seguro que no quieres que te acompañemos? Los niños están durmiendo y no será ninguna molestia...

—No os preocupéis, de verdad. No estoy demasiado lejos de casa.

—Si me lo permite —dijo entonces Francis—, quisiera acompañarla. Tengo que pasar por su casa de camino a la mía, y me quedará más tranquilo si la acompaño.

—¿No será mucha molestia, excelencia?

—Será un placer, milady.

Francis le ofreció su brazo y caminaron juntos por la calle abarrotada de Mayfair. El duque permanecía en silencio, y ella no podía aguantar más la incertidumbre de saber el motivo de su interés por llevarla a casa.

—Vamos, suéltelo.

—¿disculpe? —preguntó Francis, sin comprenderla.

—¿Por qué se ha ofrecido de nuevo a acompañarme a casa?

—Quería ser educado, milady.

—Está siendo demasiado cortés conmigo, excelencia. No entiendo que haya pasado de no soportarme a disfrutar de mi compañía de la noche a la mañana. ¿Acaso la reina le ha echado un sermón?

—Milady, la reina no echa sermones. Victoria manda y ordena, y no, no ha sido el motivo de mi cambio para con usted.

—¿Entonces?

—Ya le dije que sentí que me estaba excediendo, le pedí disculpas y

empecé de cero.

—¿Pero por qué?

—¿Debe haber un motivo?

—¿Acaso no lo hay?

—Está buscando fantasmas donde no los hay, lady Hamilton.

—Y yo creo que me oculta la verdadera razón.

—¿Lo ve? Le molesta que le tome el pelo, pero soy cortés con usted y no deja de preguntarse el motivo. Tenemos amigos en común y quiero que nos llevemos bien, Beth, eso es todo.

—Está bien, creeré en su palabra.

—La he visto un poco afectada ante la marcha del joven Anthony —añadió Francis, sorprendiéndola.

—¿Yo? En absoluto. No niego que es un hombre divertido y que me gusta disfrutar de su compañía, pero su marcha no es algo que me entristezca.

—No es eso lo que he visto en el salón.

—Malinterpretó mi estado de ánimo, me temo. Pocos minutos antes había tenido una conversación con Ivette sobre mi inminente matrimonio, y me entristece no saber quién será mi futuro esposo, solo eso.

—¿Le gustaría que fuese Anthony?

—No me importaría, desde luego. Es apuesto y divertido, y podría llegar a tomarle cariño, pero algo me dice que no será él.

—¿Instinto?

—Sexto sentido femenino, excelencia. No suelo equivocarme muy a menudo.

—Quizás es alguien en quien usted no pensó en ningún momento.

—Puede ser cualquiera. Mientras sea una persona educada y divertida, la verdad es que no me importa demasiado.

—¿Y qué me dice de la pasión?

Beth le miró con sorpresa mal disimulada.

—No sé nada sobre eso, como muy bien sabe. Pero sé que quiero un matrimonio como el de Stefan e Ivette, donde él me trate como a una igual.

—Créame, eso es imposible. La educación que ha recibido Stefan no es típica en Londres. Aunque respeto su forma de ver la vida, personalmente no la comparto.

—Entonces es una suerte que no vaya a casarme con usted, ¿no cree?

—¿Y quién le dice que no seré yo? A fin de cuentas, la reina no le ha descubierto la identidad del afortunado.

—Victoria quiere castigarme, pero sabe que usted y yo somos como el agua y el aceite. Quizás podamos ser amigos, es cierto, pero nos mataríamos el uno al otro antes de terminar la noche de bodas.

Francis sonrió al oír de boca de Beth las mismas palabras que días antes le había dicho él mismo a la reina, pero no dijo una palabra. La muchacha estaba muy segura de lo que decía, pero no podía estar más equivocada. Estaba deseando encontrarla en el altar, sería enormemente satisfactorio ver su cara de sorpresa al encontrarle a él, y no a otro. Después de todo, disfrutaba viéndola rabiar, y le recordaría con gusto esas agris dulces palabras.

Capítulo 7

Ivette no dejaba de preguntarse por el motivo del cambio de actitud de su amigo Francis respecto a Beth. Había pasado de evitarla siempre que tenía ocasión a ofrecerse a acompañarla a su casa dos noches seguidas. ¿Qué estaba pasando entre ellos? Ni siquiera Stefan tenía idea de lo que ocurría... o no pensaba contárselo. Pero ella se bastaba para averiguarlo por su cuenta. Esa noche se inauguraba oficialmente la temporada social con el baile de Almack's, y pensaba pasarse todo el baile observándoles atentamente.

Stefan entró en la habitación cuando su esposa terminaba de vestirse, y abrió el cofre donde tenía guardadas las joyas para escoger un conjunto acorde con el vestido color champán que se había puesto para esa noche.

—Estás preciosa, mi amor, como siempre —dijo besándola en la nuca antes de pasarle un collar de perlas negras.

—Tú también lo estás —contestó ella sin prestarle demasiada atención.

Stefan la observó a través del espejo, pero no dijo nada. Era la primera vez que salían de noche dejando a los pequeños solos con su niñera, y creía que su ensimismamiento era debido a la preocupación.

—Van a estar bien, Ivy, deja de preocuparte.

Su mujer sonrió y se puso los pendientes a juego con el collar.

—Son tan pequeños... No me hago a la idea de dejarles solos.

—Isabel se ocupará perfectamente de ellos.

—Lo sé, es una mujer muy competente, pero no dejan de ser mis bebés.

—Y míos, pero tenemos que empezar a acostumbrarnos a dejarles en casa con su niñera.

—También hay otro asunto que me preocupa —reconoció.

—¿De qué se trata?

—No sé qué está pasando entre Francis y Beth.

—¿Volvemos a lo mismo?

Su marido suspiró y se sentó a su lado.

—No quería contártelo, pero creo que debo hacerlo para que te quedes

tranquila.

—Sabía que pasaba algo —añadió ella triunfal.

—El día de la boda de mi madre, les sorprendí discutiendo acaloradamente. Le pedí a Francis que se disculpase, pues se supone que él es el más adulto de los dos, y ante su negativa, le dije que, si no lo hacía, no volvería a ser bienvenido en esta casa.

—¡Stefan! ¿Cómo se te ocurrió ser tan duro con el pobre Francis?

—Se comportaba como un niño malcriado, Ivy. ¿Qué querías que hiciera?

—Podrías haberle convencido de hacerlo, no deberías haberle amenazado de esa manera.

—Funcionó, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Termina de arreglarte, no podemos llegar tarde.

Ivette vio salir a su esposo, tan alto y apuesto como el día que le conoció. Aunque no estaba de acuerdo en sus métodos para conseguir que sus amigos se llevaran bien, a verdad es que agradecía enormemente el cambio, y gracias a su confesión podría disfrutar tranquilamente de la velada.

Se acercó al cuarto de los niños una última vez. Su niñera estaba sentada en la hamaca haciendo punto, y los niños dormían plácidamente en sus respectivas cunas.

—Está deslumbrante, excelencia —susurró Isabel.

—¿En serio? No me siento demasiado bella esta noche.

—¿Bromea? El duque será el hombre más envidiado de todo Londres por llevarla cogida del brazo.

Ivette acarició la cabecita de su hija con ternura antes de arrojarla y besarla en la mejilla, y repitió la misma operación con su hijo.

—Duermen de un tirón toda la noche, excelencia —dijo la niñera al ver la preocupación en su rostro—. Puede estar tranquila.

—Lo sé, pero es la primera vez que salimos y no me siento demasiado a gusto haciéndolo.

—Es mejor que se vaya acostumbrando, a partir de ahora le quedan muchas noches por delante.

—Tienes razón. Si ocurre algo, no dudes en enviar a un lacayo a avisarnos.

—Lo haré, quédese tranquila. Y ahora vaya a divertirse, se lo ha ganado.

Ivette salió del cuarto un poco más calmada, y bajó las escaleras para encontrarse con Stefan, que miraba su reloj de bolsillo con impaciencia.

—¿Más tranquila? —preguntó poniendo la capa de armiño sobre sus hombros.

—No demasiado, pero como dice Isabel, a partir de ahora las salidas nocturnas estarán a la orden del día.

Beth llegó a Almack's, acompañada de su madre, con un nudo en la garganta. No podía evitarlo, las matronas del club la ponían visiblemente nerviosa, sabía que una sola palabra suya bastaba para arruinarla de por vida. Lady Pembroke las recibió con una reverencia, y Beth respondió con elegancia y pulcritud.

—Buenas noches, lady Hamilton, está usted encantadora, como siempre —dijo después de saludar a su madre.

—Gracias, lady Pembroke, es un placer asistir al baile, como siempre.

Se acercó a la mesa de los sándwiches y picó distraídamente uno de ellos mientras ojeaba el salón, de cien pies de largo por cuarenta de ancho. Estaba pintado de color blanco y amarillo pálido, y decorado con columnas doradas, medallones clásicos, espejos enormes y cortinas azules. La iluminación la aportaban decenas de lámparas de gas, de lustroso cristal tallado. La orquesta tocaba en un balcón, que rodeaba la estancia, con una barandilla dorada.

Esa noche su padre se había quedado en casa aquejado de gota, así que podía disfrutar tranquila del baile sin tener que preocuparse de su misterioso prometido.

—Buenas noches, lady Hamilton, está usted impresionante esta noche.

La voz de barítono del duque de Sutherland provocó que un escalofrío recorriese su columna vertebral. Se dio la vuelta con una sonrisa forzada e hizo una impecable reverencia.

—Buenas noches, excelencia. ¿Se divierte?

—No especialmente. Espero que la velada se empiece a animar pronto. Ahora hay demasiadas matronas intentando endilgarme a sus encantadoras hijas casaderas.

—Tal vez debería empezar a pensar en el matrimonio, excelencia. A fin de cuentas, es lo que se espera de usted.

—Créame, buscar una esposa es lo último que tengo en mente ahora mismo.

—Es una lástima, va a decepcionar a la inmensa mayoría de las féminas casaderas del país.

—Lo siento por ellas, pero tengo asuntos más importantes de los que preocuparme que de mi matrimonio.

—Siempre será un libertino, excelencia.

—Qué puedo decir...

Francis posó la mirada en la tarjeta de baile de Beth, que colgaba con gracia de su muñeca derecha.

—¿Qué tal lleva su carné de baile esta noche, lady Hamilton? —preguntó.

—Acabo de llegar, así que aún no está demasiado lleno.

Francis lo cogió y apuntó su nombre en el próximo vals ante la sorprendida mirada de Beth.

—¿Un vals, excelencia?

—Creo que es justo que me brinde un baile, después de lo educado que estoy siendo con usted.

—Sí, pero... ¿Un vals?

—¿Tiene algo de malo bailar conmigo el vals, milady?

—Claro que no. Es solo que me parece usted muy atrevido. Ni siquiera ha pedido la aprobación de lady Pembroke para bailar el vals, y sin embargo ha tenido la osadía de apuntarlo en mi carné.

—Créame, lady Pembroke me dará el visto bueno en cuanto se lo diga.

—Está usted muy seguro de ello, excelencia. Puede que se lleve una decepción.

—Verá... resulta que la dama en cuestión es mi madrina, así que accederá a todos mis deseos, especialmente si le hago creer que estoy buscando esposa.

—Es usted un truhan, señor mío.

—¿Por conseguir lo que quiero? Creo que exagera, milady.

—Pero lo conseguirá debido a una mentira, excelencia.

—Una mentira que solo conocemos usted y yo, ¿no es cierto?

—Así es, creo recordar que compartimos algún otro secreto —dijo ella pícaro, refiriéndose a su encuentro en la escuela hacía ya dos años.

—Recuerda perfectamente, milady. Y ahora, si me disculpa, dejaré que el resto de caballeros tengan la oportunidad de acercarse a la dama más bella del salón.

Ivette observaba a sus amigos desde su lugar, al otro lado del salón. Cuando Stefan y ella llegaron, les encontró charlando animadamente junto a la mesa de refrigerios, y le extrañó mucho notar en su amiga un atisbo de coqueteo. ¿Qué demonios estaba pasando entre esos dos? Tras una reverencia, Francis se alejó de Beth en dirección a Stefan, que charlaba con un par de caballeros a pocos metros de ella.

Se acercó con paso decidido al duque de Sutherland, que la miró sonriente cuando la descubrió acercándose.

—Excelencia, está usted deslumbrante esta noche —dijo haciendo una reverencia.

—Buenas noches, Sutherland. Me ha extrañado verle en el baile tan pronto.

—Exigencias del título, me temo. Mi madre ha insistido en que esta temporada me comporte como es debido.

—Ya veo... ¿Y se lo pasa bien?

—Más de lo que imaginaba.

Empezó a sonar una cuadrilla, y Francis le ofreció el brazo amablemente.

—¿Le apetece bailar, excelencia? Creo que es su danza favorita.

—Será un placer, Sutherland, aunque le advierto que he perdido práctica.

En cuanto se encontraron en la pista de baile, Ivette empezó su interrogatorio.

—¿Qué te traes entre manos, Fran? —pregunto a bocajarro.

—¿A qué te refieres? Simplemente bailo con mi mejor amiga.

—No me refiero a eso y lo sabes perfectamente.

—No sé de qué me hablas, Ivy, de verdad.

—¿Qué te traes con Beth?

—Nada en particular.

—Flirteabas con ella, no lo niegues.

—¡Yo no flirteo, Ivy! Simplemente estaba siendo cortés con ella.

—A mí no puedes engañarme, flirteabas con ella descaradamente y averiguaré por qué.

—Confundes la amabilidad con el flirteo, mi querida Ivette. Solo estoy siendo educado, nada más.

—¿Y por qué tengo la sensación de que hay mucho más de lo que me cuentas?

—Estás viendo fantasmas donde no los hay. Deja de preocuparte.

Pero Ivette no pudo evitar hacerlo. Sobre todo, cuando una hora después, Francis ofrecía el brazo a Beth para bailar el vals. ¿Desde cuándo su amigo se había transformado en un hombre educado en lo que a Beth se refería? Era cierto que Stefan había sido muy duro con él, pero no tenía por qué bailar con Beth si no quería.

Esa misma noche, abordó a su marido en cuanto se quedaron a solas en su habitación.

—Stefan, está pasando algo extraño entre Francis y Beth.

—¿Es que Fran ha vuelto a molestarla de alguna manera? —preguntó Stefan.

—No, pero ha estado flirteando con ella.

—¿Francis? ¿Flirteando?

—No te hagas el sorprendido. Estabas en ese salón conmigo, Stefan.

—Cierto, pero no vi nada que pudiera considerarse flirteo, amor.

—Bailaron el vals, Stefan.

—¿Y qué tiene de malo que dos amigos bailen un vals?

—Ellos no son amigos, Stefan, lo sabes de sobra. Simplemente se soportan por nosotros.

—Tal vez ahora que se han dado la oportunidad de conocerse han descubierto que se caen bien.

—Hace muy poco que son cordiales el uno con el otro, es demasiado pronto para eso.

—Cariño... deja de preocuparte por ellos. Le di a Fran un ultimátum y se limita a cumplirlo, eso es todo. No le des más vueltas.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Además, es de dominio público que Beth está prometida por orden de la reina. Quizás ella sea la única mujer soltera del baile con quien pueda divertirse sin temor a que su madre le acose con proposiciones veladas de matrimonio.

—Pero...

—Mi amor —la interrumpió su esposo enlazándola de la cintura—. ¿Quieres dejar de preocuparte? Nuestros amigos se llevan bien. ¿No crees que eso es suficiente?

—Tal vez tengas razón.

—Vamos a la cama y deja de pensar en los demás. Ahora tu esposo te necesita más que el resto.

Ivette olvidó sus preocupaciones durante un buen rato. Stefan sabía que debía hablar con la reina de inmediato. Si su esposa averiguaba la verdad por su cuenta, podría decírselo a su amiga, y de nada habría servido el plan de Victoria para darle un escarmiento a la ingobernable Elisabeth Hamilton.

Capítulo 8

A primera hora de la mañana del día siguiente, Stefan recorría los pasillos del palacio de Buckingham en busca de la reina. Su posición, mano derecha del príncipe y mejor amigo de la reina, le permitía aparecer allí sin ser invitado, lo que era una gran ventaja dadas las circunstancias.

Encontró a Victoria y a Alberto desayunando en el comedor familiar. La reina se levantó como accionada por un resorte ante la preocupación dibujada en la cara de su amigo, y se acercó a él de inmediato.

—¿Qué ocurre, Stefan? ¿Le ha ocurrido algo a Ivette? —preguntó la reina.

—Ivette está perfectamente, la he dejado dormida en nuestra cama.

—Algo muy grave debe ocurrir para que aparezcas de improvisto, Stefan —añadió Alberto.

—Eso me temo, Alberto. Creo que Ivette va a terminar dando al traste con vuestros planes respecto a Beth si no hacemos algo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Victoria.

—Sospecha algo, estoy seguro. Anoche me acribilló a preguntas sobre el cambio de actitud de Francis respecto a ella, y la verdad es que no la culpo. Ha pasado de no soportar estar en la misma habitación que Beth a flirtear abiertamente con la muchacha.

—¿Te ha comunicado Francis mi decisión? —preguntó la reina.

—Así es. Vino a verme en cuanto supo de tus intenciones. No estaba nada contento, debo decir.

—Lo superará —rio Victoria.

—Si Ivette averigua que Francis es su prometido se lo dirá a Beth, y tu castigo no servirá para nada, querida —apuntó Alberto.

—¿Y qué proponéis que haga? No puedo ponerle un puñal en la garganta para hacerla callar.

—Si le ordenas guardar silencio, no tendrá más remedio que hacerlo, Vicky —dijo Stefan.

—¿Y obedecerá? —preguntó Alberto— Las muchachas son muy amigas, y no sé si tu esposa será capaz de guardar el secreto mucho tiempo.

—No se atreverá a desobedecer una orden directa de la reina, Alberto —contestó Stefan—. Ha visto el castigo que le ha impuesto a Beth, y no creo que quiera correr el mismo destino que ella.

—Tienes razón —razonó Victoria—, mantendrá la boca cerrada. Dile que venga a verme, hablaré con ella de inmediato.

—Hay un pequeño problema, Vicky —dijo Stefan un poco avergonzado—. Ella no debe saber que yo tenía conocimiento de tus planes, o dejará de hablarme de por vida.

—¿Tienes miedo de tu esposa, Stefan? —rio Victoria.

—En absoluto... Pero sí lo tengo de las represalias.

La carcajada de Alberto resonó por todo el salón, y Stefan le miró con una ceja arqueada.

—No te rías tanto, lo aprendí de ti —le reprochó.

—Cierto, pero no sabía el aspecto de cobardes que nos da nuestra posición hasta ahora.

—Enviaré una misiva a tu casa mañana para que comparezcáis los dos ante mí. os comunicaré mi decisión respecto a Elisabeth, y os ordenaré guardar silencio.

—Es la mejor opción —dijo Stefan.

—Sigo sin creer que sea buena idea que tu esposa lo sepa, pero tienes razón. Ivette es demasiado lista para su bien, y terminará averiguándolo por su cuenta.

—Gracias por tu consideración, Vicky. Si se llega a enterar de que le he ocultado el secreto...

—Márchate, y quédate tranquilo. Todo irá bien.

Esa misma tarde, Francis llegaba a casa de John Hamilton, conde de Norfolk, para presentar sus respetos a su hija. Beth se sorprendió cuando su madre la informó de la visita del duque, y se apresuró a ponerse su vestido favorito, de color azul cielo, que combinaba muy bien con su cabello.

Cuando le vio parado en el recibidor, su pulso se aceleró. A pesar de lo mal que se llevaron en el pasado, el duque era uno de los hombres más apuestos de la nobleza, y debía reconocer que el traje negro que llevaba puesto le sentaba de maravilla. Si había algo que le gustara de él, era sin duda su forma de vestir, discreta, pero sin perder la elegancia en ningún momento.

En ese momento el duque se volvió hacia las escaleras, y Beth pudo vislumbrar en el brillo de sus ojos azules un sentimiento que jamás había visto en ellos antes, algo cálido que se instaló en su estómago haciendo que un millar de mariposas emprendiesen de repente el vuelo dentro de ella.

—Buenos días, excelencia —dijo con una reverencia al llegar a su lado—. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar a saludarla. Espero que no le moleste.

—En absoluto. Tal vez le apetezca pasear por el jardín. Hace un día precioso y las rosas de mi madre están empezando a florecer.

—Será un placer.

Francis le ofreció el brazo y la guio hasta el jardín trasero, donde pasearon bajo la atenta mirada de su padre, que les vigilaba desde la ventana de su despacho.

—Realmente es un jardín espléndido, milady —dijo el duque—. Jamás había visto tal variedad de rosas juntas en un mismo lugar.

—Hay tantos tipos de ellas que ya he perdido la cuenta. Han sido exportadas de varias partes del mundo, y deben ser tratadas con suma delicadeza.

—¿Las cultiva usted?

—¡Oh, no! —contestó Beth acariciando distraídamente los pétalos de una rosa roja— No tengo la paciencia suficiente para hacerlo. Es el hobby de mi madre, excelencia.

—¿Y cuál es el suyo, lady Hamilton?

—No tengo ninguno en particular. Colecciono papel de carta, de esos que tienen preciosos grabados y huelen a perfume.

—¿En serio? Le diré a mi hermana que me dé algunos de los suyos y se los traeré en mi próxima visita.

—¿Habrá más visitas? —preguntó ella sorprendida.

—¿Le molestaría si así fuese?

—En absoluto. Ahora que nos llevamos bien, disfruto mucho de su compañía.

—Entonces, tal vez la próxima vez venga acompañado de mi hermana. Tiene muchas ganas de verla.

—¿Qué tal se encuentra Eleanor? —preguntó Beth— No la vi en el baile de la otra noche.

—Desafortunadamente se encuentra algo indispuesta. Comió algo que

no le ha sentado bien y debe guardar cama unos días.

—Debería pasar a visitarla, si no le importa. Hace semanas que no nos vemos y me apetece mucho hablar con ella.

—Será un placer recibirla. Si le parece bien, enviaré mañana un coche a recogerla a las cuatro para que la lleve a casa.

—¿No será mucha molestia?

—¿Bromea? Eleanor estará encantada de tener compañía. Está desesperada por poder volver a la normalidad.

—En ese caso, allí estaré, excelencia.

—Nos vemos mañana, entonces, milady —dijo Francis cogiendo su chaqueta de manos del mayordomo.

—Gracias por la visita, excelencia. He disfrutado enormemente del paseo.

—Lo mismo digo, lady Hamilton.

Francis acarició los dedos de la joven para llevarse el dorso de la mano hasta sus labios. Apenas fue un roce, lo que dictaba el decoro, pero a Elisabeth le pareció más intenso que el beso que había visto darse a Anthony y Eleanor en el jardín de los duques de Devonshire. Retiró la mano más bruscamente de lo que hubiera deseado, pero Francis, en vez de molestarse, sonrió de medio lado y se colocó el sombrero.

Al día siguiente, los duques de Devonshire recibieron una misiva de la reina en la que les ordenaba acudir esa misma mañana al palacio de Buckingham. Desde que Ivette había dado a luz a los pequeños se habían mantenido alejados de la corte, y pensó que Victoria ordenaría su vuelta lo antes posible.

—Se terminó la calma —suspiró Ivette mientras se vestía.

—Vamos, no seas alarmista. Aún no sabes lo que quiere la reina —contestó su esposo.

—Querrá que volvamos a la corte, Stefan. Estamos en plena temporada social y querrá tenerme a su lado.

—No creo que sea eso, mi amor. Acabas de dar a luz, y a falta de uno, han sido dos bebés.

—Ya hace meses que di a luz, Stefan.

—¿Tan malo sería volver a la corte? A fin de cuentas, sería lo mismo que estar en casa. La reina dispondría una habitación junto a la nuestra para Isabel y los bebés, y los verías tan a menudo como ahora.

—Siendo así, no sería tan terrible.

Su majestad les recibió en su despacho, y en cuanto el lacayo les hizo pasar, soltó la pluma en el tintero y cruzó los brazos sobre el escritorio.

—Os he mandado llamar porque necesito vuestra ayuda en un asunto de suma importancia.

—¿De qué se trata? —preguntó Stefan tomando asiento junto a su esposa.

—Ya he elegido un marido adecuado para Elisabeth Hamilton, pero no va a ser fácil que ella le tome aprecio antes de la boda.

—¿Y quién es el elegido, majestad? —preguntó Ivette.

—El duque de Sutherland.

La noticia cayó sobre ella como un jarro de agua fría. Ahora entendía el comportamiento de Francis de la noche en Almack's, intentaba ganarse el favor de Beth para tener una vida tranquila, pero eso jamás ocurriría. Beth y Francis eran tan opuestos como el agua y el aceite, ¿qué clase de vida les esperaba si la reina les obligaba a casarse?

—Pero majestad... Ellos no pueden casarse —protestó Ivy.

—¿Por qué no? Creo que Sutherland es un pretendiente que cualquier muchacha desearía tener.

—Cualquiera menos Beth. No sé qué demonios pasó entre ellos en el pasado, pero no se aguantan desde entonces. Y la cosa empeoró a raíz de lo que ocurrió la temporada pasada.

—Pues deberán solucionarlo, ¿no crees? —preguntó Victoria.

—Es más que eso... Francis ni siquiera soporta estar en la misma habitación que Beth más de cinco minutos. Stefan tuvo que amenazarle con no ser bienvenido en nuestra casa para que se disculpase con ella respecto a su comportamiento grosero. ¿Cómo van a pasar una vida entera juntos?

—Aquí es donde entráis vosotros, Ivette. Quiero que me ayudéis a acercarlos.

—¿Cómo? —preguntó Stefan, que había permanecido en silencio hasta entonces— Esos dos se llevan a matar. ¿Qué podemos hacer nosotros?

—No sé... organizad algún baile, una cena... o una excursión en vuestra casa de campo. Tenéis que conseguir que pasen tiempo juntos, para que esas rencillas del pasado permanezcan en el pasado.

—¿Y si no lo conseguimos? —preguntó Ivy angustiada— Majestad, si les obliga a casarse les hará infelices el resto de sus vidas.

—Ivette, voy a perdonarte la impertinencia porque sé que lo haces

porque te preocupas por tus amigos.

—Lo siento, majestad —contestó la muchacha bajando la mirada.

—He meditado mucho mi decisión, y sé que con el tiempo, Francis y Beth llegarán a ser felices. Se complementan muy bien, y solo necesitan darse cuenta de ello.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos, majestad —contestó Stefan.

—Y no quiero que Beth se entere de la identidad de su prometido hasta el día de la boda. Eso quiere decir que debéis guardar el secreto. ¿Entendido, Ivette?

—Entendido.

—Como Beth lo descubra antes de tiempo, te castigaré. Sé que es tu mejor amiga, pero debes tener la boca cerrada.

—Muy bien, majestad.

—Quizás pienses que estoy siendo muy dura con ella, pero pronto te darás cuenta de que esto es lo que más le conviene.

—Beth necesita un hombre que la controle —dijo Stefan asintiendo—, y Francis una mujer que le de emoción a su vida.

—Veo que lo has comprendido —añadió Victoria—. Ahora solo queda que ese odio que decís que se profesan se convierta en afecto.

—Organizaré una cena para la próxima semana, y empezaré los preparativos de un baile —añadió Ivette—. A fin de cuentas, la duquesa de Devonshire debe organizar un baile cada temporada, ¿no es así?

—Gracias, querida. Ya verás como todo sale bien para ambos.

—Solo espero que tenga razón, majestad. No me gustaría ver a mis amigos siendo desdichados.

Cuando los duques salieron de la habitación, Alberto entró por la puerta que daba a sus aposentos. Había escuchado toda la conversación, y sentía un poco de lástima por la pobre Ivette, que no entendía todavía demasiado de relaciones amorosas. Se acercó a su esposa y posó las manos sobre sus hombros, para masajearlos lentamente, arrancándole un gemido.

—Creo que has sido un poco dura con ella, querida —susurró.

—Debía serlo. Si me hubiese mostrado más benevolente, Ivette habría terminado por descubrir el secreto sin querer.

—Aun así, me ha dado un poco de pena.

—Y a mí, créeme. Casi sucumbo al impulso de abrazarla. Su cara de desolación ha hecho que sienta remordimientos por ser tan dura con ella.

—Ahora queda esperar que tus esfuerzos den su fruto.

—Si Ivette ha empezado a sospechar, es que todo va como debería. Ha llegado a mis oídos que Francis visitó ayer a Beth, y ahora mismo la muchacha debe estar en casa del duque visitando a su hermana. Todo va como debe, quédate tranquilo.

—¿Sabes? Te habría ido de maravilla ganándote la vida como celestina.

—Suerte que solo soy la reina, ¿no crees? Si fuese celestina, no estaría casada contigo.

—Cierto, querida, y no podría demostrarle a mi soberana el amor que le profeso tan abiertamente como ahora.

La boca de Alberto se posó sobre el cuello de Victoria, y su majestad dejó las obligaciones monacales para mucho más tarde.

Capítulo 9

Días más tarde, Beth y Francis coincidieron de nuevo en el baile del conde de Granard. Francis quedó gratamente sorprendido ante el aspecto de la muchacha, que lucía un vaporoso vestido color crema de organdí y encaje, con flores bordadas a lo largo del escote.

El pulso de Beth se aceleró en cuanto vio al duque entrar en el salón. Tan alto, con su traje de etiqueta color borgoña, su cabello pulcramente peinado y esa sonrisa que a ella tanto le gustaba. En cuanto la mirada de sus ojos azules se posó sobre Beth, Francis guio sus pasos hasta detenerse a escasos centímetros de ella.

—Buenas noches, lady Hamilton. Ese vestido le sienta de maravilla.

—Buenas noches excelencia —contestó ella con una reverencia—. Es un regalo de Ivette, lo mandó hacer para mí la semana pasada.

—La duquesa tiene un gusto exquisito. ¿Tendrá un hueco en su carné de baile para mí esta noche, milady?

Aunque sabía que tenía aún varios huecos libres en su tarjeta, Beth simuló ojearla detenidamente antes de negar con la cabeza.

—Me temo que no, excelencia. Esta noche ha llegado usted demasiado tarde.

—Lástima. Entonces, ¿qué le parece si damos un paseo por el jardín? Tengo entendido que el conde tiene unos parterres de flores espléndidos.

—Me parece una idea estupenda.

—En ese caso, vendré a buscarla durante el descanso de los músicos.

—Aquí estaré.

Beth observó cómo se marchaba hasta el otro lado del salón de baile, donde se paró a hablar con su madre y su hermana Eleanor.

—Eres una mentirosa, Beth —le reprochó su amiga Ivette desde atrás, sobresaltándola—. Sabes que tienes medio carné de baile vacío, ¿por qué le has mentido?

—No me apetece bailar, eso es todo.

—¿No te apetece bailar, o no quieres hacerlo con él?

—¿A dónde quieres llegar, Ivy?

—Francis está haciendo un esfuerzo para llevarse bien contigo y tú no dejas de ponerle trabas.

—¡Eso no es cierto!

—¿Entonces por qué le niegas un baile?

—Porque prefiero pasear por el jardín.

—No sabías que iba a proponértelo.

—Pero lo ha hecho, ¿no es así?

—No te entiendo. El mejor partido de Londres te presta atención y le rechazas.

—Olvidas que ya estoy prometida con otro hombre, Ivette. No quiero molestarle flirteando con el duque.

—¡Si no sabes quién es!

—Pero él sabrá quién soy yo, y me estará vigilando en la distancia.

—No tiene nada de malo bailar con el duque. Todo el mundo cree que sois buenos amigos.

—Cierto, pero hace unos días vino a visitarme a casa, y eso podría dar lugar a malentendidos.

La cara de sorpresa de su amiga dejó claro que no tenía constancia de la visita.

—¿En serio fue a visitarte?

—Sí, en serio. Pasaba por mi casa y decidió entrar a saludarme, y vendrá con Eleanor a visitarme de nuevo un día de estos.

—Vaya... no tenía ni idea.

—Me ha molestado tantas veces con mi compromiso que dudo que lo haya olvidado. Solo me queda pensar que quiere ponerme a prueba, porque conoce a mi prometido y debe tenerle aprecio.

Ivette casi se atraganta con su copa de champán. Si ella supiera que su prometido no era otro que el propio duque...

—Creo que piensas demasiado. Sabe que su hermana y tú sois buenas amigas, eso es todo.

—Tal vez tengas razón, pero no puedo evitar pensar que hay algo que se me escapa.

—No empieces a pensar tonterías, por favor.

—Tienes razón. Estoy un poco mareada, voy a salir al jardín a tomar el aire un momento.

—¿Quieres que te acompañe?

—Mejor ve a rescatar a tu esposo. El pobre no deja de hacerte señales desde el otro lado del salón.

—Pero no deberías ir sola, Beth.

—Estaré bien. El jardín está lleno de gente, no te preocupes por mí.

Beth observó cómo Ivette cruzaba la sala para enlazar su brazo con el de su marido, que la miró con tanto amor en sus ojos que Beth no pudo reprimir un suspiro. Se dirigió lentamente hasta el jardín, pero desafortunadamente la detenían a cada paso que daba. Ella necesitaba tranquilidad, no tener que saludar a todo aquel que se cruzase en su camino, así que decidió volver dentro, pero vio un camino de setos que se alejaba de la muchedumbre... y lo tomó sin vacilar.

Francis observó asombrado cómo su díscola prometida se adentraba en lo más profundo del jardín. Esa zona estaba pobremente iluminada, y sabía por propia experiencia que era el lugar ideal para tener un *affaire*, o para molestar a una dama perdida.

La siguió en la distancia, observándola acariciar una flor aquí y allá, antes de llegar a un pequeño claro y sentarse en un banco de hierro forjado junto a una fuente llena de peces de colores. Se deshizo de sus zapatos de baile y sumergió los pies dentro de la fuente, suspirando en cuanto el agua fresca rozó sus pies doloridos. Decidió que ya era hora de darle un buen escarmiento, así que se acercó lentamente para sorprenderla.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí sola? —siseó junto a su oído.

Beth se sobresaltó, y con un grito, se llevó la mano al pecho antes de darse cuenta de que su asaltante no era otro que el duque de Sutherland.

—¡Por Dios santo, qué susto me ha dado!

Se mojó el bajo del vestido en su prisa por alejarse de él, y casi termina en el suelo al tropezarse con una raíz.

—¡Mire lo que me ha hecho hacer! ¡Mi vestido ha quedado hecho un desastre por su culpa!

—¿Y bien? —insistió el duque.

—Necesitaba pasar un rato a solas, y este me pareció un buen lugar.

—Debería estar bailando con algún caballero. ¿Acaso no tenía usted el carné de baile completo?

—Le mentí —confesó.

Francis se cruzó de brazos frente a ella y la miró visiblemente ofendido.

—Me mintió. ¿Y puedo saber por qué?

—No me apetecía bailar con usted.

—Y por eso ha decidido venir sola a un lugar donde puede ser asaltada en cualquier momento, ¿no es así?

—¿Asaltada?

El miedo se reflejó entonces en sus ojos, y Francis sacudió la cabeza al darse cuenta de que la muchacha ni siquiera había barajado esa posibilidad.

—Ni siquiera has pensado en ello, ¿no es así?

—Pues...

Francis tiró de ella y la aprisionó contra un árbol con su cuerpo. Acercó su boca a su oído, y comprobó con satisfacción que la muchacha jadeaba.

—Un hombre podría retenerte contra tu voluntad muy fácilmente, Beth —susurró.

—¿Qué demonios haces? ¡Suéltame!

El duque rio, y metió su pierna entre las de la joven para tenerla más a su merced.

—¿Acaso cree que un asaltante haría caso a tus súplicas?

—Pero tú no eres un asaltante, así que haz el favor de soltarme. No quiero que nos atrapen así.

El duque acarició con la yema de los dedos la piel del cuello de Beth, y bajó hasta rozar la tela del escote de su vestido, tanteando las curvas de sus pequeños pechos.

—Eres demasiado peligrosa, pequeña —susurró el duque—. Me tientas demasiado.

—¿Tentarte? ¡Intento apartarte de mí, no tentarte!

—Tu olor hace que sienta un deseo irrefrenable de besarte.

—Como lo hagas, gritaré.

—No... no lo harás, porque si lo haces terminarás casada conmigo.

—Entonces te morderé.

—Creo recordar que me debes un beso, Beth. ¿Lo recuerdas?

—Yo no te debo nada.

—Claro que sí. Aquel día en la escuela de la señorita Spencer me dejaste a deber un beso. Guardé tu secreto como te prometí, así que ya es hora de que me lo cobres, ¿no crees?

Francis unió sus labios a los de la joven sin dejarla contestar. En cuanto sus bocas entraron en contacto, la pasión hirvió en sus venas con la fuerza de

un volcán. Al principio Beth se resistió, intentó apartarse de él, pero poco a poco quedó laxa entre los brazos del duque. Su corazón latía a mil por hora, sus piernas se convirtieron en mantequilla, y de su garganta escapaban grititos ininteligibles que no podía controlar. Los brazos del duque la aprisionaron contra su pecho musculoso, y casi sin querer apoyó las palmas de las manos sobre él.

Cuando el duque apartó sus labios de los suyos, sintió un tremendo vacío que a punto estuvo de conseguir que rompiese a llorar.

—La deuda ya está saldada —susurró jadeante—. Suéltame de una vez.

—No has respondido al beso como deberías. La deuda sigue en pie.

—¡Eres un canalla! No vas a volver a besarme, ¿me oyes?

—Has disfrutado del beso tanto como yo, no lo niegues.

—Lo he hecho por obligación, no he disfrutado en absoluto.

—¿Entonces por qué gemías?

Beth le golpeó en el pecho, y Francis rompió a reír.

—Suéltame de una vez, Fran.

—Creo que todavía no voy a hacerlo.

Beth intentó golpearle con la rodilla en la entrepierna, pero él la esquivó con una risita y se apartó de ella lo suficiente para dejarla escapar.

—Vuelve al salón de baile antes de que alguien te encuentre. Ya llevas demasiado tiempo desaparecida y tu reputación corre peligro.

—Si me hubieses soltado cuando te lo he pedido, haría rato que estaría de vuelta.

—Te gusta que te provoque, Beth, no lo niegues. Disfrutas de ello tanto como yo.

—Váyase al Infierno, excelencia. Estoy harta de ser su muñeco de feria.

—Créeme, pequeña, tú vendrás a él conmigo.

Francis apresó de nuevo a la muchacha para unir sus labios nuevamente, esta vez de manera brusca, y la soltó igual de rápido. Con un bufido nada femenino, Beth salió a correr hacia la casa, y Francis se sentó en el banco para intentar que el aire fresco calmase el ardor de su cuerpo. Había tentado demasiado al demonio al jugar con Beth de esa manera, pero sabía que la muchacha se derretiría entre sus brazos, y tal vez, si la persuadía a base de besos, conseguiría que ella le deseara tanto como él a ella.

Con un suspiro, se dirigió al salón de baile, dispuesto a seguir aguantando a las insulsas debutantes, en vez de estar con la ardiente mujer

que se acababa de alejar.

A la mañana siguiente, Ivette se sorprendió ante la visita inesperada de Beth. En cuanto se reunió con su amiga en su sala de estar, esta se arrojó a sus brazos, llorando.

—¡Por Dios santo! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó preocupada por el estado en que se encontraba Beth.

—Es un ser odioso —sollozó—. El más mezquino de los hombres. ¡Le odio con toda mi alma!

—¿Pero de quién me hablas?

—Del duque de Sutherland.

—¿Francis?

La sorpresa en la voz de su amiga hizo que Beth se apartase de ella de inmediato.

—¿Por qué te sorprendes tanto? Siempre te pones de su parte en lo que a mí se refiere. Creí que eras mi amiga, Ivette.

—No me pongo de parte de nadie, pero me sorprende que digas eso cuando ayer opinabas que había cambiado.

—Eso fue antes de nuestro encuentro en el jardín.

—¿Vas a contarme de una vez qué ocurrió?

—Me siguió. Me reprendió como si fuese una niña. Y después de eso se burló de mí cruelmente.

—¿A qué te refieres?

—Le pareció muy divertido intentar seducirme.

Ivette casi se atraganta con el té ante tal afirmación.

—¿Francis se propasó contigo, Beth? —preguntó para asegurarse.

—¡Claro que no! Me atrapó contra un árbol y me besó, y no contento con ello se mofó de mi reacción al beso.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

La indignación en la voz de su amiga casi le arranca una carcajada, pero se limitó a seguir bebiendo tu té con calma.

—Ivy... ¿has oído lo que te he dicho?

—Perfectamente.

—¿Y te quedas tan tranquila?

—¿Qué hiciste para que Francis reaccionara de esa manera?

—¡Yo no hice nada!

Ivette miró a Beth con una ceja arqueada, y ella suspiró.

—Bueno... me alejé sola en el jardín.

—¿Sola? ¡Cómo se te ocurrió!

—Necesitaba soledad.

—¡Pues hábémelo dicho! ¡Te habría llevado a casa de inmediato!

—¡Baja la voz! Apuesto a que te está oyendo regañarme todo el barrio.

—Da gracias que no es tu padre quien te riñe. Tuviste suerte de que te encontrase Francis antes que cualquier otro caballero.

—¿Suerte? ¿A eso le llamas suerte?

—Si hubieses estado a solas con otro hombre, tal vez ahora estaríamos lamentándolo las dos.

—¡Yo no estaba a solas con él!

—Acabas de decir que te besó. No creo que lo hiciera delante de todo el mundo.

—¡Se burló de mí!

—¡Por Dios santo, Beth! ¡Podrías haber terminado deshonrada y te preocupas de la burla de Francis! ¡Crece de una vez, maldita sea!

Beth abrió los ojos como platos ante la reprimenda que estaba recibiendo por parte de su amiga. Se sentó en el sillón derrotada, sin decir ni una palabra.

—Te tienes merecido lo que hizo Francis por ser tan imprudente.

—¡Él me besó! ¡Puso en peligro mi reputación!

—Te besó y disfrutaste del beso, así que deja de quejarte —afirmó su amiga.

—¡No me quejo del beso!

Se alejó hacia la ventana y suspiró.

—Me dolió que se riera de mi reacción —confesó con tristeza.

Ivette se quedó mirando a su amiga sorprendida, pero no dijo nada.

—Para mí fue algo especial y él...

En ese momento oyeron la voz de Stefan, que entraba por la puerta seguido de Francis.

—Ivette... Lady Hamilton... —dijo Francis haciendo una reverencia.

—Buenos días, querida —susurró Stefan antes de besar a su esposa en la mejilla—. Beth, ¿cómo tú por aquí tan temprano?

—Va a acompañarme a la modista —mintió Ivy—. Vamos a mandar a hacer unos vestidos para el baile del mes que viene.

—¿El baile? ¿Qué baile? —preguntó Francis.

—Mi querida esposa piensa que debe organizar un baile de gala — protestó Stefan.

—Aún no tengo nada organizado, pero espero que asistas, Fran —dijo Ivette.

—Sabes que será un honor hacerlo, Ivy. Me marchó, debo ocuparme de unos asuntos de suma importancia.

—¿No te quedas a comer? —preguntó Ivette.

—No puedo, pero gracias por la invitación.

Francis besó a Ivette en la frente, como cada vez que se veían, e hizo una reverencia a Beth.

—Lady Hamilton, ha sido un placer volver a verla.

Beth contestó con un bufido, y se cruzó de brazos, dándose la vuelta hacia la ventana. Stefan arqueó una ceja, pero guardó silencio ante la señal de su esposa. Cuando su amigo se hubo marchado, subió a su despacho y dejó a las mujeres a solas.

—¿Por qué les has mentado? —preguntó Beth.

—¿Qué querías que hiciera? No podía decirles que viniste a quejarte sobre el comportamiento de Sutherland.

—¿Por qué no? Es lo que he venido a hacer.

—Eso habría desatado otra discusión entre vosotros dos, y es lo último que necesitáis en este momento. Necesitáis hacer las paces y...

—Olvidalo. No pienso volver a hablar con ese canalla.

—Ese canalla es mi amigo, y ayudó a mi marido a salvarme de las garras del conde D'Arcy.

—Lo siento, pero nunca podré verle de la misma manera que tú.

—Eso es porque te esfuerzas en ser maleducada con él por lo que pasó en el colegio.

—No tiene nada que ver con eso.

—¿Seguro que no?

—Por supuesto. Desde que nos conocemos ha sido déspota, arrogante y mezquino conmigo. Intentó ser educado y no lo consiguió.

—Tampoco es que se lo hayas puesto muy fácil...

—El duque y yo somos como el agua y el aceite, Ivy. Es hora de que te hagas a la idea.

—Debo darles el pecho a los mellizos —dijo entonces Ivette.

—En ese caso me marchó. Ya los veré en otra ocasión.

—No me importa que te quedes, Beth.

—Lo sé, pero debo volver a casa. Mi madre estará preocupada.

Cuando salió de casa de los Devonshire, el carruaje del duque de Sutherland aún estaba parado frente a la casa, y Francis la esperaba apoyado en uno de los laterales.

—Lady Hamilton, ¿podemos hablar? —preguntó.

—No tenemos nada de qué hablar, excelencia.

—Por favor, Beth...

—Está bien. Diga lo que tenga que decir y después márchese.

—Quería pedirte disculpas por mi comportamiento de anoche. Estuvo fuera de lugar y lo siento.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. Estaba furioso, pero no soy nadie para reprenderte de esa manera, mucho menos para burlarme de ti.

—Tiene razón, usted no es nadie para reírse de mis sentimientos.

—Espero que podamos volver a empezar de cero.

—Es la tercera vez que me pide una oportunidad, y siempre termina fastidiándola. ¿Por qué tendría que dársela?

—Porque hablo de corazón.

—Acepto sus disculpas, porque soy una dama educada, pero no pienso darle otra oportunidad. Tendré que soportarle, pues es el mejor amigo de Stefan e Ivette, pero en lo que a mí respecta, cualquier atisbo de amistad que pudiese haber entre nosotros ha quedado olvidado. Y ahora, si me disculpa, debo volver a casa.

Francis observó cómo la muchacha se recogía las faldas para subir a su carruaje con la espalda bien erguida, sin dedicarle siquiera una mirada. Había metido la pata, y ahora no sabía cómo demonios iba a arreglar el estropicio que había formado por estúpido. Tal vez Ivy pudiese ayudarle con Beth, aunque conociendo el carácter de la muchacha, dudaba que llegase a perdonarle alguna vez.

Elisabeth se sentía ultrajada. ¿Cómo se había atrevido el duque a besarla para después burlarse de ella? Para ella había sido algo mágico, y por un segundo deseó que la reina le hubiese elegido a él como pretendiente para ella. Para Francis, sin embargo, había sido parte de una más de sus burlas.

Una lágrima resbaló por su mejilla, y la apartó con furia. A partir de ese momento, el duque de Sutherland estaba muerto para ella. Lo sentía por Ivette y Stefan, pero no pensaba ser amable con alguien que se había burlado

cruelmente de ella.

Capítulo 10

Esa misma tarde, Francis permanecía sentado en una de las mesas del club esperando a Stefan. Su amigo se retrasaba, pero teniendo en cuenta la maravillosa familia que había formado junto con Ivette, no se lo reprochaba. De buena gana ocuparía su lugar, pero por desgracia, después del desastre en el que se había convertido su relación con Beth, dudaba conseguirlo algún día.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Había conseguido que la muchacha lograra soportarle, y lo había echado todo a perder por un maldito impulso.

Stefan entró en ese momento en el club y se acercó a él con un suspiro.

—Siento el retraso. Al pequeño Christopher le ha subido un poco la fiebre.

—¿Es grave?

—El doctor dice que es normal, le están saliendo los primeros dientes. Pero ya conoces a Ivette, casi se muere del disgusto.

—Deberías haberte quedado en casa.

—Mi esposa ha insistido. Ahora que el niño está recuperado, no me quiere revoloteando a su alrededor. ¿Y bien? ¿De qué querías hablarme?

—Necesito consejo. He metido la pata con Beth, y no sé cómo solucionarlo.

—¿Qué has hecho? —preguntó Stefan arqueando una ceja.

—He herido sus sentimientos.

—¿Qué le has dicho?

—La besé y me burlé de su reacción.

—¿Cómo se te ocurre besarla? ¿Estás loco? ¡Ella no sabe que va a casarse contigo, hombre!

—¡Ya lo sé! Discutimos, y no sé por qué demonios la besé.

—¿Por qué discutisteis?

—Se aventuró a ir sola a una zona oscura del jardín.

—¿Y por qué no te limitaste a acompañarla hasta la casa? Habías avanzado mucho con ella y lo has echado todo a perder.

—¡Es mi prometida, por amor de Dios! ¡Creo que tengo derecho a reprenderla si hace algo indebido!

—¡Pero ella no debe saberlo, Fran! La reina lo dejó bien claro, ¿recuerdas?

—Ya lo sé, por eso le quité hierro al asunto burlándome de ella.

—¿Y te extraña que no quiera perdonarte? Vas a tener que suplicar perdón, y arrodillarte si hace falta. Beth es muy rencorosa y no te perdonará tan fácilmente.

—¿Crees que no lo he intentado ya? No voy a soportar vivir con una mujer que no soporte mi presencia, Stefan, sobre todo cuando no puedo evitar desear tocarla.

—Hablaré con Ivette, a ver qué se puede hacer al respecto. Pero no te prometo nada, por mucho que ella le diga, tu prometida es obstinada.

Francis asintió y se marchó cabizbajo. Stefan sentía verdadera lástima por su amigo, porque sabía lo tozuda que podía llegar a ser Beth. Había convivido con ella lo suficiente para darse cuenta de que cuando algo se le metía en la cabeza, era imposible hacerla cambiar de opinión, y si había decidido que Francis era persona *non grata*, poco se podía hacer al respecto.

Cuando volvió a casa, encontró a su esposa sentada en el salón, entretenida en su bordado junto a la ventana. Ya empezaba a hacer calor, y las chimeneas permanecían apagadas la mayor parte del día.

—Buenas tardes, mi amor. ¿Cómo está el pequeño? —preguntó, besándola en la mejilla antes de sentarse a su lado.

—Está descansando. La medicina que le dio el doctor le bajó la fiebre de inmediato, y no ha vuelto a subirle en toda la tarde.

Ivette miró atentamente a su esposo, pues notó la preocupación en su voz.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Es Francis. Ha metido la pata con Beth.

—Lo sé, ella me lo contó esta mañana.

—Fran le pidió disculpas, pero no las aceptó.

Ivette suspiró y dejó a un lado su labor.

—¿Y se lo reprochas? Beth está muy dolida. Para ella ese beso significó algo, y Francis se lo tomó todo a burla.

—Lo hizo para que ella no sospechase nada.

—Pues metió la pata hasta el fondo. Y la verdad, es que no sé si debo ayudarle a que Beth le perdone.

—Vamos, Ivy, la reina nos dio un cometido, y debemos llevarlo a cabo.

—Estoy tentada de contarle a la reina lo que Fran le ha hecho a la pobre Beth, para que le castigue por estúpido.

—No lo dices en serio.

—No, no lo hago, pero estoy muy enfadada con él.

—Debemos intentar que hagan las paces, cariño.

—¿Cómo? Apenas se dirigen la palabra, y Beth no querrá estar en la misma habitación que él.

—Tal vez, si hablas con ella, consigas que te escuche.

—Francis no se lo merece —protestó Ivette.

—Pero lo harás por mí, ¿no es así?

—Está bien, mañana iré a visitarla. Su madre me envió una invitación para el té de la tarde, aprovecharé la ocasión para hablar con ella.

—Todo este asunto me está dando dolor de cabeza. Espero que Mary no termine siendo tan cabezota como Beth, o juro por Dios que terminaré dándole unos azotes para que cambie.

En ese mismo momento, Beth recibía un ramo de lirios blancos de parte del duque de Sutherland. En la tarjeta solo había escritas dos palabras de su puño y letra: Lo siento. Beth casi se derrite ante el detalle, pero recuperó la compostura y tiró las flores a la basura.

—¡Pero Beth! ¿Qué estás haciendo? —preguntó su madre sorprendida — Son unas flores preciosas.

—La persona que las envía no merece que las conserve, madre.

—¿Quién es?

—El duque de Sutherland.

—¡Un duque, Beth! Se ha interesado por ti un duque, ¿y tiras su regalo a la basura?

—Ya estoy prometida a otro hombre, madre, ¿recuerdas?

—¿Y si es él? —dijo su madre esperanzada.

—No lo es, mamá, créeme. El duque está disculpándose por ser grosero conmigo, nada más.

—¿Y no vas a perdonarle?

—Ni en sueños. Me dolió mucho lo que me dijo, y no pienso perdonarle.

—Estás volviendo a ser la niña insoportable de antes, ten cuidado —le advirtió su madre.

—¿Por no perdonar una ofensa?

—No es solo eso, y lo sabes. Vuelves a ser caprichosa, malcriada, y a tu futuro esposo no le gustará tenerte a su lado.

—No me importa. Quizás así me deje tranquila.

—Créeme, hija, en las frías noches de invierno ninguna mujer quiere que la dejen tranquila.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabrás a su debido momento. Ve a tu habitación y recapacita sobre lo que ha pasado. Tal vez así vuelvas a entrar en razón.

—Pero...

—¡No hay peros que valgan, jovencita!

Beth subió corriendo las escaleras y se dejó caer en la cama, llorando desconsolada. ¿Por qué la castigaba su madre? El duque se había burlado de ella, y la mandaban a recapacitar sobre ello. ¡Qué injusto era todo!

Se asomó a la ventana y vio a una pareja paseando, cogidos del brazo. La dama miraba al caballero con tanto amor en sus ojos... A ella le habían arrebatado todo eso, y, por si fuera poco, no le daban la oportunidad de conocer a su prometido hasta el día de la boda. No pasearían por el parque, ni bailarían en los salones de Mayfair. El único regalo que le había enviado colgaba de su cuello como un tesoro, pero no había tenido noticias suyas desde entonces.

Se sentía frustrada, y Sutherland no ayudaba en absoluto a que su paciencia regresara. Aunque debía reconocer que sus incesantes discusiones habían hecho que olvidase la angustia de saberse prometida con un desconocido por completo.

Debía ser justa con el duque, a excepción del encuentro en el baile de los Granard, desde que firmaron una tregua siempre había sido amable con ella. Incluso le hizo ilusión su visita, la semana anterior. ¿Volvía a ser una niña caprichosa y malcriada? No era esa su intención, desde luego.

También debía reconocer su parte de culpa en todo el asunto del beso. Si no hubiese sido una imprudente, no habría estado a solas con él en un lugar apartado, y no habría tenido oportunidad de besarla, mucho menos de burlarse de ella.

Echaría de menos sus paseos, sus charlas en los bailes... en definitiva, le echaría de menos si no accedía a empezar de nuevo su amistad. Y debía

reconocer que las flores eran realmente preciosas... aunque hubiesen terminado en la basura. Se sentó frente al escritorio secándose las lágrimas con la manga del vestido, y mojó su pluma en la tinta para comenzar a escribir una nota.

Cuando el mensajero entregó una misiva a Francis de parte de lady Hamilton, la sorpresa no pudo ser mayor. Se sentó en su despacho frente a una copa de whisky y abrió el sobre, que olía a flores frescas.

“Muy señor mío:

Creo que fui un poco injusta con usted ayer. Fui una imprudente la otra noche en el baile, no debí alejarme sola de la casa, y le agradezco que me salvara de terminar envuelta en una situación comprometida.”

Francis sonrió. Si les hubiesen encontrado en mitad de aquel tórrido beso, Beth no estaría tan segura de haber sido salvada, pero por suerte nadie logró descubrirles y todo había quedado en un encuentro privado.

“Aunque dije que jamás le daría otra oportunidad, espero que podamos volver a empezar desde el principio, firmando una nueva tregua. Por ello le he reservado el primer vals el sábado por la noche, en el baile que la duquesa de Hamilton dará en casa de su hijo. Un cordial saludo.

Elisabeth Hamilton.”

Francis no sabía qué había hecho Ivette, pero no pensaba preguntar al respecto ante el cambio de parecer tan repentino que acababa de tener Beth. Guardó su pequeño tesoro en la caja fuerte, y decidió agradecerle la nueva oportunidad con un pequeño obsequio. Bajó al salón principal, donde su hermana leía un libro poco antes de la cena.

—Ely, ¿tienes un minuto? —preguntó.

Su hermana dejó el libro a un lado y le hizo una señal para que se sentase a su lado.

—Para ti siempre lo tengo, Fran. ¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas el papel de carta que te traje de mi viaje a Francia?

—Claro que sí, aún me quedan algunos. ¿Para qué los necesitas?

—Quiero hacerle un regalo a una joven dama.

—¿Pensando en el matrimonio, hermano?

—Algo así.

—¿Y quién es la afortunada?

—Alguien que no te incumbe, enana.

—¡Vamos, Fran, dime de quién se trata!

—Lo sabrás a su debido momento, no antes.

—Eres imposible. ¿Pero no crees que un simple papel de carta es un regalo muy pobre?

—A la dama en cuestión le gusta coleccionarlos, y apuesto a que no tiene ninguno como los tuyos.

Eleanor sonrió ante la enorme pista que su hermano le acababa de dar sobre la identidad de su dama. Ella solo conocía a una mujer que coleccionase papel de carta, y esa era Elisabeth Hamilton.

Ahora entendía el comportamiento extraño de su hermano en las últimas semanas respecto a ella, y se alegraba de que hubiese empezado a agradecerle a su amiga. No diría una palabra al respecto, por supuesto, porque sabía que la reina no quería que Beth se enterase antes de tiempo, y no deseaba ser castigada ella también.

Salió a correr escaleras arriba para hacer lo que su hermano le había pedido, pues le hacía una ilusión tremenda tener a una de sus mejores amigas como cuñada.

Cuando su hermana le entregó el papel adornado, Francis se dirigió a su despacho. Cogió de la caja fuerte un collar de perlas perteneciente a su abuela paterna, y lo envió a su prometida acompañado del papel de su hermana y de una nota.

“Yo también siento mi comportamiento de la otra noche, estuvo fuera de lugar, y espero que tú también me perdones. Será un honor aceptar ese baile, y quiero que aceptes esta pequeña ofrenda en señal de mi disposición a empezar de nuevo. Recibe un cordial saludo.

Francis Levenson”

Capítulo 11

Beth estaba hecha un manojo de nervios la noche del baile, y no sabía el motivo. O más bien no quería reconocerlo. No había vuelto a ver al duque de Sutherland desde el día de su disculpa, aunque había recibido un precioso collar de perlas y varios papeles de carta con dibujos exquisitos junto con una nota aceptando su invitación. Se negaba a reconocerlo, pero estaba empezando a apreciar a Francis Levenson más de lo que debería.

Esa noche cuidó su aspecto más de lo acostumbrado, se puso el mejor vestido que poseía, e incluso cambió de peinado un par de veces, para fastidio de su dama de compañía. Se miró al espejo desde todos los ángulos, quería que todo fuese perfecto.

Bajó las escaleras lentamente, y sus padres, que la esperaban al pie de las escaleras, se quedaron impresionados ante su belleza. Su melena de rizos cobrizos caía por su espalda, y un sencillo pasador de perlas recogía unos cuantos mechones en lo alto de su cabeza. El colgante que habitualmente adornaba su cuello había quedado relegado al joyero, y en su lugar descansaba el collar de perlas del duque. El vestido azul cielo de seda volaba alrededor de sus piernas, y un delicado chal cubría sus hombros con suavidad.

—¡Beth, estás bellísima! —suspiró su madre besándola en la mejilla.

—No me había dado cuenta de que te has hecho mayor, hija mía —susurró su padre con ojos vidriosos—. Apuesto a que tu prometido se sentirá muy orgulloso de contraer matrimonio con una muchacha tan bella como tú.

En cuanto llegaron a casa del marqués de Huntington, la muchacha empezó a temblar. ¿Qué le pasaba? Francis no era más que un amigo de la familia, ¿no? Entonces, ¿por qué se sentía tan inquieta? La duquesa de Hamilton se acercó a ellos con una sonrisa y ordenó a un sirviente que llevase sus abrigos al guardarropa.

—Bienvenida, querida —dijo cuando llegó su turno de saludar a su

anfitriona—. Ese vestido es fantástico, te sienta de maravilla.

—Gracias, excelencia. Usted también está muy bella.

—Pasad y divertíos.

Se acercó a Beth para susurrar en su oído.

—Ivy ya está en el salón, apuesto a que estarás deseando verla.

—Gracias, iré a encontrarme con ella de inmediato.

Beth se alejó de sus padres para encontrarse con su mejor amiga, que estaba cómodamente sentada en un sillón, acompañada de su marido, que la miraba desde el respaldo. En cuanto la vio, Ivette se levantó y se acercó a ella con los brazos abiertos.

—Ivy... El decoro —protestó Stefan, que sin embargo sonreía.

—Al diablo el decoro, Stefan. Estamos en familia —protestó su amiga envolviéndola en un caluroso abrazo—. ¿Cómo estás? Hace tiempo que no te veo. Fui a verte el martes, pero tu madre me dijo que estabas enferma.

—Lo siento, Ivy, pero debía pasar unos días sola para recapacitar sobre mi comportamiento.

—¿Y has llegado a una conclusión?

—Así es. Debo comportarme como una persona adulta, no como una niña malcriada, así que le envié una nota a Sutherland aceptando sus disculpas.

—Me alegra mucho oír eso.

—Esta noche le he reservado el primer vals, y espero que podamos hablar sobre lo ocurrido.

—Me siento muy orgullosa de ti, Beth. Has madurado mucho, y te estás comportando como una verdadera dama.

—Estoy hecha un manojo de nervios —confesó.

—¿Pero por qué?

—No lo sé, pero no puedo evitar temblar cada vez que pienso en mi encuentro con el duque.

—Quizás te gusta un poco.

—No puede gustarme, Ivy. Estoy comprometida.

—Que te guste no significa nada.

—No quiero terminar con el corazón herido pudiendo evitarlo.

—Pues al menos disfruta todo lo que puedas del placer de su compañía. Acaba de entrar al salón —susurró su amiga.

Beth no quería darse la vuelta, no podía hacerlo. Su corazón latía a mil por hora, y sus piernas apenas la sostenían sobre sus zapatos de baile. Volvió

la cabeza lentamente, y su mirada se encontró con los hipnotizadores ojos del duque, que le dedicó una dulce sonrisa antes de pararse junto a ella.

—Excelencia, lady Hamilton —dijo con una reverencia—. Definitivamente son las damas más hermosas del salón.

—Deja los formalismos, Fran —protestó su amiga besándole en la mejilla—. Estamos en familia.

—No por mucho tiempo —la reprendió su esposo acercándose a ellos—. Los invitados están empezando a llegar, así que compórtate.

—Lady Hamilton —dijo entonces Sutherland—, confío en tener aún reservado ese vals.

—Por supuesto, excelencia —contestó ella alargándole su tarjeta de baile—. Aún no la he estrenado.

—En ese caso, me tomaré la libertad de reservar una cuadrilla para más tarde. Tal vez le apetezca pasear conmigo para descansar, en vez de bailarla.

—Con gusto, excelencia.

—Y ahora, si me disculpan, voy a saludar al resto de invitados. Ha sido un auténtico placer volver a verla, milady, y espero impaciente ese vals.

Beth le vio alejarse con la boca abierta. ¿Qué demonios estaba pasando? El duque había estado flirteando abiertamente con ella, ¿o acaso lo había soñado?

—Lo veo y no lo creo —susurró Ivette.

—¿El qué? —preguntó ella.

—¿Acaso estás ciega? Ha estado flirteando contigo.

—Solo ha sido cortés, Ivy —dijo su marido—. No le des más vueltas.

—¿Cortés? ¿En serio?

—Ivette, no busques fantasmas donde no los hay —añadió Beth—. Ha sido educado, y la verdad es que lo agradezco.

—En cualquier caso, me alegro de que volváis a llevaros bien.

Minutos más tarde, Beth vio acercarse a la duquesa de Hamilton acompañada de un apuesto joven. Era alto, aunque no tanto como Sutherland, con el cabello del color del trigo, pulcramente peinado, y los ojos tan verdes como la hierba de Hyde Park. Era realmente guapo, de rasgos delicados y una dulce sonrisa, dedicada solo a ella.

—Querida, déjame presentarte al conde de Suffolk —dijo la duquesa al llegar hasta ella—. Milord, ella es la joven Elisabeth Hamilton, una amiga muy querida de la familia.

—Es un placer conocerla, milady —contestó el conde con una

reverencia.

Su voz era aterciopelada, casi como una suave caricia.

—Lo mismo digo, milord. ¿Es usted de Londres? No había tenido el gusto de oír hablar de usted.

—Acabo de llegar a la ciudad. Mi hogar está en York, donde regresaré con mi futura esposa.

—Así que está a la caza de una debutante... No lo diga muy alto, o todas las matronas de la fiesta se lanzarán sobre usted para ofrecerle a sus adorables hijas.

—Perderán su tiempo, me temo. Ya tengo puestas mis miras en una preciosa joven.

Beth se quedó mirándole un segundo. ¿Acaso era él su prometido? De ser así, la reina había sido benévola, y había tenido un gusto exquisito.

—¿Me concederá el honor del primer vals, lady Hamilton? —continuó el conde, sacándola de su ensimismamiento.

—Lo siento, milord, pero me temo que llega usted demasiado tarde. Ya lo tengo comprometido, pero aún tengo libre el segundo, y será un placer bailarlo con usted.

El conde firmó diligentemente su tarjeta de baile, y se llevó el dorso de la mano de Beth a los labios para besarla suavemente, sin apartar su mirada de la de la joven.

—Nos veremos en un rato, milady.

—Hasta entonces, lord Suffolk.

Francis observaba con fastidio al caballero que acababa de acercarse a Beth. Flirteaba con ella de forma descarada, con esa sonrisa bobalicona y esas maneras afeminadas. ¿De dónde había salido ese mequetrefe?

—¿Quién es ese? —preguntó a Stefan, que charlaba animadamente con Andrew.

—¿Quién es quién? —dijo su amigo.

—Aquel que está junto a tu madre. El que flirtea con Beth.

—Es el conde de Suffolk. Acaba de llegar a la ciudad desde York a la caza de una esposa.

—¿Y quién le ha invitado? —preguntó Andrew— Es la primera vez que le veo.

—Envió una carta a Hamilton para solicitar una audiencia. Afirma que se conocieron en el pasado, y aunque James jura que no le conoce de nada, se

vio en la obligación de invitarle.

—Una táctica muy imaginativa para ser invitado a un baile... —añadió Andrew.

—Ha puesto sus ojos en Beth —protestó Francis.

—Tan solo está hablando con ella, hombre. No seas exagerado —dijo Stefan.

—Simplemente está siendo cortés y educado, Fran —asintió Andrew —. Tu mujer está a salvo.

En ese momento el conde se llevó la mano de Beth a los labios, y la sangre de Francis comenzó a hervir.

—¿Qué decíais? —dijo entre dientes.

—Tranquilízate, hombre. Beth es una mujer muy lista y no caerá en sus redes —añadió Stefan.

—Creo que voy a hablar con Victoria. Ya estoy cansado de este juego sin sentido.

—No dará su brazo a torcer, lo sabes de sobra —dijo Andrew.

—Aun así, debo intentarlo.

Observó con cierto alivio cómo el hombre se alejaba de su prometida, y se acercó con paso decidido con la intención de reclamar su baile.

—Lady Hamilton, ¿Lo está pasando bien? —preguntó.

—Muy bien, excelencia. ¿Y usted?

—No tanto como me gustaría. Creo que este es mi baile —dijo cuando comenzaron a sonar los primeros acordes.

—Así es.

—En ese caso, milady...

Beth se cogió del brazo que Francis le ofrecía y se dejó guiar hasta la pista de baile. Sus ojos azules se fijaron en ella en cuanto su mano se posó sobre la cintura de la joven, y comenzaron a dar vueltas por la pista. El resto del gentío desapareció. Beth solo veía los ojos del duque, en los que podía vislumbrar algo nuevo para ella, algo que sin saber lo que era, le gustaba.

—¿Quién era ese caballero, Beth? —preguntó Francis.

Oír su nombre en sus labios consiguió derretirla por completo. Aunque lo había hecho infinidad de veces cuando se encontraban a solas, Francis nunca se había atrevido a llamarla por su nombre de pila en público.

—¿Qué caballero? —preguntó sin saber a quién se refería.

—El que hablaba contigo hace un segundo.

—Es el conde de Suffolk. La duquesa de Hamilton acaba de

presentármelo.

—Parece interesado en ti.

—Bueno, es de todos conocido que ya estoy prometida por orden real, así que, si así fuera, estaría perdiendo su tiempo.

—Así es, ya estás prometida. Y dime, ¿cómo llevas el misterio de su identidad?

—Ya he empezado a acostumbrarme. Sé que no le conoceré hasta el día de mi boda, pero mientras tanto puedo disfrutar de la temporada.

—¿Disfrutas bailando conmigo, Beth?

La pregunta la pilló por sorpresa, pero ella se limitó a sonreír.

—Desde luego que sí. Eres muy buen bailarín.

—Gracias, mi trabajo me costó.

—No seas exagerado. Apuesto a que eras el primero de la clase en la escuela.

—Me temo que solo fui el segundo. Stefan se llevó ese honor.

La carcajada de la joven resonó por toda la estancia, y varias cabezas se volvieron hacia ellos con curiosidad.

—Me alegro de que volvamos a llevarnos bien, Beth —reconoció Francis—. Odio discutir contigo.

—Yo también me alegro. Es agotador estar enfadada con alguien tan cabezota como tú.

Francis sonrió, y respiró tranquilo al comprobar que Beth no tenía interés alguno en el conde. Continuó guiándola por la pista de baile. Las faldas de Beth se enredaban en las piernas del duque mientras daban vueltas y vueltas por la sala, y él no podía evitar desear que todo el mundo desapareciese para poder besarla de nuevo.

Cuando la música cesó, el duque la devolvió al lado de su madre, e imitó el gesto que un rato antes había tenido con ella el conde, salvo que, en vez de limitarse a besarle el dorso de la mano, giró su muñeca para depositar un beso en el punto donde latía el pulso de Beth.

—Nos vemos en un rato, querida —susurró con un guiño antes de marcharse.

Beth se quedó hipnotizada con la mirada fija en la espalda de Francis, que se alejó hasta la mesa de los refrigerios sin volver la vista atrás.

Capítulo 12

A Beth le dolían terriblemente los pies, estaba muy cansada y necesitaba dormir, pero aún quedaba mucha noche por delante. Ansiaba el momento en que la orquesta diese paso a la cuadrilla, porque sabía que podría pedirle a Francis que la llevase al jardín para poder sentarse en un banco a descansar.

Su madre estaba cacareando a su alrededor, intentando averiguar quién de los caballeros que se habían acercado a ella tendría el honor de ser su prometido, pero lo que a Beth realmente le importaba era el comportamiento que Sutherland tenía en ese momento con la jovencísima viuda de Shrewsbury. ¿Sería ella su amante? Y si así fuera, ¿qué más le daba a ella? Pero no podía apartar la mirada de ellos dos. Francis sonreía abiertamente, hablaba en el oído de la dama, y la mano de ella descansaba sobre la manga de la chaqueta del duque.

—Beth, hija, ¿me estás escuchando? —preguntó su madre, sacándola de su ensimismamiento.

—Lo siento, mamá, estaba distraída —se disculpó.

—Te preguntaba si alguno de los caballeros con los que has hablado te ha confesado su intención de venir a verte a casa.

—Pues la verdad es que no, madre. Tampoco es que les haya dado pie a ello. Estoy prometida, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Mamá, si alguno de ellos se interesa por mí, cosa que dudo, enviaré una nota mañana a casa. Deja de preocuparte, por favor.

Divisó a Ivette y Sarah al otro lado del salón, y se acercó a ellas con paso decidido.

—Mi madre va a terminar por amargarme la velada —protestó.

—¿Qué ocurre, Beth? —preguntó Ivy preocupada.

—No deja de hacer cábalas sobre quién será mi prometido, y está empezando a darme dolor de cabeza.

—Tiene que estar tan intrigada como tú —dijo Sarah—. A fin de cuentas, eres su única hija.

—Sí, pero si yo no me preocupo, ¿por qué tiene que hacerlo ella?

—Vamos, deja de pensar en eso y diviértete —sugirió Ivette.

—Eso mismo pienso hacer.

Dio un sorbo a su bebida sin apartar la vista de Sutherland, que seguía charlando con la condesa.

—¿Qué se trae entre manos Sutherland con la condesa de Shrewsbury?

—preguntó aparentando no tener demasiado interés.

—Tengo entendido que fueron amantes —dijo Sarah.

—¿Hace mucho de eso? —preguntó Beth.

—Cuando heredó el título, con veinticuatro años —contestó Sarah.

—¿Por qué te interesa tanto de repente Francis? —preguntó Ivette.

—No me interesa en absoluto —protestó intentando disimular—, pero ya conocéis mi naturaleza curiosa, y no puedo evitar husmear cuando veo algo que me llama la atención.

—Pues ten cuidado, porque cualquiera diría que estás celosa —bromeó Sarah.

—¿Celosa, yo? No digas bobadas.

—Ya, ya... pero no puedes dejar de mirarle, Beth —rio Ivette.

—Si me disculpáis, debo bailar el próximo vals con el conde de Suffolk.

Beth se recogió las faldas y se alejó hasta donde se encontraba su madre. Estaba furiosa. ¿Por qué pensarían sus amigas que estaba celosa? Simplemente les había hecho una pregunta por curiosidad... ¿O no? El conde de Suffolk la salvó de profundizar en ese pensamiento cuando se acercó para reclamar su baile.

—Creo que esta es nuestra pieza, milady —dijo con esa voz aterciopelada que tanto distaba de la voz profunda y ronca de Sutherland.

—Así es, milord.

Aceptó la mano que el caballero le tendía, y se acercó con él a la pista. Observó por el rabillo del ojo que Francis se unía a ellos con la condesa del brazo, y sintió una punzada de algo que no supo identificar colarse en su corazón.

Bailar con el conde no era, ni por asomo, tan placentero como hacerlo con Francis. Mientras el duque la hacía flotar sobre el suelo de mármol de la estancia, con el conde apenas atinaba a seguir los pasos, y su mente estaba

distraída buscando a Sutherland con la mirada.

—Parece distraída —dijo el conde—. ¿Acaso no le apetece bailar?

Beth se sintió un poco culpable por haberle prestado tan poca atención, y le miró con una sonrisa de disculpa.

—No es eso, es que me encuentro un poco cansada.

—Si quiere, podemos pasear alrededor del salón.

—Claro que no, sigamos bailando. Y dígame, ¿Tiene usted familia?

—Una enorme, para ser exactos. Mis padres tuvieron ocho hijos, de los cuales soy el tercer hijo, el primero varón.

—No tendrá tiempo de aburrirse.

—Me temo que no, y ahora que mi padre ya no se encuentra entre nosotros, el trabajo de controlarles es agotador. Por suerte, le dio tiempo de ocuparse del matrimonio de tres de mis cuatro hermanas, la que queda soltera aún es demasiado pequeña para pensar en casarse.

—Siento su pérdida.

—Hace casi un año de eso. Murió por una caída del caballo. Adoraba montar, así que fue una muerte muy placentera para él, y por suerte sin sufrir demasiado.

—¿Y su madre? ¿No le ha acompañado a buscar esposa?

—Desde que mi padre falleció, ella se encuentra demasiado débil para viajar, así que se ha quedado en casa descansando. Espero que mi futuro matrimonio consiga sacarla de su estado, o me temo que tendremos que lamentar también su pérdida.

El vals llegó a su fin, y el conde la llevó cerca de sus padres.

—Me gustaría poder visitarla una tarde, si no tiene inconveniente.

—Estaré encantada de recibirle, milord.

—En ese caso, enviaré mi tarjeta a su padre para solicitar permiso. Ha sido un placer bailar con usted, milady.

—lo mismo digo, milord.

Beth observó alejarse al conde y se acercó al tocador para refrescarse un poco. Se encontró allí a la acompañante de Francis, que la miró con una ceja arqueada y continuó empolvándose la nariz. Beth la ignoró, pues no tenía el gusto de haber sido presentada, y sacó de su ridículo la caja de polvos que Ivette le trajo de Francia.

—Bonita polvera —dijo la condesa sin mirarla.

—Gracias, es un regalo de mi mejor amiga.

—No he tenido el gusto de haber sido presentada. Me han dicho que

eres lady Hamilton, la joven prometida por orden real. Soy la condesa de Shrewsbury.

—Un placer —contestó Beth.

—Creo que tenemos un amigo en común —continuó diciendo la condesa.

—Ah, ¿sí?

—Vamos, querida, no disimule. La he estado observando, y no nos ha quitado ojo de encima en todo el baile.

—No tengo ni idea de a qué se refiere, milady.

—¿Vas a decirme que no eres amiga del duque de Sutherland?

—Sutherland es amigo de los duques de Devonshire, y ella es mi mejor amiga. Debemos soportarnos, pero no somos amigos —mintió.

—Eso no es lo que tengo entendido.

—¿De verdad? Pues me temo que está mal informada.

—Sé que está enamorada de él, lady Hamilton. Se nota en sus ojos cuando le mira. Lástima que ya esté comprometida, ¿no es cierto?

—No sé qué cree haber visto, pero le aseguro que habrá sido cualquier cosa menos amor.

—Entonces está de suerte, no terminará con el corazón destrozado.

—Así es.

—Si me permite un consejo, conserve su amistad cuando se case. Francis puede ser insoportable a veces, pero es el mejor amigo que una mujer puede desear.

Beth observó cómo la mujer guardaba su polvera en el bolso y salía de la estancia. ¿Por qué esa maldita mujer la había provocado? ¿Acaso creía que pretendía tomar a Sutherland como amante cuando se casara?

Volvió al salón de baile perdida en sus pensamientos, y no se percató de que el duque se acercaba, así que terminó chocando de bruces contra su pecho musculoso.

—Cuidado, milady, debería mirar por dónde va. Puede romperse esa bonita nariz, y no queremos eso, ¿verdad?

—Mil disculpas, excelencia, son estos zapatos —mintió—, el dolor me está matando. Estoy deseando volver a casa.

—Ahora viene la cuadrilla, y sé de un lugar donde podrá relajarse sin que nos molesten.

—No hace mucho me reprendió por estar a solas en un sitio apartado, ¿recuerda?

—Pero no lo estará, ¿no es cierto? Yo estaré con usted. Además, nadie fuera de la familia tiene acceso a esa parte de la casa, y podremos volver al salón sin que nadie nos descubra, le doy mi palabra.

—En ese caso, excelencia, lléveme hasta allí.

Francis se estaba arriesgando demasiado, pero necesitaba pasar tiempo a solas con ella. La condujo hasta el despacho de Anthony, y cerró la puerta con llave.

—¿Este es su lugar de relajación privado? —protestó ella— Nos descubrirán en cuanto salgamos por la puerta.

—Confíe en mí, sé lo que hago.

Francis se acercó a uno de los paneles de la pared, y golpeándolo suavemente en la parte superior, este cedió, dando paso a un pequeño pasillo iluminado.

—Usted primero, milady —dijo con aire triunfal, haciendo una reverencia exagerada.

—¿Cómo sabía...

—Cuando éramos pequeños, solíamos jugar por estos corredores. La duquesa los utilizaba para ir a su jardín privado, el camino es mucho más corto que accediendo por el jardín principal.

Beth se adentró por el pasillo, y pocos metros más adelante salió por una puerta cubierta de yedra hasta un precioso jardín de flores, con un gran estanque en el centro, en el que nadaban un sinnúmero de peces de colores.

—¡Es precioso! —suspiró Beth, acercándose.

—Sabía que le gustaría. Vamos, siéntese en el borde y meta los pies en el agua.

—¿No me morderán?

—Claro que no —rio él—. De hecho, yo voy a hacer lo mismo.

Francis se deshizo de los zapatos y las medias y se arremangó los pantalones hasta las rodillas. Beth no pudo evitar reírse ante su aspecto, pero él solo sonrió sentándose en el borde de piedra del estanque.

Beth se sintió tentada, muy tentada de imitarle, así que se quitó los zapatos y las medias y se recogió la falda del vestido para meter los pies en el agua fresca. Los pececillos le hacían cosquillas al nadar a su alrededor, y su risa llenó el silencio de la noche.

—Esto es tan relajante... —susurró con los ojos cerrados.

—Es un pequeño placer que solíamos disfrutar a menudo. La duquesa nos traía aquí a tomar el té en las tardes calurosas de verano, y lo pasábamos

en grande jugando a las charadas.

—La duquesa es maravillosa. Siempre se ha portado muy bien conmigo.

—Sí que lo es. Para mí es como una segunda madre, evitó muchas veces que me metiese en líos. La extrañaré cuando vuelva a Edimburgo con el duque.

—Yo también la extrañaré. Le he cogido mucho cariño.

—Es una lástima que el duque no quiera mudarse a Londres. Sería mucho más fácil para él acudir a la Cámara de los Lores, pero prefiere vivir en Edimburgo.

—Tengo entendido que le conoce desde niño.

—La verdad es que no tanto. Le conocí en mi último año de escuela, cuando el viejo Devonshire nombró a Stefan como su heredero. Dio una gran fiesta e invitó a gran parte de la alta sociedad, entre ellos mi familia.

—Acabo de caer en la cuenta de que apenas le conozco —dijo avergonzada.

—Tal vez sea hora de que lo hagas, Beth.

Francis acarició la mejilla de Beth con el dorso de la mano, y ella no pudo evitar cerrar los ojos ante el placer que le proporcionó esa caricia. Sabía que estaba mal, que no debía dejarle tomarse esas libertades, pero también sabía que Francis jamás se propasaría con ella.

—Cuéntame algo de tu padre —dijo para terminar con ese tenso momento.

—Era un buen hombre, pero sentía debilidad por su amante.

—¿Tenía una amante? —preguntó sorprendida.

Francis sonrió sin mirarla.

—Muchos nobles tienen amantes, Beth, y mi padre era uno de ellos. Mi madre terminó por aceptarlo, y fue feliz, a su manera.

—¿Y tú? ¿Alguna vez has tenido una amante?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Sabes que soy muy curiosa, no puedo evitarlo.

—Alguna que otra vez la tuve cuando era más joven. Ahora tengo cosas más importantes en las que emplear mi tiempo y mi dinero.

Francis posó sus ojos en ella con una intensidad que la dejó sin respiración. Le miró un segundo a los ojos, deseando que se acercase, que volviese a besarla, pero él se limitó a salir del agua y volver a colocarse los zapatos.

—Es hora de volver, Beth. La cuadrilla estará a punto de terminar.

Ella se apresuró a ponerse las medias y los zapatos, y le siguió por el pasadizo hasta el despacho de Hamilton.

—Cierre el panel cuando entre, yo volveré por el acceso del jardín. Así, si la descubren al abrir la puerta, podrá decir que se encerró aquí para descansar un poco.

—Gracias por compartir su secreto conmigo, milord. Creo que ha sido lo mejor de la noche.

—Ha sido un placer, milady. Que disfrute de lo que resta de baile.

Beth le observó alejarse hasta la entrada del jardín, y cerró el panel como él le había enseñado. Cuando abrió la puerta, no había nadie en el pasillo, y se acercó a sus padres para pedirles que volvieran a casa. Ahora que su encuentro con Sutherland había terminado, no tenía ganas de ser cortés con los demás caballeros. Lo único que quería era volver a su cuarto y soñar con el maravilloso momento que acababa de vivir.

Capítulo 13

Dos días después, el padre de Beth recibía la tarjeta del conde de Suffolk, solicitando permiso para acudir a visitar a su hija al día siguiente. Beth tenía ganas de volver a verle, de conocerle mejor, porque si terminaba casándose con él, quería al menos que llegasen a ser amigos.

Pero, a pesar de su predisposición a conocer a su prometido, no podía sacarse de la cabeza al duque de Sutherland. El tiempo que pasaron a solas en el baile de la duquesa de Hamilton había quedado grabado a fuego en su memoria, y era incapaz de olvidarlo. ¿Cómo era posible que aquella simple caricia hubiese conseguido estremecerla de aquella manera?

Había conocido una faceta del duque que no sabía que existiera. Le habló de su niñez con nostalgia, con tanto cariño, que Beth le envidió por haber tenido la suerte de tener unos amigos tan importantes a tan temprana edad. Ella había sido una niña solitaria hasta que Ivette llegó a la escuela, dos años antes de terminar los estudios. Después de eso, comenzó a hacer buenas amigas, con las que aún podía contar, pero todo fue gracias a la vivacidad y al don de gentes de su mejor amiga.

—Beth, ¿me estás escuchando?

Su madre no paraba de dar vueltas a su alrededor, hablando sobre la suerte que tenía de que la reina hubiese sido tan benévola con ella, y hacía rato que había dejado de prestarle atención. Esa mañana se había levantado con frío y malestar, y conforme se acercaba la noche, Beth se empezaba a sentir mucho peor.

—Lo siento, mamá —contestó—. Estaba distraída.

—Vamos, levanta de ahí para que Rose comience a peinarte. Si sigues así, llegarás tarde.

Beth había olvidado por completo que esa noche iría a la ópera acompañada de los duques de Devonshire, y la verdad es que no se sentía con fuerzas de salir de la cama.

—Envía un mensaje excusándome, mamá. No me siento muy bien.

—¡No puedes declinar la invitación en el último momento! Eso sería muy descortés, Beth.

—Me duele todo el cuerpo, mamá, Ivette lo entenderá.

—Eso es el cansancio. Cuando vuelvas esta noche a casa descansarás y mañana estarás como nueva.

—¡Pero mamá...

—No quiero volver a oír una excusa, jovencita. Los duques llegarán en una hora, no les hagamos esperar.

Beth suspiró y se sentó en el sofá de su tocador para que su dama de compañía comenzase a peinarla. Ni siquiera tuvo ganas de elegir un vestido, así que su madre lo hizo por ella. Se decantó por uno de color violeta, con el cuerpo y el bajo de la falda bordado de flores, y algunas perlas salpicadas en el centro de algunas de ellas. Beth estaba empezando a cansarse de los insulsos vestidos de debutante. Todos eran en colores pastel, con flores bordadas, nada que ver con los sofisticados y elegantes vestidos que su amiga Ivette lucía desde su matrimonio. Si por algo deseaba que llegase el día de su boda, era por cambiar su vestuario de una vez por todas.

Cuando sonó el timbre de la puerta, Beth se puso su capa de piel y bajó las escaleras para encontrarse con sus amigos. Podía vislumbrar bajo la capa de armiño de su amiga un precioso vestido negro adornado con pedrería. En cuanto se acercó a ella, Ivette la abrazó con cariño y enlazó su brazo con el de ella.

—Espero que te guste la obra, Beth. Se titula *Rigoletto*, y la ha compuesto un tal Giuseppe Verdi.

—He oído hablar muy bien de ella —dijo su amiga.

—Beth, querida, ¿te encuentras bien? —preguntó su padre, que salió a saludar a los recién llegados— Estás muy pálida.

—Solo es el cansancio, nada más —contestó su madre por ella—. En cuanto consiga dormir un poco se le pasará.

—¿Prefieres quedarte en casa? —preguntó Ivette— Si necesitas descansar es mejor que te vayas a dormir.

—Tranquila, estará bien —continuó lady Hamilton—. Además, le apetece mucho ir a la ópera.

En cuanto el aire fresco de la noche rozó la cara de Beth, la muchacha se sintió mucho mejor. Llegaron al teatro *Drury Lane* con tiempo suficiente para ocupar su lugar tranquilamente antes de que empezara la obra. Stefan salió un momento del palco para saludar a un conocido, y ella e Ivette

ocuparon sus puestos junto al balcón. Un lacayo entró en ese momento y le entregó un pequeño estuche de terciopelo blanco, dentro del cual encontró unos preciosos binoculares de nácar y plata. Tenían grabadas sus iniciales, y no poseía nota alguna que le diese una pista de quién le podría haber hecho tan maravilloso regalo.

—¿De quién podrá ser? —preguntó su amiga observando atentamente el pequeño artilugio.

—No lo sé, pero me encanta —contestó ella.

—Tal vez tu prometido te los envía.

—¿Y cómo iba a saber que acudiría hoy al teatro?

—Beth, tu padre debe conocer su identidad. Se lo habrá comunicado él mismo.

—Tienes razón. Mi madre cree que se trata del conde de Suffolk.

—¿Suffolk? No sé... acaba de llegar a la ciudad...

—Y está muy interesado en mí.

—Cualquiera lo estaría de no ser porque todos saben que la reina ha fijado tu compromiso.

—Empieza a parecerme atrayente la idea de que sea él, la verdad. Es apuesto, y amable.

—No creo que debas seguir haciendo suposiciones sobre la identidad de tu futuro esposo, Beth. Puedes llevarte una gran decepción si no es quien tú pensabas.

—Tienes razón. De todas formas, sea quien sea me ha hecho un regalo estupendo, y me fastidia no poder agradecerérselo en persona.

—ya tendrás tiempo de hacerlo cuando os caséis, ¿no crees?

—Es cierto.

En ese momento Stefan entró en el palco seguido de Francis. A Beth casi se le detiene el corazón al verle tan guapo con su traje de gala. No había muchos hombres que lucieran el traje tan bien como él, tal vez debido a sus anchos hombros y a su espalda musculosa. Besó a Ivette en la mejilla antes de sujetar su mano entre las suyas, y depositó un suave beso, apenas un roce sutil de sus labios, en el dorso de la misma.

—Buenas noches, milady. Me alegro de que nos honre con el placer de su compañía —dijo el duque.

—Me apetecía mucho venir al teatro. Aunque la verdad es que me encuentro un poco cansada.

En ese momento, las luces se apagaron y se subió el telón. La obra

hablaba de un duque libertino, a quien el marido de una de las mujeres con las que mantuvo un *affaire*, le lanzó una maldición. A pesar de que la obra era fantástica, Beth era incapaz de prestar atención. Sentía la respiración pesada, y tenía muchísimo calor. Empezaba a sentir un latido en las sienes, y en varias ocasiones su vista se volvió un poco borrosa.

—¿Beth, estás bien? —susurró el en su oído.

—Solo es cansancio. En cuanto duerma un poco se me pasará.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No, de verdad. Estoy disfrutando de la interpretación.

—¿Seguro? Estás muy pálida.

—Seguro, Fran. Quédate tranquilo.

El primer acto de la obra terminó, y los cuatro salieron a la sala a tomar un refrigerio. Beth apenas podía mantenerse en pie. Sentía arder sus ojos, y por un momento su vista se nubló, pero no consiguió volver a enfocarla. Se agarró fuertemente al brazo del duque de Sutherland, que la miró con atención, y cuando iba a pedirle que la llevase a casa, cayó desplomada en el suelo de mármol de la sala de refrigerios.

Francis reaccionó de inmediato cuando vio a Beth desplomarse desmayada. La alzó en sus brazos para salir del teatro a toda prisa, preocupado por su estado. Stefan e Ivette les seguían de cerca, y ella colocó la mano sobre la frente de su amiga antes de soltar un improperio nada femenino.

—¡Dios santo! Está ardiendo de fiebre, Fran. Debemos llamar al médico.

—Yo me encargo —dijo su marido—. Vosotros llevadla a casa.

Francis estaba aterrado. No sabía qué demonios le estaba pasando a Beth, y esperaba que no fuera nada grave. Si le pasara algo... No quería pensar en ello. En cuanto el lacayo de los Devonshire abrió la portezuela de su carruaje, se sentó en el asiento con la muchacha entre los brazos.

—Vamos, cariño, despierta —susurró.

—Debemos enfriarla lo antes posible —dijo Ivette—. Si no lo hacemos, podría morir.

Ivette abrió las ventanas del carruaje de par en par, y desabrochó el corsé de su amiga para que el aire fresco entrase en sus pulmones.

—Apenas respira —dijo Francis.

La angustia de su voz enterneció a Ivette, que intentaba refrescar a su amiga con todos los medios de los que disponía.

—Debería haberse quedado en casa —protestó el duque—. Apuesto a que no se encontraba bien, pero es tan cabezota que no atiende a razones.

—No creo que haya sido cosa de ella, Fran. Cuando fuimos a recogerla se encontraba mal, pude darme cuenta, pero su madre no la dejó decir ni una palabra al respecto.

—Debería haberla metido en la cama.

—Supongo que pensó que sería una ofensa para nosotros que declinase la invitación tan tarde.

—Eso es una estupidez, para ella debería importar más la salud de su hija.

—Francis, cálmate —susurró Ivette poniendo la mano sobre el brazo con el que rodeaba la cintura de Beth—. Va a ponerse bien.

—Eso espero.

—Realmente te importa, ¿no es cierto?

—Sí, me importa mucho más de lo que esperaba cuando Victoria me mandó a casarme con ella.

Llegaron a la casa de la joven, y Francis subió las escaleras con ella en brazos en cuanto el mayordomo abrió la puerta. El padre de Beth salió en ese momento del despacho y corrió hasta su hija para arrancarla de los brazos de Francis, pero él se lo impidió con una severa mirada.

—¿Cuál es su habitación? —preguntó.

—La tercera de la derecha.

En cuanto la tuvo tendida sobre la cama, a cubrió con la sábana para ocultar su pecho casi desnudo, y acarició suavemente su mejilla, que ardía.

—Volveré, preciosa, pero el decoro me obliga a marcharme.

La besó en la frente y, tras un momento de duda, se volvió hacia su amiga, que le miraba desde la puerta de la habitación.

—Cuida de ella, Ivy —suplicó.

—Lo haré, quédate tranquilo. Enviaré a alguien a comunicarte el diagnóstico del médico en cuanto la examine.

—Gracias, de verdad.

Salió al pasillo para encontrarse con el padre de la joven, y se dio cuenta de que era hora de contarle la verdad sobre él.

—Mañana a primera hora vendré a verle, Norfolk. Tenemos asuntos muy importantes que tratar.

El conde asintió y entró a ver a su hija. Francis salió al fresco aire de la noche y volvió al teatro caminando para recoger su propio carruaje. Una hora

más tarde, un lacayo de los Devonshire le entregó una nota de Ivette, en la que le comunicaba que la fiebre de Beth había remitido y que se trataba de un simple resfriado. Más aliviado, intentó dormir, pero la preocupación por su prometida le mantuvo en vela toda la noche.

En cuanto el mayordomo de los condes de Norfolk abrió la puerta al día siguiente, Francis dejó de respirar involuntariamente. Sabía que debía enfrentarse de una vez por todas a su destino, y prefería hacerlo ahora que la temporada acababa de empezar.

El sirviente le acompañó hasta el despacho del conde, que le esperaba sentado tras su escritorio ojeando unos papeles.

—Buenos días, Norfolk. ¿Cómo se encuentra su hija? —preguntó sentándose frente a él.

—Mucho mejor, gracias a Dios. La fiebre ha remitido y ahora se encuentra descansando.

—Me alegra oír eso. Ayer debería haberse quedado en casa descansando.

—La culpa es mía, Tenía que haber prestado más atención al estado de Beth, pero su madre afirmaba que estaba bien y la creí.

—Lo que importa es que ya se encuentra mejor. Supongo que sabe a qué he venido, ¿no es así?

—Sí, lo sé, y antes de que diga nada, me veo obligado a declinar su petición de matrimonio.

—¿Cómo dice? —preguntó el duque sin comprender nada.

—Creí que tendría conocimiento del compromiso de mi hija por orden real.

—¿Acaso Victoria no ha hablado con usted?

—Me temo que no, excelencia.

Francis suspiró, y maldijo en silencio a Victoria por haberle dejado a él todo el trabajo sucio.

—Siento el malentendido. Creí que la reina se habría encargado de informarle ella misma sobre el asunto. Yo soy el prometido de Elisabeth, Norfolk.

—¿Usted?

La sorpresa en la cara del anciano casi le arranca una carcajada. No era para menos, desde luego. Todo el mundo sabía la animadversión que la muchacha sentía por él en el pasado.

—Aunque le parezca increíble, su hija y yo hace algunas semanas que

nos llevamos bastante bien.

—No puedo creerlo. ¡Pero si Beth le odiaba!

—Tuvimos un desafortunado encuentro en el pasado, es cierto, pero le pedí disculpas y desde entonces disfrutamos mutuamente de la compañía del otro.

—Sinceramente, excelencia, es un alivio oír eso. Mi hija terminará poniéndose difícil respecto a todo este asunto, y si usted no se llevase bien con ella la capilla se convertiría en un campo de batalla.

—¡Oh, ya lo creo que lo hará! —contestó con una sonrisa— En cuanto me vea frente al altar se sentirá traicionada y seguramente dará un espectáculo, pero sabré manejarla.

—¿Está seguro? Ni siquiera yo he podido hacerlo.

—Usted ha sido demasiado indulgente con ella, de ahí su carácter. Yo no seré tan benevolente.

—Si está insinuando que utilizará la fuerza...

—¿Por quién demonios me toma? Hay formas mucho más eficaces de hacer a Beth obedecer que una simple azotaina.

—Muy bien, en cuanto a su dote...

—No quiero su dote, milord, no la necesito. Utilícela para confeccionarle un guardarropa acorde con su futura posición, y dele algunos caprichos, que bien se los merece después del castigo que la reina le ha impuesto.

—Así se hará, excelencia.

—La boda será el último día de la temporada, si la reina no cambia de opinión. Ocúpese de que todo esté dispuesto para ese día, y no se preocupe por los gastos. Todo corre de mi cuenta.

—No puedo aceptar eso, Sutherland. Beth es mi hija y correré con los gastos de su boda.

—Si insiste...

—Por supuesto que insisto.

El conde se quedó mirando a Francis un segundo.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Sutherland? —preguntó.

—Adelante, hombre. A fin de cuentas, va a convertirse en mi suegro.

—¿Por qué usted? Quiero decir, Beth es la hija de un conde, ¿por qué ha decidido la reina casarla con un duque?

—¿Cree que su hija no es digna de un duque?

—Con todos mi respetos, excelencia, es usted quien no está a su altura.

—Es cierto, Norfolk, pero Victoria sabe muy bien lo que hace. Quédese con eso. Y le recuerdo que Beth no puede saber nada de esto.

—No diré nada al respecto, tiene mi palabra.

Francis salió de casa de Beth con un peso menos sobre los hombros. Ahora que había formalizado su compromiso con ella, tenía más libertad a la hora de actuar frente a su padre, y eso le sería de gran ayuda en su cometido. Porque ya no se conformaba solo con conseguir que se llevaran bien, eso ya no era suficiente. Quería conquistarla, conseguir tenerla de buen grado en su cama, así que se acercó a la joyería donde su madre solía comprar sus joyas y decidió enviarle un regalo.

Por la tarde, Beth abrió lentamente los ojos para encontrarse con su amiga Ivette sentada junto a su cama, leyendo un libro. En cuanto la sintió gemir, lo dejó a un lado y se incorporó sonriente.

—Menos mal que has despertado —dijo su amiga retirándole el cabello húmedo de la frente—. Nos diste un susto de muerte.

—¿Qué ha ocurrido?

—Te desmayaste en la ópera la noche pasada debido a la fiebre.

Ahora lo recordaba todo... Sintió tanto calor que se desplomó, pero Francis la sostuvo antes de que cayera al suelo. Un suspiro escapó de su garganta al recordar los fuertes brazos del duque rodeándola, alzándola en peso y llevándola a la carrera por los pasillos del teatro. Su corazón latió a mil por hora, pudo sentirlo en su oído, pues su cabeza quedó apoyada sobre su pecho musculoso.

Su amiga interpretó mal su suspiro, y llenó un vaso de agua para humedecer sus labios resecaos.

—¿Quieres algo? —preguntó— Debes estar hambrienta, y un poco de caldo te vendrá bien.

—Solo quiero un poco más de agua. No tengo hambre.

Ivy volvió a llenar el vaso de agua fresca y lo acercó a su boca.

—Despacio, poco a poco —susurró.

Bebió un par de sorbos, pero el esfuerzo fue demasiado para ella y terminó agotada, tumbada de nuevo sobre los almohadones.

—Estoy cansada —susurró.

—Descansa un poco, pero cuando despiertes tienes que comer algo. Debes recuperar fuerzas.

—¿Qué dijo el doctor?

—Te has enfriado. Tienes que permanecer en cama unos días para no recaer.

—¿Dónde está mi madre?

—La envié a descansar. Ha estado junto a tu cama desde que se fue el médico, y está tan agotada como tú.

Beth cerró los ojos y suspiró. Volvió a pensar en el duque, en su cara de preocupación cuando empezó a sentirse mal en el palco. Debería haber aceptado su oferta de traerla a casa, pero pensó que su madre pondría el grito en el cielo por haber sido descortés con los Devonshire.

Francis había cambiado mucho en los últimos días, le estaba demostrando que esta vez, el empezar de cero iba en serio, y se alegraba de haberle dado una nueva oportunidad. Cerró los ojos, y con un suspiro, el sueño la envolvió.

Cuando despertó, varias horas después, encontró sobre su mesita de noche una caja de joyería con una nota escrita a mano.

“Espero que te encuentres mejor, me has tenido muy preocupado. Tuyo.

Tu prometido.”

¿Cómo se habría enterado de lo ocurrido? ¿Acaso estaba observándola en el teatro? Repasó mentalmente todos los caballeros solteros a los que saludó antes de que empezara la obra... pero la verdad es que no había observado nada que pudiera darle un indicio de su identidad. Soltó un bufido nada femenino ante la frustración que sentía, y abrió la caja para encontrar un precioso pasador de diamantes, perlas y esmeraldas.

—Lo trajo un lacayo hace un par de horas —dijo su padre mirándola desde la puerta.

—¿Un lacayo? ¿Conociste la levita? ¿O el carruaje?

—Sabes que no puedo hablar de eso, cielo.

—¡Por favor, papá!

—No insistas, Beth.

—¡Dame, aunque sea, una pista! —dijo con un quejido lastimero— Necesito saber algo de mi prometido, cualquier cosa.

—Muy bien.

Su padre se acercó a ella y apartó un mechón de cabello de la frente de Beth con ternura.

—Te diré que es un buen hombre, íntegro, y de buen corazón. Es muy

buen partido, y te tiene en muy alta estima.

Sonrió a su hija cuando esta bufó ante tan parca descripción.

—Con esas pistas no me dices nada —protestó Beth.

—También puedo decirte que ha rechazado tu dote.

—¿Mi dote? ¿Por qué?

—Me dijo que la emplease en confeccionarte un guardarropa digno de una princesa, que te malcríe un poco y que te haga feliz en su nombre.

—¿En serio voy a tener mi propio guardarropa?

—Así es, pronto serás una mujer casada y deberás vestir como tal.

—Estoy deseando ponerme vestidos nuevos.

—Aunque irás a la modista cuando estés recuperada, no podrás utilizarlos hasta que estés casada, Beth.

—Pero mi prometido quiere que me malcríes, papá —dijo ella con una sonrisa pícara.

—Tal vez te deje tener uno o dos vestidos un poco más atrevidos, pero ni uno más.

—¡Gracias! Eres el mejor padre del mundo —suspiró ella abrazándole.

—Solo puedo decirte una cosa, mi niña. Puedes estar muy tranquila respecto a la elección de la reina. Muchas mujeres querrían estar en tu lugar.

—Sé que su majestad elegirá al hombre adecuado, papá, pero no puedo evitar ver a mi prometido en cada caballero que se me acerca, y es agotador.

—Pues deja de pensar en ello. Disfruta de tu temporada social, baila con tantos jóvenes como puedas, y cuando llegue el día de tu boda, entra en la iglesia con una sonrisa resplandeciente y proponte hacer feliz al hombre que te espere ante el altar.

—¿Y si no puedo llegar a amarle? ¿Qué pasará entonces?

—Muchos matrimonios de conveniencia han sido sin amor, preciosa, y te aseguro que la gran mayoría ha tenido una vida plena y feliz.

—Pero los hombres tienen amantes —protestó.

—No todos la tenemos, y no creo que tu marido sea tan desconsiderado contigo. Mientras ambos os respetéis y os tratéis con afecto, todo saldrá bien.

—Pero me gustaría que mi esposo me amase tanto como tú amas a mamá.

—¿Acaso crees que nosotros nos casamos enamorados? Me presentaron a tu madre como mi prometida cuando teníamos diez años, y no volví a verla hasta su primera temporada. Pero el roce hace el cariño, tenlo muy en cuenta.

Su padre salió de la habitación dejándola absorta en sus pensamientos. Si su prometido fuese alguien como Suffolk, Huntington, o incluso Sutherland, todo sería mucho más sencillo. De hecho, había muy pocos nobles que pudiesen permitirse rechazar una dote del calibre de la suya. De entre todos ellos, los únicos que habían mostrado un interés genuino en ella habían sido ellos tres. Ya había descartado a Huntington, pues estaba interesado en su amiga Eleanor. Sutherland y ella estaban trabando una bonita amistad, y se llevaban tan bien últimamente, que sabía que el duque se lo habría dicho de haber sido él. Así que solo le quedaba un nombre en su lista. El conde de Suffolk.

Capítulo 14

Varios días más tarde, Beth se encontraba a punto de tirarse de los pelos ante la inactividad en la que su madre la obligaba a permanecer. Se encontraba perfectamente, no había vuelto a tener fiebre desde la noche de la ópera, y el doctor decía que estaba recuperándose muy rápido. ¿Por qué no podía volver a hacer vida normal?

No le permitían tener visitas, a excepción de Ivette o Eleanor, y estaba empezando a marchitarse como una flor en pleno invierno. Al menos, esa tarde su madre le había permitido salir de la habitación y estar tumbada en la otomana de la sala de estar leyendo un libro, aunque había insistido en encender la chimenea y cubrirla con una manta.

Estaba a punto de morir asfixiada, y la novela no era nada atrayente, así que la dejó a un lado y suspiró.

—Tesoro, el duque de Sutherland insiste en verte, tiene un asunto importante que tratar contigo —dijo su madre desde la puerta—. ¿Le hago pasar?

—¿Sutherland? Claro que sí —contestó ella arreglándose el cabello.

—Espero que no hayas causado problemas, jovencita.

—¿Cómo iba a hacerlo si no me dejabas salir de casa?

Su madre la miró fijamente un segundo, pero salió de la habitación para dar paso al duque.

—Buenas tardes, milady. Espero que se encuentre mejor —dijo Francis sentándose a su lado.

—Buenas tardes, excelencia, gracias por su visita. Me encuentro perfectamente, pero mi madre insiste en tenerme retenida por la fuerza.

—¡Elisabeth! —la reprendió su madre.

—Lady Hamilton —la interrumpió Sutherland—, ¿cabe la posibilidad de que hable con su hija a solas? Respetando en todo momento el decoro, por supuesto.

—Por supuesto que sí, excelencia —claudicó su madre—. Estaré en la

sala de al lado.

En cuanto la madre de Beth abandonó la habitación, el duque se acercó a los ventanales y los abrió de par en par.

—Por Dios santo, aquí hace tanto calor que apenas se puede respirar. ¿Cómo lo soportas?

—¡No lo soporto! Son cosas de mi madre, cree que voy a volver a enfriarme si no me tiene aquí encerrada. He intentado hacerla entrar en razón, pero no hay forma de que me escuche.

—Si sigues en esta habitación, terminarás por derretirte. Debemos idear algún plan para sacarte de aquí.

—Soy todo oídos, Francis. Por cierto, ¿qué es eso tan importante que necesitabas hablar conmigo?

—La verdad es que era una excusa para poder venir a verte. Corren rumores de que tu madre no deja que recibas visitas, y necesitaba una excusa creíble para poder librarme de ella.

—¿Y qué le diré cuando me interrogue? —preguntó con una risita traviesa.

—Dile que vine a ultimar los detalles del cumpleaños de los mellizos de los Devonshire. A fin de cuentas, ambos somos sus padrinos, y debemos cumplir con nuestro deber.

—Es cierto, el cumpleaños de los bebés es la próxima semana.

—Quizás puedas escaparte en un par de días para acompañarme a comprar el regalo. ¿Qué te parece?

—Será un placer.

—¿Salir conmigo o simplemente salir? —bromeó él.

—Ambas cosas. Ya sabes que disfruto enormemente de tu compañía, sobre todo cuando no eres autoritario y grosero.

—¿Soy autoritario y grosero?

—A veces. Aunque por suerte ya no lo eres conmigo.

—Si lo echas de menos, puedo volver a intentarlo.

—Gracias, pero te prefiero como eres ahora.

—¿Y cómo soy, Beth?

—Amable y divertido —susurró ella.

—Es bueno saber que te gusto.

—¡No me gustas! No seas engreído.

Francis se acercó a la puerta de la sala para comprobar que la madre de Beth estaba absorta en su bordado, y se acercó a ella para sentarse junto a sus

piernas, rodeándolas con su musculoso brazo.

—Sí que te gusto, Beth. Reconócelo.

—Me caes bien, es cierto.

—Y te gusto. ¿Sabes por qué lo sé?

Ella no podía apartar la mirada de los ojos claros del duque, que colocó un mechón de pelo rebelde tras la oreja de la muchacha, rozando apenas la piel de su mejilla.

—Tu pulso se acelera cuando me encuentro demasiado cerca de ti —susurró pasando la yema de un dedo por la vena de su cuello.

Apartó la mano y sustituyó el dedo por sus labios, depositando un cálido beso sobre el latido desbocado de su corazón.

—Tu respiración se vuelve errática —continuó—. Apenas puedes llenar tus pulmones de aire cuando te toco.

Acarició el borde del escote, adentrándose en él para acariciar levemente uno de sus pezones. Beth dio un respingo ante una sensación tan nueva y electrizante, pero no se apartó, y Francis rio por lo bajo.

—Tranquila, no voy a morderte.

—Permíteme dudarlo.

—¿Me tienes miedo a mí, o a lo que sientes estando conmigo?

—No te tengo miedo, Fran.

Su diminutivo en los labios de Beth le sonó a pura ambrosía. Besó la punta de su nariz, y ella se quedó inmóvil cuando el duque se detuvo a escasos centímetros de su boca.

—Entonces temes lo que te hago sentir.

—No me haces sentir nada, cretino —susurró sin apartar la mirada de su boca.

—¿En serio? Veamos...

Rozó apenas su boca e introdujo una mano por debajo de la tela de su vestido. La subió hasta rozar el borde de las medias, y apretó entre sus dedos la carne desnuda de su muslo. Volvió a besarla, esta vez con más pasión, recorriendo sus labios una y otra vez con los suyos, mordisqueándolos, y Beth no pudo evitar dejar escapar un gemido.

—Shhh... No querrás que tu madre nos descubra, ¿verdad?

Abrió su boca apretándole la barbilla con el pulgar, y adentró su lengua en ella, como llevaba deseando hacer desde el día en que la conoció. Al principio Beth permaneció inmóvil, sorprendida ante tal invasión, pero poco a poco su pequeña lengua empezó a investigar la boca del duque, a rozar su

lengua, sus dientes, sus labios.

Francis la aprisionó contra su cuerpo, sintiendo sus pequeños pechos apretarse contra la tela de su camisa, y acunó en la palma de la mano el nido de rizos cobrizos que escondía bajo la ropa. Beth apenas podía respirar, su pulso iba completamente disparado, y necesitaba sentir el roce del duque mucho más cerca. ¿Esto era la pasión? ¡Por Dios bendito! Sentía un tirón en el vientre, sentía que debía llegar a alguna parte, pero ¿dónde?

De pronto, Sutherland bajó la mano, arrastrando con ella las faldas, y dejándola completamente vacía. Apartó su boca de ella lentamente, colocó de nuevo las mantas, y se levantó para alejarse hacia la ventana justo a tiempo de evitar ser cazados por la madre de Beth.

—En cuanto se encuentre recuperada podemos ir a buscar el regalo, entonces. Envíeme una nota para avisarme, milady.

—Eh... claro, excelencia —contestó ella automáticamente.

—Debería marcharme ya, tengo otros asuntos que atender esta tarde. Lady Norfolk —dijo dirigiéndose a su madre—, no creo que sea muy recomendable que su hija esté recluida en una habitación tan caldeada. Mi madre sufrió un enfriamiento hace poco, y lo que mejor le sentó fue pasar tiempo en el jardín. El sol del verano no puede hacerle ningún daño.

—¿Usted cree? —preguntó ella indecisa.

—El aire fresco es capaz de curar cualquier enfermedad, créame. Buenas tardes, señoras.

Francis se alejó hasta la puerta, no sin antes volver la cabeza para lanzarle a Beth un guiño que a punto estuvo de conseguir que se desmayara. ¡No entendía nada! ¿Por qué la provocaba de aquella manera? Tenía razón, le gustaba mucho, pero no podía permitirse el lujo de llegar a amarle, porque su sino estaba marcado junto a otro caballero.

Se pasó las yemas de los dedos por los labios, recordando el roce de los del duque. Sentía cosquillas en el estómago cada vez que la besaba, como si un centenar de mariposas revolotearan dentro de él, pero lo que había sentido ante sus caricias, era inexplicablemente más intenso, más placentero. Ivette le había contado que el cosquilleo terminaba en una explosión de placer sin precedentes cuando yacías con la persona adecuada, igual que lo que podía sentir al comer un trozo de chocolate, solo que multiplicado por mil. Ella había comido chocolate innumerables veces, y no podía compararse a lo que había sentido con las caricias del duque de Sutherland.

Su madre volvió en ese momento a la sala para interrogarla sobre la

visita del Francis, cosa que ella ya había previsto.

—¿Qué quería el duque, Beth?

—Pronto es el primer cumpleaños de los hijos de los Devonshire, y quería saber si tenía algún regalo en mente para ellos.

—¿Solo eso? —preguntó extrañada.

—Somos los padrinos de los niños, mamá. Quería consultarlo conmigo antes de hacer nada al respecto.

—¿Y por qué estás acalorada?

—¿Cómo no estarlo si esta habitación está más caliente que el mismísimo Infierno?

—¡Beth! ¡Deja de blasfemar!

—Ya has oído lo que ha dicho el duque. Su madre se recuperó respirando aire fresco.

—No sé si...

—¡Vamos, mamá! —protestó ella— El doctor dice que estoy bien, déjame ir a dar un paseo por el jardín. Solo por nuestro jardín, por favor...

—Está bien, pero solo un momento. Después volverás a tu habitación.

—Con una condición: que no vuelvas a encender la chimenea.

—Vamos, vete. ¡Pero abrígate!

Beth se colocó un chal sobre los hombros y salió corriendo al jardín, satisfecha ante la forma en la que había logrado desviar la atención de su madre respecto a la visita de Sutherland. Se sentó en un banco junto al estanque, y cerró los ojos al sentir el sol del mes de junio sobre la cara. Permaneció allí unos minutos, tentada de meter los pies en el agua, pero pronto se alejó paseando para observar a las personas que pasaban por la acera.

—Buenas tardes, lady Hamilton. Veo que ya se encuentra mejor.

Se volvió para encontrarse con un sonriente conde de Suffolk, que la observaba apoyado sobre la valla de su casa.

—Buenas tardes, milord. Así es, me encuentro bastante mejor.

—Cuando vine a visitarla, su padre me informó de su enfermedad. Espero que no fuese nada grave.

—Un simple enfriamiento, pero unido al agotamiento causado por tantas noches sin dormir bien, me pasó factura.

—Confío que pronto podamos disfrutar de la cita que tenemos pendiente, milady.

—Eso espero, aunque aún necesito descansar un poco más.

—Esperaré una invitación por su parte, entonces.

—La tendrá. Debo entrar, mi madre pondrá el grito en el cielo si me demoro un poco.

—Hasta pronto, lady Hamilton.

—Buenas tardes, milord.

Beth observó al conde alejarse, y se dio cuenta de que no le apetecía nada pasar tiempo con él. Debía hacerlo, por supuesto, pero después de lo que acababa de pasar con Francis en la sala, tenía muy claro que preferiría que la reina le hubiese elegido a él como esposo para ella. Suspiró y entró cabizbaja en su casa. Estaba empezando a sentir algo por el duque, y no podía evitar que ocurriera. Rezó una plegaria esperando que Dios le permitiera olvidar los sentimientos hacia Sutherland, porque por muy cretino que fuera a veces, sabía que él no le habría ocultado su compromiso de haber sido el elegido.

Cuatro días más tarde, Beth se encontraba lo suficientemente recuperada para acudir a su cita con el conde de Suffolk, que había enviado una nota a su casa para informar que la recogería en su cabriolé a las cuatro. No le apetecía en absoluto verle esa tarde, sobre todo porque había tenido que declinar una invitación de Ivette para tomar el té, y sabía que se habría encontrado allí con Francis, pero su madre insistió en que debía ser cortés con el conde, ya que ambas pensaban que era su futuro esposo.

Cuando Suffolk llegó a su casa, su madre le agasajó mientras su hija se dignaba a aparecer. Se puso un vestido de lino verde, y se echó un chal por los hombros antes de bajar al salón. En cuanto la vio, los ojos del conde se iluminaron, y se acercó a ella para besar suavemente la mano que le ofreció.

—Milady, está bellísima con ese vestido. Seré la envidia de todos los caballeros esta tarde.

—Gracias, milord. ¿Nos vamos?

El conde la ayudó a subir al cabriolé y puso a los caballos en dirección a Hyde Park. Esa tarde no había demasiadas personas paseando, todos se encontraban descansando para el baile que se celebraría esa noche en casa de los duques de York. La duquesa era bien conocida por sus bailes ostentosos, y toda la alta sociedad permanecía ansiosa esperando esa noche.

El conde era un magnífico conductor, y Beth disfrutaba de la brisa fresca de la tarde mientras admiraba a las parejas que paseaban tranquilamente por la hierba.

—¿Cómo va su búsqueda de esposa, milord? —preguntó ella para romper el hielo.

—Verá, el problema es que la mujer a la que he elegido ha estado ausente estos días.

—¿Acaso ha viajado a Bath?

—En absoluto, la dama en cuestión se encontraba indispuesta, pero por suerte, ya está recuperada por completo.

Beth sonrió ante tan descarada confesión. El conde había puesto sus miras en ella, fuese o no su prometido, y la verdad es que se sentía alagada por ello.

—Tal vez ahora puedan conocerse mejor, milord —contestó, coqueta—. Si ella ha estado recluida, no habrá tenido oportunidad de cruzar demasiadas palabras con usted.

—Estoy poniéndole remedio, ¿sabe? Esta noche en el baile de la duquesa pienso disfrutar de su compañía todo lo que pueda.

—Creo que ella se sentirá honrada de recibir sus atenciones.

—Eso espero, porque tengo intención de casarme muy pronto con ella.

Beth sonrió. Aunque la reina había ordenado que Beth no supiera la identidad de su prometido hasta el día de la boda, el conde había sido considerado y acababa de darle una pista sin revelar nada en concreto.

Esa noche se arregló especialmente para la ocasión, aunque no sabía si era por Suffolk o por Francis. Su corazón se encontraba dividido entre ser cortés con su prometido y disfrutar de la velada con su amigo. Eligió un vestido de seda color turquesa, con flores bordadas que bajaban en espiral desde el escote hasta la falda. Metió en su bolsito su tarjeta de baile, y se atrevió a ponerse un poco del perfume de su madre. Aunque ella también poseía el suyo, el de la condesa de Norfolk era más intenso y sofisticado, y quería impresionar a su futuro marido. Se decantó por el collar de perlas de Sutherland, que hacía juego con el pasador que le había regalado su prometido, pues sentía que debía contentarlos a ambos.

Bajó las escaleras y, tras despedirse de sus padres, se metió en el carruaje que la llevaría a casa de los Devonshire, en donde disfrutaría de una cena tranquila antes de acudir al baile. En cuanto entró en la mansión, las mariposas de su estómago empezaron a revolotear. Aún no le había visto, pero escuchó la profunda voz de Sutherland salir del despacho de Stefan y su pulso se aceleró.

Siguió al lacayo hasta la habitación de su amiga, pero no pudo apartar

el oído de la conversación que se adivinaba en la otra habitación.

—La espera me está matando, Stefan. Como no termine pronto la temporada voy a terminar mal de la cabeza —se oyó la voz de Sutherland.

—Aún quedan unas cuantas semanas, amigo mío. Debes tener paciencia.

—El otro día me propasé con ella. No debí hacerlo, pero...

—¿Cómo que te propasaste? —gritó Stefan— ¿Qué demonios has querido decir con eso?

El lacayo tuvo el atino de cerrar la puerta del despacho antes de que Beth pudiera escuchar el resto de la conversación. Una cosa estaba clara: estaban hablando de ella. ¿O acaso Francis había tocado de manera tan íntima a otra mujer? ¿Y para qué faltaban unas cuantas semanas? La reina no había fijado el día de su boda, y si así fuera, ¿en qué le afectaba eso a él?

Su amiga la sacó de sus cavilaciones al tirar de ella hasta su dormitorio.

—Siento el retraso, pero los pequeños no querían comer esta noche —dijo mientras entraba en su vestido de gala—. He dejado de darles el pecho, y no se acostumbran a la leche de vaca.

—No te preocupes, Ivy. Cuando tengan apetito estoy segura de que no la rechazarán.

—Estás preciosa, por cierto. Ese vestido es nuevo, ¿verdad? —contestó su amiga acercándole la espalda, para que le abrochase el vestido.

—Sí, me lo mandó hacer mi madre cuando se enteró del compromiso. Pero mi padre me ha dicho que mi prometido quiere que gaste mi dote en un guardarropa como el tuyo.

—¿Tu prometido ha rechazado la dote? —preguntó Ivette sorprendida.

—Así es. Parece que no necesita el dinero, y quiere malcriarme un poco.

—Me alegro por ti, después de lo que estás pasando bien mereces que te consienta un poco. Tal vez pueda acompañaros cuando tu madre y tú vayáis a ver a madame Andréé. Yo también tengo que renovar mi vestuario.

—Mi madre ha dicho que aprovecharemos para retocar el vestido de novia que utilizó ella en su boda y amoldarlo a mi figura. Ella es más alta que yo, y tendremos que acortarlo, pero me hace mucha ilusión usar su vestido.

—Es una idea magnífica. Podrás usar mi capa de armiño. Con ella tendrás algo viejo, y algo prestado.

—Gracias, Ivy. Me encanta esa capa.

—Muy bien —dijo su amiga poniéndose los pendientes de diamantes

—. ¿Bajamos al salón?

En el despacho de Stefan, ambos amigos mantenían una discusión.

—Contéstame, Francis —ordenó Stefan.

—¿Quieres bajar la voz? Va a enterarse toda la casa.

—Francis...

—No la he desflorado, si eso es lo que te preocupa.

—¡Gracias a Dios!

—Pero de no ser porque su madre se encontraba en la sala de al lado, te aseguro que lo habría hecho.

—¿Acaso te has vuelto loco? ¡Victoria te haría colgar si se entera de esto!

—No pasó nada, Stefan.

—¿La tocaste de manera indebida?

—Solo un poco.

—¿Solo un poco? ¡Es virgen, Fran! ¡Y una dama!

—¡Ya lo sé!

—¡Pues no lo parece!

—¿Crees que es fácil para mí contenerme? ¿Crees que resulta sencillo tener que aguantarme las ganas de estar con ella?

—Sé que no es fácil, pero...

—No, Stefan, no lo sabes. Ivette fue directa al altar desde el colegio, no tuviste que soportar ver cómo un imbécil intentaba cortejarla delante de tus narices.

—Pasé meses esperándola, Fran. Tuve que mantener en secreto que mi tío había fallecido por miedo a que su padre anulase el compromiso, y no pude ir a visitarla, aunque me moría de ganas de hacerlo.

—Pero no había ningún Suffolk de por medio. Te juro que retaría a duelo a ese imbécil por mostrar interés en ella, aunque sabe que está comprometida.

—No me gusta nada ese tipo. Ha aparecido de la nada, y nadie había oído hablar de él hasta el baile de mi madre. Hablaré con Lowell para que le investigue.

—Estoy harto de esta situación, y no me extraña que ella lo esté. Victoria la castiga a ella, pero me está castigando a mí también.

—¿Has hablado con Vicky sobre esto?

—¿Para qué? No me escuchará. Se ha empeinado en su pequeña

vendetta contra Beth por haber puesto en peligro a Ivy, y no va a permitir que esa boda se adelante, mucho menos que el compromiso se haga público.

—¿Y cómo van las cosas con Beth?

—Todo va sobre ruedas, cada vez nos llevamos mejor. Hace días, me confesó que disfruta de mi compañía.

—Me alegro mucho.

—Pero si ese mequetrefe de Suffolk sigue metiendo sus narices donde nadie le llama, puede mandarlo todo al traste.

—¿Estás celoso, Fran? —preguntó su amigo riendo.

—No seas estúpido, ese petimetre no me llega ni a la suela del zapato.

—Pues yo creo que sí lo estás. Él puede cortejar abiertamente a Beth, y tú tienes que ser comedido. Por eso no le soportas.

—Ese imbécil intenta ganarse su favor, y si ella piensa que es su prometido, hará lo que considera correcto, que es alejarse de mí, y nada de lo que he conseguido habrá servido para nada.

—Solo te queda una solución... retarle a duelo —bromeó su amigo.

—No es una mala idea...

Stefan y Francis bajaron al salón con el resto de invitados. Ivette y Beth aparecieron minutos más tarde, captando toda su atención. Ivy y Stefan habían decidido organizar antes del baile una cena familiar para poder dejar la etiqueta de lado, y así darle a Francis la oportunidad de acercarse un poco más a Beth, a quien habían sentado a su lado. El resto de invitados, Eleanor Levenson, los marqueses de Somerset y los duques de Hamilton, estaban enterados de su estratagema, porque necesitaban aliados que les ayudasen a unir más a esos dos.

Beth se sentía nerviosa, porque no había vuelto a tener noticias del duque desde su encuentro en su sala de estar, días atrás, y aún podía recordar demasiado nítidamente lo que había ocurrido entre ellos. En cuanto Sutherland posó su mirada en ella, pudo sentir el mismo calor que sintió aquella tarde inundar su cuerpo, y necesitó dar un trago a su copa de champán para refrescarse un poco.

—Te has retrasado, querida —dijo Stefan besando a su esposa—. ¿Se han puesto difíciles nuestros diablillos?

—No quieren la leche, Stefan. Si siguen así no sé qué voy a hacer.

—Endúlzala con un poco de azúcar, Ivy —dijo su cuñada Sarah—. El pequeño Andrew tampoco quería tomarla, y ese truco funcionó a las mil maravillas.

—Lady Hamilton, está usted muy bella esta noche —ronroneó, más que habló, Francis.

—Gracias, milord.

—Pasemos al salón, la cena espera —interrumpió Ivette—. Fran, ¿acompañas a Beth, por favor?

—Será un placer.

El duque le ofreció el brazo, y ella posó su delicada mano sobre la manga de su chaqueta. No podía dejar de temblar, y el duque debió darse cuenta, pues posó su mano sobre la de Beth y la apretó con cariño.

—Relájate, Beth. Estamos en familia.

—Tengo un poco de frío —mintió ella—. Aún no me he recuperado del todo.

—¿Quieres tu chal? —preguntó Francis haciéndole un gesto al mayordomo.

—Sí, gracias.

Beth sintió los dedos de Francis rozar su piel cuando le colocó el triángulo de tela, y la recorrió un escalofrío cuando la besó en la nuca. Miró alarmada a ambos lados, pero el resto de comensales ya habían pasado al salón, y no había nadie que les pudiese descubrir.

—Tranquila, no pienso ponerte en una situación comprometida.

—Me gustaría que dejases de hacer eso.

—¿El qué?

—Provocarme de esa manera.

—¿Te provoco, Beth?

—Déjalo ya, por favor. Me estás poniendo muy nerviosa.

Francis sonrió y cogió su mano para llevársela a los labios antes de volver a posarla sobre su manga, y la escoltó hasta el comedor. Cuando Beth descubrió que Ivette la había sentado entre ella y Francis, gimió.

—¿Ocurre algo, Beth? —preguntó su amiga mirándola con una ceja arqueada.

—Nada, es solo que olvidé algo —mintió.

—¿Es importante, *mo nighean*? —preguntó James Graham.

—No, tío, puede esperar a mañana.

El duque de Hamilton no era realmente su tío, pero empezó a llamarle así la primera vez que fue a ver a su amiga al colegio, debido a la coincidencia de su apellido con el título del escocés. El duque era un hombre sensacional, realmente la quería tanto como a Ivette, y siempre que tenía

ocasión de visitarlas, les contaba increíbles historias sobre Escocia.

La cena fue relajándola poco a poco, pues el duque apenas le prestaba atención. Permaneció toda la velada hablando con Andrew sobre política, y Beth pudo charlar tranquilamente con su amiga.

—¿Acaso habéis vuelto a discutir Francis y tú? —susurró Ivette en su oído.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—¿Entonces por qué no os habláis?

—Porque está hablando con Andrew, no querrás que le interrumpa, ¿verdad?

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros que yo deba saber?

—No... no ha pasado nada.

—¿Seguro?

—¿Por qué me haces tantas preguntas respecto al duque? Estás muy rara esta noche.

—Como discutís cada dos por tres, me preocupa que no entabléis conversación.

—Ivy, no le hablo porque dice que la pongo nerviosa —la sorprendió diciendo Francis sobre su hombro.

—¡Francis! —protestó ella.

—Lo único que he hecho hasta ahora es ser amable con ella —prosiguió sin prestarle atención—, pero parece ser que le gusta, así que voy a darle espacio.

—¡Eso no es cierto!

—Te demostré que lo era. ¿Quieres que le explique a Ivette cómo? —susurró él en su oído.

—Está bien, me gusta, aunque solo un poco.

—¿Y tu compromiso? —preguntó su amiga aguantándose la risa.

—¡Me gusta como amigo, nada más!

—Por supuesto, Ivy. ¿En qué estabas pensando? —añadió Francis guiñándole un ojo a su amiga.

El duque se volvió de nuevo hacia Andrew, y Beth suspiró.

—Eres mala, Ivy. Te divierte verme abochornada, ¿verdad?

—Estaba bromeando, nada más.

—Es cierto que me gusta el duque —susurró a su amiga.

—Pero estás prometida.

—Lo sé, Ivette. Aunque a veces me olvido de ello.

—No te gusta nada la idea de estarlo, ¿eh? —susurró.

—No, no me gusta en absoluto.

Capítulo 15

Llegaron al baile poco antes de las diez, y Francis le ofreció el brazo para escoltarla hasta el salón. En cuanto la dejó a buen recaudo junto a Ivette, que esa noche haría de carabina de la joven, se marchó, dejándolas a solas. Ni siquiera le había pedido un baile, y eso la molestó mucho. ¿A qué venía su comportamiento? Creía que estaba bromeando en la cena, pero... ¿Y si ahora que había conseguido tomarse tantas libertades con ella se alejaba para siempre?

Suspiró y se dejó caer en una silla junto a su amiga.

—¿Qué ocurre, Beth? —preguntó Ivette.

—No me apetece nada bailar esta noche.

—¿Por qué? ¿Te sientes mal?

Ivette colocó la mano sobre su frente y comprobó que no tenía fiebre.

—No tienes fiebre.

—No es por eso, Ivy, es que...

—Beth, puedes confiar en mí. Soy tu mejor amiga, ¿recuerdas?

—Lo sé, pero...

—No creo que sea tan grave lo que estás ocultándome. Vamos, dímelo.

—Muy bien, pero vayamos a un lugar más privado.

Ivette asintió y la cogió de la mano para acercarse a su anfitriona.

—Simula estar mareada —susurró.

—¿Para qué?

—Haz lo que te digo.

Beth obedeció sin entender nada, pero puso cara de enferma, y se agarró al brazo de su amiga como si estuviera a punto de desmayarse. Le hacía gracia la situación, pero se tragó las ganas de reír en cuanto estuvieron frente a la duquesa.

—Excelencia, ¿cabría la posibilidad de ir a un lugar más tranquilo? —preguntó— Lady Hamilton acaba de salir de una enfermedad y necesita tomarse un descanso.

—Por supuesto, querida, vayan a mi gabinete. Está en la segunda planta, la primera puerta a la derecha.

—Muchas gracias.

—Está demasiado pálida, querida —dijo observándola detenidamente—. ¿Seguro que no necesita un médico, lady Hamilton?

—Solo está cansada —contestó Ivy por ella—. Unos minutos descansando serán suficientes.

Ivy precedió a Beth, que estaba hecha un flan. ¿Qué pensaría Ivy de ella después de lo que iba a contarle? ¿Y si dejaba de ser su amiga por ello?

En cuanto estuvieron en la sala en cuestión, Ivette cerró la puerta y se sentó junto a ella en el diván.

—Y ahora cuéntame qué te pasa.

—No me apetece estar en la fiesta si soy invisible para alguien.

—Te refieres a Francis, ¿no es cierto?

—Creí que estaba bromeando en la cena, pero no me ha pedido ni un solo baile.

—Y eso te molesta.

—Sí, mucho más después de...

Se quedó callada de repente, y sus mejillas enrojecieron. Su amiga la miraba atentamente, pero ante el silencio de Beth, bufó.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando entre Francis y tú? —preguntó.

—Sabes que últimamente nos vemos a menudo. Desde hace un tiempo nos llevamos muy bien, y reconozco que disfruto de su compañía.

—Ajam...

—El otro día vino a verme a casa. Mi madre no me dejaba recibir visitas, pero, aun así, él fue capaz de conseguir que hiciese una excepción con él.

—Sí, Fran puede llegar a ser muy persuasivo.

—El caso es que hubo un momento en el que mi madre nos dejó a solas y él... él...

—¿Qué hizo? ¿Te deshonró?

—¡Claro que no! ¡Él es todo un caballero, Ivy! Además, mi madre estaba en la habitación de al lado.

—Menos mal, por un momento me has asustado.

—Pero sí me besó, y le dejé tomarse algunas libertades que no debí haber permitido que se tomase.

—¿Qué libertades?

—Le dejé que me acariciase íntimamente.

—Entiendo...

—Después de ese día no he vuelto a saber de él, y ya has visto cómo se comporta esta noche.

—¡Oh, Beth!

Su amiga la abrazó con ternura y Beth rompió a llorar.

—No le entiendo, Ivy. Creí que le gustaba, pero ahora...

—Shhh, tranquila...

—Sé que mi compromiso es un gran impedimento, pero no quiero perderle. No soportaría vivir sin tenerle en mi vida de alguna manera...

—Dios mío, Beth... Te has enamorado de él, ¿no es cierto?

—No quería hacerlo... juro por Dios que intenté no hacerlo, pero... ¿Cómo no amar a un hombre como él?

Beth se incorporó y se alejó hasta la ventana.

—Cuando le vi por primera vez, no pude evitar acercarme a él. Necesitaba conocer a ese hombre tan apuesto, tan parecido a los héroes de las novelas de las hermanas Brontë. Pero fue tan odioso conmigo que intenté olvidarle.

—No le soportabas, ¿recuerdas?

—Eso quería hacerle creer, pero realmente nunca he dejado de admirarle.

—¿Y qué piensas hacer?

—Resignarme a mi destino. Pero necesito hablar con él, y arreglar este desaguisado. Quiero que sigamos siendo amigos, así al menos podré pasar tiempo con él aun estando casada.

—Quisiera ayudarte, Beth, pero...

—No puedes hacer nada. Esto debo arreglarlo yo sola.

—Deberíamos volver al salón de baile.

—Ve tú primero, por favor. Necesito recomponerme un poco.

—No creo que sea buena idea dejarte sola.

—Nadie excepto la duquesa sabe dónde estamos, Ivette. Dame cinco minutos y ven a buscarme, por favor.

—Muy bien, en cinco minutos vendré a por ti.

Con un suspiro, Ivette salió de la habitación, consternada por el estado de su amiga, pero feliz porque por fin se había enamorado de Francis. Cuando le viera frente al altar, estaba segura de que su amiga lloraría de

alegría, pero ahora debía dejarla sufrir un poco más.

Se acercó con paso decidido a Francis, que charlaba animadamente con una debutante con cara de higo, y le hincó un dedo en la espalda para llamar su atención.

—¿Puedo hablar un momento con usted, excelencia? —preguntó con los dientes apretados.

En cuanto su amigo vio el enfado en los ojos de la joven, se excusó y la siguió diligentemente a una zona del salón en la que apenas había gente.

—¿Qué ocurre, Ivy? ¿Qué he hecho?

—Eres un sinvergüenza... ¿Cómo se te ocurre propasarte con Beth? ¿Y cómo te atreves a olvidarte de ella después?

—Espera, ¿qué?

—Beth me lo ha contado, Fran. Está deshecha porque cree que no quieres saber nada de ella.

—¡Eso no es cierto y lo sabes de sobra!

—¿Entonces por qué no le has pedido ni un solo baile?

—¿En serio crees que no quiero acercarme a mi prometida? —siseó— Intento darle espacio, maldita sea.

—Pues no es eso lo que ella cree.

—Necesito poner un poco de distancia entre nosotros antes de cometer una estupidez, ¿entiendes? El otro día faltó poco para que le hiciese el amor en su propia casa, y si seguimos como hasta ahora terminaré con mis testículos adornando mi cuello, porque Victoria me los arrancará.

—¿Y no crees que has sido demasiado radical en tu comportamiento?

—Solo es un baile, Ivy. No seas melodramática.

—No es solo el baile. La has ignorado durante la cena, y cuando hemos llegado te has deshecho de ella como si fuera un trapo viejo.

—¡La he dejado contigo!

—Está destrozada, Fran. La he dejado llorando en el gabinete de la duquesa.

—Voy a hablar con ella.

Después de respirar profundamente, Beth ya se encontraba en condiciones de volver al salón. esperó a su amiga mirando por la ventana, admirando los preciosos jardines alumbrados en los que las parejas de enamorados paseaban. Deseó por un minuto ser una de esas damas, y estar acompañada del duque de Sutherland, pero sabía que ese era un sueño que

jamás se haría realidad. La puerta del gabinete se abrió, y se volvió para recibir a su amiga, pero se sorprendió al encontrar en su lugar al conde de Suffolk.

—¡Suffolk! ¿Qué está haciendo usted aquí? —preguntó llevándose una mano al pecho.

—Observé que su amiga la dejaba sola y decidí ver si se encontraba bien.

—Me encuentro perfectamente, milord. Y ahora váyase, si le encuentran aquí mi honor será mancillado.

—Verá... —dijo el conde acercándose a ella— El caso es que no tengo intención alguna de marcharme de aquí.

—¿Disculpe?

—Sabe que estoy interesado en usted... No intente disimularlo.

—Lo sé, pero es indecente que estemos los dos solos, lord Suffolk.

—El caso es, milady, que usted está prometida con otro caballero, y no puedo consentir que esa boda se lleve a cabo.

La sangre se heló en las venas de Beth. Suffolk no era su prometido... había estado equivocada todo este tiempo. El alivio que sintió ante la noticia se vio ensombrecido por el terror que le producía la situación. ¿Qué pretendía el conde hacer con ella? Se atrincheró detrás de un sofá, estudiando la sala en busca de algún arma con la que defenderse, pero no había nada que pudiese serle de ayuda. Buscó entonces una manera de escapar de esa situación, pero para encontrarla debía entretener al conde.

—Mi compromiso es ineludible, milord. Lo ha fijado la reina Victoria.

—Cierto, pero una boda en Gretna Green solucionará ese pequeño detalle.

—Hay muchas muchachas muy bonitas buscando esposo esta temporada, no tiene por qué hacer esto.

Conforme hablaba, Beth se desplazaba disimuladamente hasta la puerta.

—Pero ninguna posee una dote tan sustanciosa como la suya, milady. Verá... el caso es que perdí toda mi fortuna en una mala inversión... y estoy desesperado.

—Raptarme no es la solución... mi padre jamás le entregará mi dote si lo hace.

—No creo que lord Hamilton quiera que a su hija le falten los lujos a los que está acostumbrada, ¿no es cierto?

—Si me deja salir de aquí, hablaré con mi prometido y mi dote será suya, se lo prometo.

—El problema es que no tiene ni idea de quién es, ¿no es así? Por eso fue tan sencillo hacerla creer que era yo.

—Mi padre sí lo sabe, y si se lo pido, hablará con él.

—Creo que no.

—Por favor, milord...

Beth salió a correr hasta la puerta, pero el conde la interceptó y la levantó en peso para aprisionarla contra la pared.

—Vamos, preciosa, no te resistas...

—¡Suélteme, mal nacido!

Beth empezó a forcejear con él, y levantó la rodilla para estamparla contra su entrepierna, pero el conde adivinó sus movimientos y esquivó el golpe.

—¡Maldita sea, quédate quieta! —protestó el conde.

—¡Jamás! ¡Antes prefiero la muerte que permitir que me toque un indeseable como usted!

—¡Suéltela inmediatamente!

Beth casi se desmaya del alivio al oír la voz de Sutherland. El miedo se dibujó en los ojos del conde, que la soltó de inmediato. Beth salió a correr hasta sus fuertes brazos, que la acunaron un segundo antes de apartarla para mirar si había sufrido algún daño.

—¿Estás bien, Beth? —susurró Francis.

Ella asintió con los ojos anegados en lágrimas, y volvió a apretarse contra su musculoso pecho. Francis la besó en la sien y la miró con ternura.

—Ve con Ivette.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella con temor.

—Haz lo que te digo.

Beth salió corriendo de la habitación, y Francis se enfrentó a Suffolk. La mirada tierna que le había dedicado a Beth desapareció para dar paso a una mirada dura, llena de ira y determinación.

—¿Cómo te atreves a tocarla? —dijo cogiéndole de las solapas de su chaqueta— ¿Cómo se te ha pasado por la cabeza tocar a mi prometida, desgraciado?

—Espere, ¿su prometida? —tartamudeó sorprendido el conde.

—No intentes hacerme creer que no lo sabías... Ella es la única en todo Londres que no lo sabe.

—¡Se lo juro, excelencia! Tenía noticias de su compromiso, ¡pero no sabía que fuera con usted!

—Voy a matarte por esto. Voy a descuartizarte centímetro a centímetro.

En el salón de Baile, Beth corrió hasta el duque de Devonshire, y tiró de su chaqueta sin pensar en el decoro.

—¡Stefan, por favor! —gimió intentando tirar de él— ¡Date prisa! ¡Le va a matar!

—¿Qué pasa? —preguntó el duque siguiéndola.

—Es Fran.

No tuvo que decir ni media palabra más. El duque salió a correr en la misma dirección que ella sin pensárselo dos veces. Cuando llegaron al gabinete de la duquesa, encontraron a Francis agarrando a Suffolk, que empezaba a ponerse azul, por el cuello.

—Fran, suéltale —ordenó Stefan agarrándole del brazo.

—Ha intentado tocarla —contestó Francis sin apartar la mirada de Suffolk.

—Así no se solucionan las cosas, Fran. Suéltale.

—Voy a matarle.

—¡He dicho que le sueltes!

Francis hizo lo que su amigo le ordenaba, y se acercó a Beth, a quien cogió de la mano con determinación antes de volverse de nuevo hacia Suffolk.

—Mañana, en el bosque de Epping, al amanecer —sentenció—. Elija las armas.

Sin más, Francis se dirigió hasta la puerta de entrada seguido por Beth. El lacayo se apartó de su camino en cuanto le vio.

—Avisé a la duquesa de Devonshire. Lady Hamilton se encuentra indispuesta.

Francis la metió en el carruaje de los Devonshire y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stefan.

—Necesito que mañana seas mi padrino, Stefan.

—Primero cuéntame qué ha pasado.

—Ha intentado violar a Beth.

En cuanto Beth oyó la conversación, supo las intenciones del duque, y

saltó del carruaje para enfrentarse a él.

—¿Le has retado a duelo? ¡No, Francis, por favor!

—Debo hacerlo, Beth. Ese desgraciado no puede librarse de las consecuencias de sus actos.

—¡Pero puedes morir! —gimió ella.

—Veo que no tienes mucha fe en mis habilidades con las armas, cariño, pero te aseguro que estaré bien.

—Stefan, por favor, hazle entrar en razón —protestó—. Todo esto es una locura.

—Esta vez tengo que darle la razón, Beth. No puede dejarle salir impune.

—¡Pero no me ha hecho nada!

—¡Pero pensaba hacerlo! ¿Por qué demonios le defiendes? —protestó Francis.

—¡No le estoy defendiendo, maldita sea! ¡Estoy asustada!

—No tienes que estarlo.

—¿Y si hace trampas? ¿Y si resultas herido?

—No lo hará, no se atreverá a enfrentarse a Stefan y a Andrew.

—Habla con la reina, ella le impondrá el castigo que se merece —añadió ella.

—Sabes que tengo que hacerlo, así que no insistas más —dijo Francis.

Cuando Ivette se acercó al carruaje, Francis volvió a meter a Beth en él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su amiga creyendo que habían discutido.

—¿Podéis llevarla a casa? —preguntó Francis—Debo ir a hablar con Andrew.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Entra en el carruaje, amor, te lo explicaré más tarde —dijo Stefan metiendo a su mujer en el coche.

—¿Te veré mañana entonces? —preguntó Sutherland.

—Cuenta con ello —asintió Stefan.

Francis se dirigió con paso decidido hasta el salón. Tenía que encontrar a su segundo padrino, y en cuanto dejase el asunto zanjado, hablaría con Victoria. Se había acabado la espera. Iba a casarse con Beth tanto si a la reina le gustaba como si no.

Capítulo 16

Beth lloró desconsolada en el regazo de Ivette durante todo el camino a su casa.

—Cálmate, por favor —suplicaba su amiga—. Vas a caer de nuevo enferma.

—¡No puedo calmarme! ¡Le van a matar!

—¿Pero qué demonios ha ocurrido?

—Suffolk ha intentado violarla —explicó Stefan.

—¡Por Dios santo! ¿Estás bien, Beth?

—¡No soy yo quien está en peligro! —sollozó.

—Así que Francis le ha retado a duelo... —adivinó su amiga.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —protestó Beth— ¿No puedes disuadirle, Stefan? ¡No quiero que muera!

—Beth, tienes que tranquilizarte —contestó él—. Francis es muy hábil con las armas, y no sufrirá daño alguno.

—¿Y si Suffolk hace trampas? —preguntó su mujer, preocupada.

—No se atreverá. Si lo hace, terminará con una bala de mi pistola en la sien.

—Pero Francis estará muerto —sollozó Beth.

—Ahora lo mejor que puedes hacer es descansar un poco, Beth —dijo su amiga.

—¿Crees que puedo dormir pensando que dentro de unas horas Francis se pondrá en peligro por mi culpa?

—No puedes hacer nada para evitarlo—contestó Stefan—. Además, yo estaré allí para protegerle.

Llegaron a casa de la joven, y sus amigos la acompañaron hasta la puerta.

—Ve a dormir, Beth. En cuanto tenga noticias te lo haré saber —dijo Ivette.

—Intenta disuadirle, Ivy. A ti te escuchará.

—Por mucho miedo que me dé la situación, creo que esta vez Francis tiene razón. Vete a la cama e intenta descansar.

Beth entró cabizbaja en la casa, y subió a su habitación, aunque sabía que no iba a poder pegar ojo hasta saber que Sutherland se encontraba en su casa sano y salvo. Pasó cerca de una hora dando vueltas en la cama sin poder dormir, pensando en la manera de hacerle cambiar de opinión, y se le ocurrió un plan.

Buscó entre sus pertenencias el disfraz de ratero que había utilizado en la representación del colegio, y se lo puso apresuradamente. Se recogió el cabello bajo una gorra andrajosa, y anudó las sábanas para improvisar una escala con la que salir de la casa. Apenas llegaba al suelo, y el último tramo tuvo que bajarlo de un salto, pero en cuanto sus pies tocaron la hierba del jardín, comenzó a correr como alma que lleva el diablo hasta la casa de Sutherland. No sabía cómo iba a entrar, pero ya se le ocurriría un plan sobre el terreno.

Francis no podía dormir pensando en lo que había estado a punto de ocurrirle a Beth. Si se hubiese retrasado un segundo más... Se levantó de la cama intentando evitar pensar en ello, y se sirvió un brandy antes de sentarse frente a su escritorio. Aunque tenía claro que no iba a morir, cabía esa posibilidad, y quería escribirle a Beth una carta desnudándole su corazón, algo que por el momento no le estaba permitido.

El sonido de cristales rotos en su despacho le hizo levantarse alarmado. Cogió la pistola del cajón de su mesita de noche y bajó sigiloso las escaleras hasta el primer piso. Apenas respiraba, todo su cuerpo se encontraba en tensión esperando su encuentro con el atacante, pero se relajó un poco al ver a un pequeño diablillo tirado en el suelo de la habitación.

Casi se queda muerto en el sitio cuando, al encender la luz, descubrió que el ratero no era otra que Beth, que intentaba sin éxito desengancharse de uno de los trozos de cristal que había quedado en la ventana.

—¡Maldita sea! —susurró la muchacha.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí, Beth? ¿Y por qué vas así vestida?

—¡Por Dios, Fran! —exclamó ella, llevándose la mano al pecho—
¡Casi me matas del susto!

Francis se acercó a la ventana para comprobar que no había nadie que pudiese haberla visto entrar, cerró de un portazo los postigos y echó las

cortinas de terciopelo.

—¿Te ha visto alguien venir hacia aquí? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. Se la veía tan frágil, parada en medio de la habitación esperando la reprimenda, que Francis no tuvo el valor de ser demasiado duro con ella.

—No deberías estar aquí —susurró sin atreverse a acercarse a ella.

—Tenía que venir.

Beth se deshizo de la distancia que los separaba y posó su pequeña mano sobre el pecho del duque, a la altura de su corazón.

—No vayas a ese duelo, por favor —suplicó—. No tienes por qué hacerlo.

—Es tu honor lo que está en juego, Beth. No pienso permitir que ese desgraciado salga impune.

—¡Me importa muy poco mi honor si el salvaguardarlo conlleva tu muerte!

Francis se quedó perplejo, mirando esos ojos que destilaban furia, y algo mucho más intenso, una desesperación tan profunda que a punto estuvo de hacerle caer de rodillas.

—¿Por qué te importa tanto lo que me pase, Beth? —susurró apartando un mechón rebelde de la mejilla de su prometida.

—Ya sabes por qué —dijo ella en un hilo de voz.

—No, no lo sé. Dímelo.

—Porque no podría vivir con el peso de tu muerte sobre los hombros. Por eso.

—¿Solo eso? ¿Estás segura?

—Porque me importas, me importas mucho, y no soportaré que te ocurra nada malo por mi culpa.

El duque unió sus labios a los de Beth sin pensar en las consecuencias de sus actos. Al diablo con Suffolk, con la reina y con todo. La deseaba tanto que dolía, y si esa era su última noche sobre la faz de la Tierra, por Dios que la pasaría en los brazos de la mujer a la que amaba. Porque la amaba con toda su alma, aunque fuese una niña caprichosa, insolente y malcriada. Aunque le retara cada vez que tenía ocasión. Aunque supiera que, si se casaba con ella, su vida en común comenzaría siendo un suplicio para él, por haber minado su confianza.

Su boca recorrió despacio los labios de Beth, tanteándolos, y ella los abrió automáticamente ante el roce de su lengua caliente sobre ellos. Fran la

introdujo en su boca, y jugó con la de la joven, bailando la danza más antigua de todos los tiempos. El cuerpo de Beth se apretó al suyo, y los brazos del duque aprisionaron su cintura para sentirla más cerca, para sentir sus pechos aplastados sobre la tela de su camisa medio abierta.

Beth había estado tan asustada que en cuanto el duque la cogió entre sus brazos supo que ese era su hogar, que solo allí se sentiría a salvo. Enredó las manos en su cabello y se puso de puntillas para sentirle más cerca, para que todas esas sensaciones tan vibrantes la recorriesen de nuevo. Francis la cogió en brazos y subió de dos en dos los escalones hasta el piso de arriba, y cerró su habitación con llave en cuanto la tuvo tumbada sobre la cama. Se acercó lentamente a ella, mirándola como un depredador mira a su presa, pero la ternura no abandonaba sus ojos ni un solo instante.

No tenía miedo, sabía lo que iba a ocurrir entre ellos, era inevitable, y lo deseaba como ninguna otra cosa en este mundo, aunque eso significase su perdición. Beth tenía muy claro que le perdería de una manera u otra, o bien a manos de Suffolk o cuando ella contrajese matrimonio, y una lágrima solitaria rodó por su mejilla hasta la almohada del duque. Un dolor insoportable le atenazó el corazón, y un sollozo escapó de sus labios.

—Shhh... tranquila, mi amor. No va a ocurrirme nada —susurró él adivinando sus pensamientos.

—Tengo miedo, Fran.

—Lo sé, pero no tienes que tenerlo. Volveré a casa, te lo prometo.

—¿Y si no es así?

No le permitió volver a pensar. Volvió a besarla hasta que Beth se relajó por completo sobre las sábanas. El duque se sacó entonces la camisa por la cabeza y se tumbó a su lado, para subir la mano por la pierna de la joven, cubierta con unos pantalones de piel, igual que hizo en su casa.

—Creo que jamás se me habría ocurrido pensar que un muchacho podría parecerme tentador —bromeó para intentar relajarla.

—No soy ningún muchacho, y lo sabes.

—Es cierto, tus deliciosas curvas te delatan, pero esos pantalones te sientan de maravilla.

—Esta ropa me empieza a picar. Ojalá no se me hubiese ocurrido ponérmela.

—Al menos con ella no has levantado sospechas. Si te hubiesen cazado, ¿cómo pensabas explicar tu atuendo?

—Pero no lo han hecho, ¿verdad?

—No, es cierto, pero te has puesto en peligro, Beth. No vuelvas a hacerlo.

—No quiero que tú lo hagas por mí.

—La diferencia está en que yo soy un hombre y debo protegerte.

—No necesito que me protejas.

—Lo sé, pequeña, pero en esta ocasión debo ocuparme yo del asunto.

—No quiero que...

Francis no la dejó terminar. Unió de nuevo sus labios a los de Beth y subió lentamente la mano por su pierna hasta llegar a la abertura del pantalón. Desabrochó las presillas que lo mantenían sujeto y lo deslizó por sus muslos cremosos hasta dejarlo caer a su lado, junto a la cama.

A continuación, incorporó un poco a la muchacha para sacarle la camisa mugrienta por la cabeza, y besó su boca en cuanto se hubo deshecho de ella.

—Así está mejor —susurró.

Sembró un reguero de besos por su cuello, hasta el montículo de sus pechos, lamiendo la piel de Beth en el proceso.

—Eres tan dulce, mi amor... Nunca me cansaré de saborearte.

Beth gemía, se retorció presa de sensaciones nuevas e intensas, y sus manos se enredaban en el cabello de Francis para sostener su cabeza en su lugar, saboreando sus pechos, cuyos pezones florecieron en cuanto el duque pasó la lengua sobre ellos.

Él estaba a punto de entrar en erupción. Su pequeña diablesa pelirroja era ardiente, de eso no había duda. Era desinhibida, se retorció bajo su cuerpo disfrutando de la excitación sin importarle nada más que ellos dos, y eso le volvía loco.

Apretó entonces su mano contra su sexo, y ella gritó alzando las caderas. Estaba excitada, podía sentir su humedad en contacto con los dedos, y lo único que necesitaba en ese momento era enterrarse en ella y dejarse llevar. Pero Beth era virgen, y debía ser cuidadoso con ella... y considerado.

Introdujo un dedo entre los pliegues de su sexo y lo humedeció en la entrada de su canal para acariciar lentamente su clítoris hinchado. Beth gemía, lloriqueaba entre espasmos de placer, se retorció sobre las sábanas envuelta en la vorágine de placer. Su miembro estaba a punto de estallar, necesitaba desesperadamente enterrarse en ella, y si no lo hacía pronto, terminaría derramándose sobre las sábanas.

Se puso de pie y se deshizo de los pantalones, dejando al descubierto su verga, dura y lista para Beth. La muchacha abrió los ojos como platos en cuanto la vio, pero él la distrajo con nuevos besos y caricias, hasta que ella se volvió a relajar.

Cuando Francis se colocó entre sus piernas abiertas, Beth dejó de respirar. Le miró fijamente a los ojos, que la observaban a ella con tanta ternura que los suyos se llenaron de lágrimas. El duque sonrió y entró en ella lentamente, pendiente a todas sus reacciones, pero sin atreverse aún a desflorarla. Cuando su prometida se relajó, adaptándose a la sensación de tenerle enterrado en ella, de un solo movimiento cruzó su virginidad. Beth se quedó un segundo sin aliento, y Francis permaneció quieto hasta que ella volvió a relajarse.

—Lo siento, mi amor —susurró—. Pronto pasará.

Moverse dentro de ella fue como rozar el cielo con las manos. Beth apretaba sus bíceps con los dedos a cada embestida, cerraba los ojos y dejaba escapar gemidos de placer en su oído, y Francis supo que jamás encontraría a una mujer como ella. La amaba, desde lo más profundo de su ser, y sabía que su vida en común sería un camino de rosas... en cuanto ella le perdonase por no revelar que era su prometido.

El cuerpo de Beth se tensó, y con un grito ahogado, llegó al orgasmo. Francis continuó moviéndose, más deprisa, más profundo, hasta que el placer subió por su espalda y le lanzó de bruces a su propia culminación. Permaneció largo rato tumbado en la cama, con Beth dormida sobre su pecho, simplemente observándola dormir. Tal vez el mundo seguía girando detrás de esas ventanas, pero ahora mismo lo único que importaba era la mujer que permanecía tranquila entre sus brazos. Ya se ocuparía de los problemas por la mañana.

Beth se despertó con una suave caricia en su mejilla. Abrió los ojos lentamente para encontrarse con el rostro de Francis, que la miraba con ternura.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró ella.

—No te preocupes por eso. Ya lo pensaremos llegado el momento.

—No quiero casarme con otro hombre —sollozó.

—Beth...

—¿Acaso te da igual que otro me posea como tú acabas de hacer? —le espetó.

—Ya lo solucionaremos, ¿de acuerdo?

Francis se incorporó en la cama y comenzó a vestirse para evitar hablar más sobre el tema. Estaba a punto de decirle la verdad, que no habría otro hombre en su cama, pero si lo hacía, Victoria podría castigarles haciendo precisamente eso.

—Debemos irnos, cariño —dijo en cambio—. Ya has pasado demasiado tiempo fuera de casa.

—¿Qué hora es?

—Apenas son las tres de la madrugada.

—Déjame quedarme un poco más, por favor...

—Ya te has puesto en peligro lo suficiente, Beth. Ven, te ayudaré a vestirme.

Francis la ayudó a ponerse de nuevo su disfraz, y le dio un azote en el trasero cuando la muchacha se agachó para abrocharse las botas.

—¿De dónde demonios has sacado esta ropa? —preguntó él mientras comenzaba a vestirse.

—Representé a un ladronzuelo en una función en el colegio. Este era mi disfraz.

—Deberías quemarlo. Debe tener piojos.

—¡Claro que no! Además, me ha servido para venir, ¿no es cierto?

—Y te servirá para volver a casa. ¿Cómo piensas entrar? ¿Acaso tienes un cómplice?

—Igual que salí. Por la ventana.

—¿Por la ventana?

Francis sintió un sudor frío bajar por su cuello al pensar en Beth escalando tres pisos hasta llegar a su habitación.

—Estás completamente loca, ¿Lo sabías? Podrías haberte roto el cuello.

—Pero no lo he hecho, ¿verdad?

—Vamos, te llevaré a casa.

Hicieron el camino en silencio. El duque decidió ir a caballo, pues de esa forma nadie vería el escudo de su familia frente a la puerta de Beth a horas tan intempestivas. Cuando estuvieron dentro del jardín, Fran miró hacia la escala improvisada de Beth.

—¿Has bajado por ahí?

—Ya te lo he dicho.

—No pensarás subir por el mismo sitio...

—¿Por dónde si no? No puedo llamar a la puerta como si tal cosa.

Francis la envolvió en sus brazos y la besó de nuevo.

—Sube con cuidado —susurró—. Esperaré aquí hasta que entres. Así, si te caes, me aseguraré de que no te rompas la crisma.

—Prométeme que no asistirás a ese duelo, por favor...

—No puedo hacerlo, mi amor, mucho menos ahora.

—Te lo ruego, Fran...

—No insistas, Beth. Es lo que debo hacer.

Ayudó a la muchacha a subir hasta el borde de la escala, y permaneció debajo de ella hasta que la vio entrar por la ventana. Con un suspiro, montó en su caballo y volvió a casa. Ahora que Beth le pertenecía totalmente, no quería morir, y aunque era muy diestro con las armas, y buen espadachín, sabía que Suffolk no era trigo limpio.

Lowell no había encontrado nada sobre el conde, no había dato alguno sobre él. Su error había sido no indagar más a fondo, debería haberle hecho caso a su amigo cuando dijo que nadie aparece de la nada, pero estaba tan ocupado cortejando a Beth que prefirió dejarlo estar. Se arrepentía enormemente de su decisión, pero ya no había vuelta atrás.

Ahora su problema más importante era salir ileso del maldito duelo. En cuanto lo hiciera, iría a hablar con Victoria. Ahora que había hecho el amor con Beth, cabía la posibilidad de que se hubiese quedado embarazada, y tenía que adelantar su boda, aunque eso significase tener que confesar.

En cuanto vio el caballo de Francis alejarse por la calle, Beth volvió a saltar a la hierba. Si él no terminaba con esta tontería por las buenas, por Dios que ella conseguiría que lo hiciese por las malas... aunque ello implicase visitar a la reina de madrugada. Corrió por las calles de Londres, agradecida de verse librada del peso de sus faldas, y golpeó con fuerza la puerta del palacio de Buckingham hasta que un guardia salió a su encuentro.

—¡Por favor! ¡Debo ver a la reina! —suplicó.

—¿Acaso se ha vuelto loca, mujer? Vuelva por la mañana —protestó el guardia.

—¡Es un asunto de vida o muerte! ¡Déjeme entrar!

—¡La haré arrestar si no se marcha!

—¡El duque de Sutherland está en peligro!

El guardia la miró para asegurarse de que su historia era real, y al ver la angustia en sus ojos, abrió la puerta y la hizo pasar al salón.

—Espere aquí. Avisaré a la reina.

El escándalo que se escuchaba en el recibidor despertó a Alberto, que saltó de la cama y salió de la habitación a toda prisa. Se encontró a su guardia subiendo las escaleras.

—¿Qué está pasando? —preguntó— ¿A qué viene tanto escándalo?

—Es la joven Hamilton, alteza —dijo este—. Quiere ver a la reina.

—¿A estas horas?

—Dice que el duque de Sutherland corre grave peligro.

—Voy a avisarla.

Alberto corrió de nuevo a su habitación a despertar a su esposa.

—Vicky, despierta.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —preguntó la reina con un bostezo.

—La joven Hamilton está aquí.

—¿A estas horas? —preguntó despertándose de golpe— Debe haber pasado algo terrible para que esa niña se atreva a venir.

—Dice que Fran está en peligro.

Victoria se puso una bata y bajó las escaleras a toda prisa. En cuanto entró en el salón, Beth se arrodilló a sus pies, llorando desconsolada.

—Por Dios santo, chiquilla, ¿qué ocurre? —preguntó Victoria acunándola en sus brazos.

—¡Tiene que impedirlo, majestad! ¡Van a matarlo!

—¿Impedir qué? —preguntó la reina— ¿A quién van a matar?

—A Francis —sollozó— Ha retado a duelo al conde de Suffolk.

—¡Un duelo! ¿Qué demonios ha hecho el conde para que Francis tome tal decisión? —preguntó Alberto.

—Intentó comprometerme —dijo ella avergonzada—. Fui una imprudente y le di la oportunidad de hacerlo.

—¿Dónde será el duelo? —preguntó Victoria.

—En el bosque de Epping, al amanecer. ¡Debemos darnos prisa! ¡Le van a matar!

—¿Por qué te importa tanto el duque, Beth? —preguntó Alberto— Tenía entendido que no le soportabas.

—¡Le amo! —confesó— Sé que estoy prometida a otro hombre, ¡pero no puedo evitar de amarle!

—Muy bien, espera aquí. Diré que te traigan un té y un vestido decente, pareces una delincuente. Voy a vestirme.

La reina salió de la habitación, y el príncipe cogió la mano de Beth

entre las suyas y la palmeó con cariño.

—Tranquilízate, Victoria lo arreglará.

—Todo es por mi culpa. Si me hubiese quedado en el salón de baile esto no habría pasado.

—No es culpa tuya que el conde sea un sinvergüenza, Beth. Vamos, cálmate. Todo se solucionará.

Stefan y Andrew llegaron a casa de Francis una hora antes de su encuentro con Suffolk. Le encontraron vestido, sentado frente a su escritorio redactando su testamento.

—No vas a morir, Fran —protestó Andrew—. Deja de hacer eso.

—No puedo dejar nada al azar, Andrew. No sabemos si Suffolk es un tramposo.

—Ivette ha pasado toda la noche paseándose por la habitación. Está dividida entre defender el honor de su amiga y mantenerte a salvo —dijo Stefan—. Yo estoy de acuerdo contigo, amigo. Suffolk no puede irse de rositas después de lo que ha hecho.

—Si hubiese sido Sarah yo también le habría retado —dijo Andrew.

—Bien, es hora de irnos.

Los tres caballeros llegaron al bosque de Epping seguidos del médico. Suffolk ya se encontraba allí, acompañado de sus dos testigos. Fran se sintió aliviado al descubrir que su rival había elegido las pistolas, con ellas tenía todas las de ganar.

Stefan estudió con detenimiento las armas para comprobar que ninguna de ellas estaba trucada, y asintió cuando las devolvió a su lugar.

—Lord Suffolk —dijo el médico ocupando su lugar—, aún está a tiempo de terminar con esta barbarie. Si pide disculpas al duque, podremos irnos todos a casa.

—No pienso aceptar sus disculpas —protestó Francis.

—En ese caso, caballeros, empecemos.

Suffolk y él se colocaron espalda con espalda con las pistolas en alto. Su corazón latía a mil por hora, y visualizó cada uno de los momentos que había vivido con Beth. Rezó en silencio una plegaria, porque quería volver a ver su rostro, oler su cabello, oír su risa...

Ambos caballeros comenzaron a andar con paso decidido. Uno, dos, tres, cuatro...

—¡Alto!

Francis tragó saliva al escuchar la voz de la reina Victoria. Los duelos estaban prohibidos, y su cuello corría grave peligro por haber propiciado uno.

—¡Alto he dicho! —volvió a decir Victoria al ver que Suffolk continuaba andando.

Francis se volvió hacia su amiga para observar con asombro que iba acompañada de Beth. ¿Qué demonios había hecho ahora esa condenada mujer? Bajó el arma de inmediato, y se acercó con paso decidido a Victoria.

—Vicky, déjame explicártelo...

—Silencio —contestó ella sin mirarle—. Devonshire, ¿a qué se debe este duelo?

—Suffolk intentó violar a lady Hamilton, excelencia —contestó el duque con voz clara—. Sutherland les encontró a tiempo de impedirlo, y se vio en la obligación de exigir compensación.

—Así que después de la hospitalidad que te he ofrecido, te has dignado a intentar mancillar a una de mis damas, ¿no es así?

—¿Su dama? —preguntó Suffolk— No tenía ni idea, majestad.

—La futura duquesa de Sutherland formará parte de mi séquito en cuanto contraiga matrimonio con el duque.

Cuando Beth escuchó la confesión de la reina, abrió los ojos como platos. Miró a Francis, que agachó la cabeza, avergonzado. ¡Él lo sabía! ¡Francis sabía que se casarían y no se lo había contado! Todo el sufrimiento que había tenido que soportar había sido en vano.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, y salió a correr hacia el carruaje de la reina. Francis intentó ir detrás de ella, pero la reina se lo impidió.

—Déjala ir, ya se le pasará. No he acabado con vosotros dos.

Lowell apareció en ese momento seguido de varios agentes de Scotland Yard, que apresaron al conde.

—¿Qué está pasando aquí, Lowell? —preguntó la reina.

—Este hombre es un impostor, majestad. —Se volvió hacia Francis—. Aunque me pediste que lo dejara estar, seguí investigando por mi cuenta, viajé a York en busca de alguien que pudiese hablarme de Suffolk.

—¿Qué averiguaste? —preguntó la reina— ¡Vamos, habla!

—El conde murió hace seis meses, dejando como heredero a su sobrino de siete años. Este hombre es Jean Louis Ferau, el ayuda de cámara del duque, que vio la oportunidad de conseguir una fortuna haciéndose pasar por él.

La reina se acercó a Suffolk, que agachó la cabeza.

—Así que no solo eres un impostor, sino que también eres un estafador. Encerradle. Ya pensaré qué hacer con él.

—¡No puede hacer eso! ¡Soy ciudadano francés!

—Por supuesto que puedo. Podrás ser todo lo francés que quieras, pero estás en mi país, y aquí mando yo. Lleváoslo de mi vista, me está causando náuseas.

Victoria apartó su falda y se volvió hacia Francis.

—Y tú... me has decepcionado. Creí que siendo mi amigo cumplirías las leyes, pero en vez de hacer las cosas bien, te has lanzado de cabeza a retar a este desgraciado a duelo.

—Vicky...

La reina le silenció alzando la mano, y se volvió hacia su carruaje.

—Tu castigo será el matrimonio inmediato con lady Hamilton —sentenció—. Os caséis mañana mismo, y no quiero oír una sola queja al respecto de parte de ninguno de los dos.

Victoria se volvió hacia él y le guiñó el ojo con una sonrisa. Francis se lo agradeció con una reverencia y la observó alejarse.

—Lo conseguiste, amigo mío —dijo Stefan palmeándole la espalda.

—Beth me va a odiar el resto de nuestra vida —susurró Sutherland—. ¿Habéis visto su mirada de reproche?

—Te perdonará, ya lo verás —añadió Andrew—. Ahora se siente traicionada, pero entenderá que lo hiciste por cumplir la orden de la reina.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces te tocará suplicar, amigo mío —rio Stefan.

—Será un suplicio, pero al final tendrás tu recompensa —dijo Andrew.

—Créenos, sabemos de lo que hablamos —continuó Stefan.

—Así es... En eso consiste la feliz vida de casados —rio Andrew.

Capítulo 17

Beth se sentía traicionada. Había confiado en Francis lo suficiente para entregarle lo más preciado que poseía, pero él no había confiado en ella. De ser así le habría confesado que era su prometido, y le habría ahorrado muchas horas de angustia y tristeza. Ahora sabía que el collar y el pasador habían sido también regalos suyos, y se sentía tonta por haber pensado que traicionaba a su prometido utilizándolos.

En cuanto la reina la dejó en su casa y habló con su padre sobre su cambio de planes, su madre hizo venir a la modista, pues debía apresurarse en arreglar el vestido de novia para ella. Por fortuna, el resto de su vestuario estaba casi listo, y se lo llevarían a la mansión del duque un par de días más tarde.

Cuando Ivette se enteró de lo ocurrido en el bosque, acudió inmediatamente a verla, y en cuanto su amiga abrió los brazos ella se refugió en ellos, llorando.

—¿Por qué lloras? —preguntó Ivy extrañada— Deberías estar contenta por casarte con el hombre que amas.

—Me mintió, Ivy. Me ha tenido engañada todo este tiempo.

—Sabes que no podía decírtelo, Beth.

—Podría haberlo hecho, podría haberme ahorrado la angustia que sentí al enamorarme de él.

—No habrías podido guardar el secreto.

—Lo habría hecho, pero no confía en mí lo suficiente.

—Sabes de sobra que la reina se habría dado cuenta de ello en cuanto llegases al altar.

—Habría disimulado.

—Estás siendo obstinada, Beth.

—¡Me siento traicionada! Anoche...

Calló de inmediato al darse cuenta de que casi le confiesa su aventura.

—Anoche, ¿qué? —insistió Ivette.

—Le supliqué que no fuese a ese estúpido duelo, y solo decía que debía hacerlo. Podría habérmelo confesado entonces. Le habría comprendido.

—No, no lo habrías hecho. Habrías insistido aún más en que no acudiera, y lo sabes.

—Ahora ha minado mi confianza.

—¡Estás volviendo a comportarte como una niña malcriada! —protestó su amiga— Francis no tenía opción, ¿sabes? Ninguno la teníamos.

—¿Tú también lo sabías? —preguntó ofendida.

—¡Lo sabía todo Londres menos tú!

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¡Porque Victoria me amenazó con castigarme a mí también si lo hacía! ¡Igual que a él!

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Acudir a esa boda con una sonrisa en los labios, porque es lo que más deseas en este mundo.

—¿Crees que él desea casarse conmigo?

—¿Y tú crees que lo haría si no lo deseara?

—¿Y si le están castigando también?

—Beth, no empieces a pensar estupideces. Francis es uno de los mejores amigos de Victoria, y jamás le obligaría a hacer nada que él no quisiera hacer.

—Creo que he metido la pata —confesó.

—¿A qué te refieres?

—Cuando la reina ha dicho que soy su prometida, me he alejado de él. Debo hablar con él, debo explicarle que...

—Ya habrá tiempo para eso mañana. Ahora tienes que probarte tu vestido, que madame Andréé debe acabarlo en pocas horas.

—¿Puedes hacer algo por mí?

—Lo que sea.

—Dile que lo entiendo. Que no estoy enfadada con él, y que me alegro de que sea mi prometido. ¿Lo harás?

—Claro que sí.

El alivio ante el cambio de actitud de su amiga pudo notarse en la cara de Ivette, que se marchó en cuanto lady Norfolk entró en la sala seguida de la modista. Su marido la esperaba en casa, y cuando la vio entrar en el despacho, la sentó sobre sus rodillas para abrazarla.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

—Aún no me creo que haya entrado en razón tan pronto, pero el caso es que lo ha hecho.

—Te dije que lo haría.

—Yo la conozco mejor que tú —protestó.

—Tal vez, pero yo soy más viejo y más sabio.

—Aunque se ha sentido traicionada, al final ha comprendido que Francis debía obedecer a la reina.

—¿Traicionada? ¿Por qué?

—No lo sé, creo que me oculta algo, pero no he conseguido sonsacárselo.

—Francis me contó que había intimado con ella.

—Lo sé, ella también me lo contó. Pero no creo que sea por eso. Debe haber algo más, pero no me lo contará por mucho que le insista en ello.

—En cualquier caso, al menos terminó atendiendo a razones, ¿no es así?

—Sí, incluso me pidió que le dijese que lo entendía, y que se alegra de casarse con él.

—Parece que, después de todo, Fran va a tener una vida bastante feliz con ella.

—No cantes victoria tan pronto... Beth es impredecible.

—Tal vez, pero está enamorada de él, ¿no es así?

—¿Cómo lo has sabido?

—Mi amor, tu amiga es un libro abierto en lo que a sentimientos se refiere.

—Tienes razón —contestó con un suspiro—. Debería ir a hablar con Francis. El pobre estará preocupado por la reacción de Beth en el bosque. Por cierto, ¿qué ocurrió con Suffolk?

—Resultó ser un impostor. El auténtico conde de Suffolk tiene solo siete años, y el ayuda de cámara del anterior duque pensó que podría conseguir una fortuna haciéndose pasar por él.

—¡Y yo me lo he perdido! —bufó Ivette.

—Anda, vamos a hablar con Francis, que a estas horas debe estar rompiéndose la cabeza pensando cómo arreglar lo suyo con Beth.

Francis permanecía sentado en el sofá de su despacho, con la botella de whisky a medio terminar en la mano. Se había acabado cualquier posibilidad con Beth, lo sabía. Cuando la reina anunció que sería su duquesa, pudo ver la

decepción y la traición en sus ojos antes de que se marchase corriendo hacia el carruaje. ¿Cómo iba a poder arreglarlo? Beth podía perdonar cualquier cosa, excepto la traición.

La noche anterior había sido perfecta. Por fin pudo sentirla entre sus brazos, y jamás podría olvidar lo que sintió teniéndola así. Cuando comprendió que ella le amaba, no pudo evitar llevarla a su habitación para hacerle el amor, como llevaba queriendo hacer desde que se perdieron juntos en el jardín secreto de la casa de Huntington. Ese día comenzó todo entre ellos, cuando empezaron a conocerse realmente. Pero ahora todo había acabado.

Volvió a llevarse la botella a los labios, pero no quedaba ni una gota de licor, así que la lanzó contra la pared y se levantó tambaleante para coger otra del mueble. Cuando alcanzó la botella de ron, se dio la vuelta para volver a su lugar, pero trastabilló con la alfombra y terminó de bruces sobre el suelo.

—¡Maldita sea!

Se levantó lentamente, pues todo empezaba a estar borroso, y se quedó sentado en el suelo, apoyado contra la pared. Escuchó abrirse la puerta de su despacho, pero no le importó en lo más mínimo. Intentó llevarse la botella a los labios, pero alguien se lo impidió.

—Creo que ya has bebido suficiente, amigo mío.

Era la voz de Stefan, que empezó a enfocarse delante de sus ojos.

—Déjame en paz, maldita sea —balbuceó—. Todo ha terminado.

—Deja de decir sandeces —protestó Ivette, que apareció tras su amigo—. ¿No te da vergüenza terminar en ese estado?

—No me importa. Mi vida se ha acabado.

—Está completamente borracho, amor. No recordará nada cuando despierte por la mañana —dijo su amigo.

—¡No estoy borracho! Solo me he bebido... Eh... dos botellas.

Ivette bufó, y se alejó hasta la puerta de la habitación.

—Voy a decirle a la cocinera que haga una buena cantidad de café. Súbele a su habitación.

Stefan le levantó del suelo y le ayudó a ir hasta su dormitorio, donde lo desnudó y lo metió en la cama.

—Vamos, tienes que descansar —dijo sentándose a su lado.

—No quiero descansar. Lo que quiero es morirme.

—Créeme, si apareces con esta borrachera en tu boda, Victoria cumplirá ese deseo.

—¿Y qué más me da? Beth jamás va a perdonarme.

En ese momento apareció Ivette, seguida de dos sirvientas. Una de ellas dejó junto a la cama una palangana de agua helada y un cubo vacío. La otra llevaba una taza y una cafetera humeante.

—Los hombres podéis llegar a ser muy estúpidos —protestó Ivette mojando una toalla en el agua fría—. ¿Crees que emborrachándote solucionarás tus problemas, patán?

Estampó sin mucho cuidado la toalla en la cara de Francis, que gritó.

—¡Está helada! —protestó.

—Por supuesto que lo está. ¿Cómo ibas a espabilarte si no? —contestó Ivy.

Stefan observaba la escena divertido, repantigado en un sofá frente a la cama, y tuvo la mala idea de servirse una taza de café.

—Suelta eso, Stefan —ordenó su mujer—. No es para ti.

—Aún queda mucho más café, cariño.

—Y tendrá que bebérselo todo. Vi a Marguerite curarle a D’Arcy muchas veces la borrachera, así que sé lo que estoy haciendo.

—¿Por qué no te la llevas? —pidió Francis a su amigo.

—¿Y que la tome conmigo? No, gracias. Eres tú quien se ha comportado como un imbécil, no yo.

Ivette volvió a mojar la toalla para refrescar los brazos de Francis, que hacía aspavientos con las manos para evitar que lo hiciera.

—¡Estate quieta! —protestó el duque.

—¡Deja de comportarte como un bebé! —le reprendió su amiga golpeándole las manos.

—¡Pues deja de ponerme eso tan frío!

—¿Prefieres que te meta en una tina de agua helada? Porque lo haré, no te quepa duda.

—¡Ya estoy despejado!

—Cuéntale el cuento a otra.

—Stefan, ¿quieres ayudarme?

Su amigo no pudo contestar, pues tenía que aguantarse el estómago de lo mucho que se estaba riendo. Nunca había visto a su mujer tan decidida a conseguir su propósito como esa tarde, y la verdad es que era muy gracioso ver a Francis dominado por una mujer de metro y medio.

Cuando Ivette se quedó satisfecha con su trabajo, apartó la jofaina y le acercó la primera taza de café.

—Bebe.

Se sentó a su lado con el cubo en la mano, que colocó frente a la cara de su amigo justo a tiempo para vomitar. Le obligó a seguir bebiendo café hasta que su estómago quedó limpio por completo de alcohol, y le limpió la boca antes de arrojárselo como si fuese un niño pequeño.

—Ahora a dormir. Mañana tendrás un enorme dolor de cabeza, pero te prepararé un remedio para que se alivie antes de la boda.

—Beth me va a odiar el resto de su vida —gimió.

—No digas sandeces. Entiende que tuvieras que permanecer callado y está feliz de casarse contigo.

—Mientes. Lo dices para consolarme.

—Tú sí que estás diciendo tonterías. Intenta dormir un poco, y procura aparecer en la boda si no quieres acabar peor de lo que ya estás.

Beth se despertó cuando el sol de la mañana comenzaba a colarse por la pequeña abertura de las cortinas. Se despertó, y sonrió al recordar que hoy se casaría con el hombre al que amaba. Saltó de la cama para abrir la ventana de par en par. Observó maravillada el canto de un gorrión, que permanecía junto al nido con sus crías, a la espera de la llegada de su compañera. Silbó una canción alegre mientras se refrescaba, y se puso una bata sobre el camisón antes de bajar a desayunar.

Su padre se encontraba sentado a la mesa, leyendo tranquilamente el periódico mientras disfrutaba de una humeante taza de café.

—Buenos días, papá —dijo besándole en la mejilla.

—Buenos días, tesoro. Veo que te has levantado muy animada esta mañana.

—¿Cómo no estarlo? Es el día de mi boda, y voy a casarme con el hombre que amo.

—Vaya, así que le amas, ¿eh? Tenía entendido que no le soportabas.

—Eso fue antes de conocerle bien. He descubierto a una persona completamente distinta estos meses, papá.

—Me alegro por ti, pequeña.

—Estoy famélica —suspiró haciéndole una seña al criado.

—Pues toma un buen desayuno, cuando tu madre se despierte no te dejará tomar ni un poco de agua.

—¿Te ha perdonado ya por no decirle quién es mi prometido? —bromeó.

—No del todo, pero hice grandes avances anoche —contestó su padre con picardía.

—La visita de la reina a primera hora de la mañana tuvo que ponerla de los nervios.

—La recibió en camisón, cariño. Creo que pasará mucho tiempo hasta que deje de sentirse abochornada en su presencia. Lo que no entiendo es por qué tanta prisa de repente.

—No lo sé, papá —mintió—. Tal vez Sutherland habló con ella al respecto.

—¿Por qué iba a hacerlo? La fecha ya estaba fijada, a no ser que...

Su padre la miró con una ceja arqueada, y ella negó efusivamente, levantando las manos.

—¡No me mires así! ¡No he hecho nada!

—¿Se ha propasado el duque de alguna manera, Beth?

—¡Claro que no! ¿Por qué me preguntas eso?

—Tanta prisa no puede deberse a una casualidad.

—Quizás es porque está enamorado de mí.

La aparición de su madre evitó que continuase el interrogatorio de su progenitor. En cuanto la vio tan relajada, su madre empezó a dar palmadas para que se diese prisa.

—¡Por Dios santo, Beth! ¿Aún estás así? ¡Date prisa, hay muchísimo que hacer!

Esa fue la primera vez en la vida que Beth obedeció a su madre de buena gana, y corrió escaleras arriba para dejarse arreglar.

Francis se despertó con un dolor de cabeza horrible. Abrir los ojos fue una auténtica tortura, pero volver la cabeza para mirar a su alrededor hizo que su estómago se revolviere. Descubrió que había un cubo junto a su mano, que colgaba sobre el borde de la cama, y se incorporó lo justo para poder hacer uso de él. Cuando su estómago consiguió asentarse, descubrió sobre la mesita de noche un mejunje de color sospechoso, y una nota de Ivette.

“Sabe igual que se ve, pero te calmará los síntomas de la borrachera. No llegues tarde, o la reina te despellejará”

Francis gimió dejándose caer de nuevo sobre la almohada. ¿Qué demonios había pasado la noche anterior? Lo último que recordaba era caerse

de bruces contra la alfombra de su despacho, y todo lo demás estaba envuelto en brumas. Stefan e Ivette debieron estar allí, de lo contrario no tendría ese mejunje esperándole sobre la mesilla, pero no lograba recordar nada de lo ocurrido.

Se sentó en la cama con mucho cuidado e ingirió la mezcla espesa color marrón. Sabía a rayos, y casi termina vomitando de nuevo, pero pasados unos minutos, su cabeza empezó a estabilizarse. Bajó al salón, pero lo único que encontró sobre la mesa fue un par de galletas y un vaso de café, así que se acercó a la cocina a hablar con Karen, su cocinera.

—¿Se puede saber por qué demonios no hay nada para desayunar en el salón? —protestó.

—Buenos días, excelencia. Son órdenes de la duquesa de Devonshire. Me ordenó que no le preparase nada para comer hasta mediodía.

—¿Acaso ella es la dueña de esta casa? —gritó.

La cocinera estaba visiblemente asustada, y casi se encoge en un rincón.

—No... no, excelencia.

—Pues prepárame un desayuno decente.

—Pero la duquesa dijo...

—¡Me importa muy poco lo que dijera la duquesa!

Dicho esto, salió de la cocina dando un portazo. Estaba de muy mal humor, tenía que casarse con Beth, y no sabía cómo iba a arreglar su relación con ella después de la mirada de reproche que le lanzó el día anterior. Jamás le perdonaría, estarían condenados a una vida miserable porque fue tan estúpido de no atreverse a confiar en ella.

Cuando el mayordomo colocó sin demasiado miramiento el plato sobre la mesa, Francis le miró con una ceja arqueada. Llevaba trabajando con él desde que era un joven imberbe, había sido su chico predilecto, y le había enseñado mucho de la vida, así que podía tomarse libertades como aquella.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que se haya levantado de mal humor no es razón para tratar a Karen como lo ha hecho. La pobre mujer está hecha un mar de lágrimas en la cocina porque piensa que va a despedirla por obedecer órdenes de la duquesa, que, dicho por usted, mientras no haya una duquesa Sutherland que gobierne esta casa, tiene poder para hacerlo.

Francis se sintió culpable por la reprimenda, que más que por la falta de desayuno fue causada por su espantoso dolor de cabeza.

—Dile que no tiene nada que temer, que me encuentro fatal y que siento haber pagado mi mal humor con ella.

—Yo no he sido el imbécil, excelencia. Vaya usted mismo a disculparse.

Sin más, el anciano se volvió hacia la puerta, que cerró tras de sí de un portazo. Francis sonrió por primera vez esa mañana, y tras dar buena cuenta de su desayuno, fue a disculparse con la cocinera, no sin antes hacer una parada en el excusado. Odiaba que Ivette hubiese tenido razón respecto a la comida, pero jamás le contaría que había sido tan estúpido como para no hacerle caso.

Ivette llegó a casa de los condes de Norfolk un par de horas antes de la boda de Beth con Sutherland. Su esposo había hecho otro tanto con su amigo, que ahora se estaría preparando para el momento que todos estaban esperando con ilusión. Su amiga la recibió con una radiante sonrisa... y en ropa interior. Se lanzó a sus brazos riendo, y a punto estuvieron de terminar tiradas sobre la alfombra de angora de su habitación.

—¿Aún andas así? —preguntó Ivette— ¡Date prisa, llegarás tarde!

—Solo tengo que vestirme, me da tiempo de sobra, y mamá me ha dejado que tome el té contigo.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Ivette cuando ambas se sentaron en la mesita auxiliar.

—Muchísimo. Pero también estoy emocionadísima... y feliz.

—Al fin llegó el gran día.

—Así es, y voy a casarme con el hombre perfecto.

—Fran no es tan perfecto...

—Lo es para mí, tú misma lo has dicho.

—Te he traído la capa. Hará juego con tu vestido y no pasarás frío por la noche. Ya empieza a refrescar.

—Gracias, estoy deseando ponérmela. Sabes que estoy enamorada de ella.

—Lo sé, pero solo te la presto, ¿de acuerdo? La quiero de vuelta por la mañana —bromeó.

En ese momento, su madre entró en el salón portando en las manos una caja de terciopelo azul.

—Un lacayo del duque ha dejado esto para ti, tesoro —dijo emocionada.

Beth abrió el estuche para encontrar en él los pendientes y la pulsera que hacían juego con el collar de perlas que le regaló hacía unos meses.

—Son preciosos —suspiró Beth.

—Tengo entendido que forman parte de las joyas del ducado —dijo Ivette—. Tienen varios siglos de antigüedad.

—¿No iba acompañada de ninguna nota? —preguntó Beth, extrañada.

—No, tesoro. Ya sabes que el duque es parco de palabras —contestó su madre.

—Tienes razón, solo envió una misiva cuando estuve enferma.

—Muy bien, Beth. Debes darte prisa. No hagamos esperar al novio demasiado.

Su vestido era de tul, con metros y metros de cola, bordado con miles de flores de color rosa pálido, que subían desde el borde hasta media pierna. En la cintura, lucía un volante que estilizaba su figura, y varias sargas de perlas cruzaban su espalda y su pecho. Las mangas estaban formadas por cuatro flores encadenadas, que se unían al cuerpo con un adorno de perlas.

Una hora más tarde, Beth subía los peldaños de la iglesia de *St. Giles*, emocionada porque en pocos minutos sería la esposa de Francis. La iglesia estaba a reborar, llena de familiares, amigos, y conocidos de la alta sociedad. La reina se encontraba sentada tras el cura, junto a Alberto, que la miró con cariño en cuanto la vio aparecer. La marcha nupcial de *Mendelsohn* comenzó a sonar, y Beth caminó junto a su padre, recorriendo lentamente los pocos metros que le separaban de su prometido.

Francis la miraba embelesado, y ella se sintió la mujer más bella del mundo. Cuando llegó a él, su padre la entregó con una sonrisa.

—Cuide de ella, excelencia. Es el tesoro máspreciado que poseo.

Francis la acompañó el tramo que quedaba hasta el altar, y retiró el velo que tan cuidadosamente había colocado su madre sobre su cabeza.

—Estamos aquí reunidos para unir a estos dos jóvenes en sagrado matrimonio —comenzó el cura.

Francis se volvió hacia ella con arrepentimiento en los ojos, lo que extrañó a Beth.

—Lo siento —susurró—. No puedo.

Dicho esto, el duque se alejó por el pasillo. Los presentes comenzaron a cuchichear sobre lo ocurrido, la reina salió a correr detrás de Francis, pero Beth no podía dejar de pensar que eso era una horrible pesadilla de la que estaba a punto de despertar. Se dejó caer en un banco, perpleja por lo que el

duque acababa de hacerle, y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin control.

Capítulo 18

Victoria apenas podía correr con el vestido que se había puesto para la ocasión. ¡Maldito cabezota! ¿En qué demonios estaría pensando? Le ponía a la mujer que amaba en bandeja, ¡y él salía corriendo! Era la primera vez en su vida que veía cómo un novio salía huyendo de la ceremonia, y como se llamaba Victoria que la iba a escuchar.

¡Había dejado en evidencia a la pobre muchacha! ¿Cómo iba a aparecer ahora en sociedad? Su sangre hirvió cuando escuchó las burlas de los asistentes a la boda. “Es tan caprichosa que ha preferido desobedecer a la reina a casarse con ella”. “El pobre hombre ha tenido que salir huyendo para no terminar casado con esa arpía”.

En cuanto estuvo en la calle, se recogió las faldas y se plantó delante del carruaje de Sutherland, que empezaba a marcharse.

—¡Deténgase! —gritó— ¡Alto, he dicho!

Los caballos se encabritaron, pero el cochero fue capaz de gobernarlos sin problema. Victoria se recogió las faldas y entró en el coche, dando un portazo. Francis estaba recostado en el asiento, mirando al vacío.

—¿Acaso has perdido la cabeza, imbécil? —protestó Victoria— ¿Cómo se te ha ocurrido hacer tremenda estupidez?

—Déjame en paz, Vicky. No estoy de humor.

—¿Que no estás de humor? ¡Yo sí que no estoy de humor para tus tonterías! Vuelve inmediatamente a esa iglesia y cástate con la muchacha.

—¿Para qué? ¿Para que me odie durante el resto de su vida?

—¿Se puede saber de dónde te has sacado esa tontería?

—Lo vi en sus ojos ayer, Vicky. Nunca me perdonará por haberle mentado.

—¡No te perdonará por haberla dejado tirada en el altar, imbécil! ¿Tienes idea de lo que está diciendo la gente? ¡No podrá volver a salir de casa!

—Perfecto, le he dado otro motivo más para odiarme.

—Vuelve a esa iglesia —ordenó la reina con los dientes apretados.

—No puedo hacerlo.

—¿Y por qué diablos no?

—Es lo mejor para todos, créeme.

—¿Ahora decides qué es lo mejor para ella? Ayer habrías matado a Suffolk por ella, ¿y ahora no es lo suficientemente buena para ti?

—¡Yo no soy lo suficientemente bueno para ella!

—De todas las sandeces que te he oído decir a lo largo de los años, esta es la mayor de todas. Eres uno de los duques más acaudalados e influyentes del país, cualquier joven estaría más que dispuesta a casarse contigo y lo sabes.

—Cualquiera menos ella.

—¡Y dale con lo mismo! ¡Beth está encantada de casarse contigo, imbécil!

—Lo dices para que entre ahí y me case, pero no va a funcionar.

—No me obligues a arrestarte, Fran. No quiero hacerlo, pero no me dejas otra opción.

Francis extendió las muñecas unidas, en señal de rendición, y Victoria bufó.

—¡Eres un maldito cabezota! ¡Estás enamorado de ella, maldita sea! ¡Entra ahí y hazla tu esposa!

—¡No puedo soportar que me odie! ¿Lo entiendes? ¡No soy capaz de vivir con ella sabiendo que odia que la toque!

Victoria se quedó mirando a su amigo con la boca abierta un segundo, y salió del carruaje con determinación. Tiró de Francis con todas sus fuerzas, consiguiendo que el hombre saliese también para no quedar tendido sobre la acera, y se encaminó con paso decidido hasta la iglesia.

—Vamos a arreglar esto ahora mismo —dijo—. Ya estoy cansada de verte comportarte como un estúpido.

Beth no podía salir de su asombro ante el comportamiento de Francis. Dos noches antes habían hecho el amor... ¿Y ahora escapaba del altar? ¿Qué se había creído ese imbécil? ¿Que ella era un juguete con el que jugar a su antojo?

Ante el ataque de nervios que había sufrido su madre, Ivette tomó el mando de la situación, y la llevó a la sacristía, donde la ayudó a sentarse en un sillón. Beth permanecía en silencio, con la mirada fija en el suelo, y ella

sabía que tarde o temprano terminaría por explotar.

—No sé que estás pensando, pero... —comenzó a decir.

—¿Quién se ha creído que es para tratarme de esa manera? —gritó Beth levantándose— ¡Seré el hazmerreír de toda la ciudad! ¿Cómo ha podido hacerme algo así?

—Sé que estás enfadada, pero...

—¿Enfadada? ¡Estoy furiosa! ¡Te juro que, si le viera aparecer ahora mismo, le rompería ese jarrón en la cabeza de alcorcho que tiene!

—Beth, intenta tranquilizarte, tiene que haber una explicación para todo esto.

—¡Claro que la hay! ¡Esta es su venganza por haberte puesto en peligro el año pasado!

—Vamos, Beth... respira hondo, por favor.

Beth inspiró hondo varias veces, con las manos sobre las caderas, intentando calmarse, pero cada vez que pensaba en Francis todo se volvía rojo. Ivy le acercó un vaso de agua, que se bebió de un trago, y se dejó caer en un diván, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo ha podido hacerme esto? Creí que le importaba —sollozó.

—Cálmate, por favor. Seguro que hay una explicación para todo esto.

La reina entró en la sala seguida de Francis, y en cuanto Beth le vio se lanzó hacia él dispuesto a abofetearlo, pero Ivette la sujetó.

—¡Maldito desgraciado! —gritó— ¿Cómo has podido hacerme una cosa así?

—¡Silencio! —ordenó la reina— Vamos a arreglar esto de una vez por todas.

—¡Me ha dejado en evidencia! —sollozó Beth.

—¡He dicho que te calles! Hablarás cuando se te pregunte, ¿entendido?

Beth asintió y se sentó junto a su amiga en el sofá, llorando agarrada a su brazo. Francis permanecía apoyado en la pared, sin atreverse a mirarla. Parecía tan deshecha, que se arrepintió de haberse marchado, pero en ese momento le parecía la opción más sencilla para los dos.

—Fran, explícale a Beth por qué has salido huyendo de la boda —ordenó Victoria.

—¿Para qué? No me va a escuchar —protestó él.

—¿Cómo pretendes que lo haga después del daño que me has causado? —gritó Beth.

—Como tenga que volver a mandaros callar... —La reina suspiró—.

Haz lo que te digo, Francis, por favor.

—Pensé que nunca podrías perdonarme el haberte ocultado que era tu prometido —reconoció.

—¡Por Dios santo, Fran! —protestó Ivette— ¿Acaso no escuchaste nada de lo que te dije anoche?

—¡No me acuerdo! —reconoció él— Estaba tan borracho que ni siquiera recuerdo que estuvieras allí.

Beth levantó la vista hacia él, con la esperanza dibujada en su mirada.

—Te dije que ella entendía tu posición y que deseaba casarse contigo, patán —añadió Ivy.

—¿Es eso cierto, Beth? —preguntó él, igual de esperanzado.

Beth asintió, y agachó la cabeza.

—Creí que no soportabas la idea de casarte conmigo —sollozó.

—¿Qué? ¡No!

Francis se arrodilló frente a ella y levantó su barbilla con los dedos.

—¿Cómo pudiste pensar eso después de lo que ha pasado entre nosotros?

Victoria tuvo el atino de salir de la estancia seguida de su dama de compañía para dejar solos a los enamorados.

—¿Cómo se te ocurrió creer que no te perdonaría por obedecer a la reina? —contraatacó ella.

—Dijiste que no me darías otra oportunidad si metía la pata, y te fallé de nuevo. Debería haber confiado en ti, y en vez de eso...

—No te culpo. Hiciste lo que te habían ordenado, no tenías opción. Si me lo hubieses contado, tal vez Victoria lo habría descubierto.

—¿Cómo es posible que me perdones tan fácilmente? El año pasado no podrías haberlo hecho.

—Ahora todo es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque hicimos el amor?

—Porque te amo.

La confesión de Beth llenó a Francis de una calidez desconocida hasta el momento. Se instaló en su pecho con fuerza, y la ternura dio paso a la pasión. Besó los labios de su prometida con ternura, y la miró a los ojos, sonriendo.

—Entonces, ¿qué te parece si volvemos ahí fuera y nos casamos de una buena vez?

—¿Prometes no volver a salir huyendo? —bromeó ella.

—Lo juro por mi honor.

Cuando el cura dio por terminada la ceremonia, Beth respiró tranquila por fin. Ahora empezaba su nueva vida, y sería muy feliz en ella, porque se había casado con el hombre a quien amaba. Miró a su ahora marido, que recorría junto a ella el pasillo de la iglesia. Él la miró con dulzura y posó un suave beso en su frente.

—Por fin —susurró.

—¿Estás contento?

—¿Acaso lo dudas? Me enfermaba pensar que tendría que esperar hasta que terminase la temporada para casarme contigo.

—Por suerte, no hemos tenido que esperar tanto.

—Debería darle las gracias a Suffolk por eso. De no ser por él, aún estaría esperando y tú no sabrías quién era yo.

En cuanto salieron de la iglesia, sus familiares y amigos se acercaron para darles la enhorabuena. Montaron en un landó adornado con margaritas y rosas blancas, que los llevaría hasta la casa del duque, donde su madre y su hermana habían organizado el convite.

La mesa estaba adornada con un gusto exquisito, y Beth comprendió que a partir de ese momento ella sería la encargada de todos esos pequeños detalles, de los que no tenía ni la más remota idea, porque no había prestado la suficiente atención en clase, y siempre había copiado de Ivette.

Su rostro cambió de repente, lo que no pasó desapercibido para su esposo, que la miró con preocupación.

—¿Estás bien, Beth? —preguntó.

—Sí, es solo que...

La muchacha agachó la cabeza apenada, y Francis la arrastró hasta su despacho, cerrando la puerta para tener un mínimo de intimidad.

—¿Qué ocurre, amor? —susurró.

—Ahora soy duquesa...

Francis se echó a reír, y la abrazó con ternura.

—¿Y qué tiene eso de especial?

—Ahora tendré que ocuparme de mil detalles referentes a mi posición, ¡y no tengo ni idea!

—Beth, cálmate. Hoy no es el día para preocuparse por esas cosas, ¿no crees?

—¡Pero tendré que organizar bailes, y cenas, y no sé cómo hacerlo!

—Hay muchas personas que podrán ayudarte al principio. Te aseguro

que mi madre estará encantada de hacerlo.

—Pero ¿y si meto la pata? No me negarás que es lo que mejor sé hacer...

—Beth, respira hondo y mírame. —Ella obedeció—. Acabamos de casarnos, y mañana tengo pensado partir hacia nuestra casa de campo para pasar unos días a solas contigo. Cuando volvamos, la temporada casi habrá terminado y nadie te reprochará que no hayas celebrado un baile estando recién casada.

—¿Lo crees de verdad?

—Lo sé. Deja de preocuparte, ¿de acuerdo? Y disfruta de nuestra fiesta. Beth asintió y se acurrucó en el pecho de su marido.

—Ojalá todo el mundo se fuera —susurró.

—Mmm... ¿Acaso quieres estar a solas conmigo?

—Claro que sí. Necesito disfrutar del momento contigo, pero la etiqueta nos obliga a ser corteses con nuestros invitados. Incluso la reina ha acudido a la cena, así que creo que pasará mucho tiempo antes de que podamos estar a solas.

—Lo sé —contestó él con un suspiro—, pero cuando te tenga para mí solo no pienso dejarte salir de la cama hasta que me harte de ti.

—Pues espero no salir de nuestra cama nunca, excelencia —contestó ella—. No quiero que te canses nunca de mí.

Los recién casados volvieron al salón, y disfrutaron de la cena y de sus amigos. Pero se acercaba la hora de que Beth se retirase, y aunque ya había hecho el amor con Francis una vez, se sentía nerviosa. Raptó a Ivette del lado de su marido para poder hablar con ella en el cuarto de baño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ivette— ¿A qué viene tanta prisa?

—Tengo miedo, Ivy —dijo—. ¿Y si no estoy a la altura?

—Ay, Beth...

Ivette se sentó con ella en el borde de la bañera y sonrió.

—No sé qué te habrá contado tu madre sobre la noche de bodas, pero espero que haya sido más sincera de lo que fue Marguerite conmigo.

—Ivy... ya sé lo que pasa en la noche de bodas. Lo sé de primera mano.

—¿Francis y tú habéis...

—Sí —confesó—. La noche antes del duelo fui a su casa para convencerle de que no lo hiciera y...

—Así que por eso la reina adelantó vuestra boda.

—¡La reina no lo sabe! —protestó abochornada— Lo hizo para evitar que Fran volviese a retar a duelo a algún caballero por mi culpa.

—¿Entonces a qué te refieres?

—Aquella vez yo era inexperta, pero ahora...

Su amiga se quedó mirándola sin comprender.

—¿Tengo que hacer algo? ¿Y si no le satisfago?

—Lo único que tienes que hacer es disfrutar del momento que pasáis a solas, ser atrevida, que a él le encantará, y demostrarle cuánto te gusta hacer el amor con él. El resto vendrá solo, te lo aseguro.

—No quiero que tenga que recurrir a una amante.

—Pues díselo. Dile que no quieres que tenga una amante. Si se lo pides, Francis no lo hará.

—Si no soy suficiente para él...

—No serás suficiente si haces caso a nuestras madres y te comportas como una mojigata, que no se mueve ni respira mientras su marido le hace el amor.

—No quiero que piense que soy demasiado atrevida.

—Beth... he aprendido que hay que ser una dama en la calle y una meretriz en la cama de tu marido, así nunca se apartará de tu lado.

—¡Ivette! —exclamó ella escandalizada.

—¿Qué? Puede sonar escandaloso, pero Stefan sigue a mi lado, y jamás ha pensado en buscarse una amante, ¿verdad?

Ya más calmada, Beth volvió junto a su marido, que charlaba animadamente con Andrew. Francis ni siquiera la miró, pero pasó el brazo por los hombros de su esposa y la besó en la frente. Beth empezaba a acostumbrarse a ese gesto impulsivo de cariño, y sonrió cuando Sarah se acercó a ellos, sonriendo.

—¿Quién iba a decirnos que seríais la pareja perfecta? —preguntó.

—Beth siempre ha estado enamorada de mí, pero disimulaba para no descubrir nuestro plan de casarnos —bromeó Francis.

El duque se había acercado más a la verdad de lo que imaginaba, pero Beth solo sonrió y siguió la broma.

—Debíamos aparentar no soportarnos para sorprenderos a todos —añadió.

—Reíros todo lo que queráis, pero ha quedado patente que del odio al amor hay un paso —contestó Sarah.

La madre de Beth se acercó a ellos en ese momento para llevarse a su

hija.

—Tesoro, llegó la hora —susurró en su oído.

Beth asintió y se cogió del brazo de su madre para subir a su nueva habitación. Ivette las alcanzó en la escalera, y le entregó un libro.

—Créeme, lo necesitarás —bromeó.

El dormitorio era inmenso, con muebles de caoba y ropa de terciopelo. Las paredes estaban empapeladas en azul zafiro, y las cortinas y la colcha eran de color plateado. La estancia estaba dominada por una enorme cama con dosel, cuyo cabecero tenía grabados motivos florales, y un enorme armario cubría por completo la pared de enfrente. Tenía un espejo en el centro, sobre una enorme superficie en donde se amontonaban los productos de tocador de Beth, y espacio de almacenamiento de doble ancho a cada lado.

A ambos lados de la cama había dos mesitas de noche con cajones, y en la pared opuesta a la ventana, una mesa de café con dos cómodos sillones tapizados, a juego con la colcha.

—Es preciosa —susurró mirando a todos lados.

—Es la habitación de Francis —dijo Ivette para no revelar que Beth ya había estado allí—. Es de la misma opinión que Stefan.

—¿Y cuál es esa opinión? —preguntó la madre de Beth.

—No les gusta que tengamos que dormir en habitaciones separadas —aclaró Ivy.

—Pero las mujeres necesitamos un espacio para nosotras —protestó lady Norfolk.

—Así es, pero bien podemos utilizar otra habitación, ¿no es así? Yo tengo un estudio precioso.

—Los jóvenes estáis mal de la cabeza.

Dicho esto, la madre de Beth apartó la ropa de cama para que su hija pudiera acostarse. La ayudó a deshacerse del vestido de novia, y sacó del armario en el que colgaban algunos de sus vestidos un precioso camisón de seda rosa adornado con encaje en el escote y las mangas.

—¡Qué maravilla! —exclamó Beth.

—Es mi regalo de bodas —dijo Ivette—. Esta noche tiene que ser perfecta.

—Gracias, Ivy... de verdad. Por todo.

—Para eso estamos las amigas, ¿no es así?

—Ahora intenta dormir, tesoro —añadió su madre—. Tu marido tardará un buen rato en llegar.

—Y si no lo consigues, lee un poco. En mi noche de bodas nadie me ofreció entretenimiento alguno, y me aburrí enormemente esperando a Stefan.

Ambas mujeres abandonaron la habitación, dejándola sola. Beth salió de la cama y se sentó frente al espejo del armario, acariciando el fino cristal de bohemia de su frasco de perfume, o su nuevo cepillo de plata, que descansaba junto a él.

Pasó varios minutos cepillando su melena, que decidió dejar suelta para Fran. Puso un poco de perfume tras sus orejas, y en el valle entre sus senos, y se volvió a meter en la cama para disfrutar de la lectura. Pero no podía concentrarse. Oía las risas de sus invitados subir desde el salón, y solo quería que todos se marchasen para poder tener a Francis para ella sola. Se asomó a la ventana, para comprobar que la luna hacía rato que coronaba el cielo, rodeada de un millar de estrellas.

Con un suspiro, abrió su armario, y se sorprendió al ver al fondo una pequeña caja fuerte. Intentó abrirla, pero no había manera de hacerlo, así que volvió a sentarse en la cama sin saber qué demonios iba a hacer hasta que Fran subiera, porque el libro no conseguía mantener su atención.

Horas más tarde, se despertó con el roce de unos dedos sobre su mejilla, y abrió los ojos para encontrarse con los de su marido, que estaba sentado junto a ella, en el suelo.

—¿Qué haces ahí sentado? —preguntó con un bostezo— Vas a coger frío.

—Te observaba dormir.

La ternura la inundó, pero no duró demasiado.

—Roncas más que el perro —continuó Francis.

Ella se lanzó hacia él con la intención de golpearle, pero él consiguió atraparla contra el suelo, riendo.

—Eres odioso —protestó ella—. No hay nada más descortés que decirle a tu esposa que ronca.

—No pasa nada, tesoro, todos tenemos defectos.

—¡Oh! ¡Eres de lo peor!

Intentó zafarse, pero Francis se lo impidió.

—¿Dónde crees que vas? —susurró.

—Lejos de ti.

—¡Vamos! ¿Acabamos de casarnos y ya te quieres librar de mí?

—No quiero librarme de ti, pero después de ese comentario no me apetece dormir contigo esta noche.

—Beth... Estaba bromeando —confesó Francis—. Sabes que me encanta hacerte rabiar.

—¿Entonces no ronco? —preguntó ella esperanzada.

—No demasiado... Lo soportaré.

Beth intentó golpearle de nuevo, pero él atrapó sus manos con una de las suyas y la besó. Beth se relajó al momento, y cuando su marido le soltó las muñecas, enredó sus brazos en el cuello masculino con un suspiro.

—Eso está mejor —susurró Fran.

Cogió a su mujer entre los brazos y la tumbó sobre la cama, colocándose a su lado.

—Y ahora... voy a hacerte el amor.

Capítulo 19

En cuanto la mano de Francis comenzó a subir por la pierna de Beth, su pulso se disparó. Le deseaba, deseaba volver a sentir todas aquellas cosas que sintió dos días antes en esa misma habitación, aunque aquella vez no se percató de los detalles.

—¿Estás nerviosa? —preguntó su marido.

—Un poco —reconoció.

—No tienes que estarlo... Esta vez no te dolerá, te lo prometo.

Beth confiaba en él, y sabía que volvería a ser delicado con ella, así que sonrió, instándole a continuar. La mano de Francis subió hasta su muslo, y apretó la carne con cariño mientras unía su boca a la de su mujer. Ahora era suya por completo, y un sentimiento de posesión se instaló en su alma. Besó a Beth con dulzura, pero sea dulzura se tornó pasión cuando la joven pasó los brazos por sus costados para abarcar con sus manos su espalda musculosa.

La lengua de Beth buscó tímidamente la del duque, como él hizo días antes, y notó al hombre inspirar con fuerza antes de colocar la pierna entre las suyas. Su muslo rozaba su sexo, y la suave tela del camisón resbalaba sobre su botón del placer, arrancándole pequeños gemidos. Su esposo dejó un reguero de besos en su piel, desde el hueco de la oreja hasta el montículo de sus pechos, que asomaban sobre el encaje del escote del camisón.

Francis estaba encendido, su piel ardía, y su miembro comenzó a cobrar vida al sentir el calor de la piel de su mujer. El pequeño pezón de su pecho sobresalía a través de uno de los pequeños agujeros del encaje, y no pudo evitar atraparlo con la punta de los dientes, consiguiendo que Beth gimiera y arqueara la espalda buscando más. Con la mano acunó su otro pecho, y se dio un festín a través de la tela, sin apenas rozarla, pero consiguiendo excitarla con sus caricias.

Beth se retorció entre las sábanas, gemía, sentía arder su sexo, y algo comenzó a crecer poco a poco en su interior. Una calidez ya conocida para ella recorrió su espalda, y sus manos se deshicieron de la camisa de su esposo

con desesperación. Necesitaba sentir su piel, sus músculos tensarse bajo sus palmas. Enredó los dedos entre el pelo enortijado de su pecho, y tiró de él con cuidado, atrayendo la atención de Francis, que estaba absorto en su festín.

—Tranquila, mi amor, tenemos toda la noche.

—No puedo esperar más, Fran... Te necesito...

No tuvo que repetírselo dos veces. Francis se deshizo del camisón de su mujer, y se bajó de la cama para deshacerse de sus propios pantalones antes de tumbarse entre sus piernas abiertas. Beth ya estaba lista para él, y de un solo movimiento se coló en su interior. Se empaló en ella despacio, con temor a hacerle daño, pero Beth alzó las caderas para engullirle por completo. Fran tuvo que cerrar los ojos ante el placer que estaba sintiendo, pues los músculos internos de su esposa se contrajeron, víctima de un orgasmo.

Miró a Beth a los ojos, velados por el deseo, y apartó un mechón húmedo de su frente con ternura antes de unir su boca a la de ella y comenzar a moverse. Se rindió al placer, a los brazos de su mujer, a las caricias de sus manos sobre su espalda. Sintió sus uñas clavarse en su carne, sus talones apretar sus muslos para instarle a moverse más deprisa, pero disfrutaba demasiado del momento como para apresurarse. Movié las caderas a un ritmo cadencioso, primero tal lentamente que casi era una tortura, más tarde un poco más deprisa.

Beth gemía recorrida por el placer, sentía el roce del pecho de su marido sobre los pezones, su verga caliente y dura moverse dentro de su vagina, y algo muy intenso crecer dentro de ella más y más. Las sensaciones le daban vértigo, y se agarró con fuerza a la espalda de su hombre para lidiar con la tormenta que se libraba en su interior. El placer subía, bajaba, se revolvía en sus entrañas, y cuando Francis se tensó sobre ella, Beth estalló en mil fragmentos, para recomponerse de nuevo, dejándola laxa y sin fuerzas sobre la cama.

Horas más tarde, Francis observaba dormir de nuevo a su esposa. No podía creer que tuviese tanta suerte. No solo le había perdonado que le ocultase la verdad, sino que había reconocido que le amaba, y esperaba que su vida en común fuese tranquila. No demasiado, porque por suerte para él, Beth era una mujer con mucho temperamento, pero sí lo suficiente para no morir de un infarto antes de llegar a la vejez.

Acarició el cuello de su mujer con la nariz, y ella se encogió

protestando en sueños. Francis sonrió, ni dormida dejaba de ser una guerrera.

Se levantó de la cama para bajar a su despacho y redactar una carta. Al día siguiente partirían hasta su casa de campo, y no había tenido ocasión de avisar al servicio para que estuviese lista. Recordó con fastidio que la amante de su padre estaba hospedada cerca de allí, y rezó en silencio porque no se le ocurriese aparecer al enterarse de su llegada. Tras entregar la nota al mayordomo, que partía hacia allí para supervisar todo, volvió al calor de su habitación, al calor de su esposa, y se quedó profundamente dormido.

El sol le despertó a la mañana siguiente bien entrada la mañana. Se encontró a su mujer sentada en la cama, con las piernas cruzadas y comiendo galletas, mientras le observaba con atención.

—Roncas como un caballo —sentenció nada más verle abrir los ojos.

—Buenos días a ti también, esposa.

—No es un reproche, pero jamás había escuchado un sonido tan inmenso salir de una persona.

Francis no pudo evitar reírse ante la pequeña venganza de su mujer, y se lanzó sobre ella, que con un grito saltó de la cama y salió a correr hasta el pasillo.

—¡Ven aquí! —gritó él riendo.

—¡Ni lo sueñes! —contestó Beth, que se agarró el bajo del camisón para poder correr más deprisa.

Pero todo fue inútil, Fran la alcanzó al final de las escaleras y la subió hasta su dormitorio cargada en el hombro.

—¡Vamos, solo era una broma! —reía Beth.

—Ajá, una broma.

—¡Fran, no roncas tanto! Solo un poquito.

—Has dicho que ronco como un caballo.

—¡Solo era una pequeña venganza por lo de anoche!

—Muy bien, ahora yo me voy a vengar de ti.

—¡No! ¿Qué vas a hacer?

—¿Acaso tienes miedo, Beth?

—¡Por supuesto que no!

—Ya lo suponía.

Cuando entraron en el cuarto de baño contiguo a su dormitorio, les esperaba una enorme bañera humeante.

—Vas a ir al agua con ropa incluida.

—¡No, por favor! ¡El camisón no!

Francis no hizo caso de sus súplicas, y Beth terminó hundida en la bañera, escupiendo agua y apartándose el pelo mojado de la cara.

—Lo has estropeado —protestó.

—Te compraré cien más —dijo el duque con voz ronca.

Volvía a estar excitado, pero necesitaba relajarse, pues Beth estaría demasiado sensible y no quería hacerle daño. Se deshizo de los pantalones y se metió en el agua detrás de ella, haciéndola apoyarse en su pecho y descansando su espalda en el borde de la bañera. En cuanto sintió el calor del agua sobre su piel, suspiró.

—Mmm... nunca había disfrutado tanto de un buen baño.

—Me encanta relajarme en la bañera —reconoció Beth—. Lo he hecho a menudo esta temporada, cuando no podía soportar más el cansancio.

—Ha debido ser muy dura para ti... Lo siento.

—No lo sientas. La verdad es que saber que ya no tenía que buscar esposo ha sido una liberación, más que un castigo.

—Pues no se lo digas a Victoria.

—Será nuestro secreto. Reconozco que estaba intrigadísima por saber quién eras, pero al menos podía disfrutar sin tener que estar pendiente a las proposiciones de los jóvenes.

—Ya no tendrás que volver a preocuparte por eso. Podrás disfrutar del resto de la temporada en cuanto volvamos de *Hever Hall*.

—¿Dónde está *Hever Hall*?

—En el condado de Suffolk, al este de Londres.

—Espero que no tardemos demasiado en llegar.

—Un par de horas a lo sumo. El viaje es bastante corto.

—¿Y cuándo nos marcharemos?

—Esta tarde. En cuanto desayunemos, manda a tu doncella que prepare tu equipaje para cuatro o cinco días. Necesitamos descansar de todo el ajetreo de la ciudad.

—¿Y qué haremos durante tantos días? —preguntó sorprendida Beth.

—Iremos a la feria del pueblo, pasearemos por el campo... y fabricaremos bebés.

Hever Hall era una casa solariega situada a las afueras de Lowestoft, un pequeño pueblo pesquero situado en el condado de Suffolk. El edificio, de colores blanco y terracota, estaba rodeado por cinco acres de jardines. Poseía un invernadero, creación de Joseph Paxton, un aviario y una pérgola de

trescientos pies de largo, cubierta de rosas y glicinas. Los jardines estaban repletos de adornos y estatuas, entre los que destacaban la figura de Atlanta, diosa de la caza, y el reloj de sol.

Beth estaba maravillada con la casa, de líneas elegantes, pero nada suntuosas, tal y como era Francis. Su esposo la cogió de la mano para subir al piso de arriba, donde se encontraba su dormitorio. Beth se dejó caer sobre la cama y suspiró.

—¿Cansada? —preguntó su esposo.

—Un poco. El viaje ha sido demasiado tedioso.

—Y eso que he intentado distraerte...

Beth sonrió al recordar su encuentro íntimo sobre el asiento del carruaje. Había sido rápido, intenso... y excitante.

—Precisamente por eso me siento cansada. Yo he hecho todo el trabajo.

—Cenaremos y nos iremos a dormir —contestó su esposo—. Yo también estoy cansado.

—Mandaré que preparen un baño para los dos —sugirió su esposa levantándose—. Nos sentará bien.

Beth bajó a las cocinas y se encontró con Karen, la cocinera del duque, que la recibió con una reverencia exquisita.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó la duquesa.

—Aún no ha llegado todo el servicio, excelencia. ¿Qué necesita?

—Un baño caliente. ¿Podría decirme el nombre del mayordomo? Aún no conozco al servicio, lo siento.

—Robert, excelencia.

—Gracias. Pídale a Robert que se encargue de todo, por favor.

—No se preocupe, ahora mismo se lo digo.

—Gracias de nuevo, Karen.

Beth paseó por las diferentes estancias, admirando los detalles, y se perdió en la biblioteca, cuyas paredes estaban repletas de libros ordenados por orden alfabético. Paseó los dedos por los lomos, perdida en ese mar de historias, y no se dio cuenta de la presencia de Francis, que la observaba sonriente apoyado en el quicio de la puerta.

—No sabía que te gustase la lectura.

—Me encantan los libros. Las historias no tanto, solo me gustan las románticas, pero los libros me fascinan.

—¿Solo lees literatura romántica?

—Así es. Las hermanas Brönte son mis escritoras favoritas.

—Creo que por aquí hay algún libro suyo —susurró el duque subiéndose a la escalera—. Sí, aquí están.

Bajó con tres libros de cubierta de piel y letras doradas.

—Mi madre también es lectora de las Brönte, así que...

—Gracias —dijo observando los nombres de los libros—. Ya los he leído todos, pero me encantará volver a hacerlo.

Francis tiró de su esposa hasta su cuarto de baño, donde les esperaba la humeante bañera, y se deshizo de las presillas de su vestido de viaje, que dejó caer alrededor de sus pies. Beth empezó a respirar con dificultad, una mezcla de pudor y excitación se instaló en su vientre, pero todo quedó olvidado cuando su marido la palmeó en el trasero para hacerla entrar en el agua.

—Vamos, al agua.

Beth observó desnudarse a su marido desde su posición, metida hasta el cuello en el agua espumosa, y no pudo evitar admirar su belleza, sus rasgos masculinos, su cuerpo musculoso. Por un segundo le vio como el mismo Hércules, fuerte, poderoso, y completamente suyo. Se apartó para dejarle entrar tras ella, y suspiró al sentir su mano enjabonada pasearse por su espalda.

—Mañana iremos a los baños del pueblo. Tienen fama de ser los mejores de todo Londres —dijo Francis.

—¿Y no podemos permanecer en casa todo el día? No me apetece salir.

—¿Y tienes en mente alguna idea para pasar el rato?

—Unas cuantas, milord... —ronroneó—. Podemos pasear por el jardín, jugar a las cartas, leer un poco...

Francis no pudo evitar que una carcajada escapase de sus labios.

—¿Te parece graciosa mi propuesta? —protestó su esposa.

—En absoluto, mi amor. Pero yo tenía en mente algunas mucho más... placenteras —contestó mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—¡No podemos estar todo el día en la cama! —se escandalizó Beth.

—¿Quién lo dice?

—Sería muy indecoroso.

—No hay nadie más que nosotros y el servicio, Beth.

—De repente me han entrado unas ganas terribles de visitar el balneario.

—¿De verdad?

—No —reconoció la joven—. Pero me pone nerviosa pensar en... ya

sabes, esas cosas.

—No tiene nada de malo que un hombre le haga el amor a su esposa cuantas veces quiera, Beth.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

—Creo que me empieza a gustar demasiado —reconoció avergonzada.

—¿En serio? Esa es una noticia estupenda.

—¡No bromees con eso!

—No bromeo, Beth. Me parece fantástico... porque yo también soy incapaz de apartar mis manos de ti.

A la mañana siguiente, los duques se dirigieron al pueblo. Caminaron por el paseo marítimo, observando a los niños jugar con sus barcos en el agua, y a las niñas sentadas en los bancos con sus niñeras dedicadas a sus bordados.

Beth disfrutó al ver los barcos pesqueros arribar a puerto, y cómo los pescadores vendían la mercancía a los sirvientes de los grandes señores de la zona. Francis la llevó a un puesto de helados, donde por un penique pudieron disfrutar de su delicioso postre servido en una concha.

Volvieron a casa para comer, y pasaron la tarde disfrutando el uno del otro. Por la noche, Beth leyó *Cumbres Borrascosas* en voz alta mientras Francis la escuchaba tumbado sobre sus rodillas, y esa noche se durmieron uno en brazos del otro después de haber hecho el amor.

Al día siguiente, Beth se despertó un poco indispuesta, lo que achacó al atracón de helado que se había dado el día anterior. Pasó gran parte de la mañana en la cama, intentando que las náuseas remitiesen, y cuando Francis le subió un tazón de caldo caliente a la hora de comer, pensó que terminaría muriendo ese mismo día.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó su esposo.

—Voy a morirme, Fran. Me encuentro fatal.

—Ya he llamado al médico. En un rato estará aquí.

—Eso fue el helado —sollozó—. No debí comer tanto.

—Eso te pasa por glotona. Te advertí que no repitieras, pero no me hiciste caso.

—Juro que a partir de ahora siempre te haré caso.

—Lo dudo, pero se agradece la intención.

Francis se tumbó a su espalda, y pasó el brazo por su cintura para masajearle la tripa con movimientos circulares.

—¿Mejor? —susurró.

—No, pero me reconforta que lo hagas. No pares, por favor.

—Pareces una niña pequeña con tanta queja, Beth.

—Ya lo sé. Pero no puedo evitar sentirme así cuando no me encuentro bien.

—Vamos, mi amor, deja de llorar —dijo Francis intentando aguantarse la risa ante el lloriqueo de su esposa.

—No puedo controlarlo.

En ese momento Chistopher llamó a la puerta para avisar de la llegada del médico, y Francis se levantó de la cama para marcharse, pero Beth se lo impidió.

—Quédate conmigo... no te vayas.

Francis la miró con ternura y se sentó a su lado, sosteniendo la mano de su esposa para que lograra tranquilizarse.

—Hazle pasar, Chris —ordenó al mayordomo.

El doctor entró en la habitación y dejó su maletín junto a Beth.

—Vamos a ver, pequeña, qué es lo que tienes.

—No puedo soportar las náuseas, y me duele la cabeza.

—Ayer se dio un atracón de helado, tal vez sea el motivo de su malestar.

El doctor intentó hacer salir de la habitación al duque, pero Beth se lo impidió.

—Mi marido se queda —sentenció.

—Pero excelencia, el decoro...

—¡Al diablo el decoro! Quiero que se quede y no pienso dejarme examinar si se marcha.

El médico miró impotente al duque, que asintió con una sonrisa. El anciano comenzó entonces a palpar el estómago de Beth, pero no tuvo la reacción que esperaba de la dama.

—¿No siente dolor? —preguntó.

—Un poco. Pero lo peor son las náuseas, doctor. Tengo el estómago revuelto y no paro de vomitar.

—¿Cabe la posibilidad de que esté embarazada?

—Nos casamos hace dos días —dijo el duque—. Creo que aún es pronto para eso.

—Bien, entonces se trata de una leve indigestión. Que solo tome caldo durante un par de días, y se encontrará mejor muy pronto —dijo cerrando el

maletín.

Cuando el doctor se marchó, Francis volvió a ocupar su lugar junto a su esposa.

—¿Ves como no vas a morirme? Solo eres un poco golosa de más.

—No pienso volver a comer helado en mi vida. Te he estropeado las vacaciones.

—¡Claro que no! La idea de este viaje era pasar tiempo juntos, mi amor, y vamos a pasarlo en la cama.

—Sí, pero no como tú querrías pasarlo.

—Es cierto, pero tendremos mucho tiempo para conocernos, ¿no te parece?

—Ya nos conocemos, Fran. Llevamos conociéndonos dos años.

—Pero no de la manera que quiero hacerlo.

—Muy bien. Conozcámonos —dijo ella incorporándose.

Francis sonrió y besó a su esposa en la frente antes de volver a tumbarla sobre la cama.

—Ni hablar. Tienes que descansar, así que nos conoceremos en otro momento.

—No tengo sueño.

—Entonces te leeré un poco. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea maravillosa.

Francis se sentó junto a su mujer y comenzó a leer el libro por donde ella lo había dejado. Su voz profunda relajó a su esposa, que poco a poco se quedó completamente dormida.

Capítulo 20

Dos días más tarde, su tiempo en el campo tocaba a su fin. En cuanto Beth se encontró un poco mejor, Francis le enseñó el aviario, provisto de pájaros de todo tipo, y su mujer le hizo prometerle que construiría uno igual en el jardín de su casa de Londres. Fueron dos días para conocerse mejor, para disfrutar de la tranquilidad y de la compañía del otro, pero sobre todo fueron dos días de paz.

Ahora, debían volver al bullicio de Londres, a las fiestas y los bailes, y Beth no tenía ningunas ganas de hacerlo. Lo único bueno que veía en ello era volver a ver a Ivette y Eleanor, y pensaba invitarlas a tomar el té al día siguiente.

—¿Estás lista, Beth?

La voz de su marido la hizo regresar al presente. Asintió y se puso el abrigo antes de coger su ridículo y bajar las escaleras.

—¿Por qué estás tan triste? ¿Te encuentras mal de nuevo?

—No, es solo que no me apetece volver al trajín de Londres.

—Créeme, mi amor, a mí tampoco me apetece demasiado, pero debemos hacerlo. Además, en cuanto la temporada llegue a su fin la reina solicitará nuestra presencia en la corte.

—Es cierto, lo había olvidado.

Francis la abrazó por la cintura y depositó un beso en su hombro.

—Vamos, no será tan terrible. Recuerdo que te gustaba bailar conmigo...

—Y me gusta, pero no me apetece pasar las noches enteras en bailes y fiestas. Prefiero estar en casa.

—No tenemos que acudir a todos los bailes, solo a los más importantes. Además, apenas queda un mes para que termine la temporada.

—De acuerdo, lo intentaré.

—Buena chica.

En cuanto llegaron a su casa, el duque recibió una nota de Stefan, que

le esperaba en el club para ponerle al día de las últimas novedades, y Beth decidió ir a visitar a su amiga, que se alegraría mucho de verla.

Al llegar a casa de los duques de Devonshire, se sorprendió al descubrir allí a su cuñada, a quien abrazó con cariño en cuanto Ivette la soltó.

—Tenía tantas ganas de que volvieras... —reconoció Ivy— ¿Qué tal lo pasarte en el campo?

—Ha sido horrible —protestó—. El primer día comí demasiado helado y tuve una indigestión. He pasado dos días en la cama, y lo único que he visto del pueblo ha sido el paseo marítimo.

—Vaya... pues es un pueblo precioso —dijo Eleanor—. Pero no te preocupes, podrás volver allí el verano que viene.

—Tienes razón. ¿Y qué se ha cocido por aquí? Vengo hambrienta de cotilleos.

—Pues nada importante. Maggie se ha prometido con el conde de Welling, se casarán en Navidad.

—¿Con Welling? —preguntó Beth, intentando adivinar quién era ese tipo.

—¿Recuerdas al joven que te llenó de ponche el vestido el año pasado? —aclaró Ivette.

—¡Dios mío! ¿Ese patán?

—Ese patán es el único que está dispuesto a dejar correr la falta de dote de Maggie —dijo Eleanor.

—¿Cómo dices?

—La familia de Maggie está arruinada —aclaró Ivette.

—Eso es imposible. Su abuela le dejó una muy buena cantidad de dinero como dote, y no podían tocarla a menos que...

—A menos que Maggie cumpliera los veintiuno —terminó Eleanor—, cosa que hizo el año pasado.

—Pobre Maggie —suspiró Beth—. Va a tener una vida muy triste con Welling.

—No creas, parece encantada con su compromiso —dijo Ivy.

—Ah, ¿sí? —preguntó Beth claramente sorprendida.

—Pues sí —contestó Eleanor—. Cada vez que los he visto juntos ella le mira con ojitos de cordera.

—Ahora solo faltas tú —dijo Beth, refiriéndose a Eleanor.

—Yo aún no pienso en casarme.

—Es tu segunda temporada, Ely —dijo Ivette.

—Lo sé, pero aún no he conocido a ningún hombre que me atraiga lo suficiente.

Ivette y Beth se miraron sin mediar palabra. Si su amiga no quería decirles aún que estaba enamorada de Anthony, la respetarían, pero estaban deseando conocer todos los detalles de su romance.

Francis llegó al club para encontrarse con Stefan, que le esperaba sentado en su mesa con una taza de café en la mano. En cuanto le vio, le miró con una ceja arqueada y una sonrisa en los labios.

—Mira a quién tenemos aquí por fin... Al recién casado que no quería oír hablar de contraer matrimonio.

—Yo también me alegro de verte, patán —protestó Francis.

—¿Cómo llevas eso de estar casado?

—Reconozco que muy bien. Parece que las aguas se han calmado con Beth, y hemos pasado unos días muy tranquilos en el campo.

—¿Tranquilos? Deberían haber sido... moviditos —rio Andrew sentándose a su lado.

—Pues sí, pero Beth sufrió una indigestión. Demasiado helado, me temo.

Stefan se echó a reír a carcajadas, y Francis le golpeó en el hombro sonriendo.

—No creo que seas el más indicado para reírte. Creo recordar que tu noche de bodas la pasaste sofocando un incendio en los almacenes del príncipe.

—*Touché*, pero no me negarás que es gracioso.

—Ni lo más mínimo. No he podido disfrutar de mi mujer tanto como me hubiese gustado.

—Espera a que lleguen los bebés —protestó Andrew—. Si Beth es como Sarah, que se ocupa personalmente del pequeño, llegará a la cama tan cansada que no te dará tiempo ni a desnudarte antes de que se quede dormida.

—A Ivette le pasa lo mismo. Por suerte los gemelos han crecido lo suficiente para dejarlos a cargo de su niñera, y ya hemos empezado a recuperar el tiempo perdido.

—Qué suerte la tuya —dijo Andrew—. Sarah está de nuevo embarazada, y ya empieza a sentirse indispuesta.

—¡Enhorabuena, hombre! —le felicitó Stefan.

—Estás hecho todo un semental —bromeó Francis palmeándole la

espalda.

—Quería esperar un poco más, recuperar el tiempo perdido con mi esposa, pero...

—Ahora tendrás que conformarte con hacerle el amor una vez al mes —bromeó Fran.

—Tú ríete, pero cuando te ocurra a ti lo mismo, seré yo quien ría el último.

—Por fortuna, yo aún no debo preocuparme por esas cosas, y ahora que Beth está totalmente recuperada, voy a disfrutar de ella tanto como quiera.

Por la noche, Francis llegó a casa habiéndose perdido la cena, y se encontró a Beth tumbada en el sofá, leyendo un libro. Se había retrasado más de lo que le había dicho, pero sus amigos le habían raptado más tiempo del que deberían. Se acercó a su esposa y la besó en la mejilla, pero ella no se dignó a mirarle.

—Buenas noches, querida —susurró apartando la manga de su vestido para besarla en el hombro.

—¿Te lo has pasado bien? —dijo ella, con un tono que no le gustó en absoluto.

—Muy bien. Hemos estado celebrando que Andrew va a ser padre de nuevo.

—Mira tú qué bien.

—Estoy famélico —dijo él llamando a su mayordomo.

—No te molestes, no ha sobrado nada.

—¿Cómo dices?

—Al ver que no venías a cenar, pensé que los huérfanos de Saint James se alegrarían de recibir una cena digna de un duque.

—¿Le has dado mi cena al orfanato? —preguntó, asombrado.

—Así es. Y así será cada vez que no llegues a tiempo para la cena, o la comida.

Francis solo pudo reírse ante la audacia de su esposa, que le miró de reojo antes de estirarse con un bostezo.

—Estoy muy cansada. Creo que me voy a ir a la cama.

—Te acompaño. Ya que no tengo qué cenar...

—No puedes acompañarme. He decidido que voy a dormir en mi habitación cada vez que llegues tarde. Así no me molestarás.

—No tienes habitación.

—Ahora sí. Una preciosa en la otra punta de la casa. Así evitaremos que oses molestarme a horas intempestivas, ¿cierto?

Francis vio con la boca abierta cómo su mujer subía las escaleras con el porte de una reina y caminaba en dirección contraria a su recámara. La siguió para comprobar con asombro que su diabólica mujercita había acondicionado una de las habitaciones de invitados para pasar la noche, y que se disponía a ponerse el camisón para meterse en la cama.

Beth miró a su esposo por encima del hombro con cara de fastidio, y le sacó a empujones de la habitación para cerrarle la puerta en las narices. Atrancó la puerta con el respaldo de una silla y se metió entre las sábanas con una sonrisa. Francis aporreó la puerta, la maldijo mil veces, le suplicó que le abriera, y cuando se cansó de esperar respuesta y volvió sobre sus pasos, Beth suspiró con aire triunfal. Así aprendería a no dejarla esperándole.

Pero fue incapaz de conciliar el sueño, y, cuando el reloj del salón dio las tres de la madrugada, se levantó con aire cansado y volvió a su propia habitación, arrastrando los pies en señal de derrota. Su esposo estaba despierto, con los brazos tras la cabeza, mirando el dosel de la cama, y cuando la vio entrar, se apresuró a apartar las mantas para hacerle sitio en la enorme cama. Beth se acurrucó en el borde de la misma, dándole la espalda, y Francis la abrazó de la cintura y tiró de ella con fuerza, para pegarla a su cuerpo.

—Lo siento. Debería haberte avisado. No volverá a ocurrir.

—Estaba muy preocupada —reconoció ella.

—¿Por eso le has dado mi cena al orfanato?

—En realidad no lo he hecho —reconoció.

—Sabías que estaba con Stefan. No tenías de qué preocuparte.

—Es lo que hacen las esposas —susurró Beth.

—Tonta... yo también te quiero.

Semanas más tarde, la temporada había llegado a su fin. Beth había sido llamada a comparecer ante la reina, y llevaba varios días ejerciendo de dama de compañía junto a Ivette. Debía reconocer que estaba descubriendo una faceta nueva de la reina, más amable, divertida... e incluso maternal. Pasaba las tardes haciendo bellos bordados, tarea que había descubierto que la relajaba, escuchando música o paseando por el jardín.

Su relación con su esposo había ido asentándose, estaban conociéndose poco a poco, y ambos se esforzaban por hacer feliz al otro. Ahora que sabía

que Francis la amaba, su vida era maravillosa. Solo le quedaba darle a su esposo el heredero que necesitaba, y su felicidad sería completa.

Esa tarde se encontraba un poco indispuesta. Se sentía débil, y rezó para no estar cogiendo otro resfriado. Estaban en la sala de música de la reina, escuchando tocar a lady Nesbit, otra de las damas, y buena amiga de Ivette. Tocaba el piano de maravilla, y Beth cerró los ojos para disfrutar de la música. Cuando los abrió, se encontraba tendida en el sofá, con todas las damas a su alrededor, y la reina sostenía bajo su nariz un botecito de sales.

—Gracias a Dios, querida, nos has dado un susto de muerte —dijo la Victoria.

—¿Qué ha pasado? —susurró ella.

—Te has desmayado —aclaró Ivette—. Si no llego a estar sentada a tu lado habrías terminado de cabeza en el suelo.

—¿Otra vez? —protestó— No quiero estar enferma.

—Me temo que eso solo está en manos de Dios, querida —dijo la reina—. Anna, ayuda a Ivette a llevarla a la cama. Haré llamar al doctor.

Sus amigas la ayudaron a llegar a la habitación, y se deshicieron de su vestido para sustituirlo por su camisón, antes de meterla en la cama.

—No quiero esta enferma —sollozó—. No me gusta.

Anna miró a Ivette alarmada, con los ojos como platos, y la duquesa se echó a reír.

—Siempre que enferma se pone a llorar. Es un defecto que no puede evitar. No te preocupes, no tiene nada que ver con su estado.

—Me había asustado. Al verla llorar pensé que le dolía algo.

El doctor Brown llegó media hora después, seguido de Francis, a quien la reina había mandado llamar en cuanto su mujer se desmayó. Cuando Fran entró en la habitación, su esposa se puso a llorar desconsolada, y él la abrazó sonriendo.

—Ya está, tontita —susurró masajeándole la espalda—. Ya estoy aquí.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Estaba ocupándome de unos asuntos de la reina, mi amor. No estaba en el palacio.

—Excelencia, lo siento, pero debe salir de la habitación.

—¡No! ¡Quiero que se quede! —protestó Beth.

—Pero excelencia, no puedo examinarla si su marido se encuentra aquí —exclamó Brown, escandalizado.

—Si él no se queda, no le dejaré que me examine —amenazó.

—Vamos, Beth, no te comportes como una niña malcriada —protestó la reina.

—Majestad, déjeme a mí —susurró Ivette.

Victoria asintió, y Beth se arrodilló junto a Francis, al lado de su amiga.

—Beth, el doctor tiene que examinarte para ver por qué te has desmayado, y no lo hará si Francis está aquí.

—No quiero que se vaya —lloró su amiga.

—¿Y si me quedo yo contigo? —sugirió Ivette— Fran esperará al otro lado de la puerta, y entrará en cuanto el doctor haya terminado.

—¿Me lo prometes? —preguntó mirando a su marido con esperanza.

—Te lo juro. No me moveré de la puerta.

—Muy bien.

Soltó la mano de su esposo y agarró la de su amiga con fuerza, que cerró los ojos para evitar gritar ante el dolor que sintió. Por fortuna, pronto se relajó, y aflojó su agarre, dejando que la sangre volviese a circular por los dedos de Ivette.

La reina sacó de la habitación al resto de damas, y el médico se dispuso a examinarla. Cuando terminó, cerró su maletín con una sonrisa.

—Enhorabuena, excelencia. Está usted en estado.

Beth miró al doctor sin comprender, pero Ivette la abrazó con cariño.

—¡Beth! ¡Vas a tener un bebé! ¿No estás contenta?

Dos lágrimas cayeron por las mejillas de la muchacha, que vio su felicidad completada al fin. ¡Iba a ser mamá! ¡Iba a darle a su esposo el heredero que tanto necesitaba! Abrazó a Ivette con fuerza y rompió a llorar.

—¡Por Dios, Beth! Si te pasas así todo el embarazo, Francis terminará volviéndose loco.

—No... es que estoy muy contenta. ¡Un bebé, Ivy! ¡Voy a tener un bebé!

—¿Estás contenta?

—¿Bromeas? Soy la mujer más feliz de la Tierra. Tengo que contárselo a Fran —dijo intentando levantarse.

—Tranquila, excelencia, me preocupa el mareo que ha sufrido, debería permanecer en la cama un par de días —sugirió el médico.

—¡Por favor, no! —suplicó Beth— No soporto estar sin hacer nada.

—Muy bien, pero guarde cama el resto de la tarde. Mañana podrá levantarse, pero nada de hacer locuras. Deberá tomarse las cosas con calma hasta que tenga al bebé.

—Lo haré, doctor Brown. Muchas gracias.

—No hay de qué.

—Haré entrar a Francis para que le cuentes las buenas noticias —dijo Ivette levantándose—. Le vas a hacer muy feliz.

Francis estaba sentado en el pasillo, esperando pacientemente a que el doctor abandonase la habitación. En cuanto le vio salir, se acercó para descubrir qué mal aquejaba a su esposa.

—¿Qué tiene mi mujer?

—Su esposa tiene algo que decirle, excelencia. Pero venga a hablar conmigo después, tenemos que hablar de su salud.

Francis entró en la habitación y se sentó junto a su esposa, que cogió sus manos entre las suyas y las besó.

—Me ha dicho el médico que tienes algo que contarme. ¿Te encuentras mal?

Beth negó con la cabeza, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas hasta perderse en su sonrisa.

—Beth, me estás asustando. ¿Qué te ha dicho el doctor?

—Estoy embarazada —confesó.

—¿En serio?

Beth asintió, y Francis la acunó entre sus brazos, como llevaba queriendo hacer desde que entró en la habitación. Una calidez nueva para él le inundó, y por un momento se sintió capaz de mover montañas por ella.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo, mi amor —susurró en su pelo.

—Ha dicho que debo tomarme las cosas con calma, pero me siento tan llena de vida, Fran... Tengo ganas de gritarle al mundo lo feliz que me siento.

—Debes hacerle caso al doctor, Beth. Nos lo tomaremos con calma.

—No te preocupes, no pienso poner en peligro la vida de nuestro bebé.

—Ahora tengo que hablar con el doctor, pero volveré en seguida. Intenta descansar un poco.

—No podré pegar ojo pensando en nuestro bebé.

—Entonces quédate ahí tumbada pensando en él. No tardaré demasiado.

El duque fue en busca del doctor Brown, que se encontraba en el despacho de Victoria.

—Tengo que darte la enhorabuena, Fran —dijo la reina—. No te has hecho de rogar.

—Gracias, majestad. ¿Cómo está mi mujer, doctor?

—Todo marcha según lo esperado, pero estoy un poco preocupado.

—¿A qué se refiere?

—Su esposa ha estado enferma en varias ocasiones este año, y me preocupa el mareo que ha sufrido esta tarde. Debe hacerla tomarse las cosas con calma, y no puede llevarse ningún disgusto. Podría perder al bebé.

—De acuerdo, doctor.

—Debe comer bien, no permita que se salte ninguna comida, aunque no tenga apetito, y procure que pase todo el tiempo posible descansando. Ya sé que su esposa es muy terca, pero deberá utilizar su persuasión para conseguir que le obedezca.

—Gracias por todo, Doctor.

—Ahora ve con tu esposa, Fran —ordenó la reina—. Apuesto a que quieres estar con ella.

Francis asintió, y corrió de vuelta a su habitación. Beth permanecía tumbada en la cama, mirando al techo, y sonrió apartando las mantas cuando le vio. El duque se tumbó a su lado con un suspiro.

—¿Qué quería el doctor?

—Está preocupado por ti. Has enfermado varias veces este año y cree que tu salud es delicada.

—Está exagerando. Me encuentro perfectamente.

—Tal vez, pero quiero que hagas caso de sus indicaciones, mi amor. No voy a pedirte que te quedes en la cama, pero sí que te tomes las cosas con más calma.

—De acuerdo, te haré caso.

Francis sonrió ante la docilidad de su esposa, porque sabía que en un par de días terminaría desobedeciendo.

—No hace mucho me reía de Stefan y Andrew —confesó a su mujer—, pero lo que realmente sentía era envidia de ellos, porque tenían una hermosa familia, y yo aún tardaría tiempo en formarla.

—Espero que sea niño. Quiero darte un hijo del que te sientas orgulloso.

—¿Acaso crees que no me sentiré orgulloso de mis hijas?

—Sé que sí, pero no quiero verte correr detrás de sus pretendientes con una pistola.

—¡Yo no haría tal cosa!

—¡Oh, sí que lo harías!

—Tienes razón, lo haría. Las protegería con mi vida si tuviera que hacerlo. Igual que a ti.

—Por fortuna, no tienes que hacerlo. Ahora lo único que necesito es que me quieras y que estés a mi lado para entretenerme mientras guardo reposo.

—Tengo unas cuantas ideas en mente para ello...

—¡Pero no podemos!

—¿Quién lo dice?

—¿No le ocurrirá nada al bebé?

—Nada en absoluto, pero tendremos que probar nuevas posturas...

—¡Eres un depravado! —protestó Beth riendo— Yo estoy castigada sin salir de la cama y tú solo piensas en desnudarme.

—¿Acaso tú no quieres que lo haga?

—Sí quiero, pero no puede ser hoy.

—¿Te lo ha dicho el médico?

—No, pero...

—Mi amor... voy a demostrarte que hay muchas otras formas de sentir placer, y que no pondrán en peligro a nuestro hijo.

Francis cerró la puerta con el cerrojo, y pasó el resto de la tarde demostrándole a su esposa lo ciertas que eran sus palabras.

Capítulo 21

Un par de meses más tarde, Beth se sentía prisionera en su propia casa... o más bien en su habitación. Aunque el médico le había mandado reposo, insistió en quedarse en la corte, pues de lo contrario terminaría aburrida como una ostra, encerrada en su mansión.

Su marido era lo único que la salvaba de morir de tedio, pues la reina no consentía que participase en ninguna de las actividades que requiriesen movimiento, solo podía sentarse con el resto de damas a bordar o a escuchar música. Francis, en cambio, la animaba a salir a pasear por los jardines, y unos días antes la había llevado a ver los mercadillos que habían montado en Hyde Park.

Faltaban pocos meses para Navidad. El frío del invierno traía consigo el olor del pino y el acebo, y Beth estaba deseando que terminase la semana para volver a casa hasta Año Nuevo. Suspiró dejando el libro que estaba leyendo en el regazo, y miró por la ventana, donde las últimas hojas de los árboles caían al suelo del jardín.

—¿Qué ocurre, Beth? —preguntó Ivette, que bordaba a su lado.

—Nada, es solo que echo de menos estar en casa.

—Deberías haberte ido cuando te lo dijo el doctor —protestó su amiga.

—¿Y aburrirme como una ostra? No, gracias.

—¿Por qué no hablas con la reina? —sugirió Anna— Tal vez te permita volver antes.

—No quiero que Francis se pierda la cacería del sábado. Esperaré.

—Han adelantado la cacería, Beth —aclaró Ivette—. Se celebrará mañana, ¿no lo sabías?

—Fran no me ha dicho nada —suspiró—. Últimamente me quedo dormida antes de que llegue.

—Es por el embarazo —dijo Anna—. A mí me ocurría lo mismo.

—Mejor eso que tener náuseas —protestó Ivy.

—En eso tienes razón.

Beth se puso su abrigo, los guantes y la bufanda, y salió a pasear por el jardín. Necesitaba respirar aire fresco, pues estaba cansada de estar encerrada junto a la chimenea. Un copo de nieve aterrizó sobre la punta de la nariz, y ella intentó atraparlo con la lengua, sin éxito.

La risa de su esposo le llegó desde la puerta de entrada, y sonrió al volverse hacia él.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó.

—Estabas muy guapa mirándote la nariz.

—Me ha caído un copo de nieve. Creo que tendréis que posponer la cacería.

—Alberto ha decidido que nos vayamos ahora. Aún es temprano, y no quiere perderse la diversión.

—¿Y si aprieta la nevada? —dijo preocupada.

—No lo hará, aún es pronto.

Francis se acercó a ella y la besó en la punta de la nariz.

—He pensado que podríamos volver a casa mañana. ¿Te parece bien?

Beth le abrazó y asintió sonriendo.

—Parece que me has leído el pensamiento —reconoció—. Hace un rato he pensado justamente eso.

—Pues entonces sube a nuestra habitación y prepara el equipaje. Partiremos a primera hora de la mañana.

—Muy bien.

—No hagas esfuerzos, por favor. Pídele a algún sirviente que te ayude.

—Deja de preocuparte, lo haré.

Fran la besó fugazmente en los labios, pues no había nadie alrededor, y se marchó en dirección a las caballerizas. Beth entró en la casa a la carrera, llena de alegría, y casi se choca con Stefan en su prisa por llegar arriba.

—¡Cuidado! —dijo Stefan sosteniéndola por los brazos— Beth, no puedes ir por ahí corriendo como una loca —la reprendió—. El médico dijo que debes guardar reposo.

—Lo siento, pero Fran me ha dado una noticia estupenda. ¡Volvemos a casa por fin!

—Lo sé, nosotros también estamos pensando volver antes del domingo. Pide ayuda para preparar el equipaje, no vayas a cargar peso.

—Sí, tranquilo. ¡Suerte en la cacería!

Stefan observó divertido cómo Beth volvía a salir corriendo para subir las escaleras a toda prisa, y negó con la cabeza ante el comportamiento de la

mujer de su amigo. Cuando llegó a las caballerizas, Francis revisaba las cinchas de su propio caballo, listo para ser montado.

—Llegas tarde —protestó Alberto.

—Lo siento, fui a informar a Ivette de nuestra marcha.

—Me abandonáis los dos —dijo el príncipe—. Esperaba contar con vosotros hasta el domingo.

—Mi esposa necesita reposo —se defendió Francis—, y quiero estar pronto en casa. Tenemos que organizar las Navidades, y no quiero que se agobie demasiado.

—Los niños llevan demasiado tiempo sin su madre —dijo Stefan—. Y espero que mi hermano llegue a casa un día de estos.

—¿Se sabe algo ya? —preguntó Alberto.

—El barco zarpó hace una semana desde Carolina del Norte. Anthony tuvo algunos problemas que le retrasaron en su vuelta.

—Con suerte, estará en casa para Navidad —dijo Francis.

Los tres hombres montaron sus caballos y se reunieron con el resto de participantes en el bosque de Epping, donde tendría lugar la cacería. En cuanto el criado del príncipe soltó las cinco liebres, todos los jinetes pusieron sus monturas al galope.

Francis y Stefan siguieron a una de las liebres por la hierba hasta una zona que no conocían demasiado bien. El animal se metió por una especie de abertura en una cortina de hiedras, y los caballos se pusieron nerviosos.

—Volvamos, Fran —dijo Stefan intentando tranquilizar a su caballo—. La hemos perdido.

—¿Tan pronto te das por vencido?

—No lo hago, pero no conozco esa zona, puede ser peligroso.

Francis hizo caso omiso de sus palabras, y adentró a su caballo entre las plantas para seguir al dichoso animal. Caminó un par de metros, y divisó a lo lejos a la liebre escurridiza. Era una zona oscura debido al follaje de los árboles, y apenas podía distinguir el camino delante de sus narices. Reconociendo su error, intentó dar la vuelta, pero su caballo se encabritó, y lo tiró al suelo, donde se golpeó contra una piedra, quedando inconsciente en el acto.

Stefan suspiró antes de bajarse del caballo y entrar por el hueco a buscar a su amigo.

—¡Fran! —gritó al no encontrarle— ¡Vamos, Fran, déjate de juegos!

En ese momento, el caballo azabache del duque se acercó hacia él,

corriendo asustado. Stefan consiguió sujetarle de las riendas, y le tranquilizó susurrándole al oído.

—Muy bien, pequeño. ¿Dónde has dejado a tu jinete?

El caballo bufó, y movió la cabeza con nerviosismo.

—Cálmate... eso es... buen chico...

Stefan subió a la grupa de la bestia, que comenzó a adentrarse en la espesura.

—Maldita sea, Fran, deberías haberme hecho caso —susurró.

Divisó un bulto a lo lejos, en la orilla del camino, y saltó del caballo para acercarse hasta él y comprobar que su amigo sangraba efusivamente por una brecha en la sien.

—¡Fran! ¡Vamos, amigo, despierta!

Francis gimió, pero no se despertó. Por fortuna, su amigo aún respiraba, y si le llevaban pronto a casa, podrían salvarle la vida. Sacó de su bota la pistola, y disparó al aire para atraer la atención del resto de jinetes, necesitaba ayuda para llevar a su amigo de vuelta a casa.

Un escalofrío recorrió a Beth de repente, y miró por la ventana para comprobar que había empezado a llover. La preocupación se instaló en su mente, y fue a la habitación de su amiga para intentar distraerse y no pensar en que su marido estaba ahí fuera.

Ivette tenía el baúl abierto, sacaba la ropa del armario con la ayuda de su doncella, y la miró con una ceja arqueada cuando la vio aparecer en la habitación.

—¿Por qué no estás preparando el equipaje? —preguntó— Tú también te vas mañana.

—Estaba en ello, pero...

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, sí... es solo que ha empezado a llover, y los hombres aún no han vuelto.

Ivette se asomó a la ventana y sonrió.

—No te preocupes, solo son cuatro gotitas de nada. Volverán empapados, pero apuesto que ya están de regreso.

—No sé, Ivy... tengo la sensación de que algo no marcha bien.

—Eso es por el embarazo, Beth. Ves fantasmas donde no los hay.

—Tal vez tengas razón.

Beth suspiró y se sentó en la cama de su amiga.

—Estoy preocupada por la cena de Navidad. Es la primera cena que daré, y no sé si lo haré bien.

—Yo te ayudaré, tranquila. Una vez le coges el truco, todo es coser y cantar.

—Es que son tantas cosas...

—¿Vas a poner árbol de Navidad? Creo que yo sí lo pondré.

—Tal vez. Le pediré a Robert que traiga uno del bosque.

—Ya no hace falta ir al bosque. Ahora los venden en Hyde Park. Solo tienes que elegirlo, y te lo llevan a casa.

—¿En serio?

—Alberto ha traído una moda preciosa desde su país natal, ¿no te parece?

—Es cierto. El año pasado disfruté muchísimo adornando tu árbol.

Ivette divisó en ese momento a los hombres llegar por la entrada principal. Cargaba algo sobre la grupa de su esposo, y en un primer momento pensó que sería un ciervo.

—¿Lo ves? Ya están...

Las palabras murieron en su boca al descubrir que se trataba de Francis, y se apartó de la ventana intentando aparentar una calma que no sentía.

—Debí confundirme —mintió—. ¿Por qué no vas a descansar un rato?

—¿Qué ocurre, Ivy? —preguntó Beth al ver el miedo en sus ojos.

—Nada, ¿qué va a pasar?

—Ivette...

—Beth, debes mantener la calma, ¿de acuerdo?

Beth no escuchó nada más. Se asomó a la ventana para ver cómo dos lacayos bajaban el cuerpo sin vida de su esposo del caballo de Devonshire.

—¡No, por Dios, no!

Echó a correr escaleras abajo, y llegó justo a tiempo de ver cómo le metían en el despacho del príncipe.

—¡Oh Dios mío! —sollozó— ¡Francis!

Stefan se acercó a ella y la agarró por los brazos.

—Escúchame, Beth. Tu marido está vivo, ¿de acuerdo? Se pondrá bien, pero tienes que calmarte.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró.

—Su caballo se encabritó y le tiró al suelo. Se ha golpeado la cabeza con una piedra, y aún no se ha despertado.

—Quiero verle.

—No deberías.

—¡He dicho que quiero verle!

Stefan suspiró y se apartó de su camino. Beth entró en la habitación, con paso decidido. Su esposo estaba tumbado sobre el escritorio del príncipe, y tenía bajo la cabeza una chaqueta mal doblada.

—Subidle a nuestra habitación, por favor —pidió.

—No creo que sea buena idea, querida —contestó el príncipe.

—Debemos esperar al médico, Beth —dijo Stefan acariciándole la espalda.

Beth se acercó a su esposo, y apartó un mechón mojado de cabello de su frente. Observó el corte que tenía en la sien, que seguía sangrando, y se rasgó un trozo de la enagua para hacer presión sobre él.

—Vas a ponerte bien, ¿me oyes? —susurró.

Francis no respondió. Ni siquiera se movió. Una lágrima comenzó a rodar por la mejilla de Beth, seguida de otra, y otra más. Su vista quedó empañada por las lágrimas, y se dejó caer de rodillas en el suelo para dejar salir el miedo y la desesperación que sentía.

Unos fuertes brazos la levantaron del suelo, y la intentaron sacar de la habitación. Beth gritó, pataleó, arañó a Stefan para que le permitiera quedarse, pero lo único que consiguió fue que la sujetara con más fuerza. Su vista se nubló, perdió fuerzas poco a poco, y terminó desmayada en los brazos de su amigo que, con un suspiro, la subió a su propia habitación.

Ivette había observado la escena con lágrimas en los ojos. Tenía miedo por su amigo, y también por Beth, que si no se calmaba terminaría perdiendo al bebé que llevaba en su vientre. Siguió a su marido cuando logró sacarla del despacho, y se sentó junto a ella en la cama.

—¿Se recuperará? —preguntó a su esposo.

Stefan se sentó a su lado y la abrazó con fuerza.

—No lo sé, Ivy. Ha debido ser un golpe muy fuerte, porque de lo contrario ya habría despertado. Si no hubiese sido tan cabezota...

—¿A qué te refieres?

—Se adentró en una zona del bosque que no conocemos y su caballo se encabritó. Le dije que no lo hiciera, pero no me hizo caso. ¡Debí impedirselo, maldita sea! ¡Debí haberle hecho entrar en razón!

—Stefan, no es culpa de nadie. El caballo se asustó, y de nada sirve que te culpes.

—Lo sé, pero...

—Intenta calmarte tú también, y mantenme informada de lo que dice el médico. Me quedaré con Beth.

Stefan asintió y bajó las escaleras, derrotado. Aunque su mujer tenía razón, se sentía culpable por lo que había pasado. Ojalá pudiesen volver atrás en el tiempo. Ojalá pudiese arreglar el estropicio.

Capítulo 22

Francis intentó abrir los ojos, pero la luz del sol consiguió que casi le estallara la cabeza. ¿Qué había pasado? ¿Y dónde demonios se encontraba? Intentó mirar a su derecha, pero el dolor que sintió fue tan horrible que no pudo evitar ahogar un gemido. Una mano fresca sostuvo la suya, y sintió un remanso de paz. La dueña de esa mano tocó su frente y le dio un beso en la mejilla. Volvió a abrir los ojos para encontrarse de lleno con un rostro angelical, envuelto por una cascada de rizos color miel y ojos color avellana.

—Bienvenido al mundo de los vivos de nuevo, hermano.

¿Hermano? Esa mujer era su hermana, pero... ¿Quién demonios era él?

—Beth vendrá en cuanto se encuentre mejor.

¿Y quién era esa tal Beth? Dios, tenía tantas preguntas que su mente no atinaba a ordenarle a su boca que las hiciera. Con un suspiro, volvió a cerrar los ojos para volver a dormirse. Al menos así, no tendría que lidiar con ese terrible dolor de cabeza...

Beth se despertó con un dolor agudo en el vientre. Apretó los labios, y sujetándose la barriga, fue a buscar a su esposo. Ivette la interceptó en el pasillo y la hizo volver sobre sus pasos.

—¿Dónde piensas que vas, Beth? —la reprendió— No ayudarás a Francis si enfermas tú también.

—Necesito verle, Ivy. Necesito saber que está bien.

—El médico está aquí. Dice que debemos esperar a que despierte. La herida se cerrará, pero no sabe los daños que ha podido causar el golpe.

—Por favor, llévame hasta él. No debería despertarse estando solo.

—Eleanor está con él en este momento.

—Lo necesito, de verdad —sollozó.

—Muy bien, te llevaré hasta él, pero solo si me prometes que volverás a tu cuarto a descansar.

—Lo prometo.

Beth intentó caminar tras su amiga, pero el dolor cada vez era más intenso, y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para poder cruzar el corredor y llegar hasta el dormitorio en el que habían instalado a su marido.

—¿Por qué no le llevaron a nuestra habitación? —protestó— Tendría que estar conmigo.

—Tú debes descansar —contestó su cuñada acercándose para besarla—, y yo puedo ocuparme perfectamente de mi hermano.

—¿Cómo está?

—Ha abierto los ojos hace un momento, pero ha vuelto a dormirse casi de inmediato. Voy a llamar al doctor mientras te quedas con él.

Beth asintió y se sentó junto a la cama de Francis. Estaba muy pálido, y con la cabeza cubierta por la venda, parecía tan frágil y vulnerable... Acarició su mejilla con el dorso de la mano y una lágrima escapó de sus ojos. ¿Por qué tenía que pasar esto justamente ahora? Su vida era perfecta, su marido la amaba e iban a tener un bebé. No podía perderle...

Los ojos azules de su esposo se abrieron lentamente, y se quedaron mirándola fijamente, pero no logró ver en ellos aquella calidez que destilaban cada vez que se fijaban en ella.

—Hola, amor mío —susurró—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Quién... quién eres?

La pregunta dejó a Beth en estado de shock. Miró a su marido con los ojos anegados en lágrimas, negando que no la recordara, rogando porque esa pregunta fuese una de las bromas pesadas de Francis, pero en su fuero interno sabía que no era así.

—Soy Beth, tu esposa. ¿No me recuerdas?

—¿Y yo? ¿Quién soy yo?

—Eres el duque de Sutherland. ¿No te acuerdas? ¿Por qué no lo recuerdas?

Beth apoyó la cabeza en la cama y comenzó a llorar desconsolada. Francis la miró sin comprender.

—Estoy muy cansado. Váyase, por favor.

En ese momento el doctor entró en la habitación, y cogió a Beth del brazo para sacarla de allí de inmediato.

—Excelencia, por favor, dejémosle descansar —dijo el doctor.

—¡No me recuerda! ¿Por qué no me recuerda?

—Ha recibido un golpe muy fuerte en la cabeza. Es normal que haya perdido la memoria.

—¿Volverá a recordar, doctor? —preguntó Ivette.

—No puedo saberlo con seguridad. Ha habido casos de personas que recuperan la memoria, pero hay otras que nunca vuelven a recordar, y deben empezar desde cero.

—¿Y qué podemos hacer para ayudarle a recordar? —preguntó Eleanor.

—Deben mostrarle lugares importantes de su vida, pero, sobre todo, tienen que intentar que se lo tome con calma. Cuanto más se frustra, menos recordará.

—Muchas gracias, doctor —dijo Ivette.

—Entraré a hacerle compañía —se ofreció Eleanor—. Beth, deberías ir a descansar, estás demasiado pálida.

El doctor la miró con los ojos como platos, y Beth se miró el vestido para comprobar que estaba lleno de sangre.

—¡Dios santo, excelencia! ¡Rápido, llevémosla a la cama!

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada— ¿Qué me está pasando?

—Debemos darnos prisa, excelencia. Está perdiendo al bebé.

Dos horas después, Beth permanecía tumbada en la cama mirando al vacío, rota por dentro. En un mismo día había perdido a su hijo y a su esposo, y ya nada tenía sentido para ella. El doctor había hecho todo lo posible por salvar la vida del bebé, pero era demasiado pequeño y no pudieron hacer nada.

Su madre estaba tumbada a su espalda, acariciando su larga melena mientras le arrullaba una canción de su infancia. No quería pensar en nada, no quería moverse. Lo único que quería era despertar de esa horrible pesadilla en la que se había visto envuelta. Necesitaba a su esposo, necesitaba que la abrazase, y que le dijese que todo saldría bien, pero Francis no la recordaba.

—Todo se arreglará, tesoro, ya lo verás —susurró su madre.

—Lo he perdido, mamá —sollozó—. He perdido a mi bebé.

—Lo sé, mi niña. Sé que duele, pero pronto tendrás nuevos bebés.

—Mi esposo no me recuerda, mamá. ¿Cómo voy a lidiar con eso?

—El doctor ha dicho que muchos hombres se recuperan, ten paciencia.

—¿Por qué me está castigando Dios? ¿Tan mala he sido?

—¡No, mi vida, no digas eso! Dios no te está castigando, ha sido un accidente.

—Le odio. Le odio por arrebatarme todo lo que amaba.

—Tienes que ser fuerte, tesoro. Ahora tu esposo te necesita más que nunca.

—¿Y cómo le ayudaré si no me recuerda?

—Haciendo caso de lo que dijo el doctor. Tienes que ser su mayor apoyo.

Su madre se acercó con un bote de láudano, pero su hija apartó la cara.

—No quiero tomarlo —protestó.

—Te calmará.

—No quiero calmarme. Quiero que vuelvan los dos conmigo.

—Beth, necesitas descansar.

—Lo intentaré sin droga, mamá, ¿de acuerdo?

—Muy bien —claudicó su madre con un suspiro—. Pero si dentro de media hora no estás dormida, lo tomarás.

Su madre salió de la habitación cerrando la puerta con sumo cuidado, y Beth comenzó a llorar con desconsuelo. ¿Por qué tendría que haber ido Francis a esa estúpida cacería? Si ese estúpido caballo no se hubiese encabritado, su esposo estaría con ella, y tal vez no habría perdido su bebé. Con decisión, se levantó de la cama y sacó del cajón de la mesita de Francis su pistola. Bajó las escaleras, descalza, y salió del palacio por las cocinas para ir con paso decidido hasta las caballerizas. Miró al caballo de Francis a los ojos con tanto odio que el animal corcoveó, y levantó la pistola hasta apuntarle entre los ojos.

—Tú tienes la culpa de todo. Vas a pagar por habérmelos arrebatado.

Apretó el gatillo, pero lo único que se escuchó fue el chasquido del arma descargada. Lo apretó una y otra vez, y cayó derrotada al suelo cuando se dio cuenta de que el arma no tenía balas. Se tapó la cara con ambas manos y sollozó destrozada, sin darse cuenta de la presencia de Stefan, que la había seguido desde la casa. Sabía que su amigo no guardaba el arma cargada, era una costumbre que ambos poseían.

—Vamos, pequeña, te llevaré a tu habitación.

—¡Quiero que muera! ¡Quiero que ese estúpido caballo pague por lo que ha hecho!

—Ese pobre animal no tiene la culpa, Beth. Se asustó, eso es todo.

La cogió en brazos y entró con ella en la casa. Su mujer les esperaba preocupada, y envolvió a su amiga en una manta en cuanto entraron en el recibidor.

—Me quedaré con ella esta noche —dijo a su marido—. Tengo miedo de que intente otra locura.

—De acuerdo, querida. Iré a ver cómo está Fran. En un rato vendré a veros.

Francis volvió a abrir los ojos para encontrarse con la mujer que decía ser su hermana. Respiró aliviado, no tenía fuerzas para enfrentarse a la otra mujer, y volvió la cabeza hacia ella, para comprobar que ya no le dolía tanto como antes.

—Hola —susurró, pues no recordaba su nombre.

—Hola, Fran. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele... y estoy sediento.

—Te traeré un poco de agua.

Eleanor sirvió un vaso de agua fresca y lo acercó a los labios de su hermano, que bebió con ansia hasta quedar saciado. Volvió a recostarse en las almohadas, pues el esfuerzo le había dejado exhausto. Así que su nombre era Fran... y era duque, nada menos. Intentó esforzarse por recordar, pero su pasado era una inmensa pared negra que era incapaz de traspasar.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó.

—Te caíste del caballo y te golpeaste la cabeza con una piedra. Por suerte, Stefan estaba cerca y te trajo al palacio justo a tiempo.

—¿Stefan? ¿Palacio?

—Stefan es tu mejor amigo, el duque de Devonshire —aclaró Eleanor siguiendo las indicaciones del doctor—. Nos encontramos en el palacio de Buckingham, Beth y tú formáis parte del séquito real.

—¿Beth es la mujer que estaba antes junto a mi cama?

—Así es.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Fran... tengo algo que decirte. Sé que estás herido, pero tienes que saberlo.

—¿Qué ocurre?

—Beth acaba de perder al bebé. Su salud era delicada, y el disgusto ha sido demasiado para ella.

Debería haber sentido algo, dolor, ira, frustración... pero lo único que sintió fue indiferencia.

—¿Cómo está ella? —preguntó, más por educación que por preocupación.

—Está destrozada. No solo ha perdido el bebé, Fran. También te ha perdido a ti.

—Yo estoy aquí.

—Pero no la recuerdas.

Tenía razón. Su esposa había perdido tanto en un solo día que sintió pena por ella. Era una mujer muy bonita, y parecía que se llevaban bien.

—Cuéntame más cosas de ella —pidió.

—Beth es una mujer increíble. Divertida, vital, sabe cómo sacarte una sonrisa cuando no tienes ganas de hacerlo. Es un poco curiosa... pero eso te encanta.

—¿La amaba?

—La amas, aunque no te acuerdes de ese sentimiento. Y ella te ama a ti más que a nada en el mundo.

—¿Por eso me casé con ella?

—No... te casaste con ella por mandato real. Al principio no os soportabais, pero poco a poco terminasteis enamorándoos.

—Estoy cansado —dijo él cerrando los ojos.

—Descansa un poco. Estaré aquí cuando despiertes.

Francis cerró los ojos digiriendo la información que acababa de darle su hermana. No llegaba a comprender cómo podía haber pasado de odiar a una mujer a amarla tanto como su hermana decía, pero, en cualquier caso, Beth era su esposa, para bien o para mal, y debería compartir con ella su vida y su cama.

En cuanto estuviese un poco recuperado se dedicaría por completo a recuperar su memoria... y su vida.

Capítulo 23

Francis era un enfermo horrible. Se pasaba el día de mal humor, protestaba por todo, y Beth estaba empezando a cansarse de su actitud. Aún no había recuperado la memoria, y la trataba como si fuese una sirvienta cualquiera. Ella había apartado la pena por la pérdida de su hijo y él... ni siquiera le recordaba.

Esa mañana se levantó demasiado cansada, demasiado harta de soportar las malas formas de su esposo y de tener que aguantar las ganas de llorar por el hijo que habían perdido. El doctor había dado su visto bueno para que regresaran a casa, y no pensaba posponer su vuelta ni un segundo más. Necesitaba estar en su hogar, apartar su mente de la pena organizando las Navidades, y no pensaba permitir que su marido lo estropease.

Entró en la habitación donde Francis dormía, y abrió las espesas cortinas para que la luz del sol iluminase la habitación. Francis gruñó, se tapó la cabeza con las mantas, pero Beth se las arrancó de un tirón.

—¿Acaso te has vuelto loca, mujer? —gritó su marido.

—Levanta, nos vamos a casa.

—No me encuentro bien.

—No creas que me importa. Estoy harta de verte ahí tirado como un pasmarote. Hace días que el doctor dijo que podías levantarte de esa cama.

—¡No quiero levantarme! ¡Márchate de una vez!

—¡No me levantes la voz! —contraatacó ella— ¡Yo también sé gritarte!

—Inténtalo y...

—¿Y qué? ¿Vas a pegarme? ¡Para eso tendrías que levantarte de esa cama, estúpido!

Francis dio un salto y se puso de pie de golpe, pero al llevar tanto tiempo en la cama, sus piernas se desestabilizaron, y cayó de culo al suelo, quedando despatarrado sobre la alfombra.

—¡Maldita sea! —protestó— ¡Mira lo que me has hecho hacer!

—Te lo tienes merecido. Si hubieses empezado a levantarte cuando te lo dijo el doctor Brown, tus piernas no parecerían gelatina.

—¡Ayúdame a levantarme!

—Voy a llamar a un sirviente.

—¡Hazlo tú, maldita sea! ¿Acaso quieres que me vean así?

Los ojos de Beth se llenaron de lágrimas.

—¡Acabo de perder a tu hijo, desgraciado! ¿Cómo demonios voy a ayudarte?

Stefan oyó los gritos desde la otra punta del pasillo, y corrió para mediar entre sus amigos. Aunque hubiese perdido la memoria, Francis no tenía derecho a tratar así a su mujer, y pensaba dejárselo muy claro en cuanto estuviesen a solas.

Encontró a Beth sentada en un sofá, llorando desconsolada, y a su amigo tirado en el suelo, mirando al vacío.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó.

—Me rindo, Stefan —sollozó Beth—. Voy a preparar mi equipaje y volveré a casa de mis padres. Ya no aguanto más.

—Tú no vas a ninguna parte. Ahora mismo estás muy disgustada, así que ve a buscar a mi mujer e intenta calmarla un poco.

—¡Me odia! ¿No lo ves?

—¡Yo no te odio, maldita sea! —protestó Francis.

—Silencio. Los dos —añadió Stefan cuando Beth fue a contestar—. Querida, por favor, ve con Ivette e intenta calmarla. Yo me ocupo de él.

Beth asintió y salió de la habitación dando un portazo. Francis señaló la puerta con frustración.

—¡Es insoportable! No sé cómo pude casarme con ella.

—¿Y tú te has visto? No dejas de hablarle de malos modos. Le gritas, ¿y pretendes que ella sea amable contigo?

Francis agachó la cabeza, avergonzado.

—Que hayas perdido la memoria no te da derecho a tratarla como lo haces —continuó Stefan—. Acaba de perder a vuestro hijo, y en vez de apoyarse en ti, tiene que soportar cómo le gritas y la insultas.

—Yo no la insulto.

—¡Por supuesto que lo haces! Llevo tres días escuchándote hacerlo. Debería poder apoyarse en ti, Fran, no tener que lidiar contigo.

—¡Me siento frustrado, maldita sea!

—¿Y por eso lo pagas con ella? Tu mujer te quiere y se preocupa por ti. Se ha guardado su pena por la pérdida del bebé para ayudarte a recuperar la memoria, pero para ti nada es suficiente. Eres muy egoísta, Francis. Me decepciona que seas así.

—Lo siento, yo... No pensé en eso.

—No pensaste en nada que no fueras tú mismo. ¡Pobre Fran, que ha perdido la memoria! ¿Y qué pasa con Beth, que ha perdido a su marido y a su hijo?

La culpa empezó a calar en Francis, que intentó levantarse de nuevo.

—Ayúdame a levantarme, tengo que disculparme con ella.

—Si vas ahora a verla, terminará tirándote un jarrón a la cabeza, y con razón. Deja que se le pase, ganarás más así.

Stefan ayudó a su amigo a levantarse, y le acompañó hasta el sillón, donde le dejó leyendo un libro. Esperaba de todo corazón que su discurso hubiese servido para algo, de lo contrario él mismo llevaría a Beth lo más lejos posible de Francis.

Cuando Ivette vio entrar a Beth, supo que había vuelto a discutir con su marido. Abrió los brazos y su amiga se refugió en ellos para llorar desconsolada.

—No puedo más —sollozó—. No soporto que me trate así.

—¿Qué ha sido esta vez?

—Intenté obligarle a levantarse.

—¿Te ha gritado?

—¿Y cuándo no lo hace?

Ivette suspiró.

—Tienes que ser fuerte, Beth, ha perdido la memoria y se siente frustrado.

—¿Y yo qué? ¿Acaso no he perdido suficiente?

—Por supuesto que sí, tesoro, has perdido demasiado. Pero sé que eres fuerte y que podrás superarlo.

—Yo no estoy tan segura.

—Vamos, Beth, cálmate. Pronto recuperará la memoria y todo se arreglará.

—¿Y si no es así?

—Entonces lograrás que se vuelva a enamorarse de ti.

—Odio al hombre en el que se ha convertido, Ivy. No quiero vivir con

un hombre así.

—Encontraremos una solución, ya lo verás.

Su amiga volvió cabizbaja a su habitación, y ella se dirigió con paso decidido hasta el cuarto de Francis, pero su esposo la interceptó.

—¿Dónde crees que vas?

—A decirle unas cuantas cosas a ese imbécil.

—Ya le he dicho yo todo lo que necesitaba escuchar.

—¿Has visto a Beth? ¡Está desolada! Debería poder apoyarse en su esposo para superar lo del bebé, ¡y en vez de eso tiene que aguantar que la trate como a un trapo viejo!

—Ivette, cálmate. He estado hablando muy seriamente con Fran, y creo que ha entrado en razón.

—Déjame decirle...

—No vas a decirle nada. Lo último que necesita es que entres ahí como una *banshee* a cantarle las cuarenta. Si no hace caso de lo que le he dicho, te doy permiso para que lo hagas, te lo prometo, pero ahora tenemos que dejarlo lidiar con esto.

—No sé cómo ayudar a Beth, Stefan —reconoció triste—. No soy capaz de hacerla sentirse mejor.

—Lo único que puedes hacer es estar a su lado y apoyarla, mi amor. Ella debe lidiar sola con su propio dragón.

Francis intentó leer un libro, pero era incapaz de concentrarse en la lectura. Stefan tenía razón, se estaba comportando como un idiota y un cretino. Aunque no recordase a su esposa, debería estar apoyándola en todo el asunto del aborto, y en vez de eso se ponía difícil con ella. ¿Qué demonios le pasaba?

Intentó levantarse del sofá, y consiguió dar los pasos suficientes para llegar a la cama, donde Beth había dejado su ropa. Se puso con esfuerzo la camisa y el pantalón, pero le fue imposible hacer lo mismo con los zapatos, pues la cabeza le dolía como el demonio. Anduvo lentamente hasta la puerta, y tuvo que agarrarse al marco a coger aire. El esfuerzo iba a terminar con él, pero debía bajar a la habitación de su esposa a pedirle perdón por su comportamiento infantil y caprichoso.

Se acercó poco a poco a las escaleras, y cuando estuvo bien sujeto a la barandilla, comenzó a bajar los escalones de uno en uno. Bajó los cinco primeros de maravilla, y se confió lo suficiente como para continuar bajando

un poco más deprisa. Su vista se nubló un segundo, y colocó mal el pie en el octavo escalón. Se torció el tobillo en un intento de enmendar su error, y terminó rodado por las escaleras, para quedar tumbado en el suelo del primer piso sin conocimiento.

Beth se despertó sobresaltada ante el escándalo que se formaba en el pasillo. Había conseguido dormir un poco tumbada sobre la cama, y ahora se sentía mucho mejor. Se colocó un chal sobre los hombros y salió a investigar qué ocurría, para encontrarse con tres hombres que recogían a su esposo, que permanecía desmadejado en el suelo.

—¡Dios mío, Fran! —gritó acercándose a ellos— ¿Qué ha pasado?

—Se cayó por las escaleras, excelencia —dijo uno de los lacayos que le transportaban.

—¡Rápido, llamen al médico! —gritó a un grupo de personas que curioseaban al otro lado del pasillo—. Llévenle a mi habitación, está más cerca de aquí.

Los sirvientes pusieron al duque con cuidado sobre la cama, y Beth comprobó con alivio que no se había vuelto a abrir la herida de la cabeza. Se sintió culpable por haberle obligado a levantarse. Conociéndole, el muy cabezota se habría propuesto callarla de una buena vez, y si algo malo le ocurría, no se lo perdonaría jamás.

—Maldito estúpido cabezota —susurró, acariciando su frente—. Te encanta llamar la atención, ¿eh?

—Dijo la mujer que enfadó a la reina para ser la debutante más famosa del país —susurró él.

Beth miró a Francis con los ojos como platos, y él sonrió sin abrir los ojos.

—¡Te acuerdas! —sollozó ella abrazándose a su cuello— ¡Lo recuerdas!

—¡Ay! —se quejó, pero sonreía— ¿Vas a matarme por hacerlo?

—¿Dónde nos conocimos? —preguntó Beth para asegurarse de que lo recordaba todo.

—En la escuela de la señorita Spencer.

—¡Has vuelto por fin!

—Claro que he vuelto, tontita. ¿Cómo no hacerlo si me esperaba la mujer que amo?

Beth descargó por fin toda la angustia, la pena y la desesperación que

había sentido las dos últimas semanas. Lloró abrazada a su esposo, que se limitó a acunarla entre sus brazos susurrándole palabras de aliento, y poco a poco fue quedándose dormida.

Cuando el doctor llegó a la habitación media hora después, encontró al duque embelesado, observando la cara de su esposa, acariciando distraídamente su espalda.

—Me han dicho que ha vuelto a caerse, excelencia, pero veo que se encuentra bien.

—Fui un imprudente y rodé por las escaleras, pero gracias a ello he recuperado la memoria.

—Me alegra oír eso, y apuesto a que su esposa también.

—¿Cómo se encuentra ella?

—Su salud aún es delicada, pero está mejorándose muy deprisa. Aún así, debería guardar reposo, no andar cuidando a un enfermo cabezota.

—Créame, a partir de ahora seré yo quien la cuide a ella, y no al revés. He sido un cretino y voy a compensarla.

—Aún así, quisiera revisar la herida, para asegurarme de que no se ha saltado ningún punto.

El doctor quitó la venda que cubría su cabeza y examinó el golpe con minuciosidad.

—Esto está casi curado. En un par de días le quitaré los puntos y podrá volver a su vida normal.

—Pretendo volver a casa esta misma tarde, doctor Brown, así que deberá buscarme allí.

—Nos veremos en un par de días, entonces. En cuanto a su esposa... haga que se tome las medicinas. Ha estado tan preocupada por su bienestar que se ha olvidado de su propia salud.

—Lo haré. Gracias por todo, doctor.

—No vuelva a excederse, excelencia. No tengo ganas de tener que volver a verle.

Francis observó salir al doctor y se tumbó junto a su esposa. Estaba cansado, necesitaba descansar un poco, pero en cuanto se despertase, iba a enmendar unos cuantos errores que había cometido esas dos semanas, entre ellos, haber desatendido a su esposa.

Capítulo 24

llegó la Nochebuena, y la mansión de los duques de Sutherland destilaba espíritu navideño. En la puerta de entrada colgaba una enorme corona de flores de pascua, y en las columnas del pórtico serpenteaban guirnaldas de cintas y flores secas. El recibidor estaba adornado con guirnaldas y plantas de navidad, y en la barandilla de las escaleras colgaban velas francesas. En las ventanas había velas encendidas para los viajeros cansados, que recibirían comida y refugio en esas fechas tan señaladas.

En una esquina del salón, podía vislumbrarse un enorme árbol de Navidad decorado con adornos de cera, vidrio, tela y cinta, con forma de niños, animales y frutas, y en lo alto colgaba una enorme estrella de cartón pintado de oro.

Beth se despertó esa mañana con la caricia de su esposo en la espalda. Habían vuelto hacía ya un mes del palacio de Buckingham, y todo volvía a estar como antes. Todo... menos su bebé. Hacía dos meses que había perdido a su hijo, y no se sentía con ganas de celebraciones. Miró a su esposo de reojo, y él la recompensó con un beso en el hombro.

—Buenos días, mi amor.

—No son buenos días, Fran.

—Lo sé, tesoro, pero es Nochebuena, y tenemos que prepararnos para la cena de esta noche.

—No me apetece celebrar nada.

—¿Crees que a mí sí? Pero vendrán nuestros amigos, y tenemos que prepararlo todo.

—De acuerdo, lo haré. Pero prométeme que mañana nos quedaremos en casa.

—No podemos hacer eso, tesoro. Es el baile de Navidad de Almack's.

—¿No puedes excusarnos? Diles que estoy enferma.

—¿Qué te parece si te quedas en casa y yo me paso por allí un rato? No ofenderemos a lady Pembroke y yo volveré lo antes posible.

—Yo quiero estar contigo —protestó.

—No seas cría, Beth. Tenemos una posición, y debemos cumplir con nuestro deber.

—Muy bien, ve tú a ese maldito baile.

Beth se levantó de la cama y llamó a su doncella para empezar a vestirse. Francis suspiró y bajó a desayunar. Sabía la fecha que era, pero no podían pasar el día lamentándose en casa, tenían obligaciones que atender.

Cuando su esposa bajó al salón, se sirvió una taza de té y se sentó en su silla sin prestarle atención.

—¿Eso es lo único que vas a desayunar? —preguntó Francis.

—No tengo apetito.

—El doctor dijo que debías comer bien, Beth.

Francis se levantó y sirvió en un plato un poco de jamón y huevos, y lo puso delante de su esposa junto con una rebanada de pan untada con mantequilla.

—Come —ordenó.

—No quiero comer.

—Beth... no te comportes como una niña, por favor. Intenta comer, aunque sea un poco, ¿de acuerdo?

Beth pinchó un poco de jamón con un suspiro, y Francis sonrió ante la docilidad de su esposa. Con ella valían mucho más las palabras dulces que las órdenes, y había aprendido a lidiar con ella en la última semana. Desde que habían vuelto, Beth se había comportado como una niña consentida y caprichosa, y no podía reprochárselo. Necesitaba recibir su atención, y si eso era lo único que podía hacer para enmendar el daño que le pudiese haber causado en su convalecencia, por Dios que se lo daría.

La cocinera entró en ese momento en el salón con una sonrisa ilusionada, y Fran se la devolvió, porque sabía lo que significaba. Ese año no habían podido respetar una de las tradiciones navideñas por culpa de su caída, y Kristen intentaba que los duques pudiesen disfrutarla en su primer año de matrimonio.

—Excelencia, solo quedan ustedes —dijo la mujer.

—Ahora mismo vamos, Kristen.

Francis se levantó de su asiento y tiró de la mano de Beth, que se levantó protestando.

—¿Dónde me llevas? —preguntó.

—Es una sorpresa.

—No me apetecen sorpresas, Fran.

—Esta sí te gustará.

Cuando entraron en la cocina, un enorme caldero de cobre colgaba en la chimenea. Desprendía un olor delicioso, a carne y especias, y todos los sirvientes de la casa les esperaban sonrientes junto a él.

—Es nuestro turno de remover el pudding —aclaró Francis.

Beth sonrió, porque le encantaban las tradiciones navideñas, y se acercó a la olla para coger la enorme cuchara de madera.

—Aquí tiene, excelencia —dijo Robert entregándole una moneda de oro—.

Beth lanzó la moneda a la olla y comenzó a dar vueltas al guiso, pensando en su deseo. Deseó con todas sus fuerzas poder darle un nuevo hijo a Francis, y que ese embarazo llegara a buen puerto. Cuando se apartó del caldero, dos grandes lágrimas corrían por sus mejillas, y su esposo la abrazó con ternura.

—Lo sé, mi cielo... Lo sé.

Llegó el turno del duque, que sacó de su dedo meñique el anillo y lo lanzó en la olla, repitiendo el mismo ritual que su esposa. Cuando hubo terminado, todos los sirvientes aplaudieron, y brindaron con vino especiado.

Esa misma tarde, Beth observaba con disgusto a su esposo ponerse el abrigo.

—Volveré a la hora de cenar, tengo asuntos que atender con mi abogado. ¿Estarás bien?

—Sí, estaré ocupada preparando la mesa.

Francis besó a su mujer en los labios con una sonrisa.

—Estás bajo el acebo —aclaró.

Ella miró hacia el techo y sonrió también. Salió de debajo de la planta y tiró de su esposo para colocarle a él en su lugar para besarle.

—Ahora lo estás tú —dijo triunfal—. No llegues tarde.

—No lo haré.

Cuando su marido se marchó, Beth se dispuso a preparar la mesa para la cena. Asistirían su suegra, su cuñada y sus amigos, y al día siguiente ella y Francis irían a comer con sus padres, que tenían otro compromiso para esa noche.

Adornó la mesa con mimo. Utilizó su vajilla nueva, la cristalería del ducado y su impecable cubertería de plata. Adornó la mesa con flores de

pascua y acebo, y dispuso varios candelabros de plata por toda la mesa. El menú fue elegido con mimo, pues quería que todo fuese perfecto: Caldo navideño, capones rellenos de trufa, batatas al horno, puré de patatas, repollo estofado, zanahorias caramelizadas, y de postre pudding de ciruelas y tartas de limón y manzana. Colocó sobre cada plato un dulce de navidad, que no era otra cosa que un tubo relleno de dulces y regalos, atado en ambos extremos con cintas de colores.

Cuando lo tuvo todo listo, subió a su habitación a arreglarse. Antes de la caída de su esposo, había ido a madame Andréé a confeccionarse un vestido para la ocasión. Era de tul y raso, de colores rojo y negro. La falda estaba compuesta por varias capas de tul superpuestas, y la última capa era de raso, recogida en la cintura en uno de los lados con una flor bordada. El corpiño estaba bordado por hileras de flores de pascua, y llevaba una chaquetilla con encajes de tul en las mangas y volantes de raso por todo el borde.

Se colocó el conjunto de pendientes, pulsera y gargantilla de diamantes que su esposo puso en su caja fuerte el día que llegó a esa casa, y recogió su cabello en un moño sencillo, dejando escapar varios rizos alrededor de su rostro.

Miró el reloj con preocupación, pues los invitados estaban a punto de llegar, y Francis aún no había aparecido. Se acercó a las cocinas a supervisar que todo estuviese listo, y se sentó en el salón a esperar. Los nervios comenzaron a bailar en su estómago, y cuando llamaron a la puerta, casi saltó de su asiento para recibir a su marido. Pero no se trataba de él, sino Eleanor, que llegaba acompañada de su madre.

—Bienvenidas —dijo con una exquisita reverencia—. Sois las primeras en llegar.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó la duquesa viuda— ¿Acaso no va a dignarse a recibir a su madre?

—Ha tenido que ir a solucionar unos asuntos de suma importancia —le excusó su esposa—. Debe estar al llegar.

—Mi hijo no tiene vergüenza —protestó la anciana.

—¡Mamá! —se escandalizó Eleanor, que miró a Beth con sofoco.

—¿Acaso no es cierto? ¡Debería estar recibiendo a los invitados con su esposa!

—Pasad al salón, he servido allí unos refrigerios mientras llegan el resto de invitados.

Beth observó con fastidio a su suegra dirigirse a la sala, murmurando entre dientes. No le caía bien, sabía que Francis y ella no se llevaban demasiado bien tampoco, y esperaba que se comportase delante del resto de invitados.

Poco a poco, los invitados fue llegando a la casa, y aunque la ayudaron a lidiar con su insoportable suegra, no pudieron evitar que se preocupase por la tardanza de su esposo. Retrasó todo lo que pudo la entrada al comedor, pero viendo que Francis no aparecía, precedió a sus invitados hasta la mesa. Uno a uno, se fueron colocando en su lugar, y abrieron los regalos con ilusión, pero Beth solo podía estar pendiente del lugar que debería ocupar su esposo. Con un suspiro, hizo una señal al mayordomo, que dio la orden de servir el primer plato.

La duquesa respiró aliviada al ver entrar a su marido a toda prisa, y tras una inclinación de cabeza y una disculpa, ocupó su lugar junto a su mujer.

—¿Dónde diablos estabas? —protestó Beth en un susurro— Me tenías preocupada.

—Me acerqué al club y unos compañeros de la universidad me entretuvieron —se explicó él—. Siento llegar tarde.

—¿Que te entretuvieron dices? Te pedí que no llegases tarde.

—Estoy aquí, ¿no es así?

Beth volvió la cabeza ofendida, y se encontró con la mirada curiosa de Ivette.

—¿Ya estáis discutiendo otra vez? —preguntó su amiga.

—Le pedí que no llegase tarde. Es la primera cena que doy en casa, estaba muy nerviosa, y lo único que le pedí es que no llegase tarde.

—Tendrá un motivo para haberlo hecho, Beth.

—Se entretuvo en el club —protestó—. ¿Acaso tú no estarías enfadada en mi lugar?

—Estaría furiosa —reconoció Ivy—. Deberías hacérselo pagar.

—Esa es la idea.

La cena fue a pedir de boca. Los invitados comieron, bebieron y disfrutaron enormemente con el baile. Más tarde, tomaron vino especiado y cantaron villancicos, y volvieron a casa de madrugada.

Ya a solas, Beth subió a su habitación sin dirigirle la palabra a su esposo, que la siguió para intentar hacer las paces con ella. Sabía que había metido la pata, que ese día era muy especial para Beth, y que había hecho un esfuerzo para que todo saliese bien, y él sin embargo había hecho oídos

sordos a lo único que ella le había pedido. Pero cuando se encontró con sus antiguos amigos de universidad, perdió la noción del tiempo poniéndose al día de sus respectivas vidas, y aunque se apresuró todo lo que pudo, casi se pierde la cena de Nochebuena.

Encontró a Beth sentada frente al espejo, con su camisón de lino blanco, cepillándose el cabello. Colocó las manos sobre sus hombros, pero ella se las apartó de una sacudida, y levantándose con ímpetu, se metió en la cama de espaldas a él.

—¿No vas a hablarme? —suspiró el duque.

—No tengo nada que decirte.

—Ya me he disculpado, Beth. ¿Qué más quieres que haga?

—Quería que llegases a tiempo para recibir a los invitados —le espetó—. He tenido que soportar cómo tu madre te insultaba por no estar ahí conmigo, y he pasado una vergüenza espantosa al tener que excusarte delante de todos.

—Lo siento, de verdad. No me di cuenta de la hora, te lo juro.

Beth volvió a tumbarse de espaldas a él, y Francis suspiró y se sentó en la cama a desnudarse. Había metido la pata hasta el fondo, y e iba a tener que suplicar para que su mujer terminase por perdonarle.

Capítulo 25

Al día siguiente, Francis se abstuvo de incordiar demasiado a su mujer. Beth no se dignó a dirigirle la palabra en todo el día, a excepción de la comida con sus padres, donde se mostró de lo más amorosa y sonriente. Creyendo que había sido perdonado, Francis intentó besarla en el carruaje de vuelta a casa, pero ella se apartó indignada y permaneció mirando por la ventana el resto del camino.

Esa noche debían asistir al baile de Navidad celebrado en Almack's. Se acercó a su gabinete, donde su esposa permanecía sentada en su diván leyendo un libro. En cuanto le escuchó entrar, miró por encima de su lectura y arqueó una ceja.

—¿Querías algo? —preguntó.

—Deberías empezar a vestirte para el baile —sugirió Francis.

—¿Qué baile?

—El de Almack's, ¿lo has olvidado?

—No pienso ir —sentenció volviendo a la lectura.

—Beth, tenemos que asistir a ese baile, y lo sabes.

—También tenías que asistir a nuestra cena de anoche, ¿no es así?

—Te he dicho mil veces que me encontré con unos antiguos compañeros de la universidad, nos tomamos unas copas y se me fue el santo al cielo.

—Pues a mí se me va a ir el santo al cielo esta noche.

—Llegué a cenar, ¿no?

—Tarde y mal vestido.

—Pero llegué como te prometí.

—¿Sabes lo bochornoso que fue escuchar a tu madre criticarte?

—No tendrías que haberle hecho caso.

—¡Pero me importa lo que diga! ¡No quiero que crea que soy una mala esposa o que tú eres un cabeza hueca!

—Ya te he dicho que lo siento.

—Y yo te he dicho que no tengo ganas de ir a ese baile contigo.

—¿No piensas perdonarme?

—No te lo mereces.

—Muy bien.

Francis salió de la habitación dando un portazo que sobresaltó a Beth, pero no pensaba claudicar en esto.

Media hora después, escuchó la puerta de la calle cerrarse de un portazo, y bajó las escaleras para entrar en la cocina.

—¿Hay algo para cenar, Kristen?

—¡Excelencia! ¿Qué hace usted aquí? Debería estar camino del baile de Navidad.

—Lo sé, pero he preferido quedarme en casa.

—Perdone que me meta donde nadie me llama, pero debería haber acompañado a su esposo.

—Él llegó tarde a mi cena de Nochebuena.

—¡Es un hombre! Siempre hará lo que le plazca. Tiene suerte de estar casada con el señor, ya lo creo que sí.

—Tal vez le perdone mañana —dijo Beth.

—Tal vez mañana sea tarde. ¿Qué pasaría si el señor se buscara una amante? En ese baile habrá muchas damas viudas que estarían encantadas de calentarle la cama, ¿sabe?

—Francis no me haría una cosa así.

—¿Cómo lo sabe? Desde que se casaron, han pasado más tiempo enfadados que disfrutando el uno del otro.

—Eso no es cierto.

—¿Está segura? Tiene usted mucho carácter, excelencia. Y eso no es bueno en una mujer.

—¿Y qué puedo hacer ahora? Mi esposo ya se ha marchado.

—¡Pues vaya con él! Vaya a vestirse y sorpréndale acudiendo a su lado. Estoy segura de que no la espera, y estará encantado con la sorpresa.

—¿Sabe qué? Tiene razón. Iré a darle una sorpresa.

Beth subió corriendo las escaleras y llamó a su doncella. Abrió el armario de par en par y buscó un vestido perfecto para esa noche. Se decidió por el plateado, bordado con flores y pájaros, y lo lanzó sobre la cama.

—¿Me ha llamado, excelencia? —preguntó la doncella.

—Anna, ayúdame a vestirme. Tengo que darme prisa.

La muchacha la ayudó a cerrar el vestido de noche, y peinó su cabello

mientras ella se maquillaba un poco. Sacó su capa de piel y la colocó sobre sus hombros, y bajó los escalones a toda prisa para llegar hasta el mayordomo.

—¡Rápido, Robert! Traiga mi landó. Debo ir al baile.

—¡Pero excelencia! ¡Está nevando! No puede ir en su landó.

—Pues búsqume entonces un coche de alquiler. Pero dese prisa, ya llego tarde.

—La acompañaré, entonces.

El mayordomo salió a la calle y volvió cinco minutos después con un carruaje de alquiler. En cuanto Beth se vio en la puerta del baile, empezó a ponerse nerviosa.

—¿Se encuentra bien, excelencia?

—Sí, solo me preguntaba...

—Estará encantado de verla, no se preocupe —añadió el anciano con cariño, adivinando sus pensamientos.

Beth asintió y bajó del carruaje para entrar en Almack's. El club estaba a reventar, y era difícil ver a alguien entre aquella multitud. Por fortuna, pudo ver a Ivette hablando con la duquesa de York junto a los refrigerios, y se acercó a ella con una sonrisa.

—¡Beth! —exclamó su amiga— Me alegra que te hayas decidido a venir.

—Yo también. ¿Has visto a Francis?

—Le vi al llegar, pero hace rato que no le veo. Quizás esté con Stefan, está junto a la estatua de hielo.

—Iré a buscarle.

Beth esquivó a varias damas con vestidos voluminosos para llegar hasta su amigo, que charlaba animadamente con Andrew.

—Buenas noches, caballeros —dijo realizando una exquisita reverencia—. ¿Han visto a mi esposo? Iba a quedarme en casa porque no me encontraba demasiado bien, pero he cambiado de opinión y quería darle una sorpresa.

—Le vi salir al jardín hace un momento —contestó Stefan—. Dijo que necesitaba un poco de aire fresco.

—Si me disculpan...

Beth se dirigió hasta los grandes ventanales que daban al jardín, pero se quedó helada en el sitio cuando vio a Francis junto a la condesa de Shrewsbury, su antigua amante. No podía creer que su esposo estuviese flirteando abiertamente con su amante delante de todos, pero allí estaba,

sonriendo mientras ella le contaba algo al oído.

Francis levantó en ese momento la mirada, palideció al verla, y salió a correr hacia donde se encontraba, pero Beth escapó hasta la salida y entró en el carruaje de su esposo antes de que él la atrapara.

—Llévame a casa, John, de prisa.

—Pero el duque...

—¡Dese prisa, por amor de Dios!

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas en cuanto el cochero puso en marcha a los caballos. ¿Cómo se había atrevido? ¿Y cómo no se había dado cuenta antes? Ahora entendía su retraso del día anterior. Francis habría estado con esa mujer, por eso llegó tarde a su propia casa.

Subió las escaleras a toda prisa y entró en su habitación dando un portazo. Cayó en la alfombra derrotada, con un dolor tan grande en el corazón que dudaba que alguna vez consiguiese librarse de él. ¿Por qué le hacía algo así? ¡Ella le amaba!

Francis entró en la habitación para encontrarse a su esposa arrodillada en el suelo, llorando desconsolada. Intentó acercarse, pero ella le apartó de un manotazo.

—¡Aléjate de mí! —gritó Beth— ¿Cómo has podido hacerme algo así? ¿Cómo, maldita sea?

—No he hecho nada, Beth. Déjame explicarte...

—¡No quiero escuchar tus insulsas explicaciones! ¡Te he visto, Fran! ¡Te he visto flirteando con ella delante de todos!

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando? ¡Yo no he flirteado con nadie!

—¿Y por qué te ha cambiado la cara cuando me has visto, eh? Si no tenías nada que ocultar, ¿por qué has salido corriendo?

—¡Porque te conozco, maldita sea! ¡Porque sabía que esto iba a pasar!

—¿Por eso llegaste tarde anoche? ¿Porque estabas con la condesa?

—¡Ya te lo dije! ¡Me encontré a unos antiguos amigos y me bebí un par de copas con ellos!

—¡Márchate! ¡No quiero volver a verte en mi vida! —gritó lanzándole un jarrón de la mesita.

—¡No pienso marcharme! ¡Esta es mi casa! ¡Y tú eres mi maldita mujer!

—¡Tú lo has dicho! ¡Maldita por haberme visto obligada a casarme con

un ser despreciable como tú!

Francis apretó los dientes y salió de su casa dando un portazo. Volvió al baile, donde se adueñó de una botella de whisky y se alejó en el jardín para poder emborracharse tranquilo.

Stefan vio a su amigo llegar de nuevo, y le siguió hasta un banco situado en una zona apartada del jardín.

—¿Piensas bebértela entera? —preguntó sentándose al lado de su amigo.

—Esta y unas cuantas más. Estoy harto del matrimonio.

—Veo que has discutido con tu esposa.

—Cree que la he engañado con mi antigua amante —escupió—. He intentado decirle que no ha pasado nada, pero no atiende a razones.

—Y en vez de intentar que lo haga, vuelves a emborracharte.

—¡Piensa que ayer estuve con ella! ¿Cómo crees que me siento?

—¿Y cómo crees que se siente ella, si después de llegar tarde a su primera cena te encuentra flirteando con tu antigua amante?

—¡Yo no estaba flirteando con nadie!

—Pero ella sí lo hacía contigo, te lo aseguro. Todo el mundo se dio cuenta de su interés en volver a ser tu amante, Fran. Eres el único que no lo hizo.

—Solo intentaba ser cortés.

—¿Y por qué saliste a correr hacia tu mujer? Si hubieses actuado con normalidad, todo este embrollo no se habría producido.

—La conozco, Stefan. La conozco y sabía cómo iba a reaccionar.

—Tienes más culpa que ella en todo este asunto, Fran. Vuelve a casa y pídele perdón. Dile lo que sientes, demuéstrole que la sigues queriendo.

—¡Por supuesto que la quiero!

—¿Y se lo has dicho alguna vez desde el accidente?

Francis se sintió como un idiota, y le dio la botella a su amigo para dirigirse de nuevo hacia su carruaje. Stefan tenía razón, desde que recuperó la memoria no le había dicho a Beth que la amaba. Tal vez ella pensaba que su amor no había vuelto con la memoria, por eso había creído que la engañaba.

La pena de Beth dio paso a una furia animal. ¿Cómo se atrevía Francis a volver con su amante en mitad de una discusión? Abrió con ímpetu la tapa de su baúl y comenzó a lanzar dentro todos sus vestidos. Se había acabado. Si él pensaba tener una amante, que se olvidase de tener una esposa. Al día

siguiente partiría hacia casa de sus padres, y por más que su esposo le suplicara, no pensaba volver con él.

En su ímpetu por lanzar los vestidos, no se percató de que uno de ellos había golpeado la vela, que cayó junto a la cortina, prendiéndola de inmediato. En cuando comenzó a oler a humo, Beth intentó apagar el fuego golpeándolo con la colcha de la cama, pero en vez de eso lo avivó aún más, y terminó rodeada por el fuego y el humo. Empezó a toser, su vista se nubló... y terminó desmayada en la alfombra un segundo antes de rezar porque alguien la salvara.

El duque divisó el humo varias calles antes de llegar a su casa, pero un mal presentimiento le inundó.

—Beth... —susurró.

Comenzó a correr, y casi se le para el corazón al ver el fuego saliendo de su habitación y un camión de bomberos delante de su casa.

—¡Dios mío Beth! —gritó corriendo hasta ella— ¡¡Beth!!

Intentó entrar en la vivienda, pero un bombero se lo impidió.

—¿Dónde cree que va?

—¡Tengo que entrar ahí dentro! ¡Tengo que salvar a mi mujer!

—La sacaremos de ahí, pero tiene que dejarnos hacer nuestro trabajo.

Francis sintió una opresión en el pecho al ver a dos bomberos sacar a Beth y dejarla sobre la acera. Corrió hasta ella, y puso la cabeza de su esposa sobre sus rodillas.

—¿Está... —Fue incapaz de decir las palabras.

—Todavía respira, excelencia —contestó uno de los bomberos—. Se había quedado atrapada en la habitación incendiada.

Francis lloró de alivio, y acarició la mejilla llena de hollín de su mujer, que no reaccionaba.

—Vamos, pequeña, abre los ojos —susurró—. Puedes hacerlo, mi amor.

Tras varios interminables minutos, Beth comenzó a toser. Fran la incorporó lo suficiente para que lograra introducir aire en sus pulmones, y cuando Robert le acercó un vaso de agua fresca, Beth bebió desesperada.

—Despacio, mi amor, con cuidado —susurró.

—¡Fran... nuestra casa! —gimió Beth.

—Solo ha ardido nuestra habitación, tranquila.

—Ha sido mi culpa, yo...

Francis la silenció poniendo un dedo sobre sus labios.

—Es culpa mía. Debí estar aquí contigo, debí insistir para que me escucharas, pero me enfadó tanto que no confiaras en mí...

Levantó la barbilla de Beth para que le mirase a los ojos.

—Te amo, Beth, y jamás se me ocurriría engañarte con otra mujer. Contigo tengo todo lo que necesito, y no me hace falta nada más.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Siento no habértelo dicho más a menudo, pensé que lo sabías, y no me di cuenta de que mi pérdida de memoria te había hecho dudar de mi amor.

—Tuve tanto miedo, Fran... Cuando estaba encerrada entre el fuego solo podía pensar en que no quería morir todavía, que necesitaba seguir viva para arreglar nuestro matrimonio y hacerte feliz.

—Nuestro matrimonio no está roto, mi amor. Discutimos, es cierto, pero eso no quiere decir que nuestro matrimonio esté roto.

—Siento no haberte escuchado —susurró Beth.

—Soy yo quien debe pedirte disculpas. Debí estar contigo ayer, era tu primera cena formal y debí apoyarte en vez de estar recordando viejos tiempos. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

Beth levantó la cara para recibir el beso de su esposo, el beso que deseaba como el aire para respirar, un beso que sellaría la paz entre ellos... por el momento.

Epílogo

Faltaban un par de horas para que el año tocara a su fin. Beth esperaba ansiosa ese momento, porque tenía una noticia muy importante que darle a su marido. Cuando el doctor la examinó después del incendio, confirmó que estaba de nuevo embarazada, y le había pedido que le guardase el secreto. Quería que esa fuera la primera noticia que recibiese en el nuevo año, para así empezar con mejor pie que el anterior. Porque ese año había sido una auténtica locura.

Ivette abrió las puertas de par en par justo antes de la primera campanada. Diez, nueve, ocho, siete, seis... cuando el reloj dio la última campanada, Stefan lanzó el pastel sobre la puerta, para alejar el hambre en el año venidero.

—¡Bienvenido! —gritaron todos al nuevo año.

Los invitados entrechocaban sus copas sin cesar, y Francis abrazó a Beth para besarla con fuerza.

—Feliz año nuevo, mi amor —susurró.

—Feliz año nuevo. ¿Preparado para recibir tu primera noticia del año?

Francis asintió, y Beth le miró con una sonrisa.

—Estoy de nuevo en estado —susurró.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Francis con los ojos anegados en lágrimas.

—Así es. El doctor Brown me lo confirmó la semana pasada.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te sientes bien? ¿Quieres que nos vayamos a casa?

—Estoy perfectamente, mi amor. Tengo que tomarme las cosas con calma, para evitar perder al bebé otra vez, pero te aseguro que esta vez lo haré.

—Acabas de hacerme el mejor regalo de Navidad que un hombre puede desear, Beth. Te amo.

La felicidad de Francis y Beth se vio interrumpida por la entrada del agente Lowell.

—Un rubio —susurró lady Pembroke—. Mal augurio para la familia, me temo.

Stefan guio a su amigo hasta su despacho, seguido de su madre y el duque de Hamilton.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó este.

—¿Se sabe algo de mi hijo? —dijo Mary.

—Siento interrumpir la celebración, pero tengo algo de suma importancia que comunicarles.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano, Henry? —preguntó Stefan.

—Han encontrado su barco —dijo Lowell—. Fue atacado por unos piratas. Me temo que lo incendiaron.

—¿Y dónde está Anthony?

—Nadie sabe nada de él. Me temo que ha terminado en el fondo del océano.

Fin